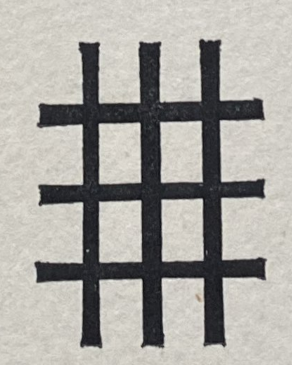
SERGIO MIRANDA CARRINGTON

RECUERDOS DE LA GUARDIA DE HIERRO



EDITOR AUTOR
1969

El autor de *Recuerdos de la Guardia de Hierro* nació en Valparaíso (Chile) en 1927.

En 1952 recibió su título de abogado en la Universidad de Chile, tras haber desempeñado diversos cargos de representación estudiantil en ese plantel, entre ellos el de Presidente del Centro de Alumnos de la Facultad de Derecho. Su tesis versó sobre el «Ideario Político de José Antonio Primo de Rivera».

El mismo año 1952 ganó el Premio Nacional de Periodismo por sus crónicas sobre actualidad internacional.

En 1954 desempeñó el cargo de Subsecretario (Viceministro) de Trabajo, Salud y Previsión Social.

En el año 1959 ganó la Cátedra de Profesor Extraordinario de Derecho Penal en la Universidad Católica de Chile, la que mantiene.

En los años 1959 y 1960 realizó estudios sobre la rama jurídica de su especialidad en la Universidad de Munich (Alemania).

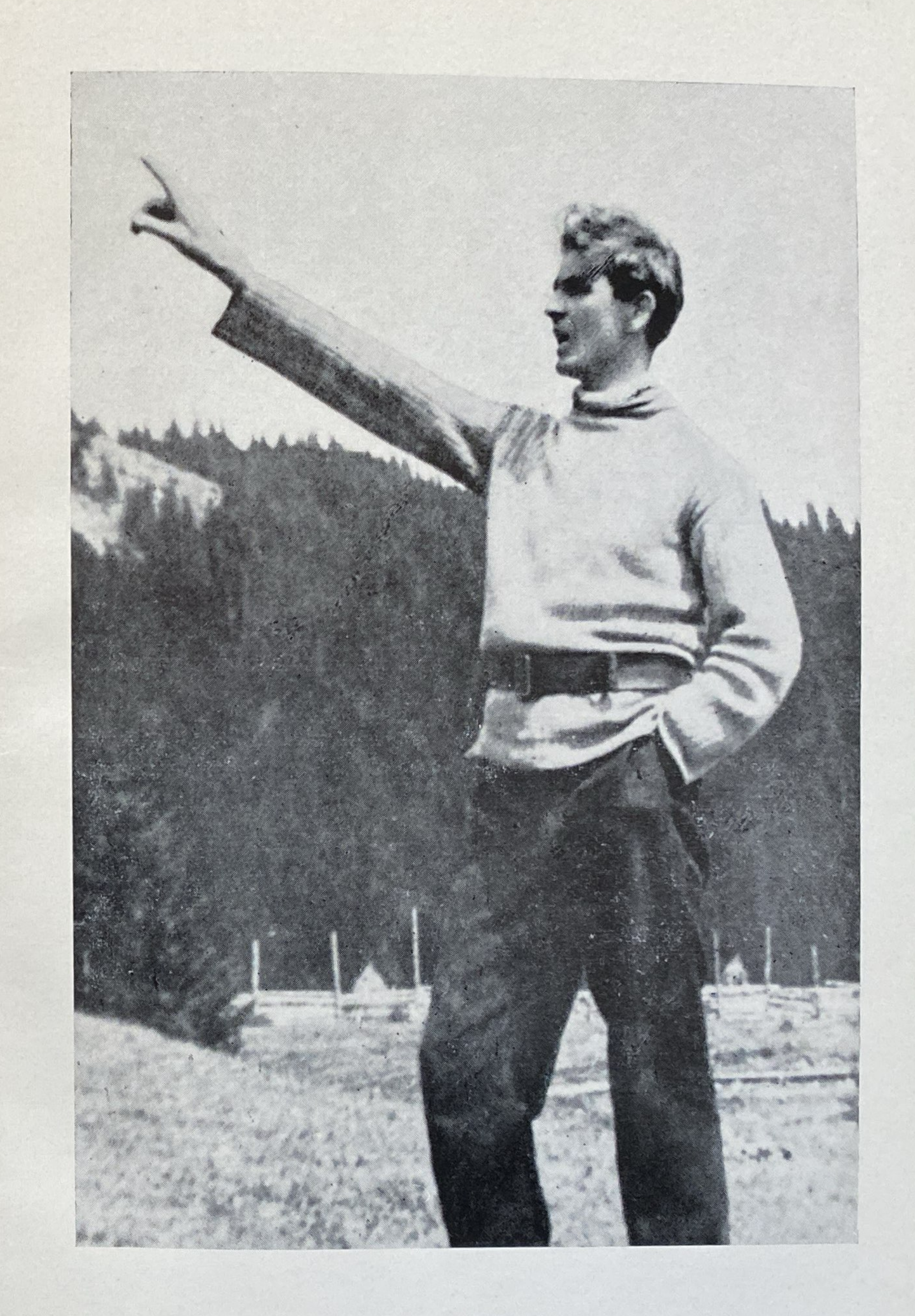
Aunque ésta es su primera obra editada, es bastante conocido en su patria por sus publicaciones periodísticas, así como por sus actividades profesionales de abogado.

Hace varios años que trabaja en una exhaustiva *Historia de Esparta y de sus Hombres*.

Próximamente, esta misma Editorial publicará de él *El Príncipe Alex. Cantacuzino*, que junto a la presente y a una tercera sobre la vida de los campesinos rumanos, *Agosto en Moldavia*, integrará una completa trilogía sobre la historia y el alma rumana en la primera mitad de este siglo y, particularmente, sobre el fenómeno legionario.

5 #

RECUERDOS
DE LA
GUARDIA DE HIERRO



EL CAPITAN

SERGIO MIRANDA CARRINGTON

RECUERDOS
DE LA
GUARDIA DE HIERRO

EDITOR AUTOR
1969

Inscrito en el Registro de Propiedad Intelectual de Santiago de Chile con el número 36.496, el 6 de junio de 1969.

Depósito legal: M. 18.277.—1969

PRINTED IN SPAIN

ARTES GRÁFICAS BENZAL. - Virtudes, 7. - MADRID

NOTA ACLARATORIA

Esta no es una historia de la Guardia de Hierro, ni de Rumania contemporánea. Nunca pretendió serlo.

Simplemente, es el relato de algunos de los años de la vida de mi amigo Vlad Durlia. El fue un afiliado secundario de ese Movimiento, el que no me atrevo a calificar de partido político, ya que en mí evoca más bien a las viejas órdenes religioso-militares de Occidente.

Quien se interese más profundamente en la Legión de San Miguel Arcángel, en la Guardia de Hierro y en la personalidad de su fundador y Capitán, Corneliu Zelea Codreanu, habrá de ampliar sus fuentes. Para ello puede servir la «Bibliografía» y la «Guía Cronológica Rumana» que se agregan.

Pero, si Vlad Durlia fue actor secundario, fue también testigo presencial. Sus recuerdos tienen, pues, el valor de la vida vivida.

Durante meses, noche a noche, le oí el relato de las luchas, esperanzas y desventuras de la Guardia de Hie-

rro. Así nació la idea de lo que es hoy un libro. Al escribirlo, poco he añadido u omitido. Superando algunos problemas suscitados por el idioma, he tratado de ser fiel a lo que escuché, y sobre todo, al espíritu que lo animaba. Como complemento, he buscado la ayuda de una que otra obra o periódico, escasos sobre el tema. Estoy cierto que Vlad Durlia ha sido igualmente fiel en sus relatos y confidencias. Este es, pues, un libro construido sobre la autenticidad. Cuanto se lea, es real.

Me he afanado en estas páginas porque pienso que la Guardia de Hierro y Corneliu Codreanu no deben ser olvidados. No cabe ver en ellos, simplemente, uno de los tantos movimientos nacionalistas que se alzaron en Europa entre las dos grandes guerras. Pese a la distancia geográfica y temporal de sus problemas y a la derrota final, Codreanu sentó una verdad política igualmente válida: no hay progreso social ni perfección del Estado si cada uno no empieza por construir un mundo nuevo dentro de sí. Los programas, las consignas y las doctrinas son secundarias: lo esencial es vivir honradamente, desapegados del mundo y de sus halagos, humildemente, sin odios, desconfiados del dinero, abiertos al futuro y fieles a la estirpe que nos engendró.

Aclaración última: por razones obvias, algunos nombres han debido ser sustituidos, ya que la paz parece que jamás habrá de llegar para los legionarios, dentro o fuera de Rumania.

SERGIO MIRANDA CARRINGTON

Santiago de Chile, diciembre de 1968.

RUMANIA

(Recuerdo histórico)

Rumania corresponde geográficamente, en términos generales, a lo que los antiguos llamaron Dacia. Fue conquistada el año 106 de nuestra Era por el emperador romano Trajano. El último rey autóctono, Decebal, se inmoló con sus jefes en la ciudad de Sarmisegetusa. Trajano, nacido en España, hace de ella una nueva provincia del Imperio. La población se mezcla con los conquistadores y colonos y el latín vulgar se impone como idioma. Sólo un siglo y medio, pero de compenetración absoluta, dura la ocupación romana. La provincia se llama «Dacia Felix». El año 271, el emperador Aureliano, batido por los godos, retira al sur del Danubio las dos legiones acantonadas en Transilvania. Pero, no pasa Roma sin que queden huellas. Los rumanos se sentirán para siempre parte espiritual de Roma, isla de latinidad en un mundo eslavo, y éste será el gran conflicto histórico de sus vidas. Constantino el Grande emprende una segunda conquista de la Dacia, que se recibe como libera-

ción. En el año 338, el mismo Constantino funda la fortaleza de «Constanzia» a orillas del Mar Negro. Los rumanos, con una latinidad cada vez más acentuada, mantienen tercamente su individualidad y cohesión no sólo bajo los hunos, sino también bajo los eslavos y los húngaros. El año 976, el rey búlgaro Samuel es muerto por los valacos-rumanos, y un gran número de ellos luchan en los ejércitos del emperador Manuel Comneno, en 1166, a orillas del Mar Negro. El emperador cruzado Federico Barbarroja los encuentra cuando se han sublevado contra los bizantinos. Basarab, Señor de Muntenia (Valaquia), después de derrotar al rey húngaro Carlos Roberto en Posada (1330), funda el primer Estado independiente. Mircea el Viejo, calificado por un cronista de la época como «el más valiente y el más hábil de los príncipes cristianos» y que reinó de 1386 a 1418, enfrenta a los turcos devolviendo a la romanidad oriental su espíritu imperial. Está presente con sus ejércitos en la gran derrota que el emperador turco Bayaceto asesta a los cristianos en Cosovo (1389), pero, cinco años después, sin ayuda extranjera, toma desquite en los pantanos de Rovine, tierra rumana, y un año más tarde los rechaza nuevamente en Turnu Măgurele.

Siguen tres siglos de excepcional vitalidad del Imperio turco. Sin embargo, los príncipes rumanos continúan fieles a su misión: la defensa de los territorios marginales europeos del Este. Cuando nos maravillamos de las realizaciones de la Europa de fines del Medioevo y Renacimiento, somos injustos al desconocer u olvidar a los príncipes rumanos que, con integral sacrificio, cerraron el paso al avance turco. En esta línea de acreedores espirituales de Occidente debe señalarse, junto a Mircea el Viejo, a Esteban el Grande y a Miguel el Valiente.

Esteban el Grande, príncipe de Moldavia, reinó de 1457 a 1504. Se le considera el más grande gobernante

de la historia de Rumania. Después de derrotar al rey húngaro Matías Corvino y a Juan Alberto de Polonia, ciegos ambos para el peligro turco, enfrenta a éstos y tártaros en más de cuarenta batallas, siempre victorioso, erigiendo un monasterio en memoria de cada una de ellas. Sus banderas, que no conocieron derrotas, llevan bordada la imagen de San Miguel Arcángel. El historiador Dlugozs le considera como «el más indicado para tener el Gobierno y el dominio del mundo y, sobre todo, la función de comandante y caudillo contra los turcos». Con ocasión de la gran victoria de Podul Inalt, en 1474, en que derrota a 120.000 turcos, el Papa Sixto IV le designa «Athleta Christi», y le escribe: «Las gestas realizadas por ti hasta ahora, con sabiduría y valor, contra los turcos infieles y enemigos de todos, han traído tanta celebridad a tu gloria que tu nombre pasa de boca en boca y eres unánimemente y grandemente alabado.» En 1475 Esteban escribe a los príncipes cristianos de Occidente: «Nuestro país es la puerta de la Cristiandad que Dios ha guardado hasta ahora. Pues si esta puerta de la Cristiandad que es nuestro país cayera, Dios nos guarde de éso, toda la Cristiandad quedaría en gran peligro.» Pese a los éxitos y a la gloria de Esteban el Grande, veinte años después de su muerte, los rumanos, abandonados por la Europa cristiana, deben suscribir capitulaciones con el Imperio turco. Se obligan a no atacar a los turcos y a pagar tributos, pero conservan sus ejércitos y autonomía. Por su parte, los turcos se obligan a no radicarse en territorio rumano y, muy especialmente, a no levantar mezquitas en él, lo que respetan escrupulosamente, configurándose así un cuadro por completo distinto de los Balcanes y Hungría, que fueron transformados en provincias turcas, con administración turca.

Miguel el Valiente, en su corto reinado de 1593 a 1601, logra revivir la vocación de grandeza de la roma-

nidad oriental. Vencedor de los turcos, húngaros y polacos, su fama se extiende por Europa. Lope de Vega le pone en escena, exaltando sus hazañas. Unifica por vez primera a los Principados de Valaquia, Transilvania y Moldavia, hecho que iluminará para siempre el alma y la imaginación del pueblo rumano. Ciento veintiún años después de Podul Inalt, otra gesta rumana, la batalla de Călugăreni (1595), contra los turcos, adquirirá eco universal. En 1599 pasa los montes de Transilvania, liberando esta cuna del rumanismo de la opresión húngara. En 1600 tuvo lugar su coronación en Alba Iulia como señor de todos los rumanos. Fue asesinado en las llanuras de Turda por un general austríaco, por orden del mismo emperador Rodolfo de Habsburgo, que antes lo había ensalzado. El asesinato de Miguel el Valiente iniciará la declinación de los Principados rumanos.

En el siglo XVII la unidad se ha perdido, aunque la lucha contra el turco se mantiene. Se agrega la infiltración griega y el imperialismo ruso zarista. Hay un efectivo progreso económico y cultural, pero la idea de Rumania como entidad histórica es casi una ensoñación.

A lo largo del siglo XVIII tres Imperios se disputan la influencia sobre los Principados: Turquía, Rusia y Austria. Al siglo siguiente, con la Paz de Adrianópolis (1829), Rusia se erige en potencia «protectora» de los tres Principados, mientras Turquía conserva la calidad de «soberana». De hecho, existe una verdadera ocupación rusa, que sólo terminará en 1848, cuando una generación romántica y nacionalista clava, mediante una revolución, los cimientos del nuevo Estado rumano.

En el año 1856, después del Tratado de París, que puso término a la guerra de Crimea, el coronel Alejandru Cuza es elegido príncipe de los Principados Unidos. Derrocado diez años más tarde, un plebiscito designa a un príncipe alemán de la casa de Hohenzollern como

Carol I, príncipe de Rumania. Su largo reinado de cuarenta y ocho años será fecundo. La independencia definitiva se proclama el 10 de mayo de 1877, después de una nueva guerra victoriosa contra los turcos, la que Rusia aprovecha para apoderarse de Basarabia, perdida por ella en la guerra de Crimea.

En la primera guerra mundial, Rumania, en el deseo de recuperar Transilvania y Bucovina entra junto a los aliados en 1916, alcanzando sus objetivos.

En 1927 muere el rey Fernando I, sucesor del reinado de integración y construcción de Carol I. Después de tres años de regencia, por la menor edad de Miguel I, sube al trono, en 1930, Carol II. Gobernará diez años, sumiendo a Rumania en el más completo caos político y moral, del cual no es capaz de levantarla el contradictorio gobierno del General Antonescu, absorbido por la guerra contra Rusia, junto a Alemania. En 1944, al producirse el derrumbamiento de Europa, el ejército rojo entra en Rumania. Antonescu es fusilado. En 1947, el rey Miguel I, hijo de Carol II, es obligado a abdicar, y se proclama la llamada «República Popular Rumana», es decir, Rumania se transforma en un satélite de Rusia.

Las páginas que siguen se sitúan, principalmente, en los trágicos diez años del reinado de Carol II.

I

La «Dacia Felix» y los «valacos».—Evocación de Niausta.—El problema «valaco»

Macedonia es para mis amigos de hoy apenas el nombre de una vaga región geográfica, asociada siempre al nombre de Alejandro el Grande. Algunos, cuando del tema se trata, después de recordar que el Imperio de Macedonia sucedió a Tebas y a Esparta, me preguntan con cortés curiosidad por Pella, la Capital del Conquistador. Sí; ví las las ruinas de Pella, cerca del actual pueblo de San Apóstol. En mi infancia correteé entre los restos de columnas que un día contemplaron al hijo de Filipo.

Pero, apenas, y sólo cuando la atención es especialmente generosa, me atrevo a evocar a Niausta. Sin embargo, en las estrechas y empinadas calles de Niausta, en la plaza empedrada y sin árboles, como son casi todas las plazas europeas, con su Correo y su Municipio coronado por un reloj, entre sus viejos edificios, quedó encerrada mi niñez. En torbellinos de gritos y de risas me estrellé contra las viejas mujeres vestidas de negro, siempre sentadas a las puertas de las casas, enredadas en

tejidos sin fin, como nuevas Penélopes. Soporté de ellas los primeros retos. Pese a las caras severas, bien sabía nuestra bullente bandada que no había que tomarlos en serio. Entre curioso e impaciente por marcharme con mis camaradas, retenido por una mano que parecía el centenario tronco de una vid, oí consejos y advertencias sentenciosas, que hoy no podría repetir, pero que por obscuros caminos se incorporaron a mi ser como la imborrable filosofía de la raza. De todo éso hace ya más de medio siglo. En esos cincuenta años, el mundo ha cambiado como jamás pudo entonces soñarse, incluso para la inmóvil Niausta.

Hoy sé bien que esa Niausta, que en mis juegos conocí rincón por rincón, la que me parecía enorme, grandiosa, capaz de contener al mundo entero, era apenas una ciudad de 15.000 habitantes; que los amigos de mi padre, a los cuales reverenciaba por ese sólo hecho, eran pequeños comerciantes y artesanos; que las puertas, en Niausta siempre abiertas, no lo estaban igualmente en otras regiones y países; que el valle de trigales y frutales que desde la ciudad podía contemplar, era toda la riqueza de mis vecinos; que los montes Durlia y Selia, por cuyas laderas trepaba la ciudad, no son los más altos del mundo, y, sobre todo, que la vida no se mide por el ritmo de producción y venta de los productos lácteos, labor de mi familia.

Nací en 1913. El año anterior, Niausta había sido ocupada por los griegos. Legalmente, por nacimiento, soy, pues, un ciudadano griego, aunque, pese a mi amor por Grecia, nunca me he considerado griego.

Hablaba indistintamente el griego, el rumano y el eslavo-macedonio. Algunas veces, siendo todavía muy pequeño, hube de sorprenderme de que esos griegos me llamasen a mí y a mis amigos «valacos». No los entendía, pero tampoco me preocupaba, porque no había animosidad. Después supe que no siempre había sido así: que

los «valacos» habíamos sido perseguidos por los griegos y que, paradójicamente, sólo habíamos gozado de verdadera libertad bajo la dominación turca. En esos días de mi infancia, parece que lo único importante era ser «ortodoxo», y en ésto coincidíamos griegos y «valacos». ¿Para qué preocuparse, entonces? Esa religión, que en América se asocia con los brillantes íconos parecía ser suficiente vínculo. Por lo demás, en Niausta éramos muchos los «valacos». Asistíamos a la escuela griega del lugar y era la cultura griega y los héroes griegos lo que se nos enseñaba a respetar, sin oposición de nuestros hogares.

Me asombró el enterarme un día que había algunas personas que no profesaban la religión común de griegos y «valacos». Se me tranquilizó diciéndome que se trataba de gente distinta, de judíos de origen español, y que no debía preocuparme ni, menos, alternar con ellos, ya que la mayoría eran amigos de los comunistas. He ahí tres palabras nuevas: «judíos», «españoles», «comunistas». No entendí nada, pero supuse que los mayores que me hablaban sabrían mucho más sobre tan obscuro asunto.

Había muchas más cosas que no sabía y que no podía razonablemente saber. Entre ellas, que a sólo 18 kilómetros de Niausta estaba Vérria, centro del nacionalismo macedonio-rumano; que a 64 kilómetros estaba la gran ciudad de Salónica con el más importante centro judío de los Balcanes.

Hoy estoy en situación de aclarar algo. Efectivamente, los «valacos», entre los cuales me cuento, somos descendientes de los antiguos dacios, es decir, somos latinos y rumanos que no vivimos en Rumania, aunque siempre nos hemos considerado rumanos. Somos rumanos de Macedonia, región que comprende territorios griegos, yugoslavos, búlgaros y albanenses. La mayor cantidad de «valacos» se encuentra en Grecia, en Epiro, Tesalia

y Macedonia griega. Unos 600.000, según el ex ministro griego de Relaciones, Evangelos Averoff, en su obra *El aspecto político del problema valaco*, publicada en 1948. Todavía, otros 600.000 viven en Bulgaria, Yugoslavia y Albania, con su raza, sus costumbres, sus tradiciones y lengua. En total, aproximadamente 1.200.000 seres que nunca dejaron de considerarse rumanos y que durante siglos, bajo caudillos legendarios, lucharon para unirse a Rumania o por constituir un Estado independiente. Dos teorías principales se han elaborado para explicar esta separación de los «valacos» de la Patria rumana. Para algunos historiadores, serían descendientes de los antiguos dacios, que se retiraron con las legiones romanas del emperador Aureliano, identificados ya con Roma. Para otros, los «valacos» y los rumanos serían una sola masa, penetrada, cortada y dividida por los invasores eslavos.

De tan difíciles cosas poco o nada sabía yo en mi juventud, y no las aclaraban las tradiciones y leyendas escuchadas en el hogar.

Menos sabía de los comunistas. Sin embargo, cuando en 1928, a los quince años, abandoné Niausta, ya estaba incorporado a una célula comunista. Como oveja en el piño, balaba en conjunto. No puedo recordar qué fue lo que me decidió a hacerme comunista. Siempre es lo mismo. Yo, ayer, como hoy millones en el mundo, repetía consignas que no entendía. Creía que desear la felicidad de todos era pasaporte de marxista. Me sentía moralmente fuerte con tan escuálido bagaje intelectual. En fin, ¡a los quince años se pueden disculpar esas cosas!

II

La lucha por las fronteras.—Diecinueve siglos después, el regreso a la Patria.—También nosotros tenemos héroes. Rumania se reconstruye por múltiples caminos

Rumania existe como nación desde los tiempos del emperador Trajano. El año 106, Roma colocó sobre la Dacia su cuño imperial, al que nos hemos mantenido fieles. Isla latina en un mundo eslavo, ha sido nuestra gloria. Olvidados por Occidente, por nuestra condición de ortodoxos y no católicos, ha sido nuestra desgracia. Después de dieciocho siglos de infortunio, la Rumania moderna, latina siempre, nació con la proclamación de la independencia de 10 de mayo de 1877. Se unificó geográficamente como consecuencia de la primera guerra mundial. Este acontecimiento, que a tantos hombres y a tantos pueblos aventó, fue venturoso para la aspiración secular de Rumania. Por la alianza con Inglaterra y Francia recuperamos Basarabia, de Rusia, y Transilvania, Bucovina, Banat y Crisana, del Imperio Austro-Húngaro. En 1925, el Gobierno de Bucarest hizo una llamada formal a los macedonio-rumanos para establecerse y colonizar las nuevas provincias de Dobrudja del Sur,

es decir, Caliacra y Durostor, recuperadas de Bulgaria, a la cual han vuelto bajo el comunismo. A la tercera de estas llamadas, imperiosas y apremiantes, mis padres, de buen deseo por lo demás, decidieron partir. Así abandonamos Grecia. Nos instalamos en la provincia de Caliacra, cerca de su capital, Bazargic. Ahora, oficialmente, estábamos en Rumania, la Patria perdida desde tantas generaciones, pero de la cual siempre nos habíamos sentido parte viva. Al principio, la vida no pareció cambiar demasiado. Mis padres continuaron en el comercio de los productos lácteos y yo seguí mis estudios en el colegio, sin mayores problemas. Terminados estos estudios, me empleé en la Municipalidad. Mi vida parecía mansamente definida: trataría de ser un buen funcionario municipal. ¿Qué más podía esperar o soñar en esos tiempos, en ese rincón silencioso del sudeste de Europa? En verdad, en el fondo yo no aspiraba a más que a ser un eficiente funcionario municipal.

Pero la vida no es tan simple ni siquiera para los que poco o nada esperan de ella, y tampoco iba a darme tregua a mí.

Ya había experimentado sensaciones confusas, precursoras de inquietud. Recuerdo mi asombro al contemplar por vez primera en el colegio de Bazargic los cuadros de los héroes militares rumanos. ¡De manera que no sólo los griegos, sino también nosotros, los rumanos, teníamos héroes! En los días de fiesta veía al pueblo vestido con los trajes típicos rumanos y, lo que era más importante, oía nuestra lengua resonar dulcemente como el idioma común.

Bazargic, con sus 30.000 habitantes, doblaba el ámbito de mi ciudad natal. Si ese solo hecho no hubiese bastado para inquietar mis funciones municipales, había algo mucho más grave: la provincia había sido separada de Bulgaria, y los búlgaros, vencidos en la primera guerra mundial, no se resignaban. Cuando menos

podía esperárseles, bandas bien organizadas y armadas cruzaban la frontera cercana e irrumpían en las noches dando muerte a los nuevos colonos rumanos, sin distinguir entre ellos, sus mujeres y los niños. Venían las naturales represalias. Pronto se empezó a vivir con las armas en la mano y con el ojo avizor tendido hacia la obscuridad, las rocas o el árbol inocente. Esta tensión me hizo identificarme con mi raza. Vaga y confusamente empecé a sentir que los rumanos éramos «algo», y que ese algo merecía y exigía ser defendido.

No había cumplido aún los diecinueve años y la lucha fronteriza me exaltaba. Vivía en un torbellino. El mundo bullía dentro de mí. Era feliz y todo estaba claro. Sólo me detenía ante más altas y profundas consideraciones el que el símbolo oficial de la Patria rumana fuese el comisario de Policía, Popescu, viejo y fino abogado de Bucarest, pero, al mismo tiempo, un borrachín simpático. Sin embargo, el hombre valía, y valía mucho. Algún día leería en mi nueva Patria que no importa que las manos estén sucias si la semilla es buena.

La dramática historia de la Rumania contemporánea se estaba ya escribiendo. Reviso algunos papeles que he podido conservar, y descubro que en 1930 por vez primera oí hablar de un movimiento político que había fundado un joven abogado llamado Corneliu Zelea Codreanu.

Hay quienes creen en la «iluminación». Allá ellos. Al menos, para mí no fue así. Por el contrario, jugó la irónica ley de que aquello que será importante para nuestras vidas pase en el primer momento a nuestro lado sin que fijemos la atención. Ciertamente, el obscuro funcionario municipal que entonces era yo no podía suponer que llegaría el día en que Corneliu Zelea Codreanu, Capitán de las Juventudes Rumanas, iluminaría mi alma para siempre.

Todavía hoy quedo pensativo cuando pienso que

la Legión de San Miguel Arcángel había sido fundada tres años antes, en Iaşi, la ciudad universitaria de las siete colinas. Releo el espartano comunicado, fechado el día de San Juan Bautista. Dice así: «Hoy viernes, 24 de junio de 1927 (San Juan Bautista), a las diez de la noche, se funda la Legión de San Miguel Arcángel, bajo mi mando. Que venga a estas filas el que crea sin límites; que quede afuera el que tenga dudas. Designo escolta de la imagen sagrada a Radu Mironovici».

Los camaradas desconocidos habían sembrado durante tres años, y apenas ahora oía yo de ellos. Entonces, ¿cuántas veces los nuestros están ahí, sin que sepamos de ellos, creyéndonos solos en nuestros sueños, en nuestras esperanzas y rebeldías? Cada vez que pienso en todo esto me prometo a mi mismo no desesperar, suceda lo que suceda, y en las horas grises me repito que quizás son muchos los que, solitarios, más solos que yo todavía, muerden sus propias angustias. Sólo a Dios está reservado el acercarnos, si es que llega a suceder.

El símbolo de San Miguel Arcángel llegaría a obsesionarme un día, y busqué lo que de él podía saberse. En diversos pasajes de las Sagradas Escrituras se le describe así: «... un ángel cuya gloria era tal, que toda la tierra era iluminada por sus rayos...»; «vestido con una nube gruesa y con un arco iris sobre la frente. Su rostro era reluciente como el sol y sus pies eran como unas columnas de fuego...»; «una voz sonora como una trompeta»; «se parecía al Hijo del Hombre, vestido con una larga capa y ceñido con un cinturón de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca y como la nieve, y sus ojos parecían una llama de fuego». El Arcángel San Miguel, según San Bartolomé, ha llevado a Dios las almas de Adán y Eva y, según San Gregorio de Tours, presenta el alma de la Santa Virgen María a Dios. Hacia el año 314, según Nicéforo, se aparece al emperador Constantino el Grande, diciéndole: «Yo soy Miguel, el capitán de la Legión del Cielo y protector de la fe de los cristianos; pues cuando luchabas en contra de los tiranos, yo he vencido por tus armas».

Entonces, Miguel el Arcángel era para mí un vago símbolo cristiano.

Tampoco sabía que aquel hombre, aquel joven abogado llamado Corneliu Zelea Codreanu, tenía sólo 17 años cuando se había unido como voluntario a nuestro ejército en la primera guerra mundial; que en 1920, en la gran huelga en los talleres de Nicolina y Regia de Tabaco, de Iaşi, se había alzado solitario contra 5.000 manifestantes y que cantando «Desteaptă-te române» (Despierta, rumano), había destrozado una bandera comunista e izado en su mástil la bandera de la Patria; que ese mismo año, en el Congreso de los universitarios de Cluj, contra la mayoría comunista, había hecho triunfar su tésis: «Los universitarios rumanos deben ser cristianos, patriotas y monárquicos»; que cuando se pretendió abrir el año universitario en Iaşi sin la misa tradicional, levantó barricadas en la misma Universidad y obligó a revocar la medida. En 1922, Codreanu, después de haber sido elegido presidente del Centro de Estudiantes de Derecho, había fundado la «Asociación de Estudiantes Cristianos» y, un año después, con el profesor A. C. Cuza, la «Liga de la Defensa Nacional Cristiana», de la cual se separó lealmente para fundar, con ocho más, esa «Legión de San Miguel Arcángel». En el libro del Capitán leo que a la mañana siguiente de la fundación se despidieron del profesor Cuza, el que 28 años antes había sido padrino de Codreanu. Emocionado, el profesor les relevó de su juramento a la «Liga». Allí se separaban para siempre los caminos del nacionalismo joven, lleno de sentido social, y el viejo, con mentalidad del siglo XIX, que representaba Cuza. Con leve melancolía comenta Codreanu la inevitable divergencia: «Ahora

estábamos solos en el desierto; debíamos abrirnos con nuestras exclusivas fuerzas el camino de la vida».

Nada de eso sabía yo entonces. Creo que si lo hubiera sabido, poco habría entendido.

Bazargic tenía sus propios problemas, especialmente fronterizos. Bastaban y sobraban para absorber con pasión la atención de los muchachos, yo entre ellos, pese a mi burgués cargo de inspector municipal de Urbanización.

Sin embargo, de pronto la historia parecía detenerse entre nosotros: en el año 1930, Ion Patoni, fiscal de la Policía, dio muerte en nuestra ciudad al senador Hristo Stepanov, jefe de la minoría búlgara en el Parlamento rumano y cerebro del terrorismo separatista, hermano, por otra parte, de Boris Stepanov, renombrado caudillo revolucionario comunista. Todos los jóvenes de Bazargic solidarizamos con Ion Patoni, y cuantos no eran búlgaros o comunistas salimos a las calles para celebrar con ruidosas manifestaciones la muerte del traidor.

¿Y mi comunismo? Pues había ido cayendo rápidamente, a trozos en el camino, cada vez que me enfrentaba a la verdad. Ya empezaba a sentir que ser marxista implica falta de claridad intelectual.

El gesto de Patoni resultó importante en mi evolución. Por lo mismo, experimenté especial pesar cuando, en 1939, murió junto con su amigo Nedelescu, al explotar una bomba contenida en un paquete que, al parecer, le enviaron separatistas búlgaros. Los mismos búlgaros dinamitaron su tumba cuando en 1940 ocuparon Bazargic.

III

El estudiante Jorge Beza, bandera de juventud.—«Madame Lupescu»: de la vida galante a princesa de Hohenzollern.—Carol II: príncipe desertor y rey corruptor

El año 1930 nos trajo una nueva emoción: el 22 de julio, en el mismo edificio del Ministerio del Interior, en Bucarest, el joven estudiante Jorge Beza disparó cinco balazos contra Angelescu, subsecretario de la Cartera y ex director del Banco Nacional. Angelescu era de origen búlgaro, y las investigaciones en torno a la muerte de Stepanov probaron que estaba gravemente comprometido con los separatistas y comunistas. Seis estudiantes «valacos», es decir, de procedencia macedonio-rumana, lo que los hacía doblemente nuestros, encabezados por Iancu Caranica, lanzaron un manifiesto de solidaridad para con Beza, el frustrado vengador. También Corneliu Codreanu, para disipar afirmaciones contrarias, terminó solidarizando con Beza, lo que lo arrastró a los tribunales. Pero todavía ese nombre me decía poco.

Seguimos con emoción la suerte de Beza. De golpe, encarnaba el ideal de sacrificio por la unidad y libertad de Rumania. Se transformó en leyenda, especialmente

para los campesinos, que irrumpían en el recinto del tribunal con sus trajes de fiesta, cantando:

Daremos nuestros carros
Y nuestros caballos daremos,
Pero a Beza salvaremos,
Pero a Beza salvaremos.

Por nuestra parte, día y noche, donde podíamos, cantábamos en honor de Beza «El Legado de la Estirpe», la secular canción de los «valacos». Dice así:

El legado de la estirpe
Nos ilumina como fuego;
Hermanos de padre y madre,
Seremos valacos para siempre.
Bajo las lápidas
Habla nuestra raza;
Sea maldito
Quien olvide nuestra lengua.

Beza fue en definitiva condenado, no recuerdo a qué pena. Volvería pronto a tener noticias de él.

Mes y medio antes, exactamente el 8 de junio de 1930, se había producido el acontecimiento más trágico de la historia contemporánea de Rumania. aunque muy pocos pudieran así entenderlo entonces. En efecto, el Gobierno nacional-campesino que presidía Iuliu Maniu aceptaba al príncipe Carol, después de tres años de exilio, y se le proclamaba como Carol II, rey de los rumanos.

Este colosal error, que en nada afecta la indiscutida rectitud y corrección moral de Iuliu Maniu, sumiría a Rumania en la peor orgía de corrupción y sangre de su historia.

Iuliu Maniu, artífice del retorno, tendría el triste honor de ser el primer desengañado. Son conocidas las palabras con que se despidió del nuevo rey: «¡Habéis renegado de vuestra palabra, habéis traicionado a vuestros amigos, habéis olvidado la grandeza del pueblo. La Historia os juzgará sin apelación!».

La buena fe de Iuliu Maniu sólo puede parangonarse con su ingenuidad. El viejo político apoyó al general Antonescu en los días finales de la tragedia rumana, pero, según reiteró en el proceso que los comunistas siguieron al general, le reprochaba no haber seguido su opinión: que los ejércitos rumanos, aliados de Alemania, avanzaran sólo hasta el Nistro, liberando los territorios rumanos, y que en ese punto se ofreciera la paz a Rusia y Rumania se retirara de la guerra. ¡El buen Iuliu Maniu creía que así Rumania habría podido mantenerse al margen del huracán rojo que a la derrota de Alemania asoló al Este de Europa!

Pero, ésta es sabiduría que emana de la historia de los acontecimientos, con lo cual no es lícito armarse para juzgar.

Ese 8 de junio de 1930 acogimos fríamente el retorno de Carol. Si hubiésemos podido sospechar lo que implicaba, nuestras almas se hubieran helado de angustia.

Este no es, por cierto, un relato de la vida del rey Carol II; pero, como él ha sido primer actor de esa época de la historia de nuestra Patria, resulta forzoso adelantarse a los acontecimientos y proporcionar una elemental información sobre su pasado, como adecuada ubicación.

El escritor Jorge Uscatescu, en su obra *Rumania,* ha sintetizado así ese Gobierno de Carol que se iniciaba en 1930:

> «Es este último período una época de verdadera disgregación de la vida política rumana. Dominado por una desmesurada pasión de poder, temperamento autocrático, corrompido, incapaz de mantenerse en la postura de un rey constitucional, el rey Ca-

rol II pulverizó por completo la vida de los partidos políticos (desde 1930 hasta 1937 logra desmenuzar a los principales partidos políticos en unos veinte grupos electorales), y cuando se enfrenta con la única fuerza que le puede oponer una resistencia organizada, el Movimiento Legionario, instaura una dictadura personal y aniquila cualquier vida política de tipo democrático o con una base popular. Este tipo de dictadura personal, seguido también por su sucesor, el general Antonescu, tendrá como consecuencia el desastre territorial del país, la guerra, la catástrofe interior y el ocaso del Estado rumano después de ochenta años de vida histórica.»

No sólo el brillante escritor nacional opina así de Carol II. El rey Jorge II de Grecia, que vivió en Rumania desde 1924 a 1935, buen conocedor de nuestras intimidades políticas, decía al Premier Argentoianu: «Si en Grecia la familia real hubiera hecho la décima parte de los abusos que diariamente comete la familia real rumana, todos habríamos sido fusilados».

Es curioso constatar que todas las causas, por absurdas y malas que sean, terminan por encontrar defensor; pero, eso no ha sucedido respecto de Carol II: ni una voz conocida se ha alzado para tratar de justificarle o atenuar sus crímenes.

Por mi parte, y sin pretender inmiscuirme en el juicio de la Historia, que tampoco en este caso me merece reservas, estimo necesario, sin perjuicio de lo que se verá, consignar algunos hechos atinentes a esta crónica.

Carol II, un día rey de los rumanos, nació en 1893 en Sinaia. Hijo mayor de Fernando y de la reina María, era un Hohenzollern, es decir, un príncipe alemán, aunque, al mismo tiempo, el primer rey rumano nacido en Rumania.

En la primera guerra mundial, en la cual Rumania

intervino a partir de agosto de 1916, como aliada de Inglaterra, Francia, Rusia e Italia, en el deseo de recobrar las provincias irredentas, el príncipe Carol tuvo el cargo decorativo de comandante del regimiento «Cazadores de Montaña», con base en Moldavia. Sólo tuvo presente su jerarquía para desertar, justo en los peores momentos de la guerra, con el país casi totalmente ocupado por los austro-alemanes. En efecto, en 1917, valiéndose de un pasaporte falsificado, intentó cruzar las líneas alemanas para llegar a Odessa (Rusia), a unirse con uno de sus primeros amores, la rumana Zizi Lambrino. Reconocido, apeló a la clemencia de los alemanes, aduciendo que iba a Rusia para ser testigo de la boda de un amigo. Fue tratado con una consideración que él, como persona, estaba lejos de merecer. Los alemanes pusieron un edecán a sus órdenes para que pudiese continuar el viaje a Odessa. El 31 de agosto de 1918, el desertor se casó con Zizi Lambrino en la iglesia Petrowska de la ciudad. De este efímero matrimonio tuvo un hijo, Mircea, al cual, de grande, jamás quiso volver a ver, ni siquiera cuando éste golpeó sus ricas puertas en Brasil, en demanda de ayuda.

Este matrimonio de opereta, en los mismos momentos en que Rumania luchaba por su existencia como nación, traía, a lo menos, dos consecuencias. La primera, que el príncipe, como desertor en tiempo de guerra, merecía la pena de muerte. Segunda, que, como ese matrimonio se había celebrado sin la autorización del rey y del Parlamento, perdía sus derechos sucesorios. Cabe consignar que la Constitución de Rumania prohibía expresamente que la reina pudiese ser rumana, sabia medida, consecuencia de la experiencia y destinada a evitar las luchas de las grandes familias.

En la alegría de la victoria todas las cosas son fáciles de arreglar. Un tribunal cualquiera decretó la nulidad de ese matrimonio que ya no interesaba al príncipe, mos-

trado al país como una locura de juventud. En cuanto a la pena de muerte, que como desertor merecía, fue substituida por breve reclusión en un monasterio. Así, el primogénito, el príncipe heredero Carol, pudo cabalgar en el desfile de la victoria, con un uniforme resplandeciente que no había conocido los riesgos del frente.

El 10 de marzo de 1921, Carol se casó con la princesa Helena de Grecia, hija del rey Constantino y de la reina Sofía, hermana del Kaiser Guillermo II, es decir, también una Hohenzollern. En respeto a la verdad, debe decirse que ni uno ni otra fueron consultados para este matrimonio que en nada correspondía a sus caracteres, y que sólo obedecía a razones de Estado. Esto no es una atenuante para Carol: los reyes no tienen derecho a otro sentimiento que aquel que conviene a sus súbditos. Lo cierto es que Helena de Grecia no llegó a ganar el afecto de los rumanos, de cuyas aspiraciones y desdichas se mantuvo ajena, con sus propios problemas sentimentales, según se rumoreaba. Como sea, el 21 de octubre de 1921 nació en Bucarest, Miguel, que llegaría un día cercano a ser Miguel I, rey de Rumania.

Hay quienes aseguran que en su viaje de bodas el príncipe Carol se hizo acompañar por su última amante, la gitana Mireille Marcovici. Sea o no verdadero este detalle temporal y geográfico, lo cierto es que el 12 de febrero de 1923 nació Mirel, hijo de ambos. En el plazo de tres años, el príncipe heredero había tenido tres hijos de distintas mujeres: Mircea, con Zizi Lambrino; Miguel, el único legítimo, con la princesa Helena de Grecia, y Mirel, con la gitana. Si las tres mujeres y las calidades jurídicas eran distintas, el padre por lo menos observó un curioso detalle de continuidad: los nombres de sus tres hijos comenzaban con la misma letra inicial.

Lo anterior puede ser fragmento de una historia escandalosa y galante, impropia de la elemental moralidad que cabe exigir de un gobernante, pero ajena a la vida política de un país. Las cosas debían empeorar.

En el otoño de 1924, Carol conoció a Magda Lupescu, la famosa «Madame Lupescu», de la cual han oído hablar aun las personas más ajenas a la política y a la historia, asociando ambos nombres.

Magda Lupescu era una hermosa judía, hija de un comerciante de apellido Wolff, quien, para obtener la autorización necesaria para instalar una farmacia, se bautizó y «rumanizó» su apellido, traduciéndolo por «Lupescu» (el equivalente de «lobo»). A los dieciocho años, Magda Wolff, o Lupescu, se casó con el teniente Tâmpeanu, a quien abandonó al poco tiempo para huir con un coronel, su superior, cuyo apellido no recuerdo. También dejó a éste, y se dedicó a ejercer la prostitución a gran nivel económico.

Entonces la conoció Carol. Lo que podría haberse considerado como otro capricho tenía, desgraciadamente, más hondo surco. Magda Wolff, o Magda Lupescu, como ahora se llamaba, llegaría a dominar totalmente el corazón del rey, y la inteligencia del rey, que no era escasa. Todavía peor: no se trataba sólo de la influencia de la hermosa favorita. Ella, a su vez, era un instrumento de su familia, que por ese camino se apoderaba de Rumania, sin escrúpulos ante los más bajos negocios. Una vez más, en honor a la verdad, debo consignar que, pese a los beneficios que obtuvieron, muchos judíos de Rumania fueron francamente hostiles a Magda Lupescu y a su familia: su vieja sabiduría les indicaba claramente que así se fomentaba el natural antisemitismo del pueblo.

La conducta pública de Carol y Magda Lupescu llegó a ser tan escandalosa que el mismo rey Fernando I, nada fuerte de espíritu, se consideró obligado a expulsarla del país. Se estableció en París.

A fines de 1925, con ocasión de la muerte de Alejandra, la reina madre de Gran Bretaña, Carol fue enviado

a Londres para representar a la familia real rumana en los funerales. Tuvo la impudicia de llevar a su amante. Los antecedentes morales de Magda Lupescu eran tan malos, que la policía inglesa ni siquiera estimó necesario darle a ella protección especial. Carol volvió a París con Magda Lupescu, y de ahí continuó su gira por otras ciudades europeas. En Venecia le alcanzó un perentorio cable de su padre, exigiéndole regresar. Frente al apercibimiento, Carol contestó: «Renuncio, no sólo al trono, sino también a todos mis derechos». Según se ha sabido, esperaba que ésto no tuviera mayores consecuencias que la aventura matrimonial con Zizi Lambrino. Sin embargo, el 4 de enero de 1926 el Parlamento rumano ratificó la renuncia del príncipe Carol a sus derechos sobre la Corona de Rumania.

El rey Fernando murió el 20 de julio de 1927. Así, heredó el trono el hijo de Carol y de Helena de Grecia, el príncipe Miguel, que entonces tenía sólo cinco años de edad. Asumió el poder un Consejo de Regencia compuesto por tres personas: el príncipe Nicolás, de 24 años, hermano menor de Carol; el patriarca Mirón Christea, y el presidente de la Corte Suprema, Jorge Buzdugan, el más inteligente de los tres, desgraciadamente muerto en 1929, y a quien sucedió Constantin Sărăteanu, de igual cargo judicial.

La inoperancia del Consejo de Regencia fue un factor tan importante como el romanticismo que siempre rodea a los pretendientes en exilio. Además, ¿cómo olvidar la codicia de los que teniendo mucho quieren tener más? Pese a la conjunción de factores, nadie quiso sacar lección de la disipada vida del príncipe Carol, cliente favorito de todas las publicaciones escandalosas de Europa. Como se ha dicho, el artífice del desastre fue Iuliu Maniu, paradójicamente, un hombre honesto y noble. Su condición irreductible fue que Magda Lupescu no regresaría jamás a Rumania, lo que Carol no tuvo vacilación

en convenir ni en violar. El 5 de junio de 1930 el príncipe Carol aterrizó en Cluj, la ciudad universitaria que años después entregaría a Hungría sin un tiro. El 8 de junio Carol fue proclamado rey de Rumania, lo que implicaba derrocar a su propio hijo. Fue anulada el acta del Parlamento de fecha 4 de enero de 1926 que aceptaba la renuncia de Carol a sus derechos hereditarios, por lo que Carol II exigió de inmediato que se le pagase su sueldo de rey con efecto retroactivo, desde la fecha de la muerte de su padre, el rey Fernando, en julio de 1927.

En 1926 Carol anuló su matrimonio con la reina Helena de Grecia. Por consiguiente, poco tiempo después de su coronación como rey, no tuvo obstáculos en traer a Bucarest a su amante, Magda Lupescu, sobre todo después del alejamiento de Iuliu Maniu, enemigo mortal de la favorita. Carol debió abdicar en septiembre de 1940. En esos diez años, Magda Lupescu, su familia y su estirpe fueron los dueños de Rumania, coautores en todas las empresas de saqueo del país. Ese lapso corresponde casi exactamente a las luchas de la Legión de San Miguel Arcángel y de la Guardia de Hierro. Durante esos diez años, ese movimiento juvenil, que representaba fielmente a las constantes históricas de la nación y al ardor y pureza de las nuevas generaciones, se enfrentó al monarca, a su amante y a la familia y a la estirpe de la amante, apoyados todos ellos por un grupo de doscientos o trescientos propietarios de la tierra, los «fanariotas», herederos de los que durante siglos sirvieron a los turcos.

El anterior no es el juicio de un militante apasionado de la Guardia. No; el periodista alemán Wolfgang Bretholz, ha escrito en 1960: «A la cabeza del país se encontraba entonces (diciembre de 1939) Carol II, ese monarca de la dinastía Hohenzollern que cifraba todo su orgullo en aparecer como un gran rey, cuando sólo era un débil. Si Carol II llegaba, a veces, a inspirar simpatía, sólo era por sus mismas debilidades, que se esforzaba

en ocultar bajo una falsa seguridad, aires majestuosos bastante ridículos y uniformes fantásticos. No era amado ni odiado por su pueblo: sus súbditos no le tomaban en serio, lo consideraban como un mal costoso pero necesario». Y, más adelante: «La verdadera soberana era Madame Lupescu, quien, vuelta de París en compañía de Carol II, vivía a su lado como reina no coronada, rodeada de una camarilla de cortesanos, de aduladores y de negociantes». Todavía, en lo que es una síntesis: «Rumania está gobernada desde el dormitorio de la amante del rey», se decía en Bucarest, donde todos sabían que el camino de las carteras ministeriales, de las grandes prebendas, de los grandes cargos en el comercio y en la industria pasaba por Madame Lupescu. Por ella, se podían ganar millones o verse arruinado de un día a otro. Ferrocarriles, industrias y monopolios del Estado, negocios de importación o exportación, petróleos, pertrechos del Ejército, todo estaba directa o indirectamente controlado por el Palacio Real, y la parte del león iba a engrosar las cuentas bancarias en el extranjero del rey Carol y de Madame Lupescu».

En 1940, en circunstancias que se verán, Carol II fue expulsado de Rumania: era el último esfuerzo de un cuerpo vivo para liberarse de un parásito maligno.

El general Antonescu, recién subido al Poder, llevó su magnanimidad hasta poner a disposición de Carol un tren especial, autorizándole para llevar lo que estimara indispensable. El ex rey lo hizo cargar de platería, de muebles antiguos, de maderas preciosas, de íconos, de pinturas famosas y de tapices de Oriente, lo cual no le hizo vacilar para declarar a la prensa francesa: «Lo he perdido todo. Sólo traigo mis cosas de primera necesidad».

Un novelista contemporáneo, Guy de Cars, ha escrito una obra con pretensiones históricas sobre los cuatro reyes de Rumania. La titula *Los reyes de corazón*. Por

lo que a Carol se refiere, habría sido más justo titularla «El rey de diamantes». Guy de Cars lo llama, simplemente, «El rey sin escrúpulos».

Conviene señalar, de paso, que en lo que a la «Guardia de Hierro» toca, ese libro es una síntesis de inexactitudes, confusiones y errores inexcusables. No se trata del juicio sobre el Movimiento, en el cual el autor tiene, naturalmente, su libertad, sino a la mañosa o torcida interpretación de los hechos. En ello, no ha sido veraz. En cambio, ha sido acertado en la pintura del carácter y vida del rey Carol II.

Carol era un corrompido sin grandeza, un ávido de dinero sin la más mínima conciencia de la dignidad de rey. Pero no puede olvidarse que en su miseria y en su abyección fue siempre instrumento de su amante, Magda Lupescu, a su vez, instrumento de su propio padre.

En septiembre de 1940 Carol II fue expulsado de Rumania, arrastrando sus riquezas como un caracol dorado. En el mismo mes llegó a Barcelona. No sintiéndose seguro (La Guardia tuvo siempre y tiene buenos amigos en España), partió apresuradamente a Madrid, extraviando dos grandes maletas en el Hotel de Barcelona. El cónsul honorario de Rumania en la Ciudad Condal, llamado por las autoridades locales que las encontraron, informó a la Legación en Madrid. Esta a su turno, cablegrafió a Bucarest. El Gobierno rumano, por intermedio del Ministerio de Relaciones Exteriores, dispuso el inventario: las dos maletas contenían joyas. El trabajo de recuento duró tres días, con sus noches. Sin embargo, esta fortuna colosal era una proporción ínfima de lo que Carol se llevaba en su huida, sin perjuicio de los depósitos e inversiones en el extranjero, de los cuales tampoco hacía mucho misterio.

En 1951, 11 años después de ser expulsado de Rumania, Carol se casó con Magda Lupescu en Méjico, lo cual transformaba a la hija del ex vendedor ambulante, aho-

ra tan enriquecido, en legítima princesa de Hollenzollern, la orgullosa casa real de Alemania. El 4 de abril de 1953 murió Carol II en su lujosa mansión de Estoril (Portugal). En su recuerdo puede decirse que pocas veces un rey fue tan nefasto para su pueblo ni acumuló tanto desprecio sobre su tumba.

Con lo dicho se entiende que la Guardia, al enfrentar a Carol, no se abocaba a un problema exclusivamente político. Carol no sólo era el opresor del pueblo rumano. Si hubiera incurrido en errores o excesos empujado por una concepción política equivocada, quizás alguna comprensión o atenuante pudiera haber habido para su persona. El problema iba más allá. El corrompía el alma misma del pueblo rumano y escandalizaba a la juventud con su vida licenciosa, con sus públicas borracheras y con las malversaciones sin disimulo. Sirvió dócilmente a las fuerza anti rumanas en la frustrada esperanza de afianzar su trono. Persiguió a la «Guardia de Hierro», no por razones políticas o doctrinarias, sino por el ejemplo de pureza que, en contraste con su conducta, daba ésta al pueblo rumano.

Este era el hombre que 1930 nos traía como rey. El mismo año en que Jorge Beza se alzaba como símbolo de una juventud que no aceptaba dejarse corromper. El año en que Corneliu Codreanu, el Domingo de Ramos, fundara la «Guardia de Hierro», sección político-militante de la «Legión de San Miguel Arcángel».

IV

«Guardia de Hierro» y «Legión de San Miguel Arcángel». Escoltas de Beza.—Shabla es segura, pero Gargalac lo es más.—Primeros ecos del despertar de Rumania

Quizás a los pueblos, en la misma medida como a los hombres lo ha prometido el Evangelio, se les da la gracia en proporción a sus pesares y desdichas. Si en ese año de 1930 no atribuí importancia especial al hecho de que Carol hubiese llegado a ser rey de los rumanos, tampoco se la dí a que Corneliu Codreanu hubiese creado la «Guardia de Hierro». Sin embargo era el antídoto moral aparecido justo cuando la amoralidad llegaba al Poder.

Fue un legionario de apellido Crânganu quien propuso el nombre de «Guardia de Hierro», de inmediato aceptado por el Capitán, para designar ese cuerpo militante destinado en un principio sólo a la nacionalización de Basarabia. Llegaría a ser la vanguardia de la lucha antimarxista y de afirmación de la propia nacionalidad, la síntesis de las energías de la raza. Aunque parte de la ya existente Legión, sería, de hecho, la forma como nos conocerían amigos y enemigos. Aún hoy se suele designar al Movimiento indistintamente con los nombres de

«Legión de San Miguel Arcángel» y «Guardia de Hierro», uso que recojo y que explica lo que más adelante se leerá.

Algunos gustan posteriormente de aparecer informados de todo. No es mi caso. En el año 1930 sabía poco de ésto. Simplemente, no estaba orientado en la dirección del huracán que la mayor parte de la juventud rumana esperaba y acompañaría. Hoy pienso que habría sido hermoso correr a ofrecer mi modesta colaboración en la primera línea de fuego. Tenía sólo 17 años. Ahora puedo comprender que la verdadera vida estaba entonces en Bucarest, o recorriendo el país en el peligro y la clandestinidad, aunque sólo fuera como el último ayudante de cualquiera de aquellos que el Capitán había elevado hasta sí con su palabra y su ejemplo.

Transcurrieron los años 1931 y 1932. Si sólo me fiara de mi memoria, poco tendría que añadir. Pero releo apuntes y sé que en ese tiempo Corneliu Codreanu creó el Senado de la Legión; que el Gabinete Nacional-Campesino que presidía el ministro del Interior, Mihalache, decretó la primera disolución de la Legión de San Miguel Arcángel y de la Guardia de Hierro; que en 1931 Corneliu Codreanu sufrió 87 días de prisión por el supuesto delito de rebelión; que en agosto de 1931 había sido elegido diputado en una elección complementaria por Neamț, en los Cárpatos del norte de Moldavia; que en 1932 se había decretado la segunda disolución de la Guardia; que en abril de 1932 el profesor Ion Codreanu, padre del Capitán, había sido elegido diputado en una elección complementaria en Tutova.

Escribo en un país en el cual los hechos políticos son siempre la primera noticia de los periódicos. No era así en la Rumania de esos años, de modo que no debe sorprender demasiado mi ignorancia de lo que estaba ocurriendo.

Proseguía la lucha contra las bandas búlgaras. Era lo habitual, lo cotidiano. Trabajaba en el día y dedicaba

muchas horas de las tardes y de las noches a formar patrullas de protección de los colonos. También nosotros, a veces, cruzábamos la frontera en represalia, pero nuestro mayor esfuerzo se centraba en reunir ayuda económica para los familiares de las víctimas en esa guerra nuestra, guerra que ningún gobierno reconocía oficialmente, ni siquiera el de Bucarest.

Los días de esas semanas, las semanas de esos meses y los meses de esos años se desgranaban lentamente. Algunas veces se me pregunta hoy qué pensábamos en Bazargic de lo que entonces sucedía en el mundo, particularmente en la inquieta política europea. En verdad, no ignorábamos lo que sucedía, pero, en el fondo, estábamos distantes. Sabíamos ya de Hitler y de Mussolini, pero en Bazargic ciertamente estábamos muy lejos de identificarnos con ellos; de manera alguna pensábamos que lo suyo tuviera algo que ver con lo nuestro ni que pudieran llegar a influir en nuestras vidas.

En el verano de 1932, aprovechando un permiso especial concedido en retribución de horas extraordinarias de trabajo, viajé con dos amigos a Cavarna, pequeña ciudad cercana de unos 10.000 habitantes, centro de colonos macedonio-rumanos. Ese día, que debía haber sido de fiesta, transcurrió sin novedad. La esperanza de «pasarlo bien» se desvanecía en la mesa de un café. Total, lo mismo de muchos días en Bazargic. De pronto se nos acercó el colono Ion Nula. Sin preámbulos nos lanzó una noticia increíble: Jorge Beza estaba allí. Después del proceso Angelescu, la policía lo perseguía por sus actividades nacionalistas. Así, pues, Beza estaba cerca, ¡y nuestro amigo nos pedía que le ayudáramos a ocultarlo! El mundo se nos iluminó. ¡Ayudar a Beza, el hombre que más admirábamos! ¡Si esa misma mañana, mientras viajábamos a Cavarna, habíamos cantado varias veces el himno con el cual el pueblo aureolaba al perseguido! Sin vacilar, todo lo prometimos por Beza; desde luego,

nuestras vidas, que ahí, junto a una sucia mesa de café en Cavarna, nada parecían valer. Alguien indicó que lo apropiado era llevarlo al villorrio de Shabla, porque allí había grupos de colonos jóvenes, de los más audaces y decididos, entre los cuales la policía no se atrevería a buscarle.

Quedaba la presentación, que esperamos con la emoción que puede suponerse. Como para no desmentir la leyenda que ya le era inherente, Beza se presentó en el mismo local, media hora más tarde. Los de Bazargic, que no le conocíamos, incurrimos en un divertido error. Se acercaron dos jóvenes, poco mayores que nosotros. Uno, de figura corriente, cubierto con un gorro de piel, sin afeitar, pálido, delgado, pequeño y tranquilo. El segundo atrajo de inmediato nuestras miradas y nuestro respeto por su altura, su figura realmente impresionante y la absoluta seguridad de todos sus ademanes. A este último nos dirigimos. Nos equivocamos: Jorge Beza era el primero. Pese a su juventud, circulaba por el mundo con el aire sereno y distante de quien ha aceptado su destino. Hechas las rectificaciones no tuvimos demasiado que arrepentirnos de nuestro error. El admirado era Constantin Dumitrescu. Había ultimado a Fischer, magnate y gran propietario agrícola de Transilvania, tan famoso por su fortuna este Fischer como por la miseria en que mantenía a sus inquilinos. Dumitrescu llegaría a ser guardaespaldas y escolta de Corneliu Codreanu, pero su comportamiento final en los días de la gran persecución nos dejaría en definitiva un recuerdo amargo.

Todo anduvo rápido. La suerte de Beza nos parecía la suerte de Rumania misma. Conseguimos un viejo taxi que gemía sobre el pésimo camino; también, pistolas y cuchillos de caza. En breve ceremonia, aparte, antes de subir al vehículo donde ya nos esperaba Beza, juramos en murmullo que moriríamos antes que permitir que la policía atrapara a nuestro protegido.

El viaje se hizo en silencio, tanto porque nos aplastaba la emoción de ir apretados junto a Beza, como, quizás, porque desconfiábamos un poco del chófer de ese taxi alquilado. Al final del camino, Shabla no nos defraudó: de inmediato nos ofreció buen refugio para los prófugos y se reunió una docena de jóvenes colonos dispuestos a sumar sus vidas en defensa de los perseguidos. Pero todas las precauciones parecían ahora pocas. Nos volvíamos más y más suspicaces. Pensábamos que algún día contaríamos que habíamos salvado a Beza, ¡y queríamos estar absolutamente seguros de que efectivamente le habíamos salvado!

Así, pese a la indiscutible seguridad que Shabla ofrecía, nos decidimos por otro villorrio aún más independiente y agresivo: Gargalac. Su fama de irreductible nacionalismo era tal, que creo que ni siquiera la policía motorizada se hubiera atrevido a penetrar en él. Beza nos dejaba hacer. Quizás en el fondo de su serenidad de viejo revolucionario de veinticuatro años estaba divertido por nuestra agitación. O sólo quería dormir. Después de todo, la responsabilidad era nuestra. La marcha se fijó para la medianoche. Antes, comprobamos con desaliento que ya no contábamos con el taxi, al cual sólo habíamos contratado hasta Shabla y que habíamos dejado ir porque no teníamos dinero para más. ¿Qué era eso para revolucionarios de menos de 20 años? Conseguimos un carro tirado por caballos, y ahora con más grande escolta, mejor armada y todavía más decidida, Beza partió de Shabla a Gargalac. Como no estaba el chófer del taxi, éramos sólo «los nuestros». Beza habló sin que nadie se hubiese atrevido a pedírselo. Empezó explicándonos que el Capitán Corneliu Codreanu le había comisionado a él y a Iancu Caranica para organizar la Guardia de Hierro en las dos provincias del Sur. Salté en la obscuridad. ¡Otra vez esos nombres de Corneliu Codreanu, de Legión de San Miguel Arcángel y de Guardia de Hierro! Dos ho-

ras duró el viaje. Sólo Beza habló, con voz lenta, pausada, sin otro eco que el golpear de los cascos de los caballos. Ante nosotros se desplegaba un mundo fabuloso. Siempre era el Capitán el tema central. Nos contó cómo quería hacer él una nueva Rumania en base a hombres nuevos. Que el Capitán decía que nada se podría construir si los hombres seguían moviéndose sin expulsar sus viejas pasiones. Que la pureza interior, el desinterés y la obediencia serían los pilares de la otra Rumania. Nos contó Beza cómo pequeños grupos de la Guardia recorrían el país entero predicando la buena nueva, enseñando a los campesinos y obreros la perfección de su oficio junto con el amor a la historia de Rumania; de la importancia de las canciones en común, algunas de las cuales tarareó para nosotros; de las reuniones de los «nidos» en las tardes de los sábados, donde todos confesaban sus faltas y se reconfortaban. Fue una larga comunión con nosotros como mudos participantes. Quizás alguno deseaba que Beza nos hablara del célebre atentado contra Angelescu, el hecho que lo exaltara ante la juventud rumana. No lo hizo. Fue una lección más. Al revés, nos habló de Buziord, un socialista, un marxista, un enemigo, a quien había conocido en la cárcel, pero al que admiraba por su sincero amor al pueblo y por su genuino espíritu revolucionario. Parecía dolerse de que tan óptimas condiciones humanas estuviesen encerradas en los dogmas de la estrecha filosofía de Carlos Marx.

Le dejamos en Gargalac, en manos seguras, realmente a salvo. No volvería a ver a Jorge Beza hasta el año 1934.

Regresé a mi ciudad de Bazargic. Pensaba continuamente en Corneliu Codreanu y en la Guardia de Hierro. Al principio, creí que no podría resignarme a una vida que ahora me parecía limitada. Sin embargo, los problemas de Bazargic volvieron a cogerme. Me dije que mi misión era contribuir a nacionalizar las dos provincias.

Era hermoso pensar en lo oído esa noche, con el eco de los cascos de los caballos, pero tenía que ser fiel a mi propia misión, pequeña seguramente, pero en la que de algo servía. ¡Después de todo, hombres como Corneliu Codreanu sabrían hacer lo que fuera necesario en los campos y ciudades del resto de Rumania...!

V

Los luminosos veinte años.—El primer discurso del Capitán: «Cuando la sesión estaba a punto de terminar y los bancos medio vacíos, se me concedió la palabra...».—«Somos de aquellos que creen que el sol sale en Roma y no en Moscú».—«Sólo, en medio de un mundo enemigo»

Estaba otra vez en mi mundo, en esa lucha primitiva de fronteras, lleno de rencor contra el búlgaro, sin alcanzar a comprender todavía que el mundo se ensanchaba minuto a minuto.

Esporádicamente, las olas de los grandes acontecimientos también llegaban hasta nosotros. Así, un día apareció en Bazargic otro de los Caranica, estudiante de Industria y Comercio. Toda la tarde y gran parte de la noche estuvimos sentados ante la mesa de un café, en la acera, mientras las horas quietas se arrastraban lentamente en la somnolencia del verano. Cuando pienso en los gestos alegres y confiados de mi invitado; cómo aumenta mi pesar por la masacre de septiembre de 1939, donde la muerte le había citado. Habló largo de Corneliu Codreanu, con veneración casi religiosa. Oyéndole, pensé que todos los que le habían conocido habían experimentado en sus vidas igual ansia de pureza. Caranica me contaba cómo su vida había cambiado sólo con

estrechar la mano de Corneliu Codreanu, antes de cruzar una palabra siquiera. Yo pensaba que nunca había conocido a nadie capaz de provocar emociones de esa clase, y que si algún día las circunstancias me llevaban junto a él, no sería capaz de responderle siquiera.

Ion Caranica, el buen camarada de ese día, tenía la alegría en los labios. Como si sintiera pudor en hablar de ese Capitán que tanto le emocionaba, se interrumpía en sus explicaciones, y cantaba. Llevaba el compás golpeando en la modesta mesa sin pulir, donde múltiples cafés derramados habían dejado su huella.

En un papel pedido a un mozo soñoliento escribió a mi insistencia una de las tantas marchas que cantó. Pudo reproducir sus principales estrofas porque en horas menos plácidas llegaría yo mismo a cantarlas centenares de veces.

¡Era la famosa marcha del Príncipe Esteban! Decían así:

El Príncipe Esteban de Moldavia
Estuvo en nuestras montañas
Y encontró en nuestros bosques
Guerreros valientes como águilas.

Haz tú lo mismo, Capitán;
Sube al Putna, y en sus valles
Te daremos batallones
De legionarios indomables.

Por tí, esta sangre fuerte
Estamos dispuestos a verter,
Porque llega el gran momento,
Por la Patria a combatir.

Tú, Codreanu, eres la antorcha,
Que nos dio Aquel del Cielo,
Tú, aplastas la desesperanza,
Tú, y tu Guardia de Hierro.

Nunca olvidaré estas estrofas. Aún hoy, cuando la vejez se acerca, las canto con emoción. Con ellas en los labios venceríamos todos los obstáculos. En las marchas, en los choques con la policía, en las fogatas con los campesinos, en los mediodías en las fábricas, todos cantábamos esa «Marcha del Príncipe Esteban» y nos sentíamos renovados para enfrentar cualquier peligro. En los momentos de desesperación, en las cárceles, en los campos de concentración donde por igual nos llevaron rumanos y alemanes, cuando todo era negro, siempre terminaba por oirse una voz: «¡Adelante... con el Príncipe Esteban!» Entonces, en nuestro interior crecía algo fuerte; nos sentíamos con nuestros antepasados que dieron sus vidas por Rumania y éramos otros, nuevos, alegres, preparados, indiferentes a la muerte y a las calumnias que hasta hoy nos siguen.

Con la llegada del año 1933, los acontecimientos se precipitaban sin que lo notáramos en Bazargic; sin embargo, los terroristas búlgaros, no menos activos, ya no eran nuestra principal preocupación.

Yo tenía veinte años. Los luminosos años que todo poeta se siente obligado a cantar. Pero no había primaveras ni amores imposibles en mi vida. Persistía, sí, una línea fronteriza que sentía como misión personal impedir que los búlgaros cruzasen. Ya me había vuelto integralmente anticomunista. Carecía de doctrina y de formación intelectual suficiente, pero no de juicio, y entendía que mi sereno amor por la verdad, mi ansia de redención de los oprimidos, nada tenía que ver con la paranoia dogmática del marxismo. Ahora sé que en ese mismo año de 1933 un austríaco llamado Adolfo Hitler había asumido el poder en Alemania y que algún día nos acusarían de ser agentes suyos. ¡Nosotros, agentes de un extranjero, cuando lo único que anhelábamos era la salvación de Rumania, morir por ella con una oración en los labios!

El mismo Ion Caranica me regaló en esa inolvidable ocasión el texto impreso del primer discurso que Corne-

liu Codreanu pronunciara en el Parlamento de Rumania, en 1931. Lo conservo. En él, el Capitán, después de recordar que es el más joven de los diputados, que sale de la cárcel después de dos años de reclusión y que habla en representación de un Movimiento nuevo, libre de compromisos, reclama la atención del Gobierno para el pensamiento de una generación crucificada. En su discurso plantea una crítica completa de la democracia liberal («Declaro que la democracia está al servicio de la gran finanza internacional») y de los partidos políticos («Un partido político es una sociedad anónima de explotación del voto universal»); señala cual debe ser la posición internacional («Somos de aquéllos que creen que el sol sale en Roma y no en Moscú. Creemos en nuestros padres, en nuestros antepasados, en los que nos trajeron a esta tierra, que con sus huesos de mil años nos deben inspirar en nuestras horas difíciles y dolorosas»). Plantea la miseria del pueblo rumano y arroja en medio de la elegante sala un trozo del mísero pan negro que constituía entonces el único alimento de los campesinos («Tiene que sentirse cualquiera con el corazón angustiado, y creo que cualquier pueblo de Europa, viendo esta imagen de la miseria en la cual vive el pueblo rumano, lloraría de piedad por nosotros. He traído estos pedazos de pan, hasta ahora ocultos y metidos en este elegante cajón, para destacar con cuanta superficialidad y artificialidad está rodeada esta miseria. Los deposito, muy a mi pesar, sobre el escritorio ministerial, y rogaría al honorable Gobierno, que ahora los tiene a su disposición, que primeramente examine qué come el pueblo rumano, antes de permitirse burlas sobre sus espaldas»). Finalmente, el capitán cree necesario explicarse ante las reiteradas imputaciones de antisemitismo que se habían hecho al Movimiento: «Una aclaración previa: yo no utilizo la palabra judío para insultar a nadie. Hablo de judíos, porque me parece que así se llaman, pero no deja de parecerme ex-

traño que sea ésta la única nación que se molesta porque se les designa con su nombre.» Pasa, a continuación, a analizar la situación de la provincia de Maramures, elegida entre muchos otros ejemplos posibles para mostrar como cambiaba la propiedad de los precios rústicos en Rumania: «No se puede ignorar este problema, ni sostener que no es uno de los básicos de la Rumania contemporánea. Con nosotros, los rumanos, sucede lo mismo que sucedió con los indios de Norteamérica: nos encontramos frente a una invasión extranjera y tenemos el derecho de defender nuestro suelo. A mí no me interesa quienes son los que vienen, pero antes, cuando los enemigos venían con las armas en la mano para robar tierras, nosotros resistíamos en las trincheras, también con las armas en las manos; pero hoy el fusil lo han cambiado por el dinero y cuando están en situación de comprar nuestro país, entonces nadie se atreve a protestar. Así se plantea el problema. Ustedes saben que los indios de Norteamérica desaparecieron paulatinamente frente a la invasión anglosajona. Hoy todo el mundo los campadece, porque eran buena gente, pero dicen: '¿Qué podrían hacer? ¡Los que venían eran más fuertes!'

»Señores: pienso con espanto en el día en que Europa nos llore por igual, a nosotros y a nuestros descendientes.»

Este dircurso del Capitán en el Parlamento, que me entregara Ion Caranica, en Bazargic, fue importante en mi vida, ya que por vez primera canalizaba mis inquietudes, ardorosas pero carentes de cauce doctrinario. Releía el discurso, y tenía por supuesto que había sido pronunciado ante un público enorme, espectante y enardecido, en favor o en contra. Años después, en el mismo libro del Capitán, conocí la verdad. Refiriéndose al gran día, dice textualmente: «Una tarde, a última hora, cuando la sesión estaba a punto de terminar y los bancos medio vacíos, se me concedió la palabra...» Cuando leí esta

realidad melancólica, no me alteré demasiado: empezaba a conocer el mundo de la política parlamentaria. Unas páginas más adelante, Corneliu Codreanu explica: «Como consecuencia de estas elecciones (las complementarias de Neamtz, en 1931) entré en el Parlamento; solo, en medio de un mundo enemigo, sin experiencia en esta vida parlamentaria, sin el talento de la oratoria democrática, que comprende muchas frases vacías, pero pomposas, magníficas, gestos preparados ante el espejo y una buena dosis de desvergüenza, cualidades con las cuales se puede uno abrir camino y encumbrarse, pero que Dios no ha querido darme, probablemente para quitarme cualquier tentación que me aconsejase prosperar empleándolas.»

Todavía, antes de dejar estas páginas, siento necesidad de insistir en algunas ideas. Corneliu Codreanu ha arrojado sobre el banco del Primer Ministro el mísero trozo de pan negro, el único alimento del campesino rumano, que afrentaría a cualquier otro pueblo de Europa. ¡Esto no era una exageración! Al contrario, el Capitán quedaba corto, y lo puedo decir yo, que provengo auténticamente de una familia de campesinos. En los meses de agosto de cada año, los campesinos habían agotado lo poco que para ellos quedaba de la anterior cosecha. Y la nueva estaba todavía verde. Agosto era el mes terrible, el mes de la expiación de quién sabe qué desconocido pecado. En agosto no había comida, pero había impuestos, mujeres e hijos. Por eso, el único alimento de los campesinos eran las ortigas que crecen al borde de todos los caminos. Si no los alimentaban, calmaban el hambre, sí, el hambre auténtico. ¿Cuántos hombres de Occidente lo han sentido realmente? Los más afortunados conseguían un poco de sal o un poco de aceite. Pero, realmente, estos eran afortunados. Agosto era el mes de la desesperación. Los dueños de la tierra eran ricos, tenían castillos o casas suntuosas en Bucarest. Pasaban nueve de los doce meses del año en Francia, en refinado intelectualismo. El abrigo de pieles de una de sus amantes representaría la renta de la vida entera de un campesino rumano. La tierra era poseída por los «fanariotas», es decir, por la nobleza descendiente de los bizantinos, intermediarios entre el poderío turco y los pueblos cristianos que debían pagar tributos, mil veces peor que esos turcos de los cuales alquilaron el poder. Una clase que nunca creyó en nada, sino en el dinero, que sirvió a Carol II y que trató de acomodarse con Antonescu y lo consiguió con los rusos. El campesino rumano, el 85 por 100 de la población, tampoco, creía en nada. Cuando se le hablaba de justicia, callaba, y pensaba que la justicia era privilegio de otros, especialmente de los franceses. Ser campesino rumano era, simplemente, nacer, sufrir y morir. Escuchaban nuestros discursos, callaban y rezaban. Sin odio, sin espíritu de revancha. Era como golpear al vacío.

VI

Las rejas de una cárcel, para siempre nuestro símbolo.— Negro y verde.—Los abogados amigos lo arreglan todo.— «Si el juez no acepta inscribir mi candidatura, lo mato».— Virgil Teodorescu, el primero de los mártires.—La verdad de las agencias internacionales y la verdad.—Disolución de la Guardia

La visita de Ion Caranica, con su mensaje del Príncipe Esteban y el primer discurso de Corneliu Codreanu en el Parlamento, no sería la única que por esos tiempos recibiéramos en Bazargic.

En el año 1933, en un día que no estoy en situación de precisar, llegó un muchacho que, aunque vivía habitualmente en la ciudad, apenas conocía. Se llamaba Aquiles Gula. Como no estoy seguro de si el hilo del relato me permitirá reencontrarlo, debo adelantar en su honor que combatió como voluntario en la segunda guerra mundial y que, cuando ya todo estaba perdido, siempre como voluntario, fue arrojado en paracaídas en Grecia, para luchar contra el marxismo. Cogido, permaneció veinte años en una cárcel griega. No se qué será hoy de él, pero, en aquel lejano año de 1933, Aquiles Gula era llevado a Bazargic por una misión precisa: propaganda electoral de la Guardia de Hierro. Nunca supe donde había hecho sus contactos ni donde había obtenido el mate-

rial; lo cierto es que los carteles eran más que impresionantes. A la primera ojeada los sentí como algo nacido de mi propio espíritu. Impresos en negro y verde, de más o menos 1,50 de largo por 1 metro de ancho, representaban a un prisionero que con tremendas energías sacudía los hierros de la ventana de una celda. Me conmovió comprobar que esos gigantescos *afiches* tenían una sola y exclusiva leyenda: «Guardia de Hierro.» Nada de consignas ni nombres de candidatos.

Aquiles Gula venía solo; me agregué de inmediato, antes que pensara en pedírmelo. En el día trabajaba con un ojo, porque las noches enteras las pasábamos pegando los carteles. Bazargic llegó a parecer un reducto de la Guardia, aunque tuviese allí un sólo militante: Aquiles Gula, y un confundido simpatizante: yo. Es desconcertante que en esa labor, que habría podido ser calificada casi de suicida, no tuviéramos dificultades.

Nadie intentó impedirnos pegar nuestros carteles; nadie se molestó tampoco en arrancarlos al día siguiente.

Poco después llegó el candidato oficial del Movimiento a la diputación. Se llamaba Iancu Caranica. Su nombre no me decía nada entonces. Me bastaba su militancia, pero se haría famoso el mismo año al ultimar a tiros, con otros dos, al primer ministro Duca. Nos presentaron en un café que era el centro de la colonia macedonio-rumana en Bazargic. Un tío del candidato (expulsado de los Estados Unidos, no se porqué), se acercó a la mesa de nuestro grupo y nos dijo, solemnemente: «Iancu está aquí y se necesitan dos hombres más para la lista de candidatos.» Alcancé a levantarme, pero, me derrumbé, desalentado, al recordar que no tenía aún la edad legal para ser candidato. Por un rato sentí que esa ley era una intriga personal urdida en mi contra. Los otros discutían en voz baja: se ofrecieron dos voluntarios «a candidatos»: los abogados I. H. y A. T., los que creo aún viven en la Rumania ocupada por los comunistas. Con ese ofrecimiento no se solucionaba el problema, porque, aunque resulte extraño a los ciudadanos de un país de Derecho que lean estas líneas, la ley rumana sólo daba un derecho: el juez no podía negarse a inscribir a los candidatos que se lo solicitaran cumpliendo con los requisitos legales. Lo difícil era llegar hasta el juez, puesto que la policía rodeaba los juzgados e impedía el acceso a los candidatos opositores. Incluso, sucedía que algunas veces éstos llegaban hasta el juez, pero éste, que no simpatizaba con la oposición, arbitrariamente, denegaba la inscripción, no quedando testimonio alguno, ya que ningún ministro de fe se habría atrevido a intervenir. Llegar hasta un juez o inscribirse electoralmente, era tan difícil en la Rumania de esos días como tomar un fortín blindado.

De ahí que, en su esencia, nuestro problema de ese día era conseguir que Iancu Caranica abordara al juez... siempre que éste no tuviera reservas personales. Y ésa, y no otra, era la misión de los que no alcanzábamos ni siquiera a ser candidatos: una misión puramente física. Me eché una gran pistola al bolsillo de la chaqueta y me apreté a él, codo a codo. Iancu Caranica, después de verificar de reojo, con cara de aprobación, mi aspecto decidido, declaró, echando a andar: «Tengo órdenes precisas del Capitán: si el juez no acepta inscribir mi candidatura, lo mato.» Esta frase lacónica provocó una batahola en el café: los dos abogados, probables candidatos, suplicaron «un par de minutos para arreglar las cosas». Insistieron en que eran amigos del juez, del jefe de policía, de todo el mundo, lo que, efectivamente, era posible. La vida de provincia minúscula funcionaba con todos sus fuertes vínculos como en cualquier país. Los abogados no regresaron, pero cuando Iancu Caranica y yo, después de unos minutos prudentes, salimos desafiantes, no tuvimos problemas, aunque la calle estaba llena de policías. Empezamos a subir al segundo piso del Juz-

gado, hacia el despacho del juez. En el descanso de la escalera, había un grupo de policías. Iancu Caranica, con cara indiferente, sacó su pistola del bolsillo del pantalón y la trasladó al de la chaqueta. En eso, bajaba desde el despacho del juez uno de los abogados. Alarmado, se aferró al brazo de Iancu, gritando: «¡Iancu, hermano!... ¿Qué haces?»

Iancu Caranica, ya en el centro del grupo, sin mirar a nadie, conmigo a su lado, que procuraba imitar el ademán desafiante, se limitó a repetir: «Tengo órdenes del Capitán: si el juez no acepta inscribir mi candidatura, lo mato.»

Afortunadamente, nada pasó: Iancu Caranica y los dos abogados amigos del juez y de la policía, obtuvieron su inmediata inscripción. Aquel día, yo estaba dispuesto a todo. Es una lástima que nadie reparara en ello ni pudiera apreciarlo. Después, cuando no era ya tan joven, quise verificar si efectivamente el Capitán había dado orden de balear a los jueces que se negaran arbitrariamente a inscribir a los candidatos de la Guardia. Los consultados se miraron sorprendidos, desconcertados: ninguno había oído hablar de semejante cosa. Detuve mis investigaciones porque, como fuera, el hecho es que Iancu Caranica había obtenido su inscripción en Bazargic. Quizás, con análogos subterfugios, la Guardia pudo conseguirla en muchas otras ciudades.

No habría elecciones. Tanto trabajo nocturno, tanto ademán sinceramente resuelto, tanto arrojo ofrecido, todo, considerado con moral electoral, sería inútil.

Inesperadamente, empezó la represión. Si en la colocación de los carteles electorales en Bazargic nadie nos incomodó y pareció ignorársenos, ahora las cosas cambiaban. La policía se colocaba sistemáticamente en nuestra contra... «¿En nuestra contra?» ¿de quién?—me preguntarán—. Pues en contra de los militantes de la Legión de San Miguel Arcángel y de la Guardia de Hierro, de

las cuales yo no era miembro, pero, también en contra de los macedonio-rumanos, a los cuales, por su historia milenaria, se les consideraba naturalmente identificados con aquélla, y de los cuales sí era yo parte muy activa.

No había lucha de un partido contra los otros. Ni los partidos burgueses ni los marxistas tenían juventudes ni cuadros que oponernos. Simplemente, empezaba la lucha de la policía contra un movimiento totalmente legal; un movimiento cuyos locales eran saqueados sistemáticamente, cuyos muchachos eran golpeados en las calles y en los caminos; un movimiento cuyos afiliados eran detenidos sin orden judicial y que transcurrían semanas sin que se notificase al juez correspondiente. Algunos de nuestros candidatos pasaron de la tribuna electoral a la cárcel y ningún periódico dio la más breve información.

Aunque éramos jóvenes y vehementes, soportábamos resignados. Se nos comunicó que Corneliu Codreanu había instruido no responder a la violencia con la violencia. Esta orden era suficiente. Además, el pueblo nos recibía en todas partes con los brazos abiertos. Sinceramente, creíamos ganar, de modo que íbamos a ese gran fin de fiesta que en una democracia es una elección parlamentaria con el ánimo bien dispuesto. Convidados no gratos, demostraríamos que el pueblo nos reconocía como los suyos.

Así llegó el 22 de noviembre de 1933, día que todo nacionalista rumano recuerda. La policía estaba exasperada porque la Guardia no respondía a su violencia sistemática con la contra violencia esperada. Buscaba la reacción. Después se supo que el primer ministro Duca había contraído en París compromisos con sociedades internacionales, obligándose a disolver la Guardia. Ordenó acentuar las provocaciones. El 22 de noviembre de 1933 cayó el primero de nuestros mártires. Se llamaba Virgil Teodorescu. Según lo había hecho en los anterio-

res, ese día salió Teodorescu a pegar carteles en las murallas de Constanza. Ni siquiera vio el rostro de sus asesinos: la policía lo acribilló por la espalda. Cayó de bruces, frente a uno de los grandes carteles con el gigante impotente aprisionado, en verde y negro, tras las barras cruzadas. Apretamos los labios. Con los rostros sombríos, seguimos trabajando. Procurábamos reconfortarnos en nuestras reuniones de las tardes de los sábados. Nosotros no éramos un partido burgués cuya única solución contra la arbitrariedad es hacer una denuncia al juez, pronunciar un discurso en el Parlamento o pagar una inserción en un periódico. No, nosotros estábamos dispuestos a todo y si nos conteníamos era, simplemente, porque nuestro jefe nos prohibía la violencia y nosotros acatábamos esa prohibición. Para los asesinos sí que no había freno. Entre el 22 de noviembre, día en que cayó Virgil Teodorescu, y el 10 de diciembre del mismo año, quince militantes de la Guardia fueron asesinados por la policía, ya sea en la oscuridad y quietud de los campos o en el bullicio de las ciudades. El número de detenidos llegó a la increíble cifra de 18.000. Sin embargo, oficialmente, la Rumania de Carol II era una democracia, un Estado de derecho. Creo que estas cifras y estas circunstancias quieren ser olvidadas por aquellos que, minuciosamente, se han dedicado después a acumular antecedentes en nuestra contra.

Personalmente, me sentía espantado de que ésto pudiese suceder en un país civilizado, en plena campaña electoral, en soberana majestad de la democracia. Hoy, la vida me ha enseñado que el mundo sólo clama y grita cuando los muertos o los presos pertenecen a los grupos que los consorcios internacionales, las agencias noticiosas o las agrupaciones marxistas consideran como propios. ¿Parece ésto despecho? No lo es. Todavía, pregunto, ¿quiénes conocen las cartas que el mariscal Goering escribió antes de suicidarse en Nüremberg la noche an-

tes de que su cadáver fuese ahorcado, cremado y las cenizas arrojadas al mar? ¿Quiénes saben de las últimas palabras de los llamados «criminales de guerra» japoneses, antes de ser ahorcados?... Hasta hoy, ¿se ha publicado en el mundo un libro, tan sólo uno, explicando las razones y el por qué de las luchas de Alemania en la segunda guerra mundial? ¿Cuál es la editorial que se atrevería? ¿Se puede creer, tan simplistamente, que ocho millones de hombres del Eje murieron sin una razón, buena o mala, pero respetable para sus propias almas? Lo real es que la verdad no existe ni vive si las agencias internacionales no le dan su pase o visto bueno.

Tampoco el mundo reparaba entonces en nuestros muertos ni se preocupaba de ellos, aunque sí tuvo una contabilidad avariciosa de la reacción posterior. Nadie pensaba en nuestros muertos, en los legionarios arrancados en las noches de sus hogares, en las mujeres humilladas y en los hijos trasladados a pueblos lejanos, desconocidos de sus padres. Dieciséis de los nuestros habían caído sin la más mínima provocación, sin un previo gesto de amenaza siquiera. ¿Quién estuvo junto a nosotros? Nadie, que yo sepa. Honradamente, no sé si algún periódico o una radio de Alemania o de Italia reclamó por nosotros. Si así fue, no lo supimos. Sentíamos que estábamos solos en el mundo; que seríamos exterminados como animales salvajes en el fondo de sus prisiones; que ningún vínculo nos ataba a los hombres que entonces gobernaban a Rumania. ¡Y procurábamos no odiar!

No había llegado lo peor. El día 10 de diciembre de 1933, paradójicamnte el día de los universitarios rumanos, el ministro Duca, siempre más fiel a sus compromisos internacionales que a la estirpe rumana, decretó la disolución oficial de la Legión y la Guardia. Se clausuraron los locales y periódicos y prácticamente se detuvo a la totalidad de los dirigentes.

Parecía la última prueba. Vilmente se nos arrebata-

ba el éxito a las puertas de lo que estimábamos una victoria segura. Cuando cayó Virgil Teodorescu comprendimos que el buen legionario no debía pensar en su vida futura. Pero desde el 10 de diciembre de 1933, eliminadas las elecciones, resultaba que ya ni siquiera teníamos el consuelo de que el pueblo, con sus sufragios, reivindicara a los muertos. Ahora sólo quedaba vengarlos. En medio de tantas tinieblas, de tanta desesperación y de tanta esperanza frustrada, nos reconfortaba el pensar que Corneliu Codreanu estaba oculto y libre, que Rumania vivía en la clandestinidad en el mejor de sus hijos.

Recuerdo aquel 10 de diciembre de 1933. Exasperado, me paseaba en mi pequeña habitación de Bazargic. Imaginaba mil posibilidades de venganza, y la última era mejor que las anteriores.

VII

«Los Nicadori» salen de la cárcel para hacer justicia.—Tortura y muerte de Sterie Ciumeti.—Enterrados en vida.—Rumbo a Bucarest en homenaje a Sterie.—La primera visión del Capitán.—Visita a la cárcel de Jilava.—El príncipe general Cantacuzino

Con mucho disimulo las radios daban cuenta en sus comentarios oficiales del martirio de la Guardia.

Yo estaba decidido a todo; pero mientras hacía mis propios planes, el destino me desdeñó como su brazo ejecutor.

En la primera persecución habían sido apresados Niki Constantinescu, Iancu Caranica y Doru Belimace, los dos últimos macedonio-rumanos. En la cárcel se juramentaron: si volvían a ser libres, vengarían a la Guardia. Así lo prometieron entre ellos, en la soledad de la prisión, donde ninguna instrucción podía llegar. Al hacer su promesa, ¿creían realmente que algún día volverían a ver el sol de la libertad? Realmente, no lo sé; pero por una de esas paradojas que la tiranía se obstina en llamar legalidad o, quizás, más seguro, por una equivocación administrativa, el hecho es que, sorprendentemente, fueron liberados. Ellos no habían olvidado su promesa.

El 29 de diciembre de 1933 el primer ministro Duca

volvía del palacio de verano del Rey Carol II, después de desear felicidades al tirano para el nuevo año. En el andén de la estación de Sinaia se enfrentó con la justicia: los tres juramentados cumplieron su palabra. Un inmenso clamor de júbilo popular saludó la muerte de Duca, aunque todos comprendían que el verdadero culpable, el rey, seguía a salvo. Sólo Iancu Caranica logró escapar, aunque se entregó posteriormente. Fueron bárbaramente torturados. Se deseaba declararan que habían actuado por mandato de la Guardia. En realidad la interpretaban, como muy bien interpretaban a la mayoría de la juventud de Rumania, pero no habían recibido orden alguna y supieron mantenerse fieles a la verdad. El pueblo los llamó «los Nicadori», haciendo una sigla de los nombres de los tres juramentados, quienes se incorporaron al alma popular.

Recrudeció la persecución. El mismo 29 de diciembre fue asesinado por la policía de Bucarest, sin formalidad de juicio, Sterie Ciumeti, tesorero general de la Guardia. Antes se le torturó para que revelara el lugar en que estaba oculto Corneliu Codreanu. De él escribió el Capitán:

«Sterie Ciumeti vivía día y noche conmigo. Era un joven de gran corrección y fidelidad. Llegó a ser el tesorero central de la Guardia. Todos los días que aún había de vivir no pensó más que en la Guardia, no se atormentó más que por la Guardia y no vivió más que para ella».

«Los Nicadori», en la hora de la desesperación habían hecho un pacto con la muerte. En la hora de la verdad lo cumplieron lealmente. En la cárcel escribieron un himno, que desde ese día todos coreábamos.

Dice así:

Una plutocracia extranjera
De alma corrompida,
Se ha hecho dueña de nuestra tierra;

En el país hay duelo y lágrimas;
Los mejores de los nuestros murieron como perros.

Una nación sangrante no podía resistir,
Nosotros tres, ligados por juramentos,
Decidimos a nuestra Patria, camaradas, vengar;
El Arcángel nos ayudó;
Nada, ni siquiera la muerte nos detendrá.

Una vez más, ahora ante el gesto de «los Nicadori», Bazargic se distinguió por sus manifestaciones de júbilo. Con ansiosa preocupación seguimos el proceso posterior. En él se trató de envolver a la Guardia, lo que no se consiguió. Parece que fue salvada por el príncipe general Cantacuzino quien, al admitir en principio su intervención, obligó a que el proceso fuese llevado ante un tribunal superior, más libre de las presiones del rey.

Sólo «los Nicadori», que asumieron la total responsabilidad, fueron condenados a presidio perpetuo. Por el momento, salvaron sus vidas. Cuando no lo esperaban los círculos oficiales, la Guardia escapaba de las acechanzas del rey.

Ya no había calma en Bazargic. Los acontecimientos de los últimos años nos hacían vivir atentos, siempre a la espera de las grandes novedades y ansiosos de provocarlas nosotros. Mirábamos a Bucarest y a todo lugar donde se supusiera estaba Corneliu Codreanu.

Nicolás Cumeti, director del periódico *Los Legionarios*, de Bazargic, periódico que, pese a su nombre, no pertenecía a la Guardia, aunque la interpretaba fielmente, nos propuso una gran idea: ¿por qué no ir a Bucarest en masa y hacer decir allí una misa en homenaje a Sterie Ciumeti? La iniciativa fue entusiastamente acogida por los colonos y por Ion Patoni, en libertad bajo fianza, jefe del grupo del cual yo me consideraba parte.

En definitiva, unos 40 fuimos de la partida. La mayoría no conocíamos la capital. Alegres, nerviosos todos

con la esperanza de ver a Codreanu, perturbábamos el tren y abreviamos el largo viaje con canciones nacionalistas. Una noche de junio de 1934 nos recibió el andén de la estación de Bucarest. Un gran número de estudiantes macedonio-rumanos había concurrido a esperarnos y aplaudirnos. Pero había todavía más policías. Se nos notificó de inmediato que estaba prohibido formar grupos, por lo que decidimos juntarnos al día siguiente y a una hora convenida, en la plaza de las Flores. Allí volví a encontrar a Jorge Beza, encargado por la Guardia de coordinar nuestros movimientos.

Mi admiración a Beza, así como la de mis compañeros, en nada había disminuido; pero en esos momentos, lo que deseábamos era ver a Corneliu Codreanu. En la espera nerviosa trascurrió la ceremonia religiosa. Siempre había algunas cabezas vueltas hacia la puerta. En murmullos respetuosos se difundió que no vendría, retenido por una entrevista con periodistas franceses.

No nos convencimos, no queríamos convencernos y, terminada la misa, nos reunimos en el patio de la iglesia. Ahí nos diluimos entre la gran masa de policías dirigidos por el fiscal militar, capitán Atanasiu, y los muchachos de la Guardia vestidos con sus camisas verdes. Les envidiábamos y admirábamos, procurando obtener el máximo de informaciones sobre el pasado de cada uno. Alguien recordó que, según lo proyectado, debíamos trasladarnos al lejano cementerio de Santa Viernes, hasta la tumba de Sterie Ciumeti. Pero no nos decidíamos a partir.

De pronto un extremecimiento sacudió a la multitud. Nos volvimos instintivamente hacia la calle. Un segundo después, alguien gritó: «¡Viene el Capitán!». Con precisión militar, los de camisas verdes se apartaron y formaron, de cara entre sí, en dos largas columnas. Saludaron, llevando primero la mano al corazón y estirando después el brazo al estilo romano, según la usanza de la

estirpe, natural entre nosotros mucho antes que Mussolini popularizara ese saludo en el mundo.

Le ví por vez primera mientras avanzaba, distante y pensativo, por entre los brazos en alto. Aún hoy le recuerdo así. El Capitán tendría entonces unos treinta y cinco años. Vestía de civil y un ajustado abrigo oscuro hacía destacar su altura y su pelo claro. Me impresionó su rostro, sereno y triste, como si hubiese experimentado ya los dolores del mundo y su alma estuviese purificada para la leal aceptación del destino. Un día, alguien que conoció muy cerca a José Antonio Primo de Rivera, el jefe de la Falange Española, alguien que estuvo en la cárcel con él hasta su muerte, me hizo notar esa misma característica de paz y serenidad que emanaba del rostro del caudillo de las Juventudes de España. En verdad, no deja de sorprender que sus enemigos se hayan empeñado, y casi conseguido, en presentarlos a ambos, temperalmente enemigos de la violencia, como jefes de bandas de forajidos.

Quien en el verano del año 1937 (junio o julio), me hizo notar por vez primera esa especial semejanza, fue un croata, de nombre Milko Kuziak, estudiante de medicina en Alicante (España). Este muchacho, pese a su calidad de croata, había sido militante de la Falange Española y conservaba como preciosas reliquias una insignia de Falange y unas hojas para liar cigarrillos que le había regalado José Antonio Primo de Rivera en la cárcel de Alicante, en la noche de su muerte. Milko Kuziak llegó recomendado por el príncipe Alex Cantacuzino, sobreviviente de España, y después de una semana logramos satisfacer su exigencia: un barco que lo llevara a España, donde volvió a alistarse en el Ejército de Franco. Nunca volvimos a saber de él.

El Capitán llegó hasta nosotros y manifestó su deseo de conocer a los venidos desde Bazargic. Inmediatamente los de camisas verdes formaron un firme círculo afec-

tuoso en torno a nosotros, a la vez que nos aislaban de la policía que en silencio contemplaba la escena.

Estrechó las manos. Mientras pronunciábamos nuestros nombres nos miraba fijamente, como si quisiera grabárselos. Después, en voz baja, pausadamente, nos habló de Sterie Ciumeti y de la gran pérdida que para él significaba su muerte. De la limpieza moral del caído y de los múltiples ejemplos de piedad y humildad que había prodigado. No hubo palabras de venganza ni odio para nadie. Le escuchaba ansioso. Me sentía transfigurado por esa manera de mirar la vida. Me repetía sin cesar que estaba frente a Corneliu Codreanu, el mejor de los rumanos, el único capaz de hacer de Rumania la tierra de justicia que anhelábamos. Calló; permanecimos silenciosos mientras entraba solo en la iglesia. Lentamente le seguí, hasta detenerme en el *dintel* de la puerta; Jorge Beza se inclinaba ligeramente a mi lado, no sin lanzar miradas inquietas a los grupos de policías. Transcurriría un cuarto de hora. El Capitán estaba allí, arrodillado, rezando ausente, mientras yo clavaba mis ojos en sus espaldas y nada alteraba el silencio de los centenares de muchachos que se habían ido apretando a mi alrededor. Finalmente, el Capitán se retiró con la misma serenidad y tristeza de su llegada, otra vez por entre las dos filas apresuradamente rehechas de brazos en alto saludando.

Cuando hubo desaparecido entre la multitud de la plaza, frente a la iglesia, la colmena nacionalista empezó a rebullir. ¡Le habíamos conocido al fin, y eso era lo más importante! ¡Ahora no había en el mundo policías, cárceles ni reyes, capaces de detenernos!

«¡A Santa Viernes, a Santa Viernes... a la tumba de Ciumeti!», gritábamos todos.

Dos oficiales de policía se acercaron con excesiva amabilidad y nos ofrecieron, ya que el trayecto era largo—seis kilómetros según puntualizaron—llevarnos hasta el cementerio en autos y camionetas de la misma policía; cuando rehusamos terminantemente, se nos agregó con modales menos amables que no se nos permitiría pasar en otra forma. ¡Aquello fue echar petróleo a la hoguera!

En el mismo patio de la iglesia nos organizamos en formación militar. Al salir no éramos más de 100, ya que los de camisas verdes, cumpliendo órdenes, se habían retirado. Pero, a poco andar, éramos 2.000 y llegamos hasta unos 3.000. La gente corría a las calles para aplaudirnos y comprobé que incluso algunos comerciantes cerraban sus negocios y se nos unían. Varias veces la policía intentó cortarnos el paso formando barreras y aún barricadas en las calles. Las superamos. Todo el camino fue una sucesión de cantos, de bofetadas y de cargas en grupos. Por milagro no aparecieron armas de fuego. Tres horas y 8 heridos nos costó ese trayecto de seis kilómetros, pero, al derribar una última barrera, avistamos, al fin, el cementerio de Santa Viernes. Estaba cercado de policías y cipreses. Más policías que cipreses.

Sin embargo, ahora nos dejaron tranquilos. Tan magullados como exaltados, nos agrupamos en torno a la tumba de Sterie Ciumeti para escuchar media docena de discursos. Los oradores, muy bien preparados por aquella tormentosa travesía, pronunciaron sangrientas palabras contra la escandalosa vida privada del rey Carol II; contra las malversaciones que día a día se descubrían; contra los pactos secretos de Rumania que nos ataban al bajo mundo de las sociedades internacionales; contra el marxismo y la miseria de los campesinos.

El último orador invitó a visitar a «los Nicadori», es decir, a los tres que mataron a Duca. La incitación fue aceptada con el espontáneo corear, en el mismo cementerio, de los compases del himno ya popular. Era el de «los enterrados en vida», como los llamaba el Capitán, puesto que estaban condenados a perpetuidad en una cárcel

con celdas subterráneas; los que firmaban todas sus cartas con las extremecedoras palabras de «¡Viva la Muerte!». Los tres hombres que Rumania nunca volvió a ver en libertad.

La policía se mantuvo pasiva y pudimos marchar rezando y cantando, hasta Jilava. Grave sería lo que allí pudiera suceder, puesto que estábamos decididos a ver realmente a «los Nicadori». Por otra parte, corría el rumor de que habían sido asesinados. Esta vez, Dios estaba de nuestra parte y colocaba las aparentes casualidades a la diestra. En ese momento no lo sabíamos, pero el alcaide de Jilava era entonces el coronel Iset, militar de origen turco que había sido antes comandante en Bazargic.

Debo dejar constancia que los turcos, oficialmente nuestros enemigos durante siglos, y los que de ellos descendían, fueron casi siempre más tolerantes y comprensivos para con los nacionalismos balcánicos que lo fueron los cristianos entre ellos. Donde hubo turcos, fuimos recibidos, aún cuando enemigos, con caballerosidad e hidalguía. Cumplo con rendirles homenaje en cuanto individuos. La Guardia les admitió con plenitud de derechos, como a cualquiera de los nuestros, prescindiendo de su credo mahometano. En general eran hombres de bien y el coronel Iset lo era en especial. Conocía a casi todos los que formaban el grupo de Bazargic y en vez de oponernos ametralladoras, como era lo usual, nos ofreció que una delegación presidida por Ion Patoni visitara a «los Nicadori» en sus celdas.

Aún habiendo reconocido a Iset, quedamos desconcertados. Nos miramos con la sorpresa de quien habiendo creído golpear contra una plancha de hierro, lo ha hecho contra una esponja. Finalmente uno de nosotros se adelantó y entregó a Patoni un pequeño obsequio. Todos imitaron. Entregábamos cosas insignificantes en sí, pero queridas y valiosas para nuestra pobreza; modestos presentes como recuerdos a los enterrados en vida. Mientras Patoni y los otros delegados cruzaban las puertas, nosotros empezamos espontáneamente a cantar y no paramos de hacerlo hasta su regreso: esperábamos que siquiera un eco lejano de nuestras marchas llegara como aliento y consuelo hasta los que bajo tierra sufrían por Rumania.

La policía no volvió a cruzarse ante el pequeño grupo de Bazargic. La exaltación no cesaba. Por la tarde, en la «Casa del Estudiante Macedonio-Rumano», en la calle Iorciano, nos habló, entre otros, Pihu, comandante de la Guardia. Pude constatar que si sus palabras no eran las mismas de Codreanu, traducían y expresaban una misma actitud ante la vida: el deseo de pureza interior y la voluntad de entregarlo todo por la redención del pueblo rumano.

Aún no terminaba el día. Finalizado el acto de la tarde nos fuimos en masa a la sede de la Guardia, entonces oficialmente disuelta, ubicada en la calle Gütemberg. Recordábamos con emoción que en los cimientos de la sede se habían colocado piedras traídas de la fortaleza que el emperador Trajano construyera en Dobroja, y mirábamos a nuestro alrededor, tímidos y reverentes. Todavía tuvimos otra impresión: el último orador era el príncipe general Cantacuzino. Sabíamos que su intervención en alguna manera había salvado a la Guardia en el proceso de «los Nicadori» y a éstos, quizás la vida. De niños, en el colegio y en las tradiciones familiares le habíamos admirado por su valor legendario en la primera guerra mundial, en la cual sirvió activamente con el grado de coronel. Ahora estaba frente a nosotros. Era un hombre pequeño, vivaz, inquieto, al cual faltaba un ojo y tenía un brazo paralizado como consecuencia de una herida en el frente. Semejante hombre debía entenderse pronto con el Capitán. Esa misma construcción era su antiguo p a l a c i o, acondicionado y donado a la Guardia. En el patio se conservaba la bella estatua de

su mujer, que él hizo colocar a la muerte de ésta. En esa noche de exaltación política e histórica no se por qué me pareció más bello el recordar que el príncipe, famoso esgrimista pese a su brazo paralítico y al ojo que le faltaba, se había batido por razones políticas y vencido al presidente del aristocrático Jockey Club de Bucarest.

VIII

De Bazargic a Constanza.—El campo de trabajo de Carmen Sylva.—La historia del primer campo en Ungheni.—El retiro al Monte Rarău.—La muerte del verdugo Manciu

En octubre o noviembre de 1934 mi familia decidió trasladarse a Constanza. Abandonamos definitivamente Bazargic. Mi padre tenía una hermana en esa ciudad, y por sus vinculaciones las posibilidades económicas parecían mejores. Así, pues, partimos todos. En Constanza viviría hasta 1941.

El cambio era importante. No sólo terminaba la pequeña y cruel lucha fronteriza de protección a los colonos, sino que me encontraba en una gran ciudad de más de 160.000 habitantes, abierta a las inquietudes de Rumania y de Europa.

El gran puerto rumano sobre el Mar Negro realmente impresionaba. Las instalaciones eran importantes y la bahía hervía de barcos de todas las naciones. Era, al mismo tiempo, la base militar del país. Por allí se exportaba el petróleo de Ploeşti. La enorme actividad comercial se apreciaba a la primera ojeada. La ciudad, de hermosa construcción, estaba cruzada por boulevares y

contaba con bellas plazas. Si bien era típicamente rumana y ortodoxa, destacando su gran catedral, había también iglesias católicas, protestantes, armenias, búlgaras y hasta varias mezquitas, una de ellas, importante, en la plaza de Ovidio.

Constanza era expresión de la pujanza de la Rumania moderna, pero también estaba presente en ella la historia de nuestra estirpe. Desde luego, su emplazamiento corresponde a la antigua Constantina de los romanos. En su cercanía, confundidas ahora, estaba la Tomis romana, donde el poeta Ovidio (a quien una estatua recordaba en la plaza principal), permaneció desterrado entre los años 9 y 17 de nuestra Era, bajo el reinado de los emparadores Augusto y Tiberio. Todavía, Constanza había sido una importante estación naval de los genoveses en la Edad Media, y en 1854 tuvo lugar en sus cercanías un encuentro entre rusos y turcos.

Esta era la ciudad en que iniciaba mi nueva vida.

Pronto obtuve empleo en una Agencia Naval, representante exclusiva de compañías alemanas y suecas. Después del agitado pasado, mi vida pareció adquirir ritmo sereno. Me dediqué a conciencia al nuevo oficio y traté de convertirme en un buen empleado, con comprensión y aliento de mis jefes, más de uno de cuales todavía vive en el exilio. Esta actitud podrá sorprender, pero la verdad es que, pese a todas mis simpatías y entusiasmo por la Guardia, sentía vagamente que difícilmente podría servir para otra cosa que para luchar junto a los colonos, como lo había hecho. Ahora estaba en otro frente, para el cual me sentía poco capacitado. Reemplacé el fusil y el revólver de mi grupo de protección de los colonos de Bazargic, por los libros y periódicos. Para ser exacto, libros pocos, porque he sido siempre un hombre de trincheras y de batallas, con todo el respeto que la vida intelectual, para la cual no nací, me merece. Pero los periódicos eran muchos; me ocupaban todos los bol-

sillos y se amontonaban en mi mesa de trabajo, revueltos con facturas y guías de embarque. La Guardia tenía varias publicaciones, que recuerdo muy bien: *Rumania Cristiana; La Libertad,* de propiedad del padre del segundo comandante, Ion Motza; *Axa, Buna Vestire* y *Los Heraldos.* Todavía me quedaba tiempo para otras publicaciones que si no pertenecían a la Guardia, también levantaban la bandera del nacionalismo, como *Pulverizar la Piedra* y *Porunca Vxemii.*

En el año 1935, la Guardia inauguró en el balneario de Carmen Sylva, a 10 ó 12 kilómetros de Constanza, un campamento de trabajo sujeto a la dirección inmediata de Corneliu Codreanu. Este campo, denominado con el seudónimo de la Reina Elizabeth, la célebre poetisa, mujer de Carol I, muerta en 1915, sería el más conocido de los campos de trabajo de la Guardia, pero no el primero, cronológicamente hablando. Ese honor correspondía al de Ungheni, fundado por el mismo Codreanu en 1924, antes de nacer la Legión de San Miguel Arcángel. Al correr de los años muchos lo imitarían, en Rumania y en el extranjero, pero el honor correspondió a Ungheni. Allí concurrió por vez primera la juventud intelectual a adoctrinarse políticamente, a fortalecerse moralmente y a habituarse a la labor manual. Otros, ajenos a la Guardia, con más snobismo que corazón, procurarían imitarlo; pero Ungheni y los gravísimos acontecimientos que entonces le siguieron merecerán más adelante un párrafo aparte.

En ese año 1935, el campo de Carmen Sylva realizaba casi totalmente los ideales del Capitán sobre la materia; era, efectivamente, una forja de «héroes del trabajo», como él buscaba. Empezaba a cumplir el ideal de que todo intelectual debe saber también un oficio manual, y que a través del trabajo realizado por las manos debe verificarse la comunión histórica y social de los diversos estratos del pueblo. Ahí estaba Carmen Sylva

dando testimonio. Yo viajaba hasta allá todos los fines de semana e, incluso, hasta dos o tres tardes en la misma semana. Entre los campesinos, los empleados y los muchachos estudiantes, sin que nada en sus vestimentas los destacara, podía identificar a figuras ilustres de la Rumania de entonces. Así, al príncipe general Cantacuzino; al profesor universitario Giurăscu, célebre por sus investigaciones históricas; al filósofo Nae Ionesçu, y algunos otros. Siempre encontraba a mi viejo conocido, Jorge Beza, quien me distinguía públicamente con su afecto. A veces, aunque en grupos, tuve el privilegio de cambiar algunas palabras con el mismo Capitán, el cual parecía muy atareado.

Los propósitos espirituales de Carmen Sylva se perseguían a través de metas sencillas. Los militantes y simpatizantes trabajaban duramente en obras materiales de provecho regional. Ese año se perforó una serie de pozos para obtener agua necesaria para la bebida y regadío de los campos de la zona. También se construyó una gran terraza frente al mar, así como se reforzaron las defensas contra éste, bastante deterioradas ya. Carmen Sylva tenía una población permanente de alrededor de 300 personas, las que se turnaban según las posibilidades de tiempo libre y, sobre todo, de alojamientos disponibles. Se procuraba alojar al máximo, pero en todo caso, no se impedía la entrada a nadie. Como el lujoso balneario del mismo nombre estaba cerca, los veraneantes y turistas curioseaban por allí todo el día. Generalmente, llegaban con sonrisas maliciosas o burlonas, pero solían retirarse pensativos, cuando no francamente entusiasmados. Cualquiera que fuese en definitiva su actitud, ella no turbaba en lo más mínimo la serenidad y aplicación de los trabajadores del campo.

Las comidas se servían en común y poco recuperaban de la dureza implacable del trabajo. No más de dos o tres veces tuve el privilegio de que se me ofreciera carne. La

base era siempre pan y cebolla, según la consigna muy repetida de «Si hay pan y cebolla, no se puede decir que no hay comida». También las oraciones se hacían en común, tanto al anochecer como al iniciarse las jornadas diarias. El problema de la alimentación era grave; se carecía de medios para mejorarla y, aun para mantenerla en sus espartanas dimensiones. Por eso recuerdo con cuanta perplejidad nos miramos cuando en el año 1936 el Capitán nos anunció que un importánte número de niños, hijos de mineros de Transilvania, pasarían sus vacaciones en Carmen Sylva. El Capitán, captando nuestros gestos, se limitó a decir con sonrisa inocente: «Ya que los padres de esos niños trabajan en la obscuridad, sacrificaremos aún más nuestra pobreza para que sus hijos puedan ver mejor el sol».

Algo más tranquilo, les ví llegar como una bandada bulliciosa de gorriones. Todos venían con sus trajes típicos y nos dispusimos a atenderlos, confiados en la ayuda de Dios. En verdad, no tuvimos problemas. Algunas donaciones inesperadas nos permitieron cuidarlos como se merecían. Cuando partieron nos sentimos más solos en el repentino silencio, pero nuestras almas se habían ensanchado.

El Capitán, siempre con su apariencia distante y lejana, pero, en verdad, atento a los menores detalles, todo lo vigilaba. Cuando le evoco en Carmen Sylva pienso que la sensación más clara que producía era el hallarse fuera del tiempo. Mi admirable camarada Nicolás Seitán, abogado de modales finos y distinguidos, una de las figuras de mayor elevación moral de la Guardia y que hoy vive en Buenos Aires, siendo entonces comandante en el distrito de Constanza, le seguía como sombra silenciosa y fiel. Aunque se negaba a admitirlo, era claro que, de hecho, trataba de servirle de guardaespaldas, por lo que el Capitán le regañaba cariñosamente: «Déjame,

Seitán, le decía; no le temo a la muerte. Lo que debe suceder, sucederá».

Algunas veces el Capitán se detenía frente a uno de los trabajadores cansados o junto a un muchachito triste que, quizás, pese a su fervor, añoraba su hogar. Todos se cohibían, y él parecía notarlo. Al dirigirles la palabra, colocaba la mano sobre el hombro del aludido, y semiabrazándolo, le decía en voz baja: «Hermano...», instándolo tácitamente a hablar.

El momento más importante en el campo era el de la caída del sol. El Capitán se sentaba en una piedra o, simplemente, en el suelo, mientras todos se agrupaban silenciosamente en torno a él. Hablaba sobre un tema cualquiera y nadie se atrevía a interrumpirlo o interrogarle. No era un buen orador, y tenía aversión a las formas, pero su voz suave, que nunca elevaba demasiado, era de especial atracción. «Captaba», y en conjunto, aquellas reuniones de las tardes, con el mar al fondo, ataban los cimientos de una unidad espiritual que nada pudo llegar a destruir.

Carmen Sylva, inaugurado el 5 de julio de 1935, fue, pues, el más importante de los campos de trabajo de la Legión. Entre su fundación y el día 10 de octubre de 1937, más de 900 legionarios pasaron por él. Se construyeron 7 cabañas de alojamiento: un kilómetro de carretera; terrazas; varias fuentes; se consolidaron las defensas contra el mar. La idea era construir un pueblo y un sanatorio cerca del balneario de Carmen Sylva, lo que no se consiguió porque en 1937 fue prohibido. En todo caso, lo importante era el ejemplo moral, especialmente para los veraneantes y los campesinos de los alrededores.

En 1936, grandes, medianos o pequeños, la Legión mantenía más de mil campos de trabajo en toda Rumania. ¡Piénsese en el factor colosal de transformación que ello representaba! Entre los más importantes, debo

citar: Rădăuţi (Bucovina), Susai-Praedeal (Cárpatos meridionales), Nicoreşti (sur de Moldavia), Buşteni (Cárpatos), Cluj (Transilvania), Arnota (cerca del río Olot), Marca (Transilvania), Valea Mate (Basaravia), e Ineu (Transilvania).

Como se ha dicho, el primero de los campos fue el de Ungheni, sobre el Prut, al norte de Moldavia, inaugurado en 1924, cuando el Capitán apenas iniciaba sus luchas. Dio origen a graves acontecimientos que pudieron haberle abatido para siempre. Ciñéndome a las palabras del mismo Capitán en su libro, paso a explicarlo.

«Nuestra compañía de trabajo (en Ungheni) produjo un principio de revolución en la mentalidad corriente. Toda la gente de la vecindad se reunía con curiosidad para vernos. Esta gente estaba habituada a ver a los estudiantes pasear por la calle Lăpusneanu o cantar alegres canciones en las cervecerías durante sus horas libres. Ahora los veía amasar la arcilla con los pies, llenos de fango hasta la cintura; transportar agua del Prut, o estar doblados sobre la pala, bajo el sol. La gente asistía al fin de una mentalidad dominante hasta entonces; la de ser una vergüenza para un intelectual trabajar con sus brazos, especialmente en trabajos pesados, reservados en el pasado a los esclavos o las clases despreciadas.»

En el campo de Ungheni se trabajaba especialmente en la fabricación de ladrillos destinados a la construcción de una sede de la Organización; existía, además, en la ciudad de Iaşi un huerto de importancia, para mantener a los trabajadores y, eventualmente, ayudar a los campesinos de los alrededores.

La policía empezó a provocar sistemáticamente a los trabajadores y especialmente a Corneliu Codreanu, quien fue golpeado públicamente en dos oportunidades. Finalmente, como no se consiguiera la reacción que se buscaba, detuvo a la totalidad de los trabajadores del huerto, después de destruirlo. En el cuartel policial los jefes fue-

ron colgados de los pies, en cuyas plantas se les azotaba. Para acallar los gritos se hundían sus cabezas en baldes de agua. El prefecto Manciu, en persona, manejaba un látigo. Sólo la enérgica intervención de los vecinos y de los padres de algunas de las víctimas puso fin a la tortura. Fueron dejados en libertad porque no existía ninguna orden judicial en contra de los muchachos, y todo se debía a la iniciativa de Manciu. Corneliu Codreanu, quien no sólo había sido víctima principal sino, además, había sufrido el dolor y la humillación de ver torturar a sus camaradas que le seguían, se alejó de la ciudad y se retiró en soledad al monte Rarău, en los Cárpatos.

Así continúa el triste relato en su libro:

«Me parecía que no tenía más amigos en el mundo que aquel monte: Rarău, con su ermita en la cumbre. Me detuve a casi mil quinientos metros de altura, desde donde alcanzaba a ver centenares de kilómetros; pero ningún paisaje podía borrarme la visión de la infamante humillación sufrida junto con mis jóvenes camaradas, y oía también sus llantos.

»La noche se acercaba; la soledad era absoluta. No había más que árboles y águilas sobre las rocas.

»No tenía conmigo más que el abrigo y un pan; comí un poco de pan y bebí agua de un manantial que serpenteaba entre las piedras.

»Después empecé a recoger leña y me hice una pequeña cabaña, en la que viví mes y medio. El escaso alimento que necesitaba me lo traían los pastores de Moş Piticaru. Dudaba, agarrotado por un sentimiento de vergüenza, ante la perspectiva de volver entre los hombres.

»Tenía el alma asaltada por la duda: estaba en un punto crucial, luchábamos por la Patria y éramos tratados como enemigos de ella y perseguidos sin piedad por el Gobierno, la policía, los gendarmes y el ejército.

»¿Debíamos recurrir a la fuerza? Ellos eran cientos

de miles y nosotros un pequeño grupo de jóvenes agotados por las dificultades, el hambre, el frío y la prisión. ¿Qué fuerza teníamos para poder alentar la menor probabilidad de victoria? Si algo hubiéramos intentado, hubiéramos sido aplastados. Y después, el país. sugestionado por la prensa hebrea, nos hubiera considerado locos.

»¿Sería mejor emplear la violencia y la fuerza? Los demás nos provocan, nos torturan y asesinan; ¿hemos de dejarnos matar?

»Mejor era marchar todos a vagar por el mundo. Mejor mendigar de aldea en aldea, antes de ser humillados aquí, en nuestra tierra, hasta límites inconcebibles.

»¿No sería mejor para mí bajar de allí a mano armada y hacer justicia? ¿Aplastar a la bestia que se atraviesa en nuestro camino y en la vida de una raza? Pero, después, ¿qué sería de nuestros planes?

»¿Y Motza? Porque semejantes tentativas significarían mi sacrificio y el de Motza, cuyas probabilidades de absolución desaparecerían definitivamente. Todo nuestro grupo sería destruido: todo terminaría.

»Durante mes y medio, allí, en la cima del monte, me atormentaron estos pensamientos, sin que lograse alcanzar una solución. Bajé de la montaña, dejándolo todo entregado a la suerte; sin embargo iba armado, dispuesto a disparar a la más pequeña provocación».

Corneliu Cadreanu, descendió, pues, de la montaña. Y sus camaradas tuvieron la delicadeza de acogerle como si nada hubiese sucedido, como si sólo se hubiese separado el día anterior.

Los padres de algunos de los muchachos torturados formularon por esos días enérgica reclamación ante el Ministerio del Interior, el cual ordenó una investigación. Llegó a provocar expectación en el extranjero, pero su resultado fue totalmente desconcertante: el prefecto Manciu fue condecorado con la Estrella de Rumania en grado de comandante, y ascendidos todos los agentes

que maltrataron y lesionaron a los estudiantes... ¡Así se procedía en la democracia rumana de aquellos días!

Corneliu Codreanu y su grupo, apretando los labios, procuraron mirar sólo al futuro y olvidar lo sucedido. No sería posible.

Tres meses después se instruía el proceso del estudiante Comarzán quien, habiendo sido lesionado en la misma oportunidad por el Prefecto, había deducido querella. Corneliu Codreanu actuaba esta vez como abogado de la víctima. En la vista de la causa el Prefecto Manciu, arma en mano, se avalanzó sobre el Capitán intentando darle muerte. Codreanu, reaccionando, sacó un revólver y ultimó a Manciu en presencia de los jueces. Así, era fiel a sus propios escritos: «Perdonad a los que os han golpeado por pasión personal, pero no a los que os han atormentado por vuestra fe en la raza humana».

El proceso que siguió tuvo eco nacional. El diario *La Palabra,* de Iaşi, describe así la situación en su edición del 27 de octubre de 1924:

«A los estudiantes se les ha impedido por la fuerza entrar a orar en la catedral; se les ha impedido comer juntos en los restaurantes; se les ha impedido reunirse en la Universidad o en sus sociedades; se les ha impedido circular por la calle; se les ha impedido trabajar en el huerto para su propia causa estudiantil; han sido golpeados por la calle, en los sótanos de la policía y en las plazas públicas, por el último esbirro hasta aquel que hasta anteayer ha sido el prefecto de la Policía de nuestra ciudad.

»He aquí el hombre que ha muerto; de los muertos no se dice más que bien, pero esto no nos impide afirmar la verdad.

»Manciu suprimió reuniones. Manciu impidió entrar en la catedral. Manciu pegaba por las calles, plazas y puestos de Policía; insultaba a quienes reclamaban y amenazaba a sus defensores; Manciu golpeaba con bestialidad de anormal, resguardado por los cordones de gendarmes y policías, en tanto que los estudiantes, atados, no podían más que lanzarle miradas de desprecio y de momentánea indignación».

Corneliu Codreanu ingresa a la cárcel el 25 de octubre de 1924. El 26 de mayo de 1926 habla ante el Tribunal por última vez, y termina diciendo: «He luchado con amor por mi pueblo y me comprometo a continuar esta lucha hasta el fin. Es mi última palabra».

El Tribunal reconoce que ha actuado en legítima defensa, y le absuelve.

Esta es la historia de Ungheni, de su campo de trabajo y del prefecto Manciu.

IX

La historia del traidor Michael Stelescu.—No sirve el perdón.—Profesión: injuriador de la Legión.—«Los Decemviros» y el gran proceso

La multiplicidad y complejidad de los hechos políticos de Rumania en esos años, así como mi modesta intervención tangencial, cuando no de simple espectador, me obliga, para conservar la claridad del relato, a volver sobre acontecimientos o adelantarme a ellos.

Así sucede con la historia de «Los Decemviros» y del traidor Michael Stelescu. Empieza en 1934 y sólo termina junto con la muerte del Capitán, en noviembre de 1938.

Michael Stelescu había ingresado en el Movimiento cuando apenas era estudiante. Inteligente, audaz, buen orador, ascendió rápidamente dentro de las jerarquías. A sus innegables brillantes cualidades se unía una gran vanidad, una ambición sin límites y un amor desmedido por los placeres materiales de la vida, aunque todo esto sabía bien disimularlo. En 1934 se le encargó la organización del campo de trabajo de Budachi, en el sur de Basarabia, a orillas del Mar Negro. Administrativamente, lo hizo bien.

Pero si se mostró administrador capaz, también con él se entronizó en el campo un espíritu ajeno a la pureza y desinterés de la Legión. Pronto se eludió sistemáticamente toda mención al Capitán, para pasar a criticársele tan pública como injustamente. Los rumores y quejas contra Stelescu llegaron hasta el mismo Codreanu, quien, pese a las evidencias, se resistía a adoptar medidas represivas, ajenas a su carácter. El ingeniero Jorge Clime, alarmado con razón, envió a Budachi un hombre de su entera confianza, el cual todavía vive en los Estados Unidos. Se comprobó así la existencia de un plan cuidadosamente estudiado que debía culminar con el envenenamiento del Capitán, al cual Stelescu aspiraba a sustituir. El 5 de septiembre de 1934, la conspiración fue denunciada, provocando conmoción entre los legionarios. Stelescu imploró el perdón del Capitán, a cuyos pies se arrojó llorando. Se entregó el caso a un Tribunal de Honor presidido por el general Cantacuzino. Presionado por el ánimo de clemencia del Capitán, el Tribunal se limitó a decretar la expulsión del traidor.

Ahí debieron haber terminado las cosas. Desgraciadamente no fue así. Pasado el pánico del primer momento, Stelescu, empujado por su vanidad y su ambición, decidió continuar interviniendo en política. Para él, ésta consistía ahora exclusivamente en injuriar y calumniar a la Legión, a lo que pretendía dar solvencia y verosimilitud con su calidad de ex dirigente. Así, pues, los legionarios, que hubiesen querido olvidarle, se veían obligados a tener presente su traición y los ánimos se exasperaban más y más. Stelescu llegó incluso a fundar un pequeño partido con nacionalistas de cuarta categoría, e inició la publicación de un periódico que tituló *La Cruzada de los Rumanos*. En su lujoso departamento de la calle Victoria, la principal de Bucarest, que mantenía con recursos que no podía explicar, pero que después se comprobó provenían directamente del rey, se celebraban a diario reuniones a las que concurrían los más caracterizados enemigos de la Legión.

Así las cosas, agravándose siempre, Ion Caratanase decidió tomar el castigo a su cargo. Él, Iosif Bozântán y otros ocho legionarias convinieron en dar muerte a Stelescu. Ni el Capitán ni ningún comandante del Movimiento tuvo conocimiento del propósito, según se acreditó fehacientemente en la exhaustiva investigación judicial posterior.

Se ignora en qué forma Stelescu tuvo noticias de la resolución que de hecho equivalía a una verdadera sentencia de muerte. Al parecer, su primera intención fue huir al extranjero, pero no lo hizo, posiblemente convencido de que los ánimos terminarían por tranquilizarse. Como mejor medio de ocultarse, se refugió en un hospital, fingiéndose enfermo. Por unos días, efectivamente, logró despistar a los conjurados. Pero, en fatal coincidencia, fue reconocido por un estudiante de medicina, afiliado secreto a la Guardia y que hacía allí su práctica. Como es natural, comentó con otros camaradas su curioso descubrimiento. Así se retomó la pista: Ion Caratanase y su grupo penetraron en el hospital y acribillaron a Michael Stelescu en la misma cama donde se recuperaba de su supuesta enfermedad. Todos los victimarios se entregaron voluntariamente a la policía. Sucedía esto en julio de 1935.

Como es obvio, el hecho, no sólo por sus implicaciones políticas, sino también por las circunstancias mismas de su ejecución, provocó expectación en toda Rumania. Persecución y cárcel cayeron una vez más sobre la Legión, pero el Capitán logró demostrar que «Los Decemviros», como se llamó al grupo, habían actuado por propia iniciativa y con absoluta ignorancia de toda autoridad del Movimiento.

El proceso fue largo. La sentencia definitiva sólo se dictó el 27 de abril de 1937, dos meses después de los solemnes funerales de Ion Motza y Vasile Marin.

Más de cien abogados se acreditaron en la defensa de los acusados. Los dirigía Puiu Gârcineanu, una de las mentes más profundas y figuras más brillantes que produjo la Legión, singularmente identificado con el Capitán en su actitud y ademán ante la vida. Como consecuencia de una de las demoledoras intervenciones de Gârcineanu, el Tribunal prohibió la actuación de los abogados defensores. En la sesión en que se ordenó expulsarlos, el grupo de 100 abogados se negó a abandonar el recinto del Tribunal y se atrincheraron en la misma sala. La policía no se atrevió a intervenir; pero al día siguiente no se permitió el ingreso de ninguno de ellos.

El 27 de abril de 1937, «Los Decemviros» fueron condenados a presidio perpetuo. El pueblo cantó canciones en su gloria y recuerdo, pero no volvieron a ser libres. Casi un año y medio después tuvieron el privilegio de caer en el mismo grupo, con Corneliu Codreanu y los tres «Nicadori».

El mejor comentario sobre la legalidad del proceso, que interesó a Europa, lo constituyen las observaciones que posteriormente escribiera Corneliu Codreanu, a saber:

1.° «Los Decemviros» fueron substraídos arbitrariamente a los Tribunales Ordinarios que debían conocer del caso y entregados a la jurisdicción de un Tribunal Militar;

2.° En definitiva, no se permitió a «Los Decemviros» tener sus propios abogados, sino que se les designó de oficio uno del fuero militar, el cual apenas habló siete minutos para defender a diez hombres acusados por el más grave de los delitos, y

3.° No se aceptó interrogar a ninguno de los testigos presentados por la defensa.

Esta es, en síntesis, la historia del traidor Michael Stelescu y de Ion Caratanase y sus compañeros, llamados «Los Decemviros» por el pueblo rumano que nunca los olvidó.

X

En la soledad, junto al Capitán.—Los negocios del rey Carol.—«No tengo dinero ni siquiera para comprar las velas nupciales»

En el año 1935 mi vida seguía en Constanza, más tranquila que antes, en la turbulenta Bazargic. Trabajaba a conciencia, con el ojo puesto en el reloj y con el corazón abierto a los rumores de la Legión que venían de toda Rumania. Mis amigos eran muchachos de procedencia macedonio-rumana, o militantes de la Guardia a los cuales había conocido principalmente en Carmen Sylva. Asistía regularmente a las reuniones de los Nidos en las tardes de los sábados, así como a las demás ceremonias y actos de la Legión. Oficialmente, todavía no era un afiliado. Debo señalar que esto, que puede parecer raro, no lo era tanto si se considera que, de hecho, todos los macedonio-rumanos, por nuestro pasado, éramos considerados naturalmente como militantes de la Guardia. Tampoco nos deteníamos demasiado en sutilezas reglamentarias. Como quiera que sea, en 1935, no recuerdo por qué iniciativa, recibí mi carnet de simpatizante de la Legión de San Miguel. Esto significaba res-

ponsabilidad oficial. Pero estaba escrito que, pese a mis sueños y a mi ardor, el destino no me quería como héroe: se me asignó la labor de recolectar fondos. Los muchachos de la Legión eran muy pobres, ya sea por su edad, que no les permitía ingresos propios, o porque las persecuciones los expulsaban de sus modestos empleos. La pobreza era endémica. Por mi parte, aunque carecía de fortuna, tenía, por mi mismo trabajo, algunas relaciones económicamente solventes, las que, si bien no querían comprometerse públicamente, me entregaban en secreto importantes aportaciones. En esta labor callada, nada heroica, pero necesaria, recordaré siempre con gratitud al jefe de la empresa naviera en que yo trabajaba. No sólo miraba con indulgencia los atrasos y faltas, que procuraba evitar, pero que se producían igual, sino que, también en los momentos de mayor angustia económica nos asistía como última instancia. No era oficialmente de los nuestros, pero nos comprendía y nos alentaba, y como digo, nos sacaba de los más graves apuros. Aquel hombre, siempre joven de espíritu, vive todavía en El Pireo, el puerto de Atenas, y creo que los dioses le han recompensado por todo lo que tan generosamente hizo por nosotros.

A fines de 1935, hube de viajar ocasionalmente de Constanza a Bazargic. Una afortunada casualidad me proporcionaría la oportunidad de tener el único contacto personal prolongado con el Capitán, quien permanecía en las cercanías de Carmen Sylva. Aunque mi viaje nada tenía que ver con la política, consideré necesario, terminada la obligación, visitar a C. P., jefe de la Guardia de Bazargic. Todavía sobrevive en Rumania. Después de las conversaciones y comentarios de rigor, me solicitó que, aprovechando la cercanía de Constanza con Carmen Sylva, llevase a Corneliu Codreanu una carta personal. Acepté encantado, captando que sólo a un hombre muy afortunado podía presentársele semejante oportunidad.

Sabía que, terminada la temporada de trabajo en el campo, el Capitán vivía en las cercanías del mismo, en una pequeña chacra arrendada por su hermano Horia, ex teniente del Ejército, eliminado de éste por razones políticas. Ahí, en medio de grandes problemas económicos de ambos, el Capitán permanecía en una especie de retiro, trabajando en su libro sobre la Legión, del cual en definitiva sólo terminaría el primer tomo antes que la muerte le alcanzara.

Al revés de lo que acontece con los líderes democráticos, los problemas económicos fueron sombra y traba permanente para el Capitán. Entonces no existían dietas parlamentarias, y ninguna Compañía internacional hubiese querido ayudarnos con abogacías, suponiendo que lo hubiésemos aceptado. O se vivía con dignidad, muriéndose de hambre, o nos entregábamos a los que nos cercaban. Tampoco el Capitán aceptaba vivir de las cotizaciones de los militantes de la Legión, las cuales se destinaban íntegramente a los «gastos de guerra», como decíamos.

En su libro, el Capitán escribe:

«No teníamos zapatos, no teníamos vestidos ni yo ni mi mujer, que llevaba los de 1924. Entonces reuní todas mis fuerzas y decidí dedicarme también a la abogacía... Abrí un despacho de abogado en Ungheni... Habían pasado seis años desde que me había limitado a lo estrictamente necesario. Desde hacía seis años no había entrado en un teatro, en un cinematógrafo, en una cervecería; no había participado en bailes y diversiones, y ahora, cuando escribo, son catorce años. No lo siento, pero siento que después de semejante vida de restricciones haya habido quien me haya atacado acusándome de haber llevado y de llevar una vida cómoda.»

Recuerdo perfectamente aquel día, frío entre los días fríos, en que el tren se deslizaba por la nieve para depositarnos al fin en la pequeña estación, siendo como las

nueve de la noche. Con los dos camaradas que me acompañaban emprendimos el último tramo. Ni siquiera la espectación del encuentro con el Capitán podía hacernos olvidar el intenso frío y la crueldad con que el viento cortaba nuestros rostros.

Había sólo dos pequeñas cabañas. Llamarlas simplemente pobres, habría sido generoso. En la puerta de la primera, nos recibió Horia Codreanu con una copa de aguardiente en la mano, la que bebimos de inmediato. Pidió un cigarrillo, explicando que carecía de dinero para comprarlos. Nos llevó a la segunda, la del Capitán. Tenía sólo una gran pieza, sin la más elemental comodidad. Sólo con abrirse la puerta me sentí avergonzado por la mía en Constanza, que bien sabe Dios tampoco las tenía. Sentado en un pequeño piso, pensativo, contemplando el fuego de una chimenea que hacía danzar su sombra contra las murallas, se encontraba el Capitán. Se levantó y avanzó naturalmente hacia nosotros, apretados en el dintel. Era como si nada nos hubiese separado desde horas. Después de preguntarnos nuestros nombres y de estrecharnos las manos, nos invitó a acomodarnos, lo que no era fácil. Yo tenía mis dos acompañantes; además, había venido un legionario de guardia en Constanza. En el pueblo se nos juntó un macedonio. Cinco en total. Más Horia y el Capitán, siete. Algunos tuvimos que sentarnos en el suelo. Antes de empezar a hablar, el Capitán nos pidió un cigarrillo. No nos dio la explicación de Horia, pero nosotros, que ya habíamos captado el ambiente, nos miramos significativamente. La conversación, que empezó como un monólogo sostenido por el Capitán, derivó pronto a lo político.

Estaba abrumado por algunos escándalos de la política gubernamental que en esos días se habían divulgado, y nos agregó detalles.

A ningún rumano podía sorprender nada, absolutamente nada, que tuviera relación con la conocida inmoralidad personal del rey Carol II. Pese a lo cual, recuerdo bien las palabras del Capitán aquella noche de invierno.

Rumania acababa de adquirir en Dinamarca tres barcos de pasajeros y carga. Se llamaba «Balcic», «Cavarna» y «Mangalia». Algunos afiliados secretos de la Legión habían obtenido pruebas concluyentes de cómo se finiquitó la negociación.

«¿Saben, camaradas, qué comisión llevó el ministro de Comunicaciones, Ricard Franasovici?», preguntó. Y ante nuestro silencio, agregó con amargura: «Veinte millones de ley; si es necesario, tengo documentación con la cual puedo acreditarlo.» En esta triste conversación, necesariamente dolorosa para un joven rumano, nos enteramos, igualmente, que el rey Carol II se había apropiado y guardado para sí el producto de la venta de un sello extra que llevaba la correspondencia, y que debía destinarse oficialmente a la adquisición de aviones de guerra. Supimos también que ahora, reglamentariamente, todo oficial del Ejército rumano debía tener un mínimo de diez uniformes, los que sólo podía confeccionar una fábrica, de la cual era socio el propio rey. Que Carol había recibido una fabulosa comisión de la fábrica «Skoda», de Checoslovaquia, por las últimas compras de material de guerra para el ejército. Estas revelaciones venían a confirmar rumores públicos. Intuíamos que el Capitán podía extenderse por mucho tiempo en sus revelaciones. Fue interrumpido por la entrada de su mujer. Todos conocíamos, a lo menos de nombre, a Elena Ilinoiu, quien, según mis informaciones, todavía vive en una cárcel de Rumania. Llenos de respeto, nos inclinamos y besamos la mano de esa mujer, alta, imponente y atractiva. La contemplé mientras los otros la saludaban también, y recordé lo leído: en 1925 se habían unido en matrimonio en Focşani. Entonces, el Capitán había terminado recientemente sus estudios de Derecho, era aclamado por la juventud, pero había conocido ya cárceles y

persecuciones. Noventa mil jóvenes nacionalistas, venidos de toda Rumania, habían asistido a la ceremonia en Focşani y escoltaron al carro nupcial arrastrado por bueyes blancos, según la tradición campesina de nuestra tierra.

La entrada de Elena obedecía a una necesidad que se hacía imperativa, cuando afuera se elevaba la nieve más de cincuenta centímetros y el frío, pese a las defensas, se colaba en la cabaña: preparar la comida. Sobre el fuego de la chimenea colgaba una olla con agua hirviente, a la cual se fue añadiendo una generosa cantidad de polenta. Preparaba «mămăligă», nuestro plato típico. Los invitados, jóvenes y presumiblemente hambrientos, significaba una buena dosis extra de comida, y la masa de ésta resultaba tan grande que Elena, entrabada por las llamas y el calor, se esforzaba, sin conseguirlo, en revolverla con el palo redondo que los campesinos usan precisamente para ese menester. Tímidos, la observábamos de reojo sin atrevernos a intervenir, en tanto que el Capitán, sin advertirlo, abría la carta que le habíamos traído de Bazargic. Sonriendo, nos informó que el jefe local le pedía que fuera padrino de su próxima boda. Declaró: «Podéis decirle que con gusto lo haré, pero, adviértanle que no tengo dinero ni siquiera para comprar las velas nupciales.» Reímos alegremente. Eso no inquietaría a nuestro enamorado camarada de Bazargic. Efectivamente, al poco tiempo, y en esa misma cabaña, se celebró la anunciada boda. Pero, el Capitán, al levantarse, también había percibido el problema de Elena. Con ternura paternal fue en su auxilio. Continuó él revolviendo la «mămăligă», en tanto que, repentinamente rejuvenecido, bromeaba con cada uno de nosotros. Vertió la polenta humeante sobre una gran tabla y la dividió en trozos iguales, que nos alcanzó. Engullimos sin vacilación. En medio de bromas, preguntas y anécdotas, llegó la medianoche y él mismo se encargó de recordarnos que debíamos

partir para alcanzar a tomar el tren. Ya en la puerta, de nuevo envueltos en nuestros abrigos y gorros, nos invitó a un último vaso de vino, «del viñedo de la chacra y porque afuera hace mucho frío». Ciertamente, unos 10 grados bajo cero. Nos acompañó largo bajo la nieve, la mitad del camino entre la chacra y la estación. Al despedirse, tenía otra vez el aire triste y distante con que siempre le recuerdo. Nos estrechó la mano en silencio y se volvió lentamente. Inmóviles, le contemplamos hasta que su alta figura se perdió entre las sombras y los copos de nieve. No volvería a hablar con él.

XI

La invasión de Etiopía, donde, «después de la gloria, habrá lugar para todos».—La cruzada española y los voluntarios rumanos.—Vasile Marín obtiene el favor de ser «El séptimo ataúd»

Seguía en mis labores habituales de Constanza, pero cada día con la atención más fija de Bucarest. Ansiaba trasladarme a ese primer frente.

En el año 1935 los estudiantes afiliados a la Guardia organizaron el boicot de la prensa judía, empresa casi imposible en un país donde, prácticamente, todas las publicaciones, salvo las de la Guardia y otras pocas, les pertenecían. Los estudiantes hacían bulliciosos desfiles, incitando al público a no comprar esos periódicos. Nos contestaban con artículos irónicos, burlas e insultos. Bautizaron a nuestros muchachos con el nombre de «Los Huliganes», vocablo difícil de traducir, pero que significa algo así como «Los Bochincheros». El clima se ponía tenso. Los estudiantes empezaron a arrebatar los periódicos de los «quioscos» y los quemaban en las calles, con la lógica intervención de la policía. Ese nombre de «Huliganes» llegó a hacérseme simpático. Cuando ahora pienso en los «coléricos» y otros seres por el estilo, no puedo

dejar de estimar que en esos años, en la verdad o en el error, se vivía, de todos modos, con más nervio y con más amplias inquietudes. Apenas podía, me iba a Bucarest a ver a los «Huliganes» en acción, a ayudarles donde correspondiera y a tomar parte en una u otra manifestación pública, así como a recibir las últimas consignas.

Tenía entonces poco más de veinte años, la edad en que los muchachos piensan en el amor o sienten morder su inquietud. Pero nosotros no teníamos otra pasión que seguir al Capitán y redimir al pueblo rumano.

En uno de mis viajes a Bucarest conocí a Anita Ciumeti, una hermosa muchacha estudiante de filosofía. Llegamos a creer que había entre nosotros algo personal. Naturalmente, era afiliada activa de la Guardia. Una noche, logró obtener que le permitieran salir a comer conmigo, si bien acompañados por un tío suyo bastante mayor, quien, entre divertido y desconcertado, escuchaba nuestras conversaciones políticas en un restaurante del Boulevard Elizabeta, la avenida de los cines. La comida terminó bruscamente: un muchacho de la Guardia —no lo sabíamos, pero lo intuimos—, entró corriendo, claramente perseguido por la policía. Yo conocía el lugar; tomándole de un brazo le sacamos con Anita por una puerta trasera, y de allí le llevamos a un cine cercano. No había duda: estábamos predestinados para esta clase de cosas y para nada más. Seguí viendo a Anita con frecuencia, pero nunca volvimos a pensar en otra cosa que no fuera trabajar por la Guardia.

El año 1935 trajo una nueva emoción que hizo alzarse a la juventud rumana y mirar con atención cuanto sucedía más allá de las fronteras. Ese año Italia invadió Etiopía, «donde, después de la gloria, habrá lugar para todos», según dijo Mussolini. Los ingleses, que ahora, con la tranquilidad de una siesta de verano, explotaban su Imperio mañosamente conseguido, y los franceses, que cuando les fue necesario habían exterminado a

los negros por millares, se sintieron inflamados de amor por la libertad y obligados a defender al Negus de un país que todavía mantenía la esclavitud, que vegetaba en miseria y barbarie y que aún conservaba la castración como pena regular. Italia estaba unida a nosotros por los indestructibles vínculos de la sangre y de la historia. La juventud rumana manifestó en las más variadas formas sus simpatías por Italia; pero, a nosotros, justamente a nosotros, los rumanos, nos estaba reservada una vergüenza: el ministro de Relaciones Exteriores, Nicolás Titulescu, quien por tres veces llegó a presidir la Sociedad de las Naciones, arrastró a Rumania, como primer país en el mundo, a aplicar sanciones económicas contra Italia. A las espontáneas protestas callejeras juveniles, se sumó la protesta oficial de la Guardia. Corneliu Codreanu lanzó memorable proclama en la que fundamentaba con precisión el sentimiento pro italiano.

Ahora pienso que esta actitud nuestra era buena prueba de madurez política, ya que se exteriorizaba pese a que Italia, en general, había apoyado las pretensiones de Hungría sobre Transilvania. Eso no había sido capaz de borrar nuestra identidad. Quizás intuíamos que el alma europea se preparaba para algo más fundamental que la lucha por territorios fronterizos: el enfrentamiento definitivo con el comunismo.

La invasión de Etiopía nos acercó a una realidad más amplia; sin embargo, lo cierto es que la exacta ubicación en el plano internacional se alcanzó a mediados de 1936. Entonces, por vez primera, un acontecimiento externo absorbió ávidamente el interés de la juventud rumana. Nos elevábamos sobre los problemas regionales y locales, sobre los conflictos de límites y la sucia historia de corrupción del rey Carol II. Nos identificábamos con otros horizontes y nos definíamos con fronteras ideológicas.

Esa fecha de julio de 1936 es bien conocida en el mun-

do entero. Golpeó especialmente las conciencias de los hispanoamericanos, y a ellos como a nosotros nos dividió con una terquedad y un encarnizamiento que ni siquiera la segunda guerra mundial alcanzó a emular.

Por lo mismo, no quiero abrir heridas no borradas. Me limito a relatar lo que aquéllo fue para nosotros.

El 20 de julio de 1936 los grandes diarios rumanos, muy a disgusto, informaron que el ejército español del Africa, a las órdenes del general Francisco Franco, se había levantado contra el Gobierno de la República española. Un escalofrío sacudió a los nacionalistas: España estaba unida a nosotros no sólo por su condición de país latino, sino, especialmente, porque de España había salido Trajano, el emperador romano que nos incorporó a la civilización. Esa, que se llamó «guerra civil española», era nuestra propia guerra. El general Franco alcanzó caracteres legendarios. ¡Por fin alguien se atrevía a enfrentar al comunismo en el terreno de los hechos! Ya conocíamos los detalles del asesinato de Calvo Sotelo por los republicanos y el calvario de los sacerdotes y monjas. La prensa nacionalista olvidó los problemas rumanos para informarnos sobre Franco y el avance victorioso de su ejército. Nunca habíamos estado tan identificados con una causa extranjera. Fueron muchos los muchachos rumanos que calladamente partieron hacia España. Entre ellos, y lo supe mucho después, mi hermano mayor. Con el supremo decoro del silencio viajó de Macedonia a Rumania y de ahí a España, donde combatió como voluntario. Lo hizo con la dignidad de los nuestros. Terminada la cruzada, volvió a Grecia. Se hizo monje y se recogió en el célebre monasterio de Monte Athos. Murió en el gran bombardeo ruso de Constanza, en 1941.

En esos días, nada sabía de mi hermano, pero debo insistir en que la juventud rumana captó en su plena esencia el significado del conflicto español, y en su casi totalidad se identificó con la causa nacionalista a tra-

vés de la personalidad de su líder espiritual, el siempre presente José Antonio Primo de Rivera.

Se produjo una especie de psicosis colectiva. Todos queríamos partir a España, donde se vivía la hora de la verdad. Fácilmente habríamos podido formar legiones, pero nos lo impedía la persecución gubernamental.

Los diarios de Constanza informaron que la Legión de San Miguel Arcángel, imposibilitada de una participación masiva, enviaba a la España nacionalista su adhesión simbólica. Eran sólo siete voluntarios, pero de los mejores de los nuestros. Ellos darían testimonio en tierra española de la vitalidad de la cruzada anti bolchevique. Al principio, eran sólo seis. Pero, Vasile Marín se presentó al Capitán pidiendo «el favor de ser el séptimo ataúd», el que le fue concedido.

Conservo las fotos de los diarios, y con veneración repito sus nombres:

Ion Motza, abogado y periodista, segundo comandante de la Guardia de Hierro, cuñado de Corneliu Codreanu, casado con Iridenta, hermana del Capitán, todavía viva en Rumania;

Vasile Marín, abogado, comandante legionario, singularizado por haber asumido la defensa de la Guardia en múltiples procesos;

Jorge Clime, ingeniero, jefe del C. M. L. (Cuerpo de los trabajadores legionarios) y que, con otros, moriría asesinado en una cárcel;

El príncipe Alecu Cantacuzino, sobrino del famoso general del mismo apellido;

Bánica Dobre, el gigante imponente, cuyo nombre dí a mi propio nido, y que caería con Jorge Clime y otros en la cárcel de Râmnicul-Sărat;

Nicolás Totu, quien, además de sus grandes méritos personales, está sentimentalmente unido a la vida de la Guardia porque fue el primero que espontáneamente de-

signó a Corneliu Codreanu con el apelativo de «El Capitán», que se impondría, pese a la resistencia de éste;

Ion Dumitrescu, sacerdote aguerrido en las cosas de este mundo, que algún día guardaría el uniforme de la Guardia para seguir sirviéndola en igual espíritu con los hábitos. Es el único sobreviviente del grupo.

Miles y miles de camaradas despidieron a los voluntarios de España en un acto de triste solemnidad. Les envidiábamos, pero sentíamos que nunca los volveríamos a ver. Sobre nosotros flotaban las palabras de Vasile Marín el 29 de noviembre de 1936, próximo a partir:

«Era un deber de honor que pesaba sobre los hombres de nuestra generación. Lo hice con el mismo amor que si se hubiera tratado de mi Patria.» Fue su último pensamiento conocido. Antes, el mismo Vasile Marín había escrito: «Nosotros no perseguimos tan sólo la conquista del pan, no tenemos objetivos económicos... nosotros perseguimos la reforma espiritual del hombre... su retorno a las antiguas virtudes de nuestra estirpe, lo que significa que nuestro nacionalismo adquiere un aspecto de pura espiritualidad.»

Los voluntarios de España partieron dejándonos una sensación de soledad y de dureza. Cruzaron Alemania, y en un puerto de ese país debieron embarcarse, porque la Francia de León Blum nos los dejó pasar. «Monte Oliva» se llamaba el barco en el cual, en definitiva, marcharían hacia su destino.

La juventud rumana seguía espectante su itinerario. Todos los voluntarios de Rumania eran oficiales de reserva. El ingeniero Jorge Clime tenía incluso el grado de capitán y veterano de la primera guerra; por igual solicitaron en España la gracia de combatir como simples voluntarios.

Ion Motza publicaba sus crónicas en *La Libertad*. Rebuscando entre viejos papeles, encuentro una de ellas,

que corresponde a las Navidades de 1936. En el párrafo que más me impresiona, dice así:

«Sin duda, la bestia roja será vencida al fin, pues la Iglesia fundada por Cristo no podrá ser vencida ni por las puertas del infierno. Pero, he aquí, sin embargo, que en los países donde el comunismo diabólico ha vencido, la Iglesia ha sido aniquilada. No para siempre, pero si para el siglo actual, y en su lugar se ha enseñoreado el poder diabólico de la incredulidad, de la corrupción, con los sufrimientos y la muerte espiritual y corporal de los hombres de hoy. Creemos en la resurrección de la Iglesia, tanto en Rusia como en la España comunista. Pero esta resurrección, como la salvación de nuestra Patria de la desgracia del dominio del Anticristo, depende de nuestro esfuerzo. Dios ha dicho que «las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia», porque Dios ha tenido confianza en el esfuerzo de los hombres, en su adhesión a El.»

En la misma crónica, grabada en mí, escribía Ion Motza, el segundo comandante de la Guardia: «Sin lucha valerosa, ni el Arcángel San Miguel ha podido librar al cielo de las huestes de Lucifer, el jefe de los ángeles rebeldes.»

El 13 de enero de 1937, Ion Motza y Vasile Marín cayeron como voluntarios del Tercio español en Majadahonda, tierras de Castilla, es decir, tierras doblemente españolas. Ambos se habían distinguido por su valor. Fueron fieles a la divisa con la cual habían firmado sus últimas cartas: «Los que hemos venido a morir por España.» Cuentan las crónicas que ellos cargaron, solitarios, a bayoneta calada, contra los tanques bolcheviques, y decidieron la suerte de un asalto. Pero ese día 13 de enero, a las cuatro y cuarenta y cinco de la tarde, mientras disparaban sus ametralladoras contra las brigadas comunistas que avanzaban, símbolo de Asia y de odio, un obús cayó en la posición rumana. La muerte les encon-

tró en el puesto de honor, con las ametralladoras empuñadas, a miles y miles de kilómetros de la Rumania amada.

Recuerdo el día en que recibí la noticia del testimonio de Majadahonda. Piénsese que Ion Motza era nuestro segundo jefe, el sucesor del Capitán. En el puerto de Constanza, dirigía yo la carga de un barco alemán. Por dos o tres días, las lágrimas corrieron desde mis ojos. Me avergonzaba el estar ahí, en una función burocrática, mientras los míos habían caído en tierras lejanas.

Los diarios del Movimiento publicaron las cartas dirigidas por Ion Motza a sus padres, al Capitán y a los legionarios. La primera, que también conservo, dice:

«Queridos padres míos, procurad ver junto a vuestro dolor toda la belleza de nuestro gesto: ¡Se ametralla el rostro de Cristo! ¡Se bambolea el fundamento cristiano del mundo!

»¿Podríamos nosotros permanecer impasibles? ¿No es un gran beneficio espiritual para la vida futura el haber caído en defensa de Cristo? Así, junto al dolor, no podréis menos de sentir una gran exaltación espiritual. Dios os dará fuerzas para soportar este sufrimiento y vencerlo.

»Así he comprendido el deber de mi vida. ¡He amado a Cristo y he marchado feliz a la muerte por El! ¿Por qué os afligís más de lo debido, cuando yo tengo salvada mi alma en el reino de Dios?»

En la segunda carta pueden leerse las últimas palabras de Ion Motza a Corneliu Codreanu, nuestro Capitán:

«Te deseo el apoyo de Dios y la victoria lo más pronto posible. Soy feliz y muero contento, con la satisfacción de que he sido capaz de sentir tu llamada, de comprenderte y de servirte. ¡Puesto que eres el Capitán!

»También te he molestado a sabiendas y sin quererlo. ¡Perdóname! Sin embargo, jamás he faltado a la

más estricta fidelidad legionaria y a la fidelidad hacia ti, Capitán. No he hecho bastante por la Legión en los últimos años, pero he creído y creo en tí, y frente a esta creencia no he pecado ni siquiera una vez ni en el repliegue más escondido de mi conciencia.

»Haz, Corneliu, de nuestra Patria, una tierra hermosa como el sol, poderosa y obediente a Dios. ¡Viva la Legión!»

Estos párrafos del testamento de Ion Motza fueron aprendidos de memoria por la juventud rumana. Se repetían con el fervor de una oración, así como los que siguen:

«Dios ha concedido a siete legionarios del Capitán el pasar la fiesta de Navidad y esperar el Año Nuevo con la mano en el fusil, en la granada o en la ametralladora, diseminados por las carreteras de Madrid o en las montañas españolas, en lucha ardorosa contra los que sacan los ojos del Salvador con las bayonetas y ultrajan las santas imágenes de la Madre de Dios y su Divino Hijo.

»El año que ha pasado, 1936, abrió esta lucha cruel en el suelo español. El año en que entramos, 1937, ¿quién sabe qué otras pruebas, quizás mayores, va a pedir a los hombres y a los pueblos?

»Dejemos a un lado aquella palabrería vana, y especialmente aquella creencia que hemos cumplido con nuestro deber sólo por haber luchado con palabras huecas, con apariencias, con alabanzas estériles y decisiones que no son seguidas del peso áspero de los hechos, de los sacrificios, de las cargas.

»Ningún poder, ningún amor, está por encima del de la Patria y no se puede cumplir más que en la propia Patria, excepto el poder de Cristo y el amor hacia El. Cristo es el mismo en España que en Rumania. Cuando una hueste diabólica se levanta para arrojarle del mundo, cuando a la figura luminosa del Salvador se la hiere con bayoneta y se la ametralla, entonces todos los hombres,

de cualquier nación que sean, tienen que alzarse en defensa de la Cruz. Y tanto más, cuando los que trabajan para derribar al Cristianismo en España, no se contentan con la desgracia de este país, sino que atacarán mañana los cimientos cristianos de todos los países y también los de nuestra Rumania.»

XII

Rumania recibe los cuerpos de Ion Motza y Vasile Marín.—«Ser legionario no significa sólo vencer, sino saber sacrificarse siempre al servicio de la estirpe»

El sacrificio de Majadahonda endureció todavía más el alma de las juventudes rumanas. También sirvió para romper las últimas reservas de algunos intelectuales, más apegados a la letra impresa que a la sangre que germina. Ahora, también ellos pidieron un lugar en nuestras filas.

En Majadahonda se había verificado la comunión racial. El Capitán, en forma terminante y perentoria, ordenó el regreso de los cinco voluntarios que sobrevivían. Entendimos cuan dolorosa resultaba esta orden para los que habían partido a morir por España. Obedecieron, pese a su resistencia.

El general Jorge Cantacuzino y el ingeniero Virgil Ionescu recibieron la misión de traer desde España los restos de Motza y Marín a lo que se suponía su descanso definitivo.

Conservo algunas fotos de los periódicos nacionalistas y las contemplo al escribir estas líneas. Es como re-

animar el pasado. La comitiva fúnebre formada por Cantacuzino, Ionescu y los cinco sobrevivientes, cruzó otra vez Alemania, donde el Partido Nacional Socialista les rindió solemne homenaje. En una foto desteñida y amarillenta, como toda la hoja del periódico, alcanzó a distinguir los dos catafalcos cubiertos con la bandera rumana en la estación de Berlín, mientras una escolta de gala de las célebres S. S. presenta armas.

Entraron a Rumania por Ghica Voda (Bucovina) y pasaron por Transilvania. El camino se hizo lentísimo: en todas las estaciones el tren era detenido por multitudes que querían rendir el último homenaje. Mientras cruzaba los campos nevados, grupos de campesinos cubiertos con sus gorros y envueltos en las tradicionales capas de piel de cordero se arrodillaban en la nieve y rezaban. El tren, con sus pitazos tristes, parecía contribuir a la melancolía del momento.

En la estación de Bucarest la comitiva fue recibida por el Capitán y toda la jerarquía del Movimiento, además de un gentío fabuloso que escapaba por igual al control de la policía y de la Guardia.

De inmediato se transportaron los dos catafalcos a la Iglesia de San Elías Gorgán, en la que tradicionalmente, hasta la ocupación comunista, se celebraron las más importantes ceremonias religiosas de Rumania. Ahí fueron velados durante un día, fijándose la inhumación para el siguiente, el 13 de febrero de 1937, en la cripta construida especialmente para ellos en la Casa Verde de la Guardia, en las afueras de Bucarest.

Terminada la última ceremonia religiosa, los ataúdes en el dintel de la Iglesia, el Capitán dirigió la palabra a los legionarios rígidamente formados en el patio, y a la gigantesca muchedumbre que aguardaba afuera. Antes, con sus propias manos había condecorado póstumamente a Motza y a Marín, prendiendo las insignias de la Cruz Blanca sobre las banderas que los cubrían.

Después de sus breves palabras siempre ante los dos ataúdes, procedió a tomar juramento a los grados legionarios, con la siguiente fórmula:

«¿Juráis haber comprendido que ser legionario no significa sólo vencer sino saber sacrificarse siempre al servicio de la estirpe; que nuestra moral está unida a la idea de sacrificio, de vida austera; que cuando y donde aparece el egoísmo allá desaparece la legión?»

El espíritu de los caídos sintetizado en esta nueva fórmula de juramento influiría para siempre en el ánimo de todo legionario. En recuerdo de ellos se creó después la más importante de las secciones de la Guardia, el famoso «Cuerpo Motza-Marín», *élite* de rigurosa selección moral destinada a ser el espejo de los militantes y que no podía sobrepasar el número predeterminado de dos mil miembros. Se le colocó bajo la dirección inmediata del príncipe Alecu Cantacuzino, uno de los que después de tan largo viaje inclinaba abrumado su cabeza junto a los catafalcos en la estación de Bucarest. Como ayudante se designó a Víctor Dragomirescu. Entonces, apenas le conocía por vagas referencias, pero hoy lo recuerdo con respeto, afecto y piedad. Fue un valeroso combatiente y un digno mártir. Nuestros enemigos le quemaron vivo.

Ion Motza y Vasile Marín iniciaban la última etapa que para ellos comenzara en Majadahonda: de la Iglesia de San Elías Gorgán a la Casa Verde de la Guardia.

Cuantos rumanos sobrevivan y hayan vivido esos días agitados de mi Patria, sean o no de los nuestros, saben bien que soy rigurosamente exacto cuando digo que aquellos funerales fueron la más grande demostración pública de fe religiosa y de adhesión a un grupo político que haya presenciado Bucarest. Es cierto que ignoro lo que al respecto pueda haber sucedido después de la ocupación por el ejército rojo, en 1944, y la instauración de la dictadura marxista. Bien se que esa clase de gobiernos

tienen argumentos capaces de movilizar a su antojo a pueblos enteros y hasta de hacer cantar y aparentar alegría a sus rebaños. En todo caso, debo replicar que la multitud colosal que siguió a los cuerpos de Motza y Marín estaba formada por hombres libres, por hombres que acudían voluntariamente y que para dar ese testimonio arriesgaban su tranquilidad, su propiedad y hasta sus vidas, frente a la tiranía de Carol II.

Creo que, sin perjuicio del trance del dolor supremo del asesinato del Capitán. ¡Ay, ya tan próximo!, el gran encuentro del pueblo consigo mismo se produjo, en primer término, al lento paso del tren con los restos de Motza y Marín y, principalmente aquel 13 de febrero de 1937 en que sus cuerpos cubrieron las cincuenta cuadras que separaban a San Elías Gorgán de la Casa Verde.

Nunca había visto Bucarest algo semejante. La prensa enemiga, es decir, la casi totalidad, no pudiendo ignorar el hecho, procuró disminuirlo. Aun así, reconoció que la columna fúnebre cubría apretadamente cuatro kilómetros, es decir, treinta y dos cuadras. Y, algo que le resultaba todavía más amargo: que más de cuatrocientos sacerdotes, que entonaban salmos para la mayor gloria de Dios, para la salvación moral de la nación y por el eterno descanso de Motza y Marín, nos habían acompañado.

Estas cifras las releo muchos años después, en algunos periódicos monárquicos de la época. No tengo la versión de las publicaciones nacionalistas; pero aquéllos me bastan para ordenar mis recuerdos en ese mar colosal que vio Bucarest hace ya casi treinta años.

Después de todo, ¿qué podía importarnos a nosotros el contabilizar a los que desfilaban, cuando incluso empezábamos a perder el hábito de contar a nuestros muertos y heridos?

¡Nosotros no éramos políticos con regla de cálculo por espada!

¡Nosotros creíamos en las cenizas, en la sangre, en el martirio, en la pureza, en la oración, en la pobreza!

¡Si tras los dos ataúdes apenas hubiese marchado, solitario el Capitán y, lejos, como una sombra humilde suya, uno cualquiera de los legionarios, nuestro amor a Motza y Marín, nuestra fe en Rumania, en el Capitán, en la Guardia y en la estirpe habría sido exactamente igual que con los quinientos mil participantes y cuatrocientos sacerdotes que a disgusto nos reconocía el enemigo!

Sin embargo... ¡aquéllo era hermoso y sobrecogedor!

En los minutos de desaliento que vendrían, vería de nuevo en mi imaginación todo eso, como hoy claramente lo sigo viendo. Ese día nos inyectó una carga de energía que nunca desaparecería totalmente.

En las ventanas de la mayoría de las casas, había iconos y grandes cirios. En las aceras, el pueblo rezaba de rodillas mientras la nieve, en lenta caída, armonizaba con la dignidad del cortejo. No había un soplo de viento, de modo que los espesos copos se posaban blandamente. Era un extraño espectáculo aquellos cirios que emergían con llamas inmóviles entre la nieve espesa: tristes ojos amarillos esforzándose en divisar desde las ventanas cuánto sucedía.

Las numerosas fotografías me permiten una reconstrucción fiel.

Encabezaba el cortejo una gigantesca cruz viva formada por legionarios uniformados. ¡Ah, esa cruz, como las tres rayas cruzadas simbolizando la ventana de una celda, son tan familiares para nosotros, los rumanos de la Guardia!

Tras la cruz viva, los dos catafalcos, cubiertos ambos con la bandera rumana, sobre cureñas arrastradas por legionarios. En seguida, los grupos de campesinos, como para reafirmar una vez más nuestra adhesión a la tierra, nuestra raigambre y nuestra vocación de redención

de quienes constituían el ochenta y cinco por ciento de la población. Vestían los trajes típicos, sin que los alegres colores fueran capaces de disipar la grave melancolía del momento, aunque simbolizaran bien la tremenda fuerza sumada a nuestro impulso juvenil. Eran unos treinta grupos, correspondientes a las principales regiones de Rumania. Primero pasaron los moldavos, por derecho propio, ya que en Iasi, capital de Moldavia, construida sobre siete colinas, como Roma, había surgido el Movimiento. Tras ellos, los de Transilvania, donde había nacido Ion Motza, y los de Bucovina, cuna de Esteban el Grande. Así, por más de una hora desfilaron los campesinos en silenciosa sinfonía de colores. Cerraba la marcha de estos grupos, en un efecto escalofriante, los montañeses de Ardeal, los que con sus típicos largos cuernos de más de dos metros, que ellos llaman «Bucium», entonaban permanentemente bajos y tristes compases mortuorios.

Tras los últimos grupos campesinos, la marcial gravedad de la Legión de San Miguel Arcángel. Marchó con sus grupos escogidos venidos también de todo el país y seleccionados en cada región según sus méritos. Todos uniformados. Si los campesinos tenían sus ojos llenos de luz y de sol, la Legión aparecía reconcentrada y sombría. Cada uno se sentía depositario personal del mensaje de los caídos. En el centro de un gran claro que encuadraban militarmente los comandantes legionarios, avanzaba Corneliu Codreanu, de civil, envuelto en su ajustado abrigo oscuro. A su paso, el silencio se hacía todavía más denso y eran muchos los que volvían a arrodillarse en las aceras.

A unos cincuenta metros de los últimos legionarios, la delegación uniformada de la Falange Española, a la cual se reservó el lugar de honor entre las extranjeras, ya que Motza y Marín, en cierto modo, eran también de ella; la delegación del Partido Nacional Socialista alemán; la del Partido Fascista italiano y las de casi todas las Organizaciones nacionalistas de Europa, sin que olvide, por cierto, a los japoneses.

Si no nos identificábamos con ninguno de estos grupos, su presencia de ellos allí demostraba el hondo simbolismo de la muerte de Motza y Marín, y que la Legión ya no estaba sola en su lucha.

Tras los últimos uniformes, se arremolinaba el pueblo, sin orden alguno. Los que presenciaban desde las aceras se sumaban al final del cortejo y también los que salían de las casas, de modo que el conjunto alcanzaba proporciones fabulosas.

Nos demoramos varias horas en cubrir las cincuenta cuadras que separaban a la Iglesia de San Elías Gorgán de la Casa Verde de la Guardia, edificada, como se ha dicho, en las afueras de Bucarest. La nieve no cesó un segundo de caer. Pronto fuimos todos blancos fantasmas deslizándonos entre oraciones interminables que brotaban de nuestros flancos de hombres y mujeres arrodillados. Me parece que siempre tendré en mis narices el olor de los milles y miles de cirios y en mis ojos sus luces amarillas multiplicadas hasta el infinito como sobre los trozos de espejos frente a frente.

La cripta especial esperaba a los cuerpos de Motza y Marín en la Casa Verde. Un día, ya cercano, se les uniría el cuerpo de Corneliu Codreanu.

Ignoro qué ha sido de aquel lugar, para nosotros objeto de la más piadosa veneración. Ignoro, también, qué fue de los restos de Motza, de Marín y de Codreanu. No sabemos si el gobierno comunista que hoy aplasta a Rumania, al sacarlos, les concedió siquiera un par de metros de anónima tierra de esa Rumania que ellos tanto amaron, o si sus restos fueron destruídos y aventados, para evitar simbolismo y homenajes futuros. Si así fue, como creo, significa que nada material queda de aque-

llos que en sus vidas predicaron el reino de la luz y del espíritu.

En el sepelio, sólo se escuchó una voz, la de Alecu Cantacuzino, en nombre de los luchadores de España. Dijo:

«... Ion Motza, como jefe de nuestro grupo, pidió un solo favor: el que fuésemos admitidos en la primera línea, bajo la bandera más acribillada, en el fuego más mortífero.

»Así lo quiso él.

»Esta es, ¡Oh, tú, Capitán!, la línea de superación legionaria que nos enseñaste hace ya diecisiete años. Desde ahora no puede ningún legionario andar otro camino o volver atrás.

»He aquí el ejemplo de renunciación a nuestros apetitos terrenales, el ejemplo que ellos quisieron plasmar en nuestras almas, las de todos los rumanos...

»Dios quiso poner en los cimientos del porvenir del pueblo rumano a dos almas graníticas y gigantescas.

»Y así eligió a Motza y Marín.

»Vosotros sois los elegidos, los vencedores, ¡Motza y Marín!

»Vosotros habéis vencido.

»¡Honra y gloria a vosotros hasta el fin de los siglos!»

Así fue como Ion Motza, segundo comandante de la Legión de San Miguel Arcángel y Vasile Marín, abogado militante y comandante de la Guardia de Hierro, caídos como voluntarios del Tercio español en Majadahonda, España, volvieron a reposar transitoriamente en tierra rumana.

XIII

Ingreso en la Legión.—«El Movimiento Legionario es una escuela en la cual, si entra un hombre, deberá salir un héroe».—La Legión, a través de los textos del Capitán

Los funerales de Motza y Marín me hicieron comprender que había tenido el privilegio de ver la luz en su plenitud.

Mi primer acto, de regreso a Constanza, fue solicitar oficialmente mi admisión en la Legión de San Miguel Arcángel. Entré, para no salir más, hasta hoy...

Cumplí con un formulismo que nadie me exigió. De hecho los «valacos» éramos considerados, naturalmente, como miembros del Movimiento. Nuestro pasado milenario de rumanos en el extranjero, en permanente reafirmación de la estirpe, nos otorgaba ese privilegio. Desde hacía años, circulaba, naturalmente, por los locales del Movimiento, asistía a las reuniones y cumplía las consignas, sin que a nadie se le hubiese ocurrido preguntarse por el burgués detalle administrativo de si había firmado una solicitud tal o cual.

Como fuera, lo hice. Ya no sería más un nacionalista «disponible», que va cuando se le llama. Ahora tenía

mis propias obligaciones. El deber de hacer un camino de triunfo junto a mis camaradas, el obsesionante atisbar posibilidades que acercaran a una colectividad a la victoria final. Fui aceptado inmediatamente.

Creo que el espíritu, naturaleza y realidad de la Legión emana de lo escrito. Pero me siento obligado a precisar algunos puntos. Como no soy hombre de libros, me ceñiré, hasta donde sea posible, a los textos mismos del Capitán, o a aquellos que estuvieron más cerca de él, y sólo añadiré uno que otro acontecimiento que en el momento me parece necesario para completar la información. Los textos del Capitán son principalmente: *Para los legionarios,* traducido al español con el nombre de *Guardia de Hierro,* publicado clandestinamente en Sibiu, Transilvania, el 1 de octubre de 1936, en el que relata su vida y luchas políticas hasta julio de 1933, y la *Cartilla para el Jefe del Nido,* de cuya traducción no dispongo, de modo que se citará en versión libre del rumano al español.

Con una visión muy posterior de los acontecimientos y perspectiva suficiente, puedo afirmar que los principales grupos políticos de Rumania se crearon para resolver problemas contingentes: Iuliu Maniu, por el problema nacional; Ion Mihalache, por el problema campesino; A. C. Cuza, por el problema de la penetración judía. Sólo el de Corneliu Codreanu aparece como un movimiento ético-espiritual, por encima de la vida política, a la cual desciende por imperativos ineludibles. Su gran preocupación es reponer al hombre en la «armonía originaria de la vida» y la creación de caracteres. «Tenemos que llegar al hombre juez en su propia causa», decía; y pudo advertir: «Nosotros partimos de la idea del hombre como valor moral, y no como valor electoral "democrático"».

Esta es la forma en que me ha parecido más adecuado sintetizar los principios doctrinarios de la legión de San Miguel Arcángel.

a) *Naturaleza del Movimiento Legionario.*

«Es preciso que la consigna de toda la juventud sea: ningún joven volverá a pisar la puerta de un partido político.

»La teoría que nos exhorta a entrar en los partidos políticos para hacerlos buenos, si creemos que son malos, es una teoría falsa y pérfida. De la misma manera que desde que el mundo es mundo, día y noche, continuamente, por miles de arroyos y ríos llega agua dulce al Mar Negro, y, sin embargo, no consigue endulzar sus aguas, antes al contrario, se vuelven saladas aquellas que eran dulces» *(P. L.,* pág. 177).

«El Movimiento Legionario, antes que un partido político, teórico, de fórmulas financieras o económicas, es una escuela espiritual, en la cual, si entra un hombre, deberá salir un héroe» *(C. del J. del N.,* pág. 35).

«La piedra angular de donde parte la Legión es el hombre, no el programa político. La reforma del hombre, no la redacción de un programa. La Legión de San Miguel Arcángel será, por lo tanto, más una escuela y un ejército que un partido político» *(P. L.,* pág. 286).

«Al término de esta escuela está una Rumania nueva, la resurrección tan esperada de esta nación rumana, el objeto de todos nuestros esfuerzos y sacrificios» *(P. L.,* página 298).

«El Movimiento Legionario no se funda exclusivamente en el pirncipio de la autoridad, ni tampoco en el de la libertad. El arraiga su convicción primera en el principio del amor. En el amor nace la verdadera autoridad y la verdadera libertad» *(P. L.,* 2, pág. 300).

«La Legión rechaza a aquellos que buscan obtener victorias sin riesgos y éxitos sin sacrificios. Las victorias

eventuales son pasajeras como la espuma del mar: donde no hay riesgo no hay gloria.

»La Legión está contra aquellos que después de las victorias buscan ascender sobre los riesgos y sacrificios de otros.

»La Legión rechaza también a aquellos que, aun combatiendo, lo hacen también por un afán de ventaja personal» *(C. del J. del N.*, pág. 61).

«Por tanto, legionarios, desde hoy hasta cuando subsiste la Legión, hay que saber que desde que aparezca, aun en el alma de un luchador, un signo de interés personal, allí mismo ha dejado de existir la Legión» *(P. L.*, página 299).

b) *Los Diez Mandamientos de la Legión.*

El 5 de junio de 1935, el Capitán Corneliu Codreanu promulgó «Los Diez mandamientos de la Legión», código básico de ética personal y de conducta política al cual debían ceñirse los legionarios. Fueron nuestros propios dogmas, armados de los cuales nos movilizamos en la vida de Rumania. Por lo mismo, creo necesario trascribirlos en su totalidad, en traducción personal.

«1.° No creas en ninguna clase de información proporcionada por la prensa, incluso por aquella de apariencias nacionalistas, o trasmitida por particulares de buena fe. El legionario cree solamente en las órdenes de sus jefes. Si nos las hay nuevas, nada ha cambiado, y el legionario seguirá el camino trazado;

»2.° Cuidate de quien tienes al frente, y pésalo como corresponda, ya sea un enemigo o un amigo engañado por el enemigo;

»3.° Cuidate del desconocido que pretende impulsarte a la acción. Tiene sus propios objetivos, para los cuales pretende utilizarte, o desea comprometerte frente a otros legionarios. El verdadero legionario sólo actúa en cumplimiento de una orden o por propia iniciativa;

»4.° Si alguno pretende atraerte o comprarte, ciégalo con tu mirada. Los legionarios no son ingenuos ni se venden;

»5.° Evita las dádivas. Rehúsalas siempre;

»6.° Apártate de los que te lisonjan y adulan;

»7.° Donde hay tres legionarios, ya debe vivirse como hermanos. Esta unión exige sofocar apetitos y egoísmos y olvidarse de sí mismo. Ella nos dará la victoria. Quien atente contra la unión atenta contra la victoria legionaria;

»8.° No denigres a tus camaradas. No escuches murmuraciones ni las propales;

»9.° No te inquiete el silencio de las jerarquías, ni supongas que la lucha entibia. Dios está siempre sobre nosotros y tus jefes conocen el camino y sabrán guiarte;

»10.° En la soledad, ruega a Dios en nombre de nuestros muertos, para que nos ayude a soportar las adversidades hasta la gran resurrección legionaria.»

Estos son los Diez Mandamientos de la Legión de San Miguel Arcángel.

c) *Fe en Dios.*

En la Legión no había ateos ni tampoco se los admitía. Si bien la mayoría eramos ortodoxos, también había católicos, e incluso musulmanes, que fueron buenos, fieles y leales camaradas, todos en igualdad de derechos.

Sobre la necesaria fe en Dios, tuvo el Capitán palabras muy precisas.

«Todos creíamos en Dios. No había ningún ateo entre nosotros. Mientras más perseguidos y aislados estábamos, más se elevaban nuestros pensamientos a Dios y a nuestros muertos» *(P. L.*, pág. 281).

«El individuo, encuadrado y al servicio de su nación. La nación, encuadrada y al servicio de Dios y de las leyes de la divinidad. Quien comprenda esto vencerá, aun-

que esté solo. Quien no lo comprenda, será vencido» *(P. L.*, pág. 68).

«Se van a tomar medidas severas, concernientes a reclutamiento de nuevos elementos, de tal modo que sólo ingresen aquellos capaces de verdadera fe en Dios» *(C. y M.*, pág. 99).

d) *La Legión y la Iglesia.*

El clero ortodoxo tuvo, en general, una actitud de simpatía y colaboración para con la Legión de San Miguel Arcángel. Dos mil sacerdotes de los diez mil de todo el país se integraron a sus filas, pese a la hostilidad militante del patriarca Mirón Christea. Cuando llegó el momento de la persecución franca, incluso se creó un campo de concentración especial para recluír a los sacerdotes ortodoxos acusados de colaboración con la Legión. Sobre el tema, dijo el Capitán en una de sus circulares:

«Nosotros vivimos la línea de la Historia y del siglo. La Iglesia está muy por encima de nosotros. Hacia ella tendemos, aunque logremos muy poco, porque estamos bajo el estigma del pecado.

»Creo que, de hecho, los sacerdotes se han apartado muchas veces de la verdadera línea de la Iglesia.

»Pero, creo en la inmortalidad de los principios cristianos nacidos del martirio.»

e) *Espiritualidad de la Legión.*

En *Circulares y manifiestos* (pág. 269), el Capitán precisa:

Todo el problema se plantea:

«*a)* En la dominación de cualquier apetito; vencer al cuerpo y la materia;

»*b)* En la liberación del alma del dominio de la materia; y

»*c)* En la concentración, en la oración; siempre más cerca de los muertos, de los Santos, de Jesús, de Dios.

«Dios quiso mostrarnos que en la lucha y la victoria legionaria, la materia no tuvo ningún papel.

»Destruímos en nosotros un mundo, para elevar otro nuevo, alto hasta el cielo.

»No negamos ni negaremos la existencia, el fin y la necesidad de la materia en el mundo, pero siempre le negaremos el derecho de dominio absoluto.

»La fuerza moral de nuestros comienzos la hemos encontrado sólo en nuestra fe, que centrándonos en la armonía originaria de la vida—la subordinación de la materia al espíritu—nos ha permitido superar las adversidades y salir airoso de las fuerzas satánicas coaligadas para aniquilarnos.

»Toda la inteligencia, todo el estudio, todo el talento, toda la educación, no nos servirán de nada si somos viles. Enseñad a nuestro hijo a no emplear jamás la vileza, ni ante el amigo ni ante el más grande enemigo, porque no vencerá, y, más que derrotado, será aniquilado... la vileza del vencido será sustituída por la vileza del vencedor, pero, en sustancia, la misma vileza dominará al mundo.»

f) *Espíritu de sacrificio.*

Sentíamos que para acercarse al Capitán, había que renunciar previamente al mundo y a sus halagos, única forma de soportar su mirada con limpieza. Nunca perseguimos la más mínima ventaja. Nos sentíamos afortunados mientras más se nos exigía.

«Quien renuncia a la tumba, renuncia a la resurrección, porque la condición de la resurrección consiste en la aceptación sin vacilaciones, serena ante todo, de los dolores y la presión de la tumba» *(P. L.)*.

«Una Rumania nueva sólo puede salir de la lucha, del sacrificio de sus propios hijos» *(P. L.*, pág. 358).

«La Legión y la Patria crecen de lo que no hacemos

para nosotros; por tanto, de todo aquello que para nosotros es renunciamiento y sacrificio» *(C. y M., pág. 176)*.

«Nosotros, al entrar a la Legión, no pedimos nada para nosotros, pero damos. Damos alma, damos trabajo, damos sufrimiento, damos todo lo que tenemos por el día de la victoria de la nación rumana» *(C. de J. del N.,* página 49).

«No pienses en tí ni tu persona, sino en el lugar que se te ha asignado» *(C. y M.*, pág. 25).

«El principio legionario nos dice: la cantidad de sacrificio hecho determina la victoria. Nuestra gloria es la gloria del sacrificio que hacemos» *(C. del J. del N.)*.

g) *El espíritu de creación. La Legión y los obreros.*

El Capitán luchó sin descanso contra el peligro de la intelectualización del nacionalismo. Se sentía atado a la tierra, en un país en el cual el 85 por 100 de los trabajadores eran campesinos. Si su propio padre era profesor de Liceo, sus abuelos, como lo recordaba con orgullo, eran guardabosques. «Mi abuelo ha sido guardabosques, y mi bisabuelo, igualmente, guardabosques. Mi familia ha sido, desde los orígenes, en los períodos calamitosos, la familia de los matorrales y de los montes», escribió el Capitán.

En 1919, hablando con Constantin Pancu, el obrero metalúrgico que había fundado la «Guardia de la Conciencia Nacional», señalaba que los obreros debían ejercer sus derechos dentro del marco de los derechos de la raza: «No admitiremos que por tu derecho rompas en pedazos el derecho histórico de la nación a la cual perteneces.» Y agregaba: «Pero tampoco admitimos que al amparo de las fórmulas protocolares se instale una clase oligárquica y tiránica sobre las espaldas de los trabajadores de todas las categorías y les arranque literalmente la piel, agitando continuamente las ideas de una Patria que no aman, de un Dios en el que no creen, de una Iglesia en la cual no entran nunca y de un Ejército al cual

lanzan a la guerra con las manos vacías» *(P. L.,* página 35).

Siempre fue clara la actitud de franco aliento de Corneliu Codreanu para las reivindicaciones proletarias. En 1933, siendo diputado, se produce la gran rebelión de los trabajadores de la maestranza de ferrocarriles de Bucarest, con directa inspiración comunista. En su libro, describe así el Capitán su reacción:

«Cuando en la maestranza fueron ametrallados por orden del ministro del Interior, yo estaba asqueado de la actitud de algunos de los representantes del Partido Nacional Campesino, quienes, no obstante ser comunistas, aplaudían las medidas gubernamentales. Me levanté y sentí era mi deber hablar. Y dije: es malo que los pobres trabajadores hayan salido a la calle, pero peor habría sido para ellos y para nuestra estirpe, que frente a una injusticia que clama al cielo, no hubieran salido, y hubieran permanecido resignados, con su cabeza en el yugo, dejando al país en manos de los políticos explotadores... Declaro yo, como tanta gente de buen sentido de este país, que no tengo miedo al comunismo. Tenemos miedo a otra cosa: que los obreros de esta maestranza no tengan qué comer; tienen hambre. A mí, personalmente, también me preocupa otra cosa: la sed de justicia. Ustedes, señores parlamentarios, tienen que satisfacer dos cosas: el hambre y la sed de justicia.»

La especial preocupación del Capitán por la suerte del proletariado se puso claramente de manifiesto con la fundación del «Cuerpo de Trabajadores», grupo selecto dentro de la Legión de San Miguel Arcángel. Creado el 25 de octubre de 1936, fue puesto al mando del ingeniero Jorge Clime, para muchos la figura de mayor valer del Movimiento después del Capitán, lo cual por sí indica claramente la importancia que concedía a esta rama.

El «Cuerpo de Trabajadores» tenía sus propios emblemas y se extremaron en él las exigencias de admisión.

De su alto temple dio testimonio en el levantamiento final de la Guardia, en la cual desempeñó el papel más duro. El mismo Capitán le fijó sus directivas: «Al que va a solicitar programa, se le dirá que no ha entendido los tiempos, y que se aparte; nuestro programa es dar todo por Rumania... No habrá otra recompensa que la justicia y la prosperidad que emanará del sacrificio, o la muerte y la condenación.»

«Hasta ahora, habéis sido engañados por el capitalismo y el comunismo, pero yo asumo la responsabilidad de deciros: esta vez, trabajadores, venceréis con el signo legionario, y la recompensa de vuestro sacrificio será el ser por vez primera dueños de vuestra Patria».

El espíritu de creación de la nueva Rumania no se expresaba sólo en las teorías y fórmulas de los intelectuales que en gran número ingresaron en el movimiento después de la muerte de Ion Motza y de Vasile Marín. No; para el Capitán era una Rumania integrada y compacta la que debía alzarse de cara a los nuevos tiempos, una Rumania que produjese nuevas ideas pero que se afanase al mismo tiempo en la labor manual, de lo cual eran expresión los numerosos Campos de Trabajo.

Así lo escribió:

«La Legión quiere despertar a la lucha a todas las energías creadoras de la nación» *(C. del J. del N.*, página 2).

«En el alma de nuestra juventud es preciso mantener y cultivar los sentimientos cristianos de justicia y equidad social, y la sed del trabajo creador» *(C. del J. del N.*, página 29).

«En nuestro país, después de quince años de discursos hinchados y estériles, después de los cuales quedaron sólo ruinas, nuestras almas rehuyen las palabras y buscan sólo los hechos.

»Nos interesa el puente roto y la reparación del camino; el salto de agua y su transformación en fuerza

motriz; el simple cultivo de una chacra, la construcción de un pueblo, de una aldea, tanto como el nuevo Estado rumano» *(P. L.*, pág. 432).

h) *Organización de la Legión de San Miguel Arcángel.*

Nada más lejos de nuestro ánimo que el aferrarnos a una cartilla de organización. En los momentos de duda, nos inclinábamos ante nuestros sacerdotes o ante nuestros jefes, y confesábamos nuetras dudas, nuestras culpas, nuestras reservas y vacilaciones. A ningún legionario se le habría ocurrido apelar a un Tribunal superior ante una sanción, por ejemplo. El centro de nuestra Organización era la jefatura absoluta del Capitán, de Corneliu Codreanu, a quien habíamos jurado como nuestro jefe. Sin él, apenas podíamos concebir la Legión.

Estábamos, pues, mentalmente construidos bajo la concepción de la Jefatura absoluta. Así lo reconoce el mismo Corneliu Codreanu en su libro fundamental:

«Desde el punto de vista de la organización, nos habíamos fijado bajo la idea del jefe y de la disciplina. La democracia era eliminada, no por cálculo, sino en virtud de la convicción nacida por vía teórica. Hemos vivido la antidemocracia desde el primer momento. Yo he guiado siempre. Una sola vez en tres años ha sido elegido presidente de la «Sociedad de los Estudiantes de Derecho»; todo el resto del tiempo no me han elegido como jefe los luchadores, sino que los he elegido yo. No hemos tenido jamás comité, no hemos votado jamás las propuestas; sin embargo, siempre que me ha parecido necesario, me he aconsejado por todos, pero bajo mi responsabilidad: he tomado por mí mismo la decisión. Por esto, nuestro pequeño grupo era siempre una unidad indestructible. Los grupos con pareceres divididos, las mayorías y minorías, chocando entre sí en los problemas de actuación o de teoría, no han existido» *(P. L.*, pág. 69).

La idea del mismo Corneliu Codreanu sobre el pro-

blema de la Jefatura y de las cualidades que un auténtico caudillo debe poseer, aparecen claras en la crítica que en su libro «Para los legionarios» (pág. 226), formula a la «Liga de Defensa Nacional Cristiana», la vieja organización nacionalista del profesor Cuza que él mismo había contribuído a crear, separándose más tarde, desalentado por sus vacilaciones y errores, para crear la «Legión de San Miguel Arcángel», y especialmente, en la crítica a su jefe. Dice, de Cuza:

«Esplendente como un sol e imbatible en las alturas del mundo de la teoría, cuando descendía a la tierra, al campo de batalla, era impotente.»

Agrega en su libro:

«La Liga de Defensa Nacional Cristiana», falta de organización y de planes concretos de acción, no supo aprovechar el clamoroso entusiasmo popular, el despertar nacional suscitado por las luchas estudiantiles, por los procesos de Văcărești, Focșani y Turnul-Severin. Su peor defecto era la liberalidad del ingreso, según el lema del profesor Cuza: «En la Liga entra quien quiere y se queda quien puede.» Por su parte, el Capitán aduce: «En una Organización no entra quien quiere, sino quien debe, y permanece en ella quien es un hombre correcto, laborioso, disciplinado y fiel.»

El resultado de la concepción contraria fue claro:

«Habían pasado pocos meses y la pobre 'Liga' se había convertido en un hervidero de intrigas, en un verdadero infierno.»

Pese a su respeto por el profesor Cuza, el Capitán no vacila en señalar la culpa del desastre. Escribió:

«Un Movimiento como el nuestro tiene necesidad de un gran jefe, pero no de un gran doctrinario, sobre el cual pasa la ola del Movimiento; él debe dominar al Movimiento y ser su dueño. No todos pueden reunir estas funciones; es preciso un hombre con cualidades innatas, conocedor de las leyes de la organización, de desarro-

llo y de lucha de un movimiento popular. No basta ser profesor universitario para tomar el mando de un movimiento semejante. Es preciso tener marineros o capitanes que lo lleven sobre las olas, que conozcan las leyes y que sean prácticos en el secreto de este gobierno; que conozcan los vientos, las profundidades del mar, los lugares peligrosos, los escollos y que, en fin, sean dueños de sus barcos. No basta saber que Transilvania es de los rumanos, que se demuestre teóricamente la existencia del peligro hebreo, para que se pueda tomar el mando de un movimiento político popular dirigido a resolver este problema. Nos encontramos con dos planos de actividad absolutamente distinto que requieren personas con aptitudes y cualidades diversas.»

Puesto que Codreanu fue nuestro jefe absoluto y que nosotros aceptamos de buen grado esa jefatura, estimo de conveniencia transcribir los conceptos emitidos sobre la personalidad de nuestro jefe por Puiu Gârcineanu, uno de los más altos valores de la intelectualidad rumana contemporánea. Dijo él, refiriéndose a nuestro jefe.

«Este hombre es un cerebral y un sentimental a la vez, es racional y es místico, es bueno y áspero, blando e implacable, voluntarioso y suave, orgulloso y modesto; tenaz sin ser rígido; idealista sin ser utópico; visionario de altas posibilidades latentes en el pueblo rumano; de alta energía espiritual y de asombrosa resistencia física; pedagogo y caudillo; paciente y prudente, aunque tumultuoso por temperamento; libre de apetitos personales, predestinado al mando de multitudes». Agrega el mismo autor que sorprendía ver en él reunidos un alto vuelo espiritual con un excepcional poder de organización material. Dice: «Era un organizador obsesionado por los imperativos espirituales.» Y, recalca: «Su gigantesco poder de amor por los otros hombres, por todas las criaturas de Dios, por los animales y los insectos, por los colores del campo, por las flores y los pájaros de Dios... una

inagotable bondad para con los niños y los humildes. Si es efectivo, como lo creemos, que nada grande se hizo en el mundo sin amor, sin duda era él el llamado a redimir a los rumanos.»

i) *Los Nidos.*

Si bien la jefatura absoluta era el principio básico, existían en la Legión diversos organismos importantes, como el Consejo de la Legión, el Senado, las Organizaciones Universitarias y la «Hermandad de la Cruz», que encuadraba a los estudiantes secundarios. Sin embargo, más interesante parecía ser «Los Nidos» núcleo básico de tres a trece hombres, aunque la inscripción en uno de ellos no confiriera por sí sola la calidad de legionario.

Estimo necesario referirme con algo más de extensión a los nidos. Mucho les debo en mi formación moral, y siempre recordaré con emoción el denominado «Aguilas del Mar», de Constanza, que dirigía Constantin Kiriazi, en el cual ingresé primeramente. Al mes, pude separarme, formando uno propio, que llamé «Bánică Dobre», en homenaje al combatiente de España. Pero no se trata tan sólo de mi experiencia personal, sino que creo, objetivamente, que «Los Nidos» expresan con absoluta precisión el espíritu del Movimiento.

En su libro, explica el Capitán:

«El jefe de un Movimiento debe tener muy en cuenta la realidad, y ahora mi realidad era el hombre aislado: un infeliz campesino pobre que lloraba en una aldea, un desgraciado obrero, enfermo, un intelectual desarraigado... Entonces a cada uno de estos le dí la posibilidad de reunir a su alrededor a un grupo, del que era jefe. 'El Nido', con su jefe.

»Yo no le nombraba jefe de 'nido'; eran sus fuerzas las que le elevaban, las que le nombraban; y no se convertía en jefe porque yo lo quisiera, sino porque él podía reunir, convencer y guiar a un grupo...

»Partiendo del jefe de 'nido', lentamente llegué al jefe del pueblo, de distrito, de la provincia, y tan sólo en 1934, es decir, después de siete años, al jefe de región.» (página 281).

El Capitán sintetizó su pensamiento diciendo: «El Nido es una Iglesia.»

Tres hombres era el mínimo para constituirlo, y podía estar formado hasta por trece. Sobrepasado este máximo, se dividía para constituirse un nuevo «Nido», y así sucesivamente. Como se dijo, la sola inscripción no confería la calidad de legionario, ya que para ganarla era preciso haber realizado la triple prueba del sufrimiento, del valor y de la fe, definidas por Codreanu como «El Monte del Sufrimiento», el «Bosque de las Fieras» y la «Laguna de la desesperación».

Las reuniones de los «Nidos» se verificaban en Rumania en las tardes de los sábados, todas a la misma hora. Se iniciaba repitiendo sus miembros a coro la siguiente fórmula: «Elevemos nuestras plegarias a Dios. Levantemos nuestros pensamientos al Capitán, a las almas de los héroes Motza, Marín, Sterie Ciumeti y a la de todos nuestros camaradas caídos por la Legión o muertos en la fe legionaria. Creemos en la resurrección de Rumania, en el derrumbamiento de la muralla de odio y vileza que la aprisiona y ahoga. Juro que no traicionaré jamás a la Legión.» En seguida, se cantaban las principales canciones legionarias, en lo que el Capitán ponía especial énfasis, de acuerdo con su conocida convicción de que quien va a cometer una mala acción no está predispuesto a cantar, y que el canto es, en alguna medida, expresión de la pureza del alma. Después, se discuían los problemas del día. Con frecuencia, se comentaban los escritos y artículos del Capitán o de otros de los nuestros. Se exponían los problemas morales que aquejaban a cada uno y se terminaba asignando las misiones con-

cretas de trabajo. Finalmente, se renovaba el juramento de lealtad a la Legión.

El clima de alta tensión espiritual que presidía estas reuniones se transparenta en el siguiente párrafo del Libro del Capitán:

«Las guerras las ganan aquellos que han sabido atraer de los cielos las fuerzas misteriosas del mundo invisible, y han sabido asegurarse su concurso. Estas fuerzas misteriosas son las almas de los muertos, las almas de nuestros antepasados, que también un día se encontraron ligados a nuestros surcos, que murieron por la defensa de esta tierra y que también hoy están ligados a ella por el recuerdo de su vida, y por nosotros, hijos, nietos y bisnietos suyos. Pero, por encima del amor de los muertos, está el amor a Dios.

»¿Cómo se puede asegurar el concurso de estas fuerzas?

»1.° Con la justicia y la moralidad de los actos.

»2.° Con la llamada fervorosa e insistente hacia ellas.

»Llámalas, atráelas con la fuerza de tu alma, y ellas vendrán. La fuerza de atracción es tanto más grande cuantos más son los que dirigen la llamada, la oración más en común. Por ésto, en las sesiones de los 'Nidos' que se celebran en todo el país el sábado por la noche, se rezará y se exhortará a todos los legionarios a ir al día siguiente domingo a la Iglesia» (págs. 283-4).

En su *Cartilla del Jefe del Nido,* terminada en noviembre de 1936, pequeña obra que por su alta espiritualidad mereció ser comparada por un historiador nuestro con los *Ejercicios Espirituales,* de San Ignacio de Loyola, el Capitán precisó las seis leyes fundamentales del funcionamiento de los «Nidos»:

«1.° Ley de Disciplina: Sed disciplinados, porque sólo así venceréis. Seguid a vuestros jefes en lo bueno y aun en lo que parezca difícil;

»2.° Ley del Trabajo: Trabajad, trabajad cada día. Trabajad con placer. Sea la recompensa de ver en vuestro trabajo, no la ganancia, sino la alegría de haber puesto un ladrillo en la elevación de la Legión, en el florecimiento de Rumania;

»3.° Ley del Silencio: Hablad poco. Sólo cuando sea indispensable. Sea vuestra oratoria la oratoria de los hechos. Obrad y dejad que los demás hablen;

»4.° Ley de la Educación: Debéis llegar a ser héroes. Que el 'Nido' sea vuestra escuela. Conoced bien a la Legión;

»5.° Ley de la Ayuda Mutua: Ayudad al hermano herido por la desventura. Jamás le abandonéis; y

»6.° Ley del Honor: Sed fieles a los preceptos del honor. Luchad y sed honestos. Dejad a otros el camino de la infamia. Para vosotros, mejor es vencer o caer combatiendo en el camino del honor.»

Esta era la organización de la Legión de San Miguel Arcángel y éstos eran los «Nidos» y su espíritu.

j) *Sobre políticos «afines».*

Con la muerte de Motza y Marín se produjo una verdadera avalancha de solicitudes de ingreso en el Movimiento, provenientes, especialmente, de sectores intelectuales. En ellas aparecían muchas figuras conocidas por sus anteriores actividades políticas. Se planteaba así un problema delicado, ya que si bien, por una parte, no era de desdeñar el aporte que ellos podían significar, su peso efectivo en el momento político, existía, por otra parte, el peligro de que un ingreso en masa pudiera significar desvirtuar o ablandar el rígido espíritu del Movimiento. Para disipar dudas, el Capitán creyó necesario emitir la Circular de fecha 9 de marzo de 1937, la que, aunque no incide en puntos doctrinarios me parece de conveniencia reproducir en sus párrafos principales para una más acabada imagen de lo que era la Legión.

Señala el Capitán:

«Los que tuvieron vida política activa, no pueden ser admitidos en la Guardia, aunque parecieran comprendernos y estar dispuestos a prestar juramento y aun ofrezcan garantías.

«Esta prohibición es consecuencia de una larga experiencia legionaria: los que han vivido en un determinado ambiente y mentalidad, difícilmente pueden adaptarse al estilo de la Guardia, aunque de buena fe pudieran ellos mismos creerlo. Si parecen consguirlo, eso es meramente formal, pero no de alma. En los momentos críticos aflorarán inconscientemente las discrepancias, sea con una opinión discordante o con una actitud peligrosa para la Legión.

»Por eso, para la seguridad y firmeza de la Guardia, los viejos políticos no pueden ingresar al Movimiento, aunque nunca antes nos hayan atacado o, incluso, aunque hayan tenido una actitud amistosa para nosotros. Después de la victoria, se les reconocerán sus condiciones, y se les asignará un lugar en la reconstrucción de la Patria, pero, tampoco entonces podrán enrolarse en el Movimiento.»

Una vez más, cuando medito en estas instrucciones, tan sabias en el fondo, no puedo evitar de pensar en Falange Española, ese Movimiento que tanta afinidad tuvo con nosotros. He leído que su jefe, José Antonio Primo de Rivera, habría denegado una posible admisión de Calvo Sotelo, el líder monárquico cuyo asesinato por el Gobierno Republicano precipitó la guerra civil, aduciendo, como suficiente fundamento, que Calvo Sotelo «no sabía montar a caballo». Esto, en un hombre que los tenía a su disposición, habría parecido bastante al capitán de las juventudes españolas para delimitar y dividir dos concepciones del mundo, dos «Weltanschaung», como dirían los alemanes. En uno y otro caso, no bastaba, pues,

ser honrado, correcto y patriota, para que los «políticos afines» se nos identificaran.

Quiero agregar que el llamado «Tribunal de Nüremberg» sometió a proceso toda la acción y doctrina legionaria, incluyendo su participación en la guerra. El resultado, aun viniendo de enemigos implacables, fue la más completa absolución, con el solo voto en contra del representante soviético, y fundado éste en móviles doctrinarios y no en hechos culpables. Naturalmente, esta discrepancia ideológica con los soviéticos sigue siendo para nosotros motivo de orgullo.

No se si es doctrina, júzguelo cada cual, pero me gusta recordar que el Capitán escribió también:

«Nadie debe intentar convencer a otro para que se haga legionario. Tirar a la gente de las ropas e ir a la caza de miembros no me ha gustado jamás. El sistema es y ha permanecido contrario hasta el día de hoy al espíritu legionario. Habíamos establecido nuestros puntos de vista, y basta. Quien quiera, que venga, y entrará si es admitido» *(P. I. L.*, pág. 58).

XIV

«El que guíe un Movimiento que tenga base sana debe rechazar todo intento de financiamiento externo si no quiere matar el Movimiento».—Sembramos entre lágrimas, pero cosechamos llenos de júbilo.—Elecciones del verano de 1937: sesenta y seis diputados y el 15,58 por 100 del electorado.—¿Antisemitas?

Mi afiliación oficial a la Legión coincidió con una nueca campaña electoral. El Gobierno liberal de Tătărăscu llamó a elecciones generales para el verano de 1937. Nuestro Movimiento, que por la mecánica de otra de las tantas disoluciones funda, en enero de 1935, el partido «Totul putin Țară« («Todo por la Patria), en el cual, además de nosotros, podrían actuar también nuestros amigos sin necesidad de ser legionarios. Lo presidía, nombrado por el Capitán, el general Cantacuzino, y presentó candidatos en todo el país.

Se me ordenó formar un grupo en Constanza, trasladarme con él a la provincia de Tulcea, al S. E. de Rumania, una de las más extensas del país, y trabajar allí por la candidatura de Gregorie Christescu, profesor de Teología de la Universidad de Bucarest. Hube, pues, de solicitar permiso en la firma naviera en la cual trabajaba. Evidenciándose una vez más comprensión y simpatía de los jefes, el permiso me fue concedido.

Nuestros medios de propaganda eran escasos, especialmente si se les comparaba con la poderosa máquina electoral de los candidatos del Gobierno.

Sin embargo, debo reconocer que la pobreza de los candidatos y de la Guardia en sí nunca llegó a la miseria. Nuestros enemigos se sorprendían e ideaban toda clase de intrigas para explicar el origen de nuestros fondos. Les parecía paradójico que un Movimiento formado casi exclusivamente por jóvenes y por sectores modestos del pueblo, siempre tuviera dinero, a lo menos para financiar los gastos más elementales. De ahí vino la tontería, quizás alguna vez de buena fe, de afirmar que recibíamos ayuda del extranjero, y el empeño de revisar escrupulosamente las contabilidades de los pocos comerciantes o industriales sospechosos de ser de los nuestros. Este desconcierto y asombro clarifica muy bien cuan distintos éramos. Después de todo, era natural la duda. Para el militante de un partido burgués, siempre hay algo odioso y molesto en que se le solicite dinero para la Caja del Partido. Ellos sirven intereses económicos, y parece lógico que sean los defendidos quienes financien. Por eso, nadie se preocupa por los atrasos, y siempre hay miles de pretextos para no cotizar. Entre nosotros sucedía todo lo contrario. Nunca oí que a uno de los nuestros fuera necesario recordarle el pago de su cuota. Sabíamos muy bien que también en lo económico, el Movimiento dependía del sacrificio de cada uno. Lo teníamos presente, sin que creyéramos cumplido nuestro deber por haber pronunciado un discurso en una asamblea. Nuestra cotización oficial, libremente fijada, era el mínimo que estábamos seguros de poder cumplir. Generalmente, dábamos mucho más. En las reuniones de los Nidos, en las tardes de los sábados, todos, sin requerimiento, depositábamos el aporte, y siempre se recaudaba más de lo convenido. En la Universidad, era de ordinaria ocurrencia que un grupo de nuestros camaradas decidiera

un día cualquiera abstenerse de almorzar y entregar lo ahorrado a la caja del Movimiento. Lo mismo con los modestos empleados, con los campesinos cuando llevaban sus productos a la feria. Nadie miraba de reojo para saber cuánto habían dado los otros: se sabía que cada uno había hecho el máximo esfuerzo. ¿Y qué decir de las ocasiones especiales en que se pedía un aporte excepcional, por haber un gasto extra? Pude, entonces, presenciar lo más extraordinarios actos de desprendimiento, como la venta de ropas o de algunos pobres efectos personales para responder al llamamiento.

Así, pues, si bien la Guardia de Hierro no podía competir con los grandes partidos burgueses en el plano económico, tampoco se debatía en la miseria, aunque esa fuera casi siempre la situación de sus militantes en el plano personal. ¿Acaso no nos recordábamos nosotros mismos, a cada paso, aquello de vender la capa para comprar una espada, según nos habla el Evangelio?

Sobre esta materia, que generalmente se rehúye, conviene reproducir algunas consideraciones del Capitán en su libro. Dice así:

«No sólo no estábamos financiado por los capitalistas, sino que aconsejo a todo el que guíe un Movimiento que tenga base sana, que rechace todo intento de financiamiento externo, si no quiere matar al Movimiento mismo; porque un Movimiento está constituido de tal manera, que puede producir por sí sólo, con la fe y el sacrificio de sus miembros, exactamente lo que es necesario para vivir y desarrollarse. ¿No produce suficiente? Pues el camino que se abre no es el del financiamiento externo, sino el de la intensificación de la fe. ¿No produce nada? Entonces la organización está muerta o se hundirá pronto. Privada de la fe, será vencida por quienes la tienen.

»Un jefe que admite el financiamiento de su Movimiento desde fuera de su Organización es como un hom-

bre que acostumbra a su organismo a vivir de medicinas. En la misma medida en que se administran medicinas a un organismo, se le condena a no reacionar por sí solo, y en el momento en que se le suprimen esas medicinas, muere. De la misma manera, un Movimiento está a discreción de quienes lo financien, que podrán en un momento dado suprimir el financiamiento, y entonces el Movimiento, no habituado a vivir por si sólo, morirá.»

Nosotros teníamos, pues, nuestro financiamiento propio, duro y difícil, pero del cual nos enorgullecíamos, y que en la misma medida que implicaba sacrificio personal, nos ataba más y más a la obra común. El que se limita a escuchar una charla puede olvidarse de ella y hasta del local en que se dictó, pero cuando se ha dejado de comer para contribuir a una empresa común, difícilmente se desconectará ya de la misión.

Con todo, el dinero nos era secundario, aun en las campañas electorales, cuando se verificaba la dorada danza de los millones de los partidos capitalistas. Nuestro método era distinto. Los votos resultaban como consecuencia natural del diálogo con el pueblo, diálogo que jamás aceptábamos rebajar al nivel habitual de una elección. Así, el método seguido en la provincia de Tulcea fue el común para toda Rumania: recorrimos a pie nuestra provincia, dedicándonos especialmente a los pequeños pueblos y caseríos. El grupo, encabezado por el candidato, un jefe nuestro, llegaba a la Iglesia local, donde rezaba y, generalmente, comulgaba en su totalidad. Cumplido el sacramento de purificación, en el cual nos refugiábamos para luchar contra todo vano orgullo y soberbia, nos enfrentábamos con el pueblo que, prevenido, nos esperaba en la calle o plaza, si la había. Aquí se verificaban diálogos en pequeños grupos, en los cuales se discutían los problemas de la comunidad y se escuchaba a cada cual. Jamás dejábamos de reafirmar la continuidad histórica de nuestra estirpe y la fe en la

nueva Rumania. No siempre se pronunciaban discursos de masas, ya que, en alguna medida, los sentíamos ajenos. Jamás nos permitíamos palabras de odio o rencor, porque entendíamos que nuestra misión era construir la justicia en la unidad y no el dividir aún más al pueblo rumano.

Este pacífico proceder suscitaba exasperación y odio en nuestros enemigos, particularmente en el partido gobernante. La policía recibió orden de interceptarnos. Nuestros pequeños grupos, errantes por campos y aldeas, que por su ascetismo, mística y pobreza tenían más de monjes predicadores que de políticos, debieron enfrentarse a la arbitrariedad sistemática. Se nos detenía sin invocar siquiera un pretexto. Con frecuencia dormíamos en las cárceles o cuarteles de policía; pero al día siguiente debían ponernos en libertad, ya que no había disposición legal que respaldara el abuso. Claro que, mientras tanto, los humildes grupos de campesinos, para los cuales éramos la única esperanza, habían aguardado en vano nuestra llegada. Se les confundía, informándolos que no iríamos e, incluso, que el candidato se había retirado. Se dispersaban, con rostros herméticos, en silencioso escepticismo frente a esa policía que desde decenios era instrumento de sus explotadores. Había que volver a organizarlo todo. No sólo éramos detenidos. Se nos golpeaba, o se nos mantenía por horas al frío, al aire, sin alimentos de ninguna especie. Nos revolvíamos indignados, exasperados, dispuestos a responder a la próxima arbitrariedad con la violencia. Siempre alguno de nosotros terminaba por recordar en alta voz que el Capitán había dado órdenes terminantes de evitar esa violencia. Resignados, nos aveníamos a todo, en medio de las burlas y sarcasmos de la policía que buscaba precisamente eso: un estallido de nuestra parte. Pese a todo, debo reconocer que algunas veces los grupos policiales estaban mandados por hombres probos y rectos,

que trataban de cumplir sus órdenes con delicadeza y mesura, evitándonos humillaciones, y como disculpándose de algo que ellos mismos repudiaban. En definitiva, tantas arbitrariedades, tantas dificultades, tantas humillaciones aumentaban la paciencia y el fervor sereno que nos poseía.

Sembramos entre lágrimas, pero cosechamos llenos de júbilo.

No sólo nuestro candidato, el profesor Christescu fue elegido por Tulcea: el Movimiento obtuvo 66 diputados en un total de 260 (el Capitán fue elegido por Bucarest), y un total de 478.378 votos, que representaban el 15,58 por 100 del electorado.

Me arrodillé y recé, dando gracias fervorosas a Dios cuando conocí el primero de los resultados parciales. Precisamente, era el triunfo del teólogo Christescu en Tulcea: la misión que se me había encomendado. No podía sospechar entonces, que el profesor Christescu, por el cual tanto nos habíamos sacrificado, sería de los primeros en traicionar al Capitán en las horas más difíciles y finales y que le seguirían varios de los intelectuales del Movimiento.

Para quienes se entusiasmen con la cifras, debo precisar que en aquellas elecciones se presentaron doce partidos políticos, y que las más altas votaciones quedaron registradas así: Nacional-Liberal, 1.103.353 votos (36,92 por 100); Nacional-Campesino, 626.612 votos (20,40 por 100); Guardia de Hierro, 478.378 votos (15,58 por 100), y Nacional-Cristiano, 281.167 votos (9,15 por 100). Había también un partido hebraico, un partido germano, un partido radical y otros todavía menores, pero sus votaciones fueron insignificantes.

Este resultado, que saludamos con clamoroso entusiasmo y como un síntoma de que en Rumania empezaba a amanecer, era mucho más significativo de lo que las cifras pueden indicar. En efecto; debe considerarse

en primer término que habíamos ido a las elecciones con poca propaganda, es decir, sin propaganda comprada; en segundo lugar, se había entrabado nuestra propaganda personal por todos los medios policiales, según se ha explicado; en tercer lugar, que amigos y enemigos reconocían nuestro ímpetu de Movimiento joven y nuevo, de modo que nos rodeaba un aurea de victoria, una sospecha de que el futuro nos pertenecía. Nuestra gran fuerza eran los campesinos, no inscritos casi, y que no votaban. Nuestros votos eran esperanza de algo nuevo y no deshechos de un mundo que se desmoronaba. No es extraño, pues, que el pánico se apoderara del rey Carol II y de los Nacional-Liberales gobernantes.

Todavía, existía otro factor de importancia: durante la campaña electoral se había celebrado un pacto de no agresión con una fracción de los liberales que dirigía Jorge Brătianu, y con el Partido Nacional-Campesino de Iuliu Maniu. Era razonable presumir que ese pacto pudiera prolongarse a una acción política futura coordinada. Ambos eran grupos derechistas, en el sentido político europeo del vocablo, es decir, no grupos defensores de intereses económicos, sino caracterizados por un claro concepto de las jerarquías y fieles a las tradiciones nacionales. El panorama era, pues, prometedor. Debo consignar que los nombres de Brătianu y Maniu, aunque no de los nuestros, merecen ser recordados con respeto. El primero, profesor universitario de Historia Universal, pertenecía dignamente a la noble familia de los Brătianu, creadores de la Rumania Moderna. En la segunda guerra combatió como simple voluntario en el ejército rumano y fue condecorado por los alemanes con la Cruz de Hierro. Iuliu Maniu, greco-católico militante, honraba a su religión, de pocos fieles en mi Patria. Tanto Brătianu como Maniu morirían en las cárceles comunistas, sin abjurar de sus principios.

Era, también, la hora de recordar a los muertos. Du-

rante la gran campaña electoral hubimos de pagar un doloroso tributo: la muerte del viejo general Cantacuzino, al cual tanto debía el Movimiento. Sólo el rigor de la lucha nos impidió el ser abatidos por el dolor que vino sobre nosotros. En su lugar fue designado como presidente del partido «Totul pentru Ţară», el ingeniero Jorge Clime, ex voluntario en España, jefe también del Cuerpo de Trabajadores. Fue digno sucesor. Pagaría con su vida el honor que le deparaba su capacidad y su amor a Rumania.

Conviene insistir en el significado de las fuerzas que entonces se enfrentaban en Rumania. Quizás lo antes transcrito, tomado de los mismos textos, sea insuficiente en cuanto al panorama político se refiere. Nuestro juego de fuerzas, nuestras motivaciones son tan distintas a lo que a esta distancia y a tantos años se acostumbra que resulta indispensable insistir.

La Legión de San Miguel Arcángel, la Guardia de Hierro, el Partido «Todo por la Patria» o, simplemente, el «Grupo de Corneliu Codreanu», como quiera llamarse a este río enérgico, turbulento y caudaloso obligado a adoptar diversas denominaciones según las nubes cambiantes de las leyes electorales, no era realmente un partido político. Carecíamos de formulaciones programáticas aprobadas en Convenciones, Directorios Generales o Asambleas. Teníamos un ideario, que antes se transcribió en sus aspectos más salientes y al cual nos ceñíamos. Pero, eran sólo directrices de acción común. Nuevamente, debo volver a pensar en José Antonio Primo de Rivera, cuando dice que nada grande en el mundo se ha hecho con sujección a un programa, y que lo importante es tener un mismo sentido de la vida, del mismo modo como en el amor no hay un programa que nos indique cuando debemos abrazarnos o cuando debemos reñir. Teníamos ahí, en los textos y artículos del Capitán y de los comandantes de la Guardia las grandes líneas

de nuestra acción política, pero, la esencia y el acento estaba colocado en algo más profundo: la perfección espiritual de los militantes. Eramos una escuela de rigor moral, de renunciamiento y de autenticidad, y no otra colectividad política más. La Legión exaltaba las figuras y los grandes valores morales de la raza rumana. Estábamos convencidos sinceramente de que nuestra Patria perecía no por falta de programas sino por falta de hombres. A los nuestros procurábamos hacerles vivir en una alta exaltación que los hiciera dignos de los antepasados y capaces de adecuar a Rumania a los nuevos tiempos. La Legión mantenía una actitud de celosa atención hacia sus vecinos, particularmente respecto de Rusia, no por infantil antipatía a los extranjeros, sino, simplemente, porque Rumania era una nación políticamente nueva, y dentro de nuestras frágiles fronteras se movían minorías separatistas, a la vez que muchos miles de rumanos seguían aislados en el extranjero. La Guardia era antimarxista, como consecuencia de su cristianismo militante, de su fidelidad a Europa y de su fidelidad a la inteligencia. En esto no podíamos claudicar sin negarnos a nosotros mismos. Pasábamos también por antisemitas, y hasta hoy muchos nos tildan de tales. En verdad, no era así. Es cierto que teníamos muchas reservas frente a los judíos, pero no en un sentido racial sino como defensa hacia extranjeros que veíamos tomando organizadamente el control de Rumania. En la Guardia había judíos conversos. Desde luego, lo era la mujer de Vasile Marín. Otros, como Dinu Paul, testimoniaron con la muerte su amor por la Legión. En igual sentido, habríamos estado contra cualquier otro pueblo, lo que ahora se entenderá fácilmente si se considera que los judíos han constituído su propio Estado y que, tácitamente, han admitido su calidad de extranjeros donde quiera que se encuentren que no sea en Israel. Cualquiera que sea el criterio de los que lean estas

páginas, debo reiterar que nunca nos consideramos lo que comúnmente se entiende por antisemistas.

En lo del antisemitismo hemos sido especialmente calumniados, por lo que creo un deber insistir. En su obra fundamental, el Capitán escribe: «Que nadie vea en nosotros unos opresores de otros pueblos... el criterio en virtud del cual un Estado puede tomar medidas restrictivas contra una minoría no puede basarse ni en la aversión racial ni en la religiosa. El principio debe ser: el peligro que aquella minoría representa para la vida y el libre desenvolvimiento de la nación. El problema judío no nace, pues, del odio racial. Nace de un conflicto entre los judíos y las leyes y el orden natural en que viven todos los pueblos del mundo... Consiste en quebrantar esta ley natural del territorio. Ellos se han apoderado de nuestro territorio y por ésto son infractores.» Sobre este apoderamiento de hecho, ya se ha hablado antes. Cabe insistir en que, efectivamente éramos víctimas, sujetos pasivos de una invasión, proveniente principalmente de Galitzia: entre las dos guerras, Rumania llegó a contar con veinte millones de habitantes, de los cuales dos millones eran judíos. No era sólo el problema del dominio de la tierra, al cual se había referido el Capitán en su primer discurso, citando el caso de la provincia de Maramures, que prácticamente había dejado de ser rumana; ni del control total de la economía, la industria y el comercio, y, ni siquiera del poder máximo detentado por Magda Lupescu. Había más: las Universidades, formadoras del espíritu de un pueblo, estaban dejando de ser rumanas. He aquí algunas cifras sobre sus matrículas de alumnos, tomadas del libro del Capitán. En la Universidad de Iași, en 1920: Facultad de Medicina: rumanos, 546; hebreos, 831. Facultad de Farmacia: rumanos, 97; hebreos, 299. En la Universidad de Cernautzi, el mismo año: Facultad de Filosofía, rumanos 174; hebreos, 574. Facultad de Derecho: rumanos, 392; hebreos, 506.

Las cifras, bastan.

En definitiva, nuestra lucha era contra una minoría extranjera que se apoderaba del país; contra la venalidad de los políticos; contra la corrupción de las costumbres; contra la indiferencia por la suerte de los pobres campesinos; contra el olvido de Rumania considerada como entidad histórica.

De hecho, la mayoría de estos vicios se acumulaban en el partido liberal de gobierno, denominación que no implica identificación con otras colectividades extranjeras, y se encarnaban en el rey Carol II. Manteníamos una ofensiva tenaz contra la corrupción pública, familiar y personal.

Si otros buscaban hacer firmar una solicitud de ingreso, vender un periódico, nosotros queríamos dar un pequeño ejemplo, queríamos apóstoles y no correligionarios.

Todo lo anterior hará entender que pocos días después de la espectacular victoria parlamentaria de 1937, con nuestros sesenta y seis diputados, interrogado el Capitán por un grupo de periodistas extranjeros acerca del hecho que parecía inminente de la toma del poder, tuviera esta respuesta sorprendente para quienes no nos conocían: «Cuando todos los comandantes de la Guardia puedan asegurarme que bajo sus órdenes no hay ningún hombre incorrecto; si no... sería apenas cambiar una firma por otra.»

XV

La victoria burlada.—«No queremos que Rumania sea una segunda España».—El patriarca Mirón Christea, Primer Ministro: «Es mejor que perezca uno por el pueblo, en vez de que el pueblo perezca por uno».—La tragedia rumana: latina y ortodoxa

Ninguno de esos sesenta y seis diputados de los cuales tanto nos enorgullecíamos en las elecciones de 1937, llegaría a pisar el Parlamento. Tanto esfuerzo y tanto sacrificio fue inútil para los negocios de este mundo. La elección derribó al Gabinete de Tătărăscu, el hombre de confianza de Carol II, lo que por sí era una calidad bastante vergonzosa. Pero el rey tenía sus propias armas y las sabía jugar. En un golpe de increíble audacia, que en alguna medida nos dividía, y en otra más amplia le atraía respetabilidad en el extranjero, llamó a formar Gobierno a Octavián Goga, el poeta nacionalista. Desde unos años, Goga tenía su propia organización, un pequeño partido de intelectuales nacionalistas de extrema derecha. Por sugerencia del rey lo había unido con la «Liga de Defensa Nacional Cristiana», la vieja agrupación del profesor A. C. Cuza, en la cual en sus primeros tiempos también había militado Corneliu Codreanu. Así se formó el llamado «Partido Nacional Cristiano» el que, pese a

todo el apoyo oficial sólo había obtenido ocho diputados en la última elección. El primer acto del nuevo Gabinete Goga-Cuza, en el cual Armán Călinescu era ministro del Interior, fue, amparado en su barniz de nacionalismo, disolver el Parlamento, que ni siquiera había llegado a constituirse, y llamar a nuevas elecciones. El Capitán, angustiado por el inminente enfrentamiento de dos generaciones nacionalistas, ofreció su colaboración al nuevo Gobierno. Fue rechazado.

Era como una pesadilla existencialista. Todo volvía a empezar. Sin una palabra de protesta nos dispusimos a la nueva prueba. En medio de nuestro agotamiento, en nuestra exasperación de hombres no nacidos para la gimnasia electoral, nos alentábamos repitiéndonos que si la vez anterior habíamos obtenido sesenta y seis diputados, ahora el pueblo, asqueado también, nos daría la mayoría absoluta. No se si estábamos en la razón, pero el rey nos había obligado el camino.

Recuerdo muy bien esa campaña. Hay detalles amables; otros poéticos, y, los más, sangrientos.

Se me asignó como campo de batalla la misma ciudad de Constanza, la de mi domicilio. Allí, con otros de mayor jerarquía colaboré en la campaña electoral del abogado y periodista Mihail Polihroniade, quien en 1939 sería fusilado sin formalidad de juicio por orden de Carol II. En algunos actos públicos, orgulloso y cohibido al mismo tiempo, hablé junto al padre del Capitán, el profesor Ion Codreanu, y junto a Bănică Dobre, sobreviviente de España. En la tribuna, con su metro noventa, larga barba y su belleza física, constituía por sí solo un capital electoral que todos los grupos de la Guardia se disputaban.

Otra vez las calles se cubrieron con los mismos carteles de la Guardia: las barras cruzadas que simbolizaban una celda de cárcel y con las cuales recordábamos a los nuestros condenados al silencio. De nuevo nuestros

desfiles y otra vez el cielo y los campos recibieron nuestras marchas y canciones como plegarias de amor y fe en Rumania.

Las graves preocupaciones y la sangre de los nuestros, abatidos por la policía cada vez con más frecuencia, no apagaban nuestra alegría ni ensombrecían el luminoso amor que nos unía.

Recuerdo el caso de Puiu Traian. Todavía vive en Rumania. Fue secuestrado por los comunistas desde Viena, como se trató de hacer con Ilia Gârneţă desde München. Entonces, en la época de mi relato, Puiu Traian era un muchacho de unos veintitrés años. En las elecciones de 1937 aceptó postular, sin otro propósito que el aportar algunos votos a la lista de la Guardia. Sin embargo, resultó elegido por Soroca, alejada provincia de Basarabia. En la reunión que alcanzaron a tener nuestros electos, el Capitán le abrazó emocionado y sin dejarle se volvió al resto y pidió que en su honor cantaran una vieja canción sentimental rumana que empezaba: «Hermosa mía, de verdes ojos...», ya que sabía que el joven camarada estaba de novio. Ahora, durante esta segunda campaña, Puiu Traian se casó, y nos hicimos un hueco en nuestros afanes electorales para estar junto a él. Todo fue conforme a la tradición, como un día había también celebrado sus bodas el Capitán. En un carro adornado con guirnalda al que arrastraban seis bueyes blancos y rodeaba una escolta a caballo, venía la novia. En el caballo más lujosamente cubierto, sonriendo feliz, cabalgaba Puiu Traian. Centenares de campesinos, con sus trajes típicos, le seguían bailando y cantando. La ceremonia se celebró en Constanza, por lo que tuve una actívísima participación en los preparativos. Padrino del novio fue el ingeniero Virgil Ionescu, uno de los comandantes de la Guardia, el cual estoy cierto que hasta su reciente muerte en München habrá evocado con emo-

ción ese día que tan bien expresaba la íntima hermandad que nos unía.

Por desgracia, hay pocos recuerdos como el anterior; en cambio, día a día aumentaba la violencia en contra. La policía no vacilaba en emplear sus armas de fuego para disolver nuestras manifestaciones; se allanaban los domicilios y se practicaban detenciones sin orden alguna. Ya en los primeros días pudimos contar varias docenas de heridos.

El Capitán tomó entonces una resolución trascendental. Estaba convencido de que cualquiera que fuese el resultado de las elecciones, el rey las desconocería si no le eran favorables. Además, le dolía el previsible choque de dos grupos nacionalistas: la Guardia y el Partido Nacional Cristiano de Goga y Cuza. Por último, pensaba que el pueblo rumano aún no llegaba a la madurez definitiva que permitiera el triunfo absoluto del Movimiento.

El 8 de febrero de 1938, después de reunirse con el Senado de la Guardia de Bucarest, ordenó el cese de la campaña electoral. En el comunicado recordaba a los muertos y perseguidos y declaraba que jamás había sido su propósito atacar al Gobierno nacionalista, que tampoco ahora lo haría, pese a la violencia desatada, y que los legionarios debían retirarse a sus actividades privadas.

La resolución era inesperada. Especialmente dolorosa para los simples militantes de bases, entre los cuales me contaba; pero, se la acató.

Volví a mi trabajo en Constanza. Con sonrisas comprensivas de mis jefes me reintegré a la firma de navegación, de la que, quizás con un poco de orgullo, había creído alejarme definitivamente para contribuir a escribir la historia.

Desde ahí, entre barcos que llegan y barcos que parten, contemplé los acontecimientos que se precipitaban.

El 21 de febrero de 1938, con acuerdo unánime del Comando, el Capitán emitió un nuevo comunicado en el cual decretaba la disolución del partido «Todo por la Patria», explicando que en virtud de un reciente decreto del rey nos estaba prohibido incluso hacer declaraciones; que, de hecho, estábamos al margen de todo amparo legal, y que no quería usar la violencia, siendo suficiente la experiencia del pasado, cuando fuímos llevado a ella contra nuestra voluntad. Precisaba que esperábamos nuestra victoria como término de un proceso de perfección moral del pueblo rumano. «No queremos que Rumania sea una segunda España ensangrentada. El guante que se nos ha lanzado, no lo recogeremos. Nuestra hora no llegó aún, pero los actuales gobernantes responderán ante Dios y ante la Historia». Terminaba: «En las horas que vienen, los nuestros deberán profundizar en sus estudios y trabajos. Yo partiré para Roma dentro de un mes, para vigilar la impresión del primer tomo de mi libro y escribir el segundo. Quedamos ligados por el espíritu de Motza y Marín y de los otros muertos que ruegan a Dios por nosotros.»

Nunca haría el Capitán ese viaje a Roma que tanto anhelaba, ni terminaría tampoco el libro. La cuenta de sus días futuros era ya muy breve.

En mi papel de espectador no tuve que esperar mucho: en marzo del año 1938, el rey pidió la dimisión a Octavián Goga, el hombre que de buena fe le había servido y al cual cuidamos de respetar en medio del ardor de la lucha. El Gobierno Goga había durado cuarenta días. Se confirmaba nuestra advertencia de que se le utilizaba inescrupulosamente, instrumento que se arroja cuando ha cumplido la misión calculada. Goga, amargado y humillado, así lo comprendió al fin. El viejo poeta nacionalista hizo una noble declaración pública en la cual reconocía haber sido engañado por el rey y la razón y justicia de la causa que Corneliu Codreanu encarnaba.

Al conocer la petición de renuncia, tuvo una involuntaria exclamación: «¡Israel, has vencido!» Moriría poco después, evitándose el dolor de ver a la juventud exterminada y, sobre todo, el país ocupado por los rusos.

La audacia del rey ya no tenía límites. Controlaba la casi totalidad de la prensa, y suponía que así podría engañar indefinidamente a la opinión pública internacional, y, sobre todo, a las potencias del Eje. Expulsado Goga, todo le estaba permitido. Ahora se proclamó el primer nacionalista. Formó un nuevo partido, denominado «Frente de Renacimiento Nacional». Al mismo tiempo, creó un nuevo organismo, el «Consejo de Corona», que formaban los ex primeros ministros y que presidía el mismo rey. La figura más influyente dentro del Consejo de Corona era Nicolás Iorga, profesor de Historia Universal en la Universidad de Bucarest y al cual consideraríamos como autor moral de la muerte de Corneliu Codreanu, según más adelante se explicará. Para rematar esta obra maestra de la felonía, designó primer ministro al patriarca de la Iglesia ortodoxa, Mirón Christea y ministro del Interior a Armán Calinescu. También se decretó la disolución de todos los partidos políticos.

Cuando supe esta última noticia, salté lleno de júbilo. Ahora no había justificación alguna, ni leyes ni decretos que interpretar: se trataba de un golpe de Estado dado por el propio rey. Todos estábamos fuera de la ley. «Ahora empiezo a vivir», grité entre los sorprendidos empleados de mi oficina, a donde la radio nos había llevado la noticia. Por fin, terminaba la hipocresía. El rey atacaba de frente, y en ese terreno siempre seríamos superiores.

No todos habían aceptado la adulación del tirano. Por lo menos un ex primer ministro se negó a integrar el «Consejo de Corona»: Iuliu Maniu, cuyo nombre debo volver a consignar con respeto. Aún más, Maniu escribió una carta pública al patriarca Mirón Christea, ampliamente

divulgada, en la cual le decía: «No te olvides que también desciendes tú de hombres que han vivido encadenados; y ahora que Rumania despierta, ¿cómo te prestas para esclavizar a la juventud rumana?»

Estas palabras pueden parecer duras, difíciles para ser escritas a un obispo. Desgraciadamente, en nuestro caso estaban plenamente justificadas. El patriarca era, al mismo tiempo, alto dignatario de la masonería, lo que de suyo resulta sorprendente. No se trataba sólo de eso: Mirón Christea era un individuo «comprometido», de vergonzosos antecedentes personales, con públicas aventuras sentimentales, de modo que el rey, que tenía suficientes pruebas, le había escogido bien, sabiendo que le tendría «en un puño».

Por lo que a nosotros se refiere, y en especial para Corneliu Codreanu, el futuro estaba claro. En la primavera de 1938 los párrocos de la capital concurrieron a saludar al patriarca y a anunciarle el tradicional «Cristo ha resucitado». En la alocución con que les agradeció, Mirón Christea, haciendo una clara alusión al Capitán, dijo: «Un hombre, en cuyas venas no hay una sola gota de sangre rumana, quiere incendiar el país. Entonces, es mejor que perezca uno por el pueblo, en vez de que el pueblo perezca por uno.» Prescindiendo de la felonía intrínsica de la afirmación, creo que la Guardia tuvo perfecto derecho para estimar lo anterior como una instigación pública al asesinato. Cualquier juez la castigaría como inducción delictual.

Nací ortodoxo y creo que ortodoxo moriré. Es la religión de mis padres y la mía propia. De ella recogí enseñanzas morales imborrables. Recuerdo con emoción y respeto a los sacerdotes que me formaron, que me enseñaron a amar a Dios y a tratar de ser un hombre recto. A lo largo de la vida, identifiqué la religión ortodoxa con Rumania. Quizás hubo una buena dosis de oposición histórica a nuestros tradicionales enemigos católicos:

Hungría y Polonia, pero, para mí, la religión ortodoxa era la verdadera. Sin embargo, debo reconocer que el patriarca Mirón Christea no era el hombre que nosotros, rabiosos buscadores de la verdad, necesitábamos. En un plano objetivo, histórico, debo admitir que otra, muy distinta, habría sido la suerte de Rumania si en vez de haber sido un país latino ortodoxo, hubiese sido un país católico. Si bien nosotros los rumanos somos latinos y descendientes de dacios y romanos, lo que nos hace inconscientemente ajenos para los hombres de Occidente es el que no seamos católicos. Parece ser difícil de entender la calidad de latinos y ortodoxos. Si los rumanos hubíesemos sido católicos, habríamos tenido un rígido poder central que nos hubiera uniformado y evitado la dispersión. Entonces, Roma, el Vaticano, nos hubiera protegido, como lo hace con los polacos. Polonia es hoy una hija bien amada de la Iglesia, pero Rumania está sola en su miseria. Yo no abjuro de nada, pero tengo derecho a pensar que gran parte del drama histórico de Rumania nace exclusivamente del hecho de ser latina y no católica.

No sé si estas últimas apreciaciones las comparten mis camaradas de la Guardia. Tampoco sé si era la idea del Capitán, tan piadoso y lleno de respeto para la Iglesia ortodoxa. En definitiva, Corneliu Codreanu encaró, no al patriarca Mirón Christea, sino a Nicolás Iorga, y desde ese momento empezó a tejerse la red que lo llevaría a la muerte.

XVI

El Comercio Legionario, nuevo frente de batalla.—«Gritaré desde mi tumba que sois un hombre incorrecto, que se ha burlado de la buena fe de la juventud rumana».—El Capitán entra en la cárcel por última vez

En aquellos años, y desde un siglo, la totalidad del comercio estaba en manos de judíos. Existía la creencia general de que el rumano carecía de condiciones para esa actividad y, efectivamente, de hecho prefería casi siempre la calidad de funcionario o emplado, cuando no podía ser militar, antes que el riesgo de la competencia comercial.

El Capitán decidió luchar contra esta debilidad, contra ese factor de predominio de fuerzas extranjeras. El 7 de octubre de 1937 formuló «Los Diez Mandamientos del Comercio Legionario», en los cuales instaba a los camaradas abordar la actividad comercial con la misma alma limpia con que se rezaba en los Nidos o se marchaba en las escuadras. La consigna era simple: el comercio era un campo de batalla obligatorio, y en él el legionario debía actuar con aplicación y honradez, obteniendo las mínimas ganancias indispensables y sirviendo al pueblo con calidad y exactitud. Quien acudiera a uno de los

nuestros debía tener absoluta seguridad de que no sería engañado y que se le atendería mejor que en cualquier otro lugar. Así se abrieron almacenes, restaurantes y tiendas, financiadas las más veces, a lo menos parcialmente, con fondos generales de la Legión. Pronto se sumaron cooperativas de diversas clases. Recuerdo, entre las más importantes, la que organizó en Moldavia el presidente de los estudiantes cristianos de Rumania (U.N.S.C.R.), Viorel Trifa, actualmente obispo ortodoxo en los Estados Unidos. Casi de inmediato se percibió una drástica caída de los precios, convencionalmente mantenidos por los viejos comerciantes.

Carol II y sus favoritos, presionados por los grupos a que estaban vinculados, acusaron dolorosamente un golpe que amenazaba poner término a escandalosos negocios y monopolios.

El profesor Iorga, que pretendía moverse en el plano de los altos principios y vibrar sólo con las inquietudes espirituales, no vaciló en servir al viejo comercio especulador. La policía empezó a cerrar los locales sin molestarse en llevar una simple orden judicial o administrativa. Las arbitrariedades culminaron cuando el sábado 26 de marzo de 1938, siempre sin orden judicial, clausuró los restaurantes populares que manteníamos en Obor y Lazar, así como un almacén en el primero de estos distritos.

El mismo día, el Capitán escribió una carta pública a Nicolás Iorga, cuyo texto tengo en mis manos. En ella, después de puntualizar los sacrificios económicos que al Movimiento significa el mantenimiento de esos establecimientos y los efectivos beneficios que para el pueblo significaban, agrega:

«Cuando hace quince años la juventud se manifestaba ruidosamente contra la penetración judía (no más ruidosamente que el señor Iorga en 1906), estos señores de

hoy, estos señores de Gobierno de hoy, nos aconsejaban: 'No de esta manera van a resolver el problema judío.

»Hagan comercio; hay que comerciar como ellos.'

»Hemos empezado con el alma llena de esperanzas. Con deseos de trabajar.

»Pero, cuando se dieron cuenta de que efectivamente empezábamos a caminar, que somos correctos, capaces, que nuestro trabajo ha sido bendecido por Dios, vienen ustedes de nuevo y destruyen este comienzo del comercio rumano, el primer intento serio de nuestro tiempo, vienen, y sin piedad ahogan esa experiencia, todo nuestro empuje y tantas esperanzas.

»Entre platos, en nuestros restaurantes, según vosotros, complotamos, planeamos revoluciones espantosas y decidimos asesinar hombres. Tenemos alma de asesinos. Y somos hombres con pistola en mano y en los bolsillos.

»Y bien, no puedo más.

»Del límite de mis fuerzas de hombre, yo, que antes le respeté, se lo grito: 'Sois un incorrecto. Sois un incorrecto de alma.'

»Yo no voy a pelear con usted. No tengo ni el genio, ni la edad, ni la pluma, ni su posición. No tengo nada, usted lo tiene todo.

»Pero, desde el fondo de mi alma, golpeada injustamente, le grito, y le gritaré también desde mi tumba, que sois un hombre incorrecto, que se ha burlado de la buena fe de la juventud rumana.

»Ustedes nos acusan de violencia, después que emplearon la más extrema violencia contra nosotros, empujándonos a la desesperación. Pero ustedes, que habrían reaccionado con mayor violencia que la nuestra si hubieran sido castigados como a nosotros, a ustedes hombres incorrectos, les vengo a demostrar ahora que no reaccio-

naremos en forma alguna frente a las injustas provocaciones.

»Aunque cierren los comercios pretendiendo ahogar nuestro impulso; aunque nos azoten en las plantas de los pies y nos envíen a la isla de las serpientes; aunque nos maten a pedradas, nos cuelguen con los pies arriba y nos sometan a las más viles humillaciones.

»Ni aunque todo eso haga, señor profesor Iorga, ni usted ni los demás que han asumido la responsabilidad de tan sangrienta represión, encontrarán violencia de nuestra parte, y ni siquiera oposición.

»Pero, desde ahora, señor Iorga, y hasta después que mis ojos se cierren, le miraré como se merece.»

Esta carta cuyos principales párrafos he transcrito, enloqueció a Iorga, cuya soberbia sólo se comparaba con su talento. Ponía de manifiesto el cambio del hombre que en años ya distantes había llegado a ser bandera del nacionalismo rumano, educando a varias generaciones. Con todo, expresaba la opinión de la actual juventud respecto del reputado historiador al cual habremos de volver a referirnos.

Los servidores del rey necesitaban demostrar resolución y eficiencia a su señor. Quien en el pasado había sido el gran Nicolás Iorga, requirió ahora de un tribunal militar, esgrimiendo esa carta, que se incoara proceso contra el Capitán.

El 17 de abril de 1938, Codreanu fue arrestado junto con cientos de legionarios. Se le acusaba de injurias a Iorga. En cuanto al resto, creo que ni siquiera se molestaran de dejar constancia de la razón inventada.

No nos inquietamos demasiado. Quince años antes, en marzo de 1923, cuando el capitán tenía sólo veinticuatro años, había debido afrontar su primera condena en Iaşi. No en balde las rejas de la ventana de una celda constituían nuestro emblema oficial. Las cárceles de Rumania eran como el segundo hogar de los jefes de la Guardia. Todos sabíamos que algún día entraríamos para nunca más salir. Pero confiábamos en Dios que la última vez sería otra. Respecto del Capitán, erramos.

Fue condenado a seis meses de reclusión, pena que empezó a cumplir en la cárcel de Jilava. Teóricamente, debía abandonarla el 15 de octubre de 1938.

XVII

El último proceso.—El abogado ausente.—«La conformidad cubrió mi alma agitada como la noche baja a los campos».—Rarăul

Por fin, para tranquilidad de Carol II y de su gente, estaba Corneliu Codreanu en la cárcel. Seis meses, por supuestas injurias a Iorga. Nos equivocábamos al suponer que la maquinación terminaba allí.

El 23 de mayo del mismo año, 1938, mientras cumplía la condena, se le notificó de las nuevas acusaciones formuladas en su contra por la Corte Marcial de Bucarest.

Reviso las «Memorias de Jilava» del Capitán y puedo resumir esas acusaciones en los tres siguientes puntos principales:

Primero: delito de traición, consistente en la publicación de documentos secretos.

Segundo: delito de traición, consistente en el mantenimiento de relaciones y recepción de ayuda de un Estado extranjero para fomentar una revolución social en Rumania, y

Tercero: delito de rebelión, consistente en armar a la población civil a fin de dar un golpe de Estado.

El Capitán relató en sus memorias los detalles de este segundo proceso que toda la juventud rumana siguió con ansiosa espectación. Han sido traducidas al español, por lo que no estimo indispensable repetir los detalles.

Pero, no puedo evitar el recordar, en primer lugar, la tremenda amargura del Capitán. No le preocupaba un proceso más ni la permanencia en la cárcel, sino el ser enjuiciado, él, precisamente él, por el delito de traición. Su vida entera, en la pobreza, en la miseria, había sido dedicada exclusivamente a servir a Rumania, a devolver la fe a sus juventudes, y ahora se le acusaba de traición. En su «Diario», con fecha 8 de mayo, se lamentaba serenamente: «Yo, el jefe del Movimiento Legionario, que yo sea juzgado por traición... esta noche no he podido dormir un minuto.»

Malos síntomas se evidenciaron desde el comienzo de este proceso. Apenas se le concedieron tres días entre la acusación y la vista de la causa, en los cuales debía preparar su defensa. En ese plazo, estando ya recluído, tenía que reunir todos los antecedentes y completar la defensa. Se denegó la comparecencia de los principales testigos invocados en razón de estar casi todos ellos detenidos.

El peor síntoma fue que ninguno de los abogados de fama aceptó asumir la defensa. Después supimos que el Gobierno había formulado graves advertencias a cada uno de ellos. Incluso Nelu Ionescu, quien le había acompañado en todos sus múltiples procesos, y del cual el Capitán dijo antes de las elecciones de 1937 que le era uno de los tres hombres indispensables en el Parlamento, no apareció. Se le esperó en vano. Cuando el Capitán supo que por vez primera en su vida política no tendría a su lado a Ionescu en el tribunal, inclinó su cabeza, realmente abatido. Creo que en ese momento intuyó que la muerte estaba cerca. Años más tarde supe que la policía civil había advertido a la mujer de Ionescu que si su marido se presentaba al tribunal, no lo vería más, y que fue ella quien lo retuvo. ¿Quién podría culparlo?

Como fuera, una vez más el Capitán era abandonado por los grandes en las horas de las definiciones.

Pero los jóvenes estuvieron presentes. Con su ardor trataban de suplir la sabiduría. Escribe el Capitán: «En estos tres días, los pobres siete jóvenes abogados legionarios corrieron como abejas reuniendo datos.»

Por un momento, los que con espectación seguíamos el proceso, tuvimos una pequeña esperanza. Debió concederse la palabra al Capitán y éste habló durante siete horas, explicando qué era la Legión y destruyendo los cargos. Por un error de administración interna, «El Universo», el diario de mayor circulación en Rumania, publicó íntegra la alegación. Provocó ello tal conmoción que pensamos que el tribunal no se atrevería a condenarlo.

Después del Capitán hablaron los siete muchachos, nuestros jóvenes abogados que aventuraban así su porvenir en tan peligrosa causa.

Debo dejar constancia que la parte jurídica del proceso, que más tarde sería revisado, no ofrece dudas. La más firme prueba contraria parecía ser una carta sin firma cuya autoría se imputaba al Capitán. El último día se presentó el responsable: un militar ajeno por completo a la Guardia. El tribunal se negó a admitir su confesión. El 27 de mayo de 1938 la Corte Marcial condenó a Codreanu a diez años de trabajos forzados.

De el «Diario», que tengo ante mí, tomo algunos párrafos. Escribe el Capitán:

«A las cuatro de la madrugada me despierta el rumor de pasos y el ruido de las cerraduras y de los candados. Me incorporo. Entra el fiscal Radu Ionescu, el funciona-

rio judicial Tudor, el alcalde de la cárcel y los demás empleados oficiales de la prisión.

»El actuario o secretario, lee: '... El tribunal militar contestó afirmativamente a todas las preguntas. Está usted condenado a diez años de trabajos forzados.'

»Me miran todos en silencio, como asombrados de lo que acaban de escuchar.

»Se quedan un minuto largo en silencio. Nada digo. Parten, y todavía el fiscal se retarda, como queriendo agregar algo.

»Frente a la gran injusticia que me golpea, estoy tranquilo, con la conciencia en paz.

»Quedo solo. Abro el libro de oraciones de San Antonio, el gran santo católico de mi devoción. Es la página 119 de mi edición. Leo: 'Hágase para que reciba yo con tranquilidad lo que manda Dios, entendiendo que es su voluntad.'»

Y, más adelante:

«Cuando terminé el Evangelio, comprendí que estaba en la cárcel por la voluntad de Dios; que aunque no tenga culpa alguna en lo jurídico, El me castiga por mis pecados y pone a prueba mi fe. Me tranquilicé. La conformidad cubrió mi alma agitada, como la noche baja a los campos, sobre los sacudimientos y temblores del mundo. Hombres, pájaros, animales, árboles, hierbas, tierras labradas, todo llega al fin al descanso.»

Todavía:

«A través del largo tiempo, desde más allá de dos mil años veo a Nuestro Señor Jesucristo tal como nos lo describe el Evangelio, igual que si estuviera a diez pasos de mí. Veo sus vestidos. Veo como avanza lentamente al frente de los apóstoles, como levanta el brazo, como habla con ellos, como bendice a la multitud. Le veo como se postra en tierra y suplica: 'Señor, si es posible, haz que pase de mí este cáliz.' Veo como le prenden y le llevan atado ante Anás y Caifás.»

La sentencia fue pronunciada el 27 de mayo de 1938. Dos días después, el domingo 29, leo en el «Diario»:

«Pienso en Carmen Sylva, allá, a orillas del mar. El año pasado yo estaba allí, y trabajábamos preparando la apertura del Comercio Legionario. Ahora, el campo será invadido por las espinas y las hierbas, sepultando nuestro trabajo.

»Donde antes había rumor de vida, salud y buena voluntad, ahora se extenderá la soledad. Quizás alguno de los veraneantes se acuerde de mí.

»Cuando el último día volví a la sala del tribunal, habían nacido polluelos en el nido del gorrión que anida en la ventana de mi celda. El padre corre sin parar, trayendo comida, y paso horas contemplándolo. Siempre vuelve con algo, y hay inmensa alegría y gozo en ese minúsculo hogar.»

Releo estas líneas con emoción: el Capitán se acerca a la muerte, pero su atención se centra en aquellas mínimas formas de vida. No me sorprende. Sabíamos bien de su honda pasión por los animales. Todos los legionarios deben recordar a «Rarăul», el ovejero alemán al cual el Capitán tanto amaba y al que dio el nombre del picacho de los Cárpatos donde se retiró en la hora de su mayor abatimiento y humillación e hizo construir más tarde uno de nuestros campos de trabajo.

¡«Rarăul»! ... también tú fuiste camarada nuestro. Sin vacilación te dedico este recuerdo de hermano. En tus ojos tristes, ansiosos de comprensión, encontró el Capitán consuelo a muchas de sus fatigas y desventuras. Ignoro que fue de tí, «Rarăul», grande entre los tuyos, que con tu lengua humilde acariciaste su mano de Capitán entre los hombres. Algunos de los nuestros aseguran que en el Walhalla germano tú trotas a su lado, dispuesto a protegerle como nosotros no supimos protegerle en vida.

XVIII

Aparecen los campos de concentración.—Detención de los comandantes legionarios.—La sencilla operación de sucumbir.—En casa de un secretario de juzgado.—¿Qué hicieron por nosotros nuestros amigos extranjeros?—Horia Sima

Ya estaba el Capitán en la cárcel para siempre. El 23 de mayo de 1938 se había iniciado el último proceso. Al día siguiente, por simple decreto, el rey estableció la pena de muerte para algunos delitos, entre ellos, el de traición. Esperaba así que el tribunal militar le entregara la vida del Capitán. Pese al servilismo reinante, no pudo obtenerlo.

La prisión y condena de Codreanu trajo sobre nosotros una nueva ola de persecución. La policía había recibido órdenes precisas de exterminar a la Guardia y, en lo posible, no hacer prisioneros. Así, los legionarios ocultos eran asesinados en sus mismos escondites o llevados hasta los patios de las cárceles o caminos apartados para correr allí la misma suerte.

Los que lean estas líneas tendrán reservas, quizás. Nuestra verdad no es fácil. Pero, Dios sabe bien que cuanto digo es rigurosamente exacto y que escribo con absoluta tranquilidad de conciencia.

Lo anterior no bastaba. Carol II creó entonces los campos de concentración. Posteriormente, el mundo ha dedicado larga atención a los campos alemanes, pero nadie ha recordado a los centenares de los nuestros que, sin haber guerra, fueron exterminados en esos lugares. Puedo señalar los primeros. Eran tres, y se llamaban Tismana, Dragomirna y Mercurea Ciuc. Posteriormente fueron disueltos Tismana y Dragomirna y se nos concentró en Mercurea Ciuc y en el nuevo de Vaslui, además de la cárcel tradicional de Ramnicul-Sarat. Además, para los muchos curas simpatizantes del Movimiento se habilitó el campo de Sadaclia. No deseo hacer una crónica de horrores, pero debo dejar constancia que en estos campos sólo había legionarios y que ningún otro rumano fue recluido en ellos.

Un nuevo golpe esperado, pero no por eso menos doloroso, cayó sobre nosotros: el 1.º de julio de 1938 el ingeniero Jorge Clime, jefe del partido «Todo por la Patria», y diecinueve comandantes legionarios fueron sacados del campo de concentración de Mercurea Ciuc, transportados a la capital y condenados a presidio perpetuo por la Corte Marcial. Ninguno de ellos volvería a la libertad. El rey asestaba sistemáticamente sus golpes: condena del Capitán; persecución de los legionarios; condena de Jorge Clime y de los diecinueve comandantes.

Probablemente suponía que con ello nos detendría o haría vacilar nuestra fe; ya se daría cuenta de lo equivocado que estaba. Por mi parte, decidí abandonar definitivamente el trabajo en la Compañía Naviera para dedicar todo minuto a esa lucha a muerte. Recuerdo con gratitud ese pequeño mundo de amigos comprensivos y generosos. Pero mi mayor orgullo es pensar que el gerente, que tanto nos había ayudado económicamente, me despidió como camarada, puesto que acababa de solicitar su afiliación secreta a la Guardia.

Proteger y ocultar a los perseguidos era mi principal

misión. Llegó a convertirse en un excitante deporte. La única consideración excluída era que también nosotros nos jugábamos la vida en la empresa. Recuerdo, entre otros casos, como el mismo año 1938, en compañía del camarada Jorge Giorgu, logré ocultar en Constanza a Nicolás Seitán y Demetrio Predescu y, aún más, hacerlos llegar a mejores refugios en Bucarest. El Gobierno suponía nuestros cuadros deshechos, en tanto que nosotros solicitábamos y obteníamos del comando secreto de la capital la designación de Juan Papaianuso como comandante provincial de la Guardia. Mientras el rey y los suyos nos creían paralizados por el terror, nosotros vivíamos desaprensivamente nuestros días, negándonos a admitir que pudieran ser los últimos de la vida. No era raro. Ya habíamos renunciado a todo. Desde el momento en que nos alistamos en la Guardia habíamos aceptado serenamente la muerte. Así, pues, la existencia presente nos parecía un lapso añadido a nuestras vidas. Vivíamos «sobregirados». Casi nos sorprendíamos cada noche por no haber sido alcanzados por las balas o no estar ya sepultados en un campo de concentración. La novedad la celebrábamos alegremente e ideábamos un riesgo mayor para el día siguiente. Total, jugábamos lo que ya no era nuestro. De ahí que cada amanecer nos encontrara más y más audaces.

Todas esas reverencias burlonas a la muerte, todo ese alegre festejar la sencilla operación de sucumbir se verificaba bajo un Gabinete que presidía Mirón Christea, patriarca de la Iglesia ortodoxa rumana. ¿Podíamos tener otra actitud que la burla trágica hacia los hombres si queríamos conservar nuestra fe en los principios?

Sin embargo, algunas veces hube de extremecerme pensativo y atormentado. Si sólo se hubiese tratado de jóvenes, no habría sido tan grave. Después de todo, los jóvenes no tienen derecho a la paz en los días en que los tronos vacilan. Nosotros no pensábamos ni en la seguri-

dad ni en el placer. No sabíamos de fiestas, de festejar a muchachas ni de diluirnos al ritmo de un baile. Tampoco de comprarnos un traje a la moda ni de cortar nuestros cabellos según el patrón de la última revista. Para nosotros no había galanes de cine ni cantantes, ni nada de lo que ahora parece indispensable a la juventud. En la cabecera de las modestas camas de mis camaradas sólo tuve oportunidad de ver una fotografía del Capitán y, a veces, un grabado representando a San Esteban o a Miguel el Bravo. Esta era nuestra tónica y no se nos ocurría que el mundo pudiera ser de otra forma. Si alguno tenía un desliz o una caída recurría al primer sacerdote o lo confesaba públicamente en las reuniones de los sábados en los «Nidos». Por último, lo confesaba todo al más próximo de los camaradas de superior jerarquía. Ese era nuestro mundo. Nos parecía lo natural, porque así lo había enseñado y vivido el Capitán.

Algunas veces, como he dicho, las circunstancias cambiaban, y me era más difícil la tranquila aceptación. Se trataba de hombres maduros, de profesionales acreditados, de grandes industriales, de hijos de magistrados, de mujeres de oficiales y de oficiales. También esta gente se ponía a nuestras órdenes, arriesgando sus vidas. Habíamos empezado por solicitar sólo la cooperación económica; después de darla en la medida de sus posibilidades, insistían y exigían: exigían una cuota de más amplio sacrificio. Volvían a ser jóvenes y querían arriesgar sus vidas junto a nosotros. Sentíamos remordimientos de empujarlos a la muerte.

Entre esos casos dramáticos recuerdo el de un secretario de juzgado de Constanza. Su mujer era afiliada secreta y pedía siempre mayor participación. Una tarde, acosado por la policía hube de recurrir a ella solicitándole refugio para mí y para dos muchachos que llegaban a Constanza después de eludir a la policía en los bosques durante dos semanas. Me resistía, porque ignoraba qué pensaba su marido y porqué sabía y había comprobado que la policía había adoptado, como norma general, incendiar la casa de toda persona que prestara refugio a los perseguidos. Esa tarde no pude optar. La mujer, joven y distinguida, nos acogió sin vacilar. A los pocos minutos, mis dos jóvenes camaradas, agotados, dormían profundamente mientras yo, tendido sobre una alfombra a los pies de las camas, me revolvía inquieto por las responsabilidades que había traído sobre los dueños de casa. A la medianoche el frío arreciaba y yo seguía sin dormir. La puerta se abrió sin ruido. Llevé la mano al revólver. Con los ojos semicerrados observé en la penumbra. Nuestra amiga y su desconocido marido traían en sus brazos gruesas mantas que cuidadosamente extendieron sobre nosotros. Se persignaron y desaparecieron tan quietamente como habían llegado. Me dormí al fin, pensando en los múltiples caminos por los cuales se habían derramado las enseñanzas del Capitán. Pocas horas más tarde, después de un generoso desayuno, nos despedimos estrechándoles firmemente las manos como único agradecimiento. En la tarde, en un taxi, a muchos kilómetros de distancia, seguía meditando: contra un pueblo como éste, ¿qué puede la tiranía de Carol?

Con insistencia se me ha preguntado qué hizo Alemania por nosotros y qué hizo Italia por nosotros. Hablo del año 1938, en el cual las potencias del Eje tenían a Europa en jaque. Es lógico pensar que ellas deberían haber acudido en nuestra ayuda, ya que si no éramos nacional socialistas ni fascistas, teníamos importantes coincidencias. Sin embargo, nada hicieron. De los alemanes e italianos no tuvimos más ayuda que el envío de delegaciones uniformadas a nuestros desfiles.

No tenemos reproche alguno por este concepto. El Tercer Reich no se caracterizó por su habilidad en materias internacionales. Desde 1922 existió en Rumania la «Liga de Defensa Nacional Cristiana», Movimiento al

cual perteneció el mismo Codreanu, según se ha explicado. Ese partido adoptó la «swástica» como emblema antes que Hitler. Mantuvo fuerzas en Moldavia, logró elegir allí algunos diputados y enviaba sus delegados a los Congresos y festividades del Partido Nacional Socialista alemán. En 1935 se retiró de la «Liga» un grupo más radical, más Nacional Socialista, identificado con Alemania hasta en sus uniformes. Lo dirigía el escritor y periodista Emilian, hombre de especial distinción intelectual y de singular bravura personal, que ahora vive en Alemania, y edita allí el periódico *Stindarlul*. No hay que extrañarse, pues, que hayamos recorrido nuestro camino en total soledad.

La incertidumbre e ignorancia en que nos colocaba la detención de la Jefatura y la destrucción de los cuadros, me movió a viajar a Bucarest con el propósito de entrevistarme con Nicolás Seitan, uno de los que, ocultos, permanecían todavía en libertad. Se refugiaba en casa de un estudiante de Dobrodja, en la calle Popa-Tatu. Se celebró una reunión a la cual asistieron cinco personas más, fuera de los dos que habíamos venido desde Constanza.

Allí conocí a Horia Sima. Era sólo uno cualquiera de los asistentes. Dos o tres veces le había oído mencionar. No podía sospechar su importancia futura para nuestro Movimiento y todo lo discutible que su actuación sería. Con esfuerzo le recuerdo en esa reunión: un hombre de unos treinta y cinco años de edad, delgado, de modales finos y del cual supe que era profesor de enseñanza secundaria. En ese momento encarnaba resueltamente la tendencia «golpista», a la cual se resistía Nicolás Seitan, ya que, pese a los últimos acontecimientos, no existían instrucciones de innovar por parte del Capitán. Los ánimos estaban exacerbados por la persecución y, finalmente, se decidió trabajar en la preparación de un golpe

de Estado, si bien subordinado a lo que el Capitán resolviese en definitiva.

Así las cosas, volví a Constanza y empecé a colaborar activamente en la formación del Comité directivo local clandestino. Eramos pocos los militantes que quedábamos en libertad, de modo que nuestra actividad resultaba múltiple y agotadora. Llena de suspenso, además. La necesidad más urgente era conseguir ayuda económica para las familias de los presos. Después, juntar armas y distribuir propaganda. Los mimeógrafos trabajaban día y noche y en los lugares más inesperados se encontraban hojitas con nuestra palabra. En esos meses, el comando clandestino publicó «La verdad sobre el proceso de Corneliu Codreanu», cuya distribución puso a prueba todo nuestro tacto, nuestra capacidad y nuestra energía. El año 1938, pareció darnos dos oportunidades de justicia: dos visitas del rey a Constanza, pero la policía tomó tales precauciones que ninguno de los nuestros pudo, ni siquiera lejanamente, acercarse a él. De todos modos, vacilábamos en empeñarnos a fondo en cualquiera empresa punitiva, puesto que el Capitán, desde la cárcel, había insistido en la prohibición de toda violencia. Sólo una aparente desobediencia, pero se debió a ignorancia de las instrucciones: estudiantes secundarios de Bucovina dispararon e hirieron al presidente del tribunal militar de Cernautzi. También en Cluj hubo un atentado contra el rector Goangă, pero sólo se perseguía atemorizarle y nadie pensó en darle muerte.

Como fuera, cada vez había menos lugar para estos actos de espontánea desesperación, porque el Capitán, desde la cárcel, podía ahora enviar regularmente sus instrucciones a través de la jefa de las mujeres legionarias, Nicoletta Nicolescu. Poco después, esta muchacha valerosa y admirable sufriría horrorosa muerte: la policía la quemó viva en los hornos crematorios del cementerio de Bucarest.

XIX

La muerte del Capitán.—«El no podía vivir en un país gobernado por un depravado».—Los catorce estrangulados en el bosque de Țâncăbești

Recuerdo el día 30 de noviembre de 1938 hasta en sus detalles más insignificantes. Está grabado en mi alma como en la de todo legionario, cualquiera que sea el lugar del mundo donde su suerte le haya arrojado.

Hacía una semana me ocultaba en la casa de la hermana del camarada Jorge Georgiu, el mismo que me había acompañado en mi último viaje a Bucarest. De nombre Frosa, estaba casada con un chófer de taxi y tenían dos hijas pequeñas, con cuyas ocurrencias, que retribuía con cuentos e historietas, entretenía mis lentas horas de ocio forzoso. La mañana había sido activa, dedicada a escribir volantes y manifiestos que los mimeógrafos engullían sin cesar. Alrededor de las dos de la tarde, después de almorzar, estábamos sentados en el «living» Jorge, Frosa y yo, mientras las dos niñas correteaban alrededor. Como siempre, teníamos encendido el aparato de radio en espera de noticias oficiales, ya que, pese a su probada falsedad, siempre algo podía sacarse en limpio.

Repentinamente, se interrumpió una transmisión de música popular y sin preámbulo se oyó:

«El Ministerio del Interior comunica: Anoche se hizo un transporte de condenados de la cárcel de Râmnicul-Sărat hacia Jilava, Bucarest. Al llegar el transporte al bosque de Ţâncăbeşti, en el kilómetro 30 de la carretera Bucarest-Ploeşti, siendo las cinco de la mañana, los automóviles fueron tiroteados por desconocidos que desaparecieron al instante. Los condenados, aprovechando que el transporte se hacía de noche, con nubes densas y en automóviles abiertos, saltaron, pretendiendo adentrarse en el bosque. Los gendarmes, después de las señales de rigor, dispararon, dando muerte a: Corneliu Zelea Codreanu, condenado a diez años de trabajos forzados y seis de interdicción; Constantinescu, Nicolai; Caranica, Ion; Belimace, Doru, autores del asesinato de I. G. Duca, condenados a trabajos perpetuos. Caratánase, Ion; Bozantán, Iosef; Curca, Stefan; Pele, Ion; Bogdan, State; Grigore, Ion; Atanasiu, Ion; Vlad, Radu, autores del asesinato de Michael Stelesco, condenados a trabajo perpetuo. Georgescu, Stefan, y Trandafir, Ion, condenados a diez años de trabajos forzados por el mismo delito. Tanto la Segunda Fiscalía Militar, en cuya jurisdicción sucedieron los hechos, como el juez civil, concurrieron al lugar de los hechos, verificando las muertes e interrogando a los presentes. Autorizaron la inhumación de los cadáveres e iniciaron instrucción del sumario. El comando militar, a petición de la Fiscalía, y por razones de orden público, autorizó la inhumación en el subcentro militar de Jilava, hecho que se ejecutó en la mañana del 30 de noviembre por el personal de la cárcel militar.»

Quedamos paralizados. Después de unos segundos en que nos miramos con esa fijeza especial que sólo da el horror, Georgiu empezó a sollozar como un niño. Frosa corrió a abrazarle; ambos, apretados, lloraban. No sentí dolor alguno. Todo me parecía claro: ¡era una farsa! ¡tenía que ser una farsa! ¡El Capitán no podía morir así!

Me precipité a los dos hermanos abrazados y sacudiéndoles, grité:

—¡Gogu, no seas niño! ¿Cómo crees eso? ¡Son puras mentiras, mentiras del rey! (Ahora, una vez más, vuelve a mí el paralelo: tampoco en España se creyó en la muerte de José Antonio Primo de Rivera y hasta un año después se confió en su regreso, llamándole, simplemente, «El Ausente».)

Era claro que se trataba de una mentira más, destinada a desmoralizarnos. Fui elocuente, pese a mis propios gritos y al llanto de los hermanos. Indudablemente todo era falso. ¡Eso no podía suceder en un país civilizado! ¡Eso sí que no lo habrían permitido las potencias amigas del Movimiento! Les convencí, y durante la tarde analizamos la noticia, consolándonos en medio de comentarios nerviosos.

Ya en la noche, la tensión nos empujó a la calle. Buscando las sombras y esquivando a la policía, con muchas precauciones llegamos hasta los diversos refugios de camaradas. Todos conocían la noticia, pero nadie la creía. En ninguna parte encontramos ambiente de duelo ni ánimos tristes. Hasta Georgiu se había recuperado y terminó bromeando con nosotros sobre la burda patraña inventada por el Gobierno.

Al día siguiente empezamos las averiguaciones sistemáticas, incluso dentro de la policía donde teníamos secretos y útiles contactos. A algunos se les encomendó escuchar permanentemente las transmisiones radiales extranjeras. Circulaban los rumores más contradictorios

y fantásticos. El más repetido era que, efectivamente, había habido una matanza, pero que el Capitán había logrado huir a Alemania. No faltaban otros, más misteriosos, que aseguraban que se encontraba en Albania. ¿Por qué en Albania precisamente? Lo ignoro.

Pasaría mucho antes que los legionarios se convencieran. Ni siquiera el padre del Capitán lo admitía. Para algunos, incluso fue preciso la muerte de Călinescu, de la que se hablará más adelante, para que reconocieran que habíamos perdido al Capitán para siempre.

Mis esperanzas personales duraron menos. Una conversación breve, simple y triste me trajo a la realidad en un muelle de Constanza. Un día cualquiera, un funcionario aduanero, ajeno a nuestros afanes políticos, pero sentimentalmente afín con la Guardia, viéndome pensativo, se acercó a los bultos sobre los que me encontraba sentado y, poniendo su brazo sobre mi hombro, me dijo, casi con dulzura:

—Mira, Vlad, Corneliu Codreanu está muerto. ¿Cómo esperas otra cosa? ¡El no podía vivir en un país gobernado por un depravado como Carol! Quiero contarte algo: fui oficial de la guardia del Palacio; muchas veces me tocó recogerle, botado, borracho, en las mismas puertas y llevarle hasta sus habitaciones. ¿Qué puede esperarse de un rey así?

Me agregó algo:

—Después de la muerte de Stelescu, la familia de Caratanase, el jefe de los Decemviros que lo ejecutaron, vagó en la miseria sin encontrar refugio ni ayuda, salvo la mínima que le pudo proporcionar la misma Guardia, aunque eran muchos los que los habían aplaudido. La gente es así, cuando tiene que enfrentarse a los poderosos. ¿Por qué te empeñas en fabricarte ilusiones?

Era cierto. Así es el hombre.

A la duda siguió la certeza; a la certeza, la conformidad; y a la conformidad, el deseo de venganza.

Todo ésto sucedía en Rumania, nuestra Patria, bajo el Gobierno del primer ministro Călinescu, quien había reemplazado al Patriarca Mirón Christea.

Hoy se conocen muy bien los verdaderos detalles de la muerte del Capitán. Incluso el nombre del gendarme que lo estranguló: Sârbu. Sabemos cómo pereció el capitán, los tres «Nicadori» y los diez «Decemviros», es decir, los trece legionarios que tuvieron el privilegio de acompañarle en la sencilla operación de sucumbir por Rumania.

Para constancia de la verdad me parece suficiente transcribir, en su frío horror, la declaración que ante un tribunal prestara, en 1941, el comandante de gendarmería, Dinulescu. Dice así:

> «Un día fui llamado por el entonces presidente del Consejo de Ministros, Armán Călinescu. En su gabinete de trabajo se encontraba también el general Bengliu, comandante de gendarmería. Călinescu me dijo entonces que, por razones políticas, Codreanu y trece de sus adeptos debían morir, y que esa era también la voluntad del rey. El día 29 de noviembre de 1938, a las diez de la noche, Codreanu y sus compañeros fueron sacados de la cárcel de Râmnicul-Sărat, donde estaban recluidos, y embarcados en un camión. Los legionarios fueron atados con los brazos a la espalda, y colocados de tal manera que no pudieran volverse y, ni siquiera, inclinar sus cabezas. Detrás de cada uno se colocó un gendarme, mientras yo me instalaba en la cabina del chófer. Viajábamos por la carretera Ploeşti-Bucarest cuando, al amanecer del 30 de noviembre, dicon mi linterna la señal previamente convenida. Cada gendarme sacó de su bolsillo un trozo de cuerda especialmente preparado, y procedió a estrangular al legionario que de espaldas tenía junto a

sí. De este modo, Codreanu y sus trece compañeros fueron muertos, mientras el camión seguía corriendo a toda velocidad. Poco después llegamos a Bucarest, dirigiéndonos a la cárcel militar de Jilava. En el patio se había abierto, especialmente, tres días antes, una gran fosa. El camión entró en el patio, y según órdenes del procurador militar, coronel Zeciu, procedimos a disparar sobre los cadáveres. Vino un médico militar que verificó las muertes. Los cadáveres fueron a la fosa, mientras yo declaraba a los catorce gendarmes que lo que habían hecho había sido ordenado por la Corte Marcial y que habían prestado un gran servicio al país. Se tapó la fosa, pero al otro día los cadáveres fueron exhumados y llevados a otra fosa. Sobre ellos se vertió ácido sulfúrico. Después, se aplastó la tierra, y sobre ella se extendió una capa de concreto. Los gendarmes fueron obligados a firmar un acta en la cual se decía que los catorce legionarios habían sido matados al tratar de huir de la escolta. Cada gendarme fue recompensado con 20.000 ley.»

Así cayó el capitán. Así cayeron los «Decemviros» y los tres «Nicadori».

Algo se escribió sobre este suceso en el extranjero. Entre lo que conservo, me parece de interés transcribir el comentario del diario *Israel,* de El Cairo. Es la edición del 5 de enero de 1939 y parece ocioso hacer presente que entonces las circunstancias políticas de Egipto eran muy diversas a las actuales.

Dice *Israel,* periódico de la colectividad judía:

«Dos golpes potentes que de modo singular recuerdan la antigua Ley de Jahvé (El Talión) se han descargado el año pasado en la cabeza del antisemitismo rumano.

»En seis meses han ido eliminados sus dos jefes más notables.

»En mayo, fue derribado el pequeño Goga, cuando apenas había llegado a la cumbre del poder.

»Y recientemente le ha llegado el turno a su rival, Corneliu Codreanu, capitán de bandoleros, quien con trece de sus cómplices cayó bajo las balas de los gendarmes, que habían recibido orden de enviarles al otro mundo sin malgastar tiempo en formalidades.»

Ciertamente, Corneliu Codreanu y nuestros trece camaradas fueron enviados al otro mundo sin que se «malgastara» tiempo en «formalidades».

En una obra de reciente aparición («Dacoromanía»), el rumano Ion Tolescu lanza la temeraria afirmación de que «Corneliu Codreanu fue asesinado con el asentimiento de Adolf Hitler, dos días después del encuentro de Bergtesgaden entre Carol II e Hitler». Sin embargo de lo dicho por Tolescu, el periodista alemán Wolfgang Bretholz, nada sospechoso de simpatías por el Nacional-Socialismo, en su libro *Los que he visto caer,* edición de París, 1960, dice que Hitler fue presa «de una rabia loca cuando la prensa internacional informó que él había prestado su asentimiento a Carol para que se desembarazara de los jefes de la Legión. Por orden de Hitler—agrega—los grandes dignatarios del Tercer Reich debieron devolver las condecoraciones que el rey había distribuido liberalmente durante su visita a Alemania».

XX

Consigna de los sobrevivientes: «¡Muerte del rey y del ministro Călinescu!».—Segunda guerra mundial: la Guardia está con Alemania

El asesinato del Capitán y del grupo de comandantes cortó las últimas amarras del disimulo. Cayeron las reservas. En la persecución que sobrevino, todo el que no era de los nuestros estaba contra nosotros. Contra los sobrevivientes de la Legión cualquier procedimiento era justificable. Mi propio grupo de Constanza, del cual me sentía personalmente responsable, fue arrasado. Por amargo que sea decirlo, en la búsqueda de los ocultos, en la persecución de los fugitivos, colaboraban activamente otros grupos que se decían nacionalistas, especialmente el de Cuza, quien todavía se mantenía en el Consejo de Corona del rey y que un día había sido padrino y camarada de Corneliu Codreanu. En verdad, estos seudonacionalistas, gobiernistas, de Cuza, resultaban nuestros más implacables enemigos. Me parece que el único grupo político organizado que no se pronunció expresamente en contra nuestra fue el muy pequeño del abogado Emilian. Desgraciadamente, eran escasos y, de todos

modos, debe señalarse que a ellos el Gobierno de Carol no les persiguió ni molestó en forma alguna.

Entre los restos de la Legión, como llamarada espontánea y clamorosa se extendió la consigna: «Muerte del rey Carol y del primer ministro Armán Călinescu!

En la ingenuidad y distancia de nuestra Constanza creíamos tener la solución, el arma que podría cambiar el curso del río de sangre que se alimentaba de nosotros. El teniente de Ejército, Nae Dumitrescu, afiliado secreto a la Legión, trabajaba en la fabricación del lanzallamas, arma no conocida en Rumania y que, en verdad, ignoro dónde y cómo fue empleada por vez primera. Tenía un supuesto ordenanza, de apellido Conteş, también legionario, y que desempeñaba su falso cargo con toda naturalidad, pese a carecer de rango militar. Ambos eran hábiles alpinistas, y con el pretexto de hacer excursiones experimentaban en las montañas el arma secreta. Creo que ya habían iniciado su producción en serie, en un arsenal secreto de la calle Capitán Oarca, 23, Bucarest, cuando un fallo técnico produjo una tremenda explosión que los delató. El falso ordenanza quedó gravemente herido y el teniente, ileso, fue detenido y descuartizado vivo en una cárcel, el 7 de enero de 1939.

Así estábamos, pues, fracaso tras fracaso. Siempre menos en los comandos y jefaturas, pero siempre más numerosos en los simples militantes. Caían los profesores, los abogados, los ingenieros, pero aparecían, ansiosos de reemplazarlos en el sacrificio, los muchachos de los colegios secundarios. Yo mismo me había transformado en un viejo militante que los contemplaba con ojos húmedos y me resistía a admitirlos, sabiendo que, de ceder, les otorgaba pasaporte a la muerte.

Ya el Capitán no estaba entre nosotros. Desde la cárcel el ingeniero Jorge Clime, jefe del Cuerpo de los Trabajadores, asumió la Jefatura de la Legión.

El 2 de septiembre de 1939 se inició con el mayor acon-

tecimiento del siglo, ansiosamente esperado por nosotros: el 2 de septiembre nos enteramos por la radio de que Alemania había invadido Polonia y comenzaba así la segunda guerra mundial, para la cual todas las grandes potencias, reconociéndolo como acontecimiento fatal, habían venido tomando posiciones.

Para nosotros no había dudas. Pese a todas las reservas ideológicas, estábamos con Alemania. Nos separaban importantes diferencias doctrinarias del Nacional-Socialismo y rechazábamos muchos de sus excesos, pero veíamos en Alemania, pese a lo anterior, el alma de Europa, la valla contra el bolchevismo y la posibilidad para las juventudes del mundo de construir sin odios ni resentimientos un orden más justo. Había en el Nacional-Socialismo y, en menor medida en el Fascismo italiano, una rabiosa y exasperada autenticidad juvenil; un sentido heroico de la existencia; un desprecio a las comodidades y ventajas materiales; un ansia de justicia y un amor profundo por la vieja Europa constructora de catedrales y universidades; un tembloroso afán de muerte digna, a todo lo cual nos sentíamos ligados y obligados.

Hoy son escasos, poquísimos, los que admiten que durante la guerra estuvieron con Alemania. Así es la naturaleza humana. Pero, no sería fiel con el imperativo de autenticidad que fue nuestro dogma fundamental si no dejara en claro este punto, lo que, por otra parte, se desprende de lo ya dicho. Corneliu Codreanu había sido suficientemente explícito sobre el tema. Prefiero remitirme a sus palabras textuales.

En su libro *Para los legionarios,* dice:

> «De Adolfo Hitler oí hablar por primera vez a mediados de octubre de 1922. Había ido al norte de Berlín, a casa de un obrero que fabricaba 'swasticas', con el que había establecido buenas relaciones. El me dijo: 'Se habla de un movimiento antisemita

iniciado en Münich por un joven de treinta y seis años, Adolfo Hitler. Me parece que ésto es lo que esparábamos los alemanes.'

»Siempre en Berlín, y aproximadamente hacia el mismo tiempo, he tenido noticias de la explosión fascista: la marcha sobre Roma y la victoria de Mussolini, de la que me he alegrado como de la victoria de mi patria. Existe un lazo de simpatía entre todos aquellos que en diversos lugares de la tierra sirven a su nación, como existe un lazo de simpatía entre todos los que trabajan en la destrucción de las naciones.»

El 30 de mayo de 1936, Corneliu Codreanu envía a los militantes una Circular sobre política internacional. En uno de sus párrafos expresa, textualmente:

«La parte sana del pueblo rumano está inquieta por la suerte del país en las manos muy débiles del señor Titulescu.

»Entendemos que el señor Titulescu tiene algo de talento, poco de inteligencia y nada de sabiduría.

»Sería mejor confiar la suerte de Rumania a un hombre sensato, que no a un talento sin sabiduría.

»El acercamiento a Rusia es un acto de traición de Rumania no sólo para con Dios y el orden moral de este mundo sino, también, para con los pueblos que están al servicio de este orden, en guerra con las potencias aniquiladoras del mal. Honor para esos pueblos. Nuestros actos manchan y deshonran al pueblo rumano ante la Historia. Solamente con sangre, con mucha sangre, podríamos recuperar el honor perdido ante aquellos a quienes estamos traicionando y que nos despreciarán.

»Si, por el contrario, los victoriosos son los ejércitos cristianos, el resultado, como consecuencia de

nuestra actual vacilación, sería la división, la anulación del Estado rumano.

»Marcharemos con las cabezas gachas. Los rumanos nunca nos atreveríamos a levantar los ojos para mirar de frente a los pueblos que, con riesgo de sus existencias, se situaron en la línea del honor. Viendo nuestras oscilaciones de hoy, tendrán derecho a despreciarnos. Aquellos que hoy tienen la responsabilidad del futuro de Rumania, ¡que tengan cuidado!»

El 5 de noviembre de 1936, Corneliu Codreanu dirige una «Memoria» al rey y a los hombres políticos del país, a la cual pertenecen los siguientes párrafos:

«Si nosotros, los jóvenes, vamos a ser colocados en la trágica situación de combatir en la guerra al lado del bolchevismo, contra aquellos que defienden las iglesias del aniquilamiento, contra quienes defienden a los santos y las tumbas de los héroes, declaramos públicamente que usaremos nuestras pistolas contra los responsables; y, por último, no desertaremos, porque sería deshonroso, pero, antes de luchar como aliados del comunismo, preferimos suicidarnos.

»No hay 'Pequeña Entente' ni, tampoco, 'Entente Balcánica'. Quien crea en estas cosas demuestra no haber entendido nada.

»Sólo hay dos mundos frente a frente. Bajo la presión de ellos, y en el momento en que estalle la guerra, todas las combinaciones diplomáticas se derrumbarán como castillos de naipes. Estos dos mundos son los Estados de las revoluciones nacionales, que luchan por la defensa de la Cruz y de una civilización milenaria, por una parte, y por la otra, el bolchevismo, con todos sus anexos, que lucha por

el aniquilamiento y destrucción de la civilización cristiana.»

Si lo anterior no fuera claro, el mismo año 1936 Corneliu Codreanu había escrito: «Veinticuatro horas después de llegar la Guardia al poder, Rumania estará con las potencias del Eje.»

El 28 de septiembre de 1937, con ocasión de la histórica entrevista entre Hitler y Mussolini, Corneliu Codreanu envía a ambos el siguiente telegrama:

> «Al lado de todo el pueblo italiano, al lado de todo el pueblo alemán, junto a Roma y Berlín, los legionarios rumanos, representantes de cuanto tiene Rumania de más joven, puro y valiente, saludan con ilimitado entusiasmo el encuentro histórico del 'Duce' Benito Mussolini con el 'Führer' Adolfo Hitler. Ninguna fuerza del mundo podrá quebrantar vuestra fuerza, ni sombra alguna ocultará vuestra gloria.»

Finalmente, el 12 de marzo de 1938, con ocasión de la unión de Austria con Alemania, Corneliu Codreanu dirige al «Führer» el siguiente telegrama:

> «Con inexpresable alegría saludo la victoria de la verdad en Austria alemana. Las fuerzas judío-masónicas han sido cegadas por la luz de la verdad. Sois el portador de esa luz, que ninguna fuerza apagará.»

Esta era la posición de la Guardia en política internacional. Hoy no es simpática, ciertamente; pero, así como un día dijimos nuestra verdad no grata ante los alemanes, transitorios vencedores prepotentes, creo que el espíritu de Corneliu Codreanu nos obliga a ser igualmente auténticos y veraces ante Alemania y el Nacional-Socialismo vencidos.

La Legión de San Miguel Arcángel no era ni podía ser indiferente ni neutral ante el gran enfrentamiento. Para nosotros, por un lado estaba el capitalismo, la masonería, los judíos, el marxismo y el Asia amorosamente confundidos y, por otro, Europa alzada desafiante por el espíritu de sus juventudes.

En esa hora de definición mundial, en la cual veíamos la revancha de la estirpe, enturbiaba nuestra alegría el pacto Ribentrop-Molotov, suscrito poco antes. No nos gustaba y no podíamos justificar que Alemania, bajo cualquiera circunstancia o razón, hubiese podido pactar con Rusia. El 19 de septiembre de 1939, el «Führer» de Alemania habló en Danzig, y dijo:

> «Rusia sigue siendo lo que es, y lo mismo ocurre con Alemania. Sólo acerca de una cosa ambos regímenes están claramente de acuerdo: ni el régimen alemán ni el régimen ruso quieren sacrificar un solo hombre por los intereses de las democracias occidentales. Una lección de cuatro años ha sido suficiente para los dos pueblos. Sabemos demasiado bien que uno u otro bando habrían obtenido alternativamente, el honor de batirse en la brecha por los ideales de las democracias occidentales.»

Todo esto era muy cierto... ¡pero nosotros hubiésemos preferido que los ejércitos alemanes, después de cruzar Polonia hubiesen continuado inmediatamente hacia Moscú!

No parecía imposible en esos días. Sólo el 6 de octubre el «Führer» de Alemania, vencedor en Polonia, había ofrecido la paz a Inglaterra y Francia. Este ofrecimiento, preludio de un ataque a Rusia, nos provocó una nueva explosión de entusiasmo y de esperanza. Después de todo, si grandes eran las diferencias con las democracias capitalistas, mucho más grandes lo eran con Rusia. Así

pareció reconocerlo tácitamente Daladier en su discurso del 10 de octubre, aunque la conclusión era desalentadora:

> «Ni Francia ni Gran Bretaña han entrado en la guerra para desarrollar alguna clase de cruzada ideológica: ni Francia ni Inglaterra han entrado en la guerra con un espíritu de conquista. Se han visto obligados a combatir porque Alemania quería imponerles su dominio sobre Europa.»

Entonces, si Francia e Inglaterra reconocían que no les asistía ninguna cruzada ideológica contra el Nacional-Socialismo alemán, ¿por qué no dejar las manos libres a éste para que pudiera arreglar cuentas con Rusia?

El 30 de enero de 1940, en un nuevo discurso de Hitler, interpretando la política inglesa y trazando las líneas de política alemana, las cosas se decían por su nombre:

> «No es justo que en el mundo cuarenta y seis millones de ingleses acaparen simplemente cuarenta millones de kilómetros cuadrados de tierra, y declaren que esto se los ha dado Dios Nuestro Señor, que es su pertenencia y que no tienen por qué dárselo a nadie.
>
> »Francia, con su población que no ha sido hasta ahora demasiado fecunda, de ochenta hombres por kilómetro cuadrado, dispone también de más de nueve millones de kilómetros cuadrados.
>
> »Alemania, con más de 80 millones de habitantes, no tiene siquiera seiscientos mil kilómetros cuadrados.»

Nos repetíamos las palabras del Capitán cuando dijo que en la hora de la gran lucha de la verdad con el error, había que estar con Alemania, prescindiendo de los errores contingentes que Alemania pudiera cometer. Nunca

Alemania hizo nada en favor nuestro; pero los raleados y maltrechos restos de la Legión salieron en septiembre de 1939 a las calles de todas las ciudades de Rumania para dar testimonio de su adhesión a Alemania. Teníamos una pequeña reserva local: se decía que Fabrizius, el embajador de Alemania en Rumania, era masón; no lo puedo asegurar, pero sí parecía ser un aristócrata muy del gusto de Carol II y de la corrompida oligarquía rumana. En su posición germanófila, la Legión fue acompañada por todos los grupos nacionalistas rumanos y por la oficialidad joven del Ejército. Con la alianza de las potencias capitalistas y el Asia comunista estaba el rey con todo su Gobierno, los industriales y los grandes terratenientes, es decir, el capitalismo rumano, como era natural. También, hay que reconocerlo, la mayoría de los intelectuales. Les atraía Francia. París había llegado a ser el eje espiritual de toda la capa intelectual rumana. Por las escuelas y universidades francesas habían pasado las figuras más relevantes de Rumania entre 1830 y 1848: Vasile Alecsandri, Juan Ghica, los Golescu, los Campineanu, Alejandro Cuza, Rosseti, Balcescu, etc. Ahora, sobrevivían sus hijos e influencias.

En verdad, en esos días se necesitaba mucho valor moral en Rumania para ser intelectual, inteligente y no ser afrancesado.

¿Y la gran masa del pueblo? Pues, el pueblo, aun en aquellos sectores que nos acompañaban en las elecciones y simpatizaban con la Legión, los campesinos especialmente, estaba reticente y no nos era fácil arrastrarle. Los rumanos teníamos viejos pleitos con Hungría por la posesión de Transilvania. Hungría había adelantado su adhesión a Alemania, y con razón se temía que el triunfo de ésta significara el apoyo decisivo a las pretensiones húngaras. También recordaba el pueblo la ayuda que Francia prestó después de la primera guerra mundial. Todavía había otro antecedente: Rumania tenía una

alianza balcánica con Yugoslavia, Grecia y Turquía, y esta alianza estaba unida a las democracias capitalistas. Por último, Italia no entraba todavía a la guerra y el más fuerte vínculo sentimental del pueblo rumano con el Eje era la simpatía por ese pueblo latino, al cual considerábamos de nuestra misma sangre y estirpe.

Esta ausencia de Italia, de nuestra Roma madre, en la gran empresa común, ese vacío vital, fue superado sólo el 11 de junio de 1940, cuando Mussolini declaró la guerra a Inglaterra y a Francia.

Ya no eran las mismas circunstancias de Rumania, pero me atrevo a adelantarme a los acontecimientos.

Dijo entonces Mussolini:

> «Entramos al campo de batalla contra las democracias plutocráticas y reaccionarias del Oeste, que en todo tiempo se han opuesto al progreso de Italia y a menudo han complotado contra la existencia misma del pueblo italiano.
>
> »Esta batalla gigantesca no es sino una fase y un desarrollo lógico de nuestra revolución. Es la batalla de los pueblos pobres y de muchos brazos contra aquellos que los hambrean y que mantienen ferozmente el monopolio de todas las riquezas y de todo el oro de la tierra. Es la lucha de los pueblos fecundos y jóvenes contra los pueblos estériles que van hacia el ocaso. Es la lucha de dos siglos y de dos mundos.
>
> »En una reunión memorable en Berlín dije que, según las leyes de la moral fascista, cuando se tiene un amigo se va con él hasta el fin. Esto es lo que hemos hecho y haremos con Alemania, con su pueblo y con sus fuerzas armadas victoriosas.
>
> »La Italia proletaria y fascista está por tercera vez en pie, fuerte, altiva y compacta como nunca.»

Cuando la Legión declaró su adhesión oficial a Alemania, estuvimos aún más solos. Nuestra situación llegó a hacerse intolerable. Quizás sea realmente paradójico para quien observa con criterio político contingente que nos identificásemos con aquellos de los cuales nada esperábamos, impulsados sólo por un imperativo de conciencia. Nunca creimos que los ejércitos alemanes pudieran cruzar la frontera para ayudarnos. Como se ha dicho, los alemanes no nos consideraban de los suyos, y así se demostrará. Todo ello evidencia, una vez más, que después de Bismarck, Alemania no ha tenido otro hombre con visión política internacional.

XXI

«Los Razbunatori» dan muerte al primer ministro Armán Călinescu.—«Hemos castigado al culpable de la muerte del más grande de los rumanos: Corneliu Zelea Codreanu».—La objetividad de Virgil Gheorghiu

Eramos pocos y estábamos acosados. Animosos, pero deshechos. Sin jefes, sin recursos y con pocos amigos. La victoria parecía cada vez más remota. En nada nos ayudaba el hecho de que los alemanes avanzaran por Europa. El desaliento era frecuente y más de alguna vez nos alcanzaba la vergüenza de no habernos unido a los camaradas que nos precedieron en la muerte.

Nos sostuvo la inquebrantable resolución de cumplir una doble misión: la muerte de Carol II y la de su jefe de Gabinete, Armán Calinescu. A Calinescu se le llamaba «El Canciller de Hierro», no por su entereza de alma, sino por la dureza de sus procedimientos. Su físico correspondía a su espíritu: chico, feo, calvo; incluso le faltaba un ojo. Era, al mismo tiempo, la fealdad y la maldad personificadas.

Su conciencia parecía advertirle lo que le esperaba. Nunca hacía dos días seguidos el mismo camino desde su casa al Ministerio. Había aumentado la dotación de

la policía política de Bucarest, que llegó a la enorme cifra de diez mil hombres para una ciudad de un millón de habitantes.

Todo sería inútil. Cualesquiera que fuesen las cuidadosas precauciones, se sabía que el fin estaba próximo. De la inevitable muerte de Călinescu se hablaba cada vez más desaprensivamente, sin disimulo, en los cafés, en las esquinas y en las tiendas. Quizás pudiera esquivar a los primeros vengadores, pero otros vendrían después. Incluso se cruzaban apuestas. Al fin, alguno le cazaría. Contra esa resolución latente no habría jamás policía suficiente. Sólo cabía discutir quien tendría el privilegio de darle muerte. Pocas veces la suerte de un hombre estuvo más clara. Para un solo criminal había varios cientos de ejecutores, dispuestos y anhelosos de entregar sus propias vidas con tal de alcanzarle. Sin orden ni concierto, docenas de conspiraciones se tramaban simultáneamente. El primer ministro nos perseguía, pero nosotros, mientras le rehuíamos especulábamos con su vida. Al fin, uno de los acosados saldría de su refugio para abatir al cazador, con alegría y despecho de los otros.

El destino reparte las cartas a su manera. Entre tantos dispuestos, el elegido fue uno que no pertenecía a la Legión: un abogado de Ploeşti, de apenas veintiséis años, llamado Dumitru Dumitrescu. Singular es su historia. Durante el proceso del Capitán ofreció sus servicios a la defensa. Se le aceptó como ayudante. No tuvo el privilegio de alegar y ni siquiera de hablar con el Capitán. Sin embargo, el magnetismo personal de Codreanu le impelía a mantenerse en su proximidad. Se sabe que en un momento cualquiera el Capitán solicitó un vaso de agua y el joven abogado Dumitrescu se adelantó, ofreciéndoselo. Las gracias, seguramente distraidas, fueron las únicas palabras que en vida el Capitán le dirigiera. Al parecer, nunca llegó a conocer su nombre y ni siquiera reparó en él, ya que no le menciona entre los abogados a quienes

agradece en su «Diario» de Jilava. Probablemente, una honda convicción doctrinaria se había ido plasmando a lo largo de la corta vida de Dumitrescu y en ella esos días del proceso hayan sido decisivos. Más tarde supe que algunos de nuestros camaradas, y también la policía, ya habían tenido noticias de él. En efecto, cuando «Los Nicadori» dieron muerte a Duca, Dumitrescu era un estudiante más en el Liceo de Ploeşti. Al salir del establecimiento con un grupo de muchachos, escuchó la noticia. Arrojando al aire su gorra, lanzó un tremendo grito: «¡Por fin empieza a hacerse justicia en Rumania!»

Muerto el capitán, Dumitrescu no llegó a afiliarse en la Legión; pero, por propia iniciativa, tomó contacto con algunos estudiantes legionarios. Seleccionó a los ocho que le parecieron más resueltos y capaces. Por sí, resolvió dar el gran golpe en Arges con ocasión de la tradicional visita anual que el rey y su Gabinete hacían a ese lugar para rendir homenaje a los restos de los reyes de Rumania, todos enterrados en el Monasterio. El Monasterio de Curtea de Arges, lugar venerado por todo rumano, fue construido por el príncipe Neagoe Besarab (1511-1526). La leyenda atribuye el éxito de la construcción al sacrificio del artista que la realizó, Manole, quien no logró dar fin a su obra hasta emparedar en sus muros al ser más amado.

Elegido Curtea de Arges, Dumitrescu asignó a cada uno de sus muchachos un papel cuidadosamente estudiado. Debían dirigirse separadamente a la ciudad; pero, uno de ellos fue reconocido como legionario activo. No le alcanzaron a detener, puesto que se arrojó del tren en plena marcha, pero abandonó un maletín en el cual se encontraron armas. El incidente alertó a la policía y las medidas de vigilancia llegaron a ser tan extremas que el atentado no pudo verificarse.

Dumitrescu fue individualizado. Ahora era un prófugo más. Como el rey se escapaba, decidió concentrar sus

esfuerzos en la persona de Călinescu. Estudió sus movimientos y le acechó con la paciencia de una araña. Llegó a la convicción de que, cualquiera que fueran las variantes del viaje diario del ministro desde su casa al Ministerio debía, necesariamente, seguir por una de tres calles. En cada una colocó a un muchacho encargado de avisar por señal preconvenida de la aproximación del ministro. El, en un lugar equidistante, esperó con seis más en un viejo auto expresamente conseguido. La primera oportunidad se perdió porque el muchacho que estaba al volante, al recibir la orden de embestir, vaciló. El ministro no llegó a enterarse cuan cerca de la muerte había estado. Dumitrescu no se desalentó y asimiló bien la lección. La próxima vez, el 21 de septiembre de 1939, estaba él al frente del volante. Alertado por la señal, actuó a tiempo, y embistió violentamente al auto de Călinescu, deteniéndolo. Bajaron todos a la carrera, pistola en mano. El ministro se dio cuenta de lo que venía. Murió como un cobarde. Alzando las manos, gritó: «¡Soy inocente! ¡El rey Carol es el único culpable de la muerte de Codreanu!»

Fueron sus últimas palabras, cortadas por las balas. Dumitrescu y los muchachos descargaron sobre él todas las cargas de sus pistolas, aún aquellas que llevaban de reserva. Según la versión de la policía, aquella tarde del 21 de septiembre de 1939 fue alcanzado en el puente Elefterie por más de cien disparos. ¿Cien disparos? No sé si es exacto..., pero ¡Călinescu había muerto!

La escolta del ministro quedó paralizada. Sin preocuparse por ella, el abogado y el grupo de estudiantes legionarios corrieron al edificio de la radio, donde redujeron al personal.

A las 2,30 de la tarde se interrumpió la transmisión y se oyó en toda Rumania una voz juvenil que gritó, más que leyó, un breve comunicado preparado de antemano:

«¡Atención, atención...

»¡Armán Călinescu, presidente del Consejo de Ministros, fue ejecutado por un grupo de legionarios. Somos hijos de rumanos de Prahova y cumplimos una necesidad dolorosa. Hemos castigado al culpable de la muerte del más grande de los rumanos: Corneliu Zelea Codreanu!»

Eso fue todo. La transmisión se interrumpió por la llegada de la policía, que los detuvo y transladó inmediatamente a la Prefectura Central. Allí, Dumitrescu y los muchachos fueron muertos a golpes, sin forma alguna de juicio. Minutos antes, por una simple casualidad, alcanzó a verlos y hablar con ellos un gran periodista de la época, director de un importante matutino, nada sospechoso de simpatías por la Guardia. Impresionado, escribió en su periódico: «Estos ya no son seres humanos, son rocas, y si este Movimiento tiene tales individuos, es dicífil que desaparezca, pese a todo lo que podamos hacer nosotros.»

El rey no parecía pensar lo mismo que su periodista. Para impresionar, ordenó que los cuerpos destrozados de los legionarios fueran expuestos en una plaza de Bucarest con un cartel infamante que decía: «Esta suerte correrán todos los traidores de la Patria.»

Los nombres de «Los Răzbunători» («Los Vengadores») como ellos mismos se denominaron desde el día en que adoptaron su gran resolución, se incorporaron para siempre al corazón y a la leyenda legionaria, junto a los «Nicadori» y los «Decemviros».

Por lo mismo, les recuerdo muy bien: el abogado y jefe Dimitri Dumitrescu y los estudiantes Nelu Moldovanu, Ion Ionescu, Isaía Ovidiu, Jorge Paraschivescu, César Popescu, Marín Stanciulescu, Ion Vasiliu y los hermanos Popescu.

Con igual precisión recuerdo un párrafo de la carta que, a modo de testamento, escribieron antes del atentado:

> «El amor a esta tierra de mártires nos impulsó a castigar; el amor a la estirpe nos indujo a tratar de aplastar siquiera una parte de los gusanos que corrompen nuestra Patria. La violencia en sí no cambia nada, pero es una necesidad dolorosa. Sólo pretendemos despertar a la raza rumana.»

Es el único párrafo que recuerdo. En el repertorio de nuestras canciones de amor y de muerte, «Los Răzbunători» no alcanzaron a tener la suya: ya habían caído nuestros poetas.

Călinescu ha tenido defensores posteriores. Su muerte, a la vez, ha servido para imputaciones calumniosas o ligeras. En esta línea figura el novelista Virgil Gheorghiu, lo que no deja de sorprender en quien permanentemente se lamenta de ser mal interpretado. En *Fiesta Nacional* (La Cravache, pág. 205), en la parte de su «Diario íntimo», que, por lo mismo, debemos suponer al margen de la invención novelística, dice:

> «En septiembre de 1939, Rumania, como la mayoría de los países balkánicos, tenía un gobierno que se decía democrático. Es decir, teledirigido desde París y Londres.
>
> »En Bucarest el primer ministro se llamaba Armán Calinescu. Un primer ministro de los balkanes equivale a un agente de París y de Londres. Esta regla no tenía excepción.
>
> »Alemania deseaba, desde el comienzo de la guerra, que los países balkánicos estuvieran gobernados por primeros ministros teledirigidos desde Berlín.

> »La lucha de las influencias dio, pues, comienzo.
>
> »En Rumania, Alemania deseaba llevar al poder a la organización nacionalista llamada 'Guardia de Hierro'. Para poder llevar a cabo el cambio de Gobierno, la 'Guardia de Hierro' asesinó, el 21 de septiembre de 1939, menos de tres semanas después de mi boda, al primer ministro Armán Calinescu. Lo hizo recibiendo órdenes de Berlín.»

Dumitrescu actuó por propia iniciativa, ni siquiera pertenecía a la Guardia. Podemos aceptar como nuestra la responsabilidad, pero constituye simplemente una infamia el decir que la Guardia dio muerte a Calinescu obedeciendo órdenes de Berlín. Ni siquiera el haber escrito Virgil Gheorghiu un libro de versos «en defensa de la libertad», según dice, y que tituló, precisamente, «Armán Calinescu», puede explicar esta imputación. Por lo demás, parece que a Berlín no le importaba mucho ni poco lo que pudiera sucederle a Călinescu.

Virgil Gheorghiu se ha adjudicado a sí mismo el *rol* de testigo de la verdad, ya sea directamente o a través de los personajes de sus novelas. Se apresura a denunciar con digna melancolía que será igualmente atacado por fascistas y antifascistas, lo cual tiene la ventaja de eximirlo de toda prueba de lo que afirma, a la vez que arroja una sombra de sectarismo sobre sus posibles atacantes. Es una posición cómoda y una táctica inteligente, pero no es la que corresponde a un hombre honrado. Igual se comprueba en su novela *La segunda oportunidad*, en la que apenas disfrazando a la Legión de San Miguel Arcángel con el nombre de «Los ángeles de fuego», nos atribuye una horrible matanza de judíos que jamás existió.

No esperemos demasiado del gran novelista. El señor Gheorghiu, gran talento sin carácter, de accidentada

trayectoria, se ha hecho recientemente sacerdote ortodoxo. Para ello fue preparado por el legionario Vasile Boldeanu, párroco en París de la Iglesia ortodoxa rumana, en medio de nuestro desconcierto y aprensión. El primer acto del nuevo sacerdote ha sido regresar a la Rumania aplastada por los comunistas.

XXII

La muerte visita los campos de concentración de Rumania.—En Râmnicul-Sărat caen Jorge Clime y los sobrevivientes de España.—Los presagios de los viejos dioses hablan en Vaslui.—En Mercurea Ciuc se levantan los cadáveres.—Los heridos de Brasov, al fin, descansan en la muerte

Desde mi ciudad de Constanza viví intensamente ese día 21 de septiembre de 1939, en el que «Los Răzbunători» dieron muerte al primer ministro Călinescu. También viví allí las terribles consecuencias que esa muerte trajo.

En un café de barrio modesto, repleto de gente, malamente disfrazado, conversaba con mi amigo, el buen gigante Constantin Kiriazi. Por casualidad alcanzamos a oír en la incansable radio chillona del fondo el comunicado que leía uno de los mismos vengadores. No me detuve a mirar a nadie. Descontrolados, corrimos a la puerta, mientras Kiriazi gritaba como loco: «¡El Capitán ha sido vengado... no me importa lo que venga... ahora podemos morir felices!»

Caminamos desatentados unas cuadras, conversando alegremente y comentando a gritos. No teníamos rumbo, pero queríamos saber algo más, lo que en esos momentos resultaba imposible. Después de unos minutos de dar vueltas, vino la cordura, y decidimos separarnos y regre-

sar prudentemente a nuestros refugios. A las siete de la tarde no resistí más la tentación y volví al mismo café. Su dueño era un griego, simpatizante nuestro. Al divisarme, corrió a detenerme en la entrada y me dijo, en voz baja: «¡Andate rápido; vino la policía y se llevó al grande!»

Volví a mi escondite con esta sola noticia, pero sospechando ya la tormenta de sangre que empezaba a abatirse sobre Rumania. En la tarde del día siguiente me atreví a salir de nuevo. En una calle apartada encontré al periodista F., quien me contó que en el suburbio de Brătianu estaba expuesto al público el cadáver de Constantin Kiriazi. Pensé un poco en lo cerca que había estado yo de haber sido apresado junto a él, y pensé mucho en las múltiples pequeñas lecciones de bondad de que aquel gigante había recibido. Mi refugio era ahora mucho más amargo. En la misma noche se me juntó el camarada Atanasi Chircu. Ahora sabíamos bastante de lo que afuera estaba sucediendo y permanecimos más de una semana sin mostrarnos, hasta que uno de nuestros contactos nos informó que la policía había comunicado oficialmente que si nosotros dos no nos presentábamos, se detendría a nuestros padres. No había opción posible. Por ese camino nos habían cogido. Decidimos entregarnos, para lo cual no tuvimos que hacer ningún preparativo. En verdad, hacía ya mucho que nos habíamos ido habituando a la idea de la muerte y, poco a poco, todo se había ido acondicionando y poniendo en orden para esa última operación. Pero, antes de continuar con mi pequeña historia, personal y secundaria, debo recordar lo que ya es parte de la historia de Rumania contemporánea.

Cárcel de Râmnicul-Sărat. En la tarde del mismo día 21 de septiembre, un oficial de gendarmes confidencia a los legionarios presos la noticia de la muerte del ministro Călinescu. Al oírlo, sienten que por fin se ha hecho justicia, pero comprenden también que la propia muerte está cercana. Se les ha advertido reiteradamente que cualquier intento revolucionario afuera significará muerte dentro de la cárcel. ¡Y ahora se trata nada menos que del primer ministro! Esa noche se redobla la guardia y se remplaza a los gendarmes por otros de rostro aún más decidido. Al amanecer, desde muchas celdas, con oídos tensos en la oscuridad, se oye ruido de botas que se detienen frente a la celda de Jorge Clime. Un oficial de los nuevos gendarmes grita: «¡Ingeniero Clime, salga afuera!», mientras un soldado opera rápido sobre el candado. Cada uno se ensombrece en su propia celda. Al poco rato se escuchan gemidos; luego, una corta ráfaga de ametralladora. Un gendarme contó que Clime fue torturado y que antes de matarle de mutilaron lentamente: se pretendía obligarle a declarar que como jefe de la Guardia había ordenado la muerte de Călinescu. Frustrado el propósito, le sacan al patio. Se agarra a una alambrada de púas y alzándose al cielo, grita: «¡Señor, Señor... hágase tu voluntad!» El oficial que manda al pelotón está exasperado. Saca el revólver y vociferando «¡Yo te enseñaré a llamar a Dios!», descarga sobre él todos los tiros. Unos minutos de silencio y, en seguida, murmullos de deliberaciones que llegan hasta las celdas que en su quietud parecen ser ya tumbas. Otra vez el taconeo de las botas. Ahora se detienen frente a la celda de Bánica Dobre, sobreviviente de España. De nuevo la voz del oficial: «¡Salga afuera el individuo Bánica Dobre!» El único comentario es el chirrido del candado. Sale el legionario. Es gigantesco, fuerte como un roble, de larga barba; el conjunto resulta aún más impresionante con la vestimenta de presidiario en la estrechez de un pasillo. Marcha en desdeñoso silencio quien tan bien supo conmover a las multitudes con su voz sugerente. Esta vez la ráfaga se escucha casi de inmediato.

Le siguen el ingeniero Aurel Serafim; Nicolás Totu, también sobreviviente de la guerra española; G. H. Istrati, jefe de las Juventudes de la «Hermandad de la Cruz»; el príncipe Alecu Cantacuzino; el profesor Sima Simulescu; el abogado Christian Tell; el ex jefe de los universitarios, G. Furdui; el abogado y periodista Michael Polihroniade; el Dr. Craja y, finalmente, G. Apostolescu. Ahora la ametralladora no se detiene casi, pero, parece estar cansada de sangre, ya que el último, G. Apostolescu, es solamente herido. Se finge muerto y permanece toda la noche inmóvil entre los cadáveres. Al amanecer llega un nuevo pelotón que repasa a los muertos matando a este último. Así murió también Apostolescu, el último sobreviviente de Râmnicul-Sărat. Los cadáveres son expuestos al público con la leyenda ya conocida: «Así morirán todos los traidores.» Unas cuantas mujeres, vestidas de negro, lloran quedamente, mientras con las primeras luces descifran ese cartel que se ha colgado apresurada e indolentemente.

* * *

En el campo de Vaslui habrá extraños presagios. En el dormitorio número 15 está recluido el poeta Valerio Cârdu. A las tres de la mañana del día 22 de septiembre, despierta angustiado. Ha tenido un sueño horrible y grita: «¡Hermanos, sucederá algo espantoso!» También los otros, sobresaltados, han dormido apenas. Al oír al poeta, un legionario campesino, un muchachito, se atreve a murmurar: «También yo lo he sentido... en mi tierra dicen que los dioses avisan.» Cârdu le pregunta cual es su tierra, pero antes que se oiga la respuesta otro de los legionarios avisa que desde la ventana se divisan movimientos sospechosos en el patio. Son grupos de gendarmes. A tan desusada hora aparece un oficial y les ordena levantarse porque serán trasladados a otro campo. Son las tres y media de la noche o de la mañana y nadie cree en tan burda disculpa. Pronto los treinta y dos hombres, *élite* de la Guardia, están dispuestos. Entre ellos no se puede señalar al mejor. Antes de salir todos se arrodillan y rezan en común. Están tranquilos, transfigurados. No experimentan curiosidad. Saben perfectamente a dónde marchan. Hay gran acompañamiento de tambores. Al poco rato, una ráfaga de metralla que dura exactamente cuatro largos minutos, repercute saltando a lo largo del valle. Después siguen disparos de revólver, treinta y dos pares de voces. Algunos presos que quedan en las celdas sienten como si las balas penetraran en sus propios cuerpos. Uno de ellos me dijo después: «Cuando los mataron, ya no eran de este mundo...»

* * *

En el campo de Mercurea Ciuc no se duerme en la noche del 21 al 22 de septiembre. Allí, el profesor Iordache Nicoară encarna como pocos el espíritu de la Legión. En la tarde del 21, alguien ha observado que varios autos llenos de gendarmes han llegado al campo. Indice de que algo anormal ocurre. Un suboficial confidencia la muerte de Călinescu. A los pocos minutos la conoce y celebra todo el grupo de prisioneros, pese a comprender que ello precipita el propio fin. Se notifica a los presos que algunos serán trasladados a Bucarest, pero se resisten tercamente diciendo que quieren seguir su suerte en común y que sólo por la fuerza lograrán separarlos. No se insiste, aunque se redobla la vigilancia. A las dos y media de la madrugada se les comunica que el campo debe ser evacuado de inmediato porque «los húngaros han invadido Transilvania». A golpes de carabinas son separados en dos grupos. El primero lo componen cuarenta y cuatro legionarios, los de mayor jerarquía y figuración. A éstos, con fuerte escolta de gendar-

mes, se les obliga a adentrarse en el bosque cercano, después atarles de dos en dos. El segundo grupo, un poco menor, es vuelto a las celdas. Los cuarenta y cuatro escogidos caminan a la luz de la luna. Espontáneamente empiezan a cantar la «Marcha del Príncipe Esteban», aquel que «Estuvo en nuestras montañas / Y encontró en nuestros bosques / Guerreros valientes como águilas». Los gendarmes se han ido retrasando. Los legionarios caminan por un sendero. Al llegar a un claro una ametralladora oculta empieza a disparar. Desde las celdas ya lejanas, los del segundo grupo escuchan alejarse los compases del «Príncipe Esteban» y, de pronto, las balas en vez de los versos. Así caen los elegidos. Es una danza de sangre. Como están atados, los primeros alcanzados arrastran a su compañero y éste intenta levantarse con el cadáver a cuestas. Resbalan en la sangre, tropiezan y caen de nuevo, mientras las balas les buscan y, al fin, también les encuentran a ellos. Pronto, todo es sangre y uno que otro gemido. Un gendarme contó que después de la primera ráfaga Iordache Nicoară logró levantarse, alzando con él el cadáver del legionario al cual estaba atado y gritó: «¡ Viva la victoria legionaria... Viva Rumania legionaria!» Las ametralladoras se centran en él. El silencio es absoluto para todos los que escuchan desde las celdas. En el bosque, todavía hay gemidos. ¿Cuánto dura la pausa? Después, cuarenta y cuatro descargas de armas cortas. Se está rematando a los heridos y repasando a los cadáveres. Todo ha terminado en Mercurea Ciuc. Al amanecer, los cuerpos son expuestos al pueblo con la leyenda de siempre: «¡ Así morirán todos los traidores!» Ahora, no sólo hay mujeres. También los niños les contemplan con ojos atónitos. Quizás algún día uno de ellos al menos querrá saber quienes fueron realmente esos hombres cuyos cadáveres aureolaba tan extraño cartel.

* * *

En las afueras de la ciudad de Brasov, en las faldas del monte Tâmpa se alza, feo, triste y monótono, un gran edificio. Sus diversos cuerpos están alineados con tan poca gracia como los vagones de un ferrocarril. Es el hospital local. En una sucia sala del primer piso se consumen los legionarios enfermos. Han sido traídos desde la cárcel de Râmnicul-Sărat. Son figuras pálidas, amarillentas, consumidas por las enfermedades que ningún médico cuida de curar. Bajo las sábanas manchadas de yodo los cuerpos evocan cadáveres. En vez de rostros generosos o de manos pacientes los legionarios sólo ven las relucientes armas y los duros semblantes de los guardias. En el peor rincón, tose insistentemente el capitán Emil Siancu, héroe de la primera guerra mundial, mutilado en ella y defensor implacable de los «Moți» de Transilvania. Poco más allá, yace Grigore Piju, comandante de la Guardia. Su estado es aún más grave, pero él sólo está atento para percibir como suyos los sufrimientos de su entrañable amigo Traian Cotigă, ex presidente de la Unión de Estudiantes Cristianos. A las dos y treinta de la noche del 21 al 22 de septiembre aparece un coronel y les comunica que todos, cualquiera que sea su enfermedad, deben vestirse para ser transportados a otro hospital. Entienden bien lo que eso significa. Traian Cotigă se levanta tambaleante, con gemidos. De pie, se transfigura y recupera la lucidez y brillante apostura con que había actuado en el foro rumano. Con tan cuidadosa dicción como si hablara ante una Corte, dice: «No puedo creer que fuera posible que alguna vez un militar rumano disparara contra sus hermanos de sangre y, sobre todo, contra los más limpios luchadores de la nación. Rumania os condenará. Vuestra villanía arroja a la estirpe a una nueva esclavitud. Alegremente os damos nuestras cenizas, porque nosotros ya no tenemos temor ni sentimos dolor.» El comandante Grigore Piju pide permiso para abrazar a uno de los que quedan, y le

dice: «Funda, los verdugos nos llevan, pero no importa. Hace mucho que deseo la muerte para, al fin, descansar al lado de nuestro Capitán Corneliu Codreanu.» Los enfermos son subidos a varios autos. El pésimo camino les atormenta todavía más. Se detienen pronto. Los sacan a empujones y a empellones son arrojados unos sobre otros, en revuelto montón. Varias ametralladoras disparan desde tres o cuatro metros, de modo que en breve todo ha terminado.

Así acabó el largo martirio de los heridos y enfermos del hospital de Brasov. Los detalles se conocieron más tarde porque tres legionarios salvaron sus vidas, sin solicitarlo, en razón de amistad o parentesco con gente del Gobierno. Fue la única vez, por lo que sé, que esta clase de influencias se emplearon para bien en el reinado de Carol II. Además, se salvó un cuarto legionario, por una simple equivocación de nombre al anotarlo en los registros fatales. También la suerte podía, siquiera una vez, favorecernos a nosotros.

XXIII

También en las cárceles aparecen amigos.—El rey se entiende con Horia Sima.—Nuevo levantamiento de la Guardia.—El general Antonescu, jefe del Gobierno.—Caída y fuga del tirano

Los asesinatos de Rămnicul-Sărat, Vaslui, Mercurea-Ciuc y Braşov, y los que les siguieron en las ciudades y campos de Rumania marcaron el más alto nivel de la locura homicida de Carol II. Está acreditado que la muerte del primer ministro Armán Călinescu dio pretexto para ordenar o permitir la muerte de más de trescientos jefes legionarios en todo Rumania, sin forma alguna de juicio. La cifra es aterradora, pero muy inferior a los treinta mil muertos que Carol había exigido al oscuro general Argeşeanu, el instrumento directo de su política.

Había caído en nuestro estilo el ingeniero Jorge Clime, el hombre que fuera considerado digno sucesor del Capitán en la jerarquía. A su muerte, se estableció un orden de precedencia: primero, Radu Mironovici; segundo, el profesor Vasili Cristesco; tercero, Ion Belgea. Después se creó el comando colectivo.

No sé exactamente cómo funcionaron estos órdenes de sucesión. Realmente, no sé si de hecho se logró. Sólo

recuerdo que en esos días de persecución los legionarios se organizaban en cada ciudad como podían y buenamente entendían ser lo mejor, sabiendo que aquellos que tenían eco y raigambre popular estaban fuera del país. En efecto—y esto habría de ser de considerable importancia futura—poco antes de su muerte, Jorge Clime, en el deseo de asegurar la supervivencia del Movimiento ordenó perentoriamente a algunos refugiarse en Alemania. Así, contra sus deseos, salieron ocultamente de Rumania Nicolás Seitán, Horia Sima y Papanace. En Alemania, todos serían internados. Hoy Nicolás Seitán vive en la Argentina, Horia Sima en España y Papanace en Italia. Pero, antes sucederían muchas cosas, de algunas de las cuales se hablará en estas páginas. Entonces nos esforzábamos por recibir instrucciones desde Alemania y enviar ayuda material, ya que la situación económica de los refugiados era muy difícil.

Debo hacer una pausa para referirme a mi pequeña crónica personal en esos días. También estuve muy cerca de la muerte y, desde luego, conocí aquellas cárceles que se habían transformado en el último hogar de la Guardia.

He explicado que a fines de septiembre de 1939, mientras la atención del mundo se centraba en los ejércitos alemanes que avanzaban victoriosos en Polonia, imperativos familiares me decidieron a entregarme a la policía. En verdad, no estoy seguro si efectivamente mis padres estaban bajo la amenaza directa de que se me había informado. En la duda, y en la espera de los acontecimientos, y sin que ellos resultara del todo lógico, decidí presentarme en una oficina policial de los suburbios. Todo esto es confuso, pero la verdad es que confiaba que mi nombre y apellido, muy variado y matizado según la costumbre, dificultaría a la policía mi identificación y que me permitiría detener en el último momento cualquiera acción decretada contra mis padres.

La suerte me protegió una vez más, lo cual no debe extrañar, porque está comprobado que suele prodigar sus favores a los oscuros... siempre que éstos no confíen demasiado en ella. Ya las matanzas habían terminado, y ahora por lo menos observaban algunas formalidades. Cuando di mi nombre, se ordenó el traslado con guardia armada hasta la Prefectura Central de Policía de Constanza. Miraba a mi alrededor y escuchaba todo con avidez, hasta la más insignificante tontería y los rumores lejanos, como corresponde a un hombre que se está despidiendo de la vida. Por paradógico que resulte, mi primer contacto con la Prefectura Central no fue con un inquisidor jefe detrás de imponente escritorio, sino con un bar, donde el guardia que me trasladaba me invitó a beber un coñac con azúcar, a la usanza rumana. Acepté, sin deducir ninguna esperanza. Creía que mi muerte estaba muy próxima, y no pude resistir un deseo infantil: dejar el último recuerdo de mi vida. Pedí hablar por teléfono, lo que se me concedió. Ya con el aparato en mis manos, vicilé, confuso: ¿A quién llamar que pudiera interesarle mi suerte? Al final, después de largo titubeo, marqué el número de la Compañía de Navegación de la cual me había retirado hacía más de un año. ¡Qué absurdo parece todo esto desde aquí, a la distancia! El teléfono roncó un largo minuto, pero nadie contestó. Desalentado, colgué. Estaba escrito que la vida no se interesaba por mi último mensaje. Desde el bar fui llevado a una gran sala repleta de campesinos legionarios, todos ellos presos también y, casi de inmediato, a una celda solitaria. En el estado en que se encontraban las cosas, la prudencia ya no era virtud. Protesté airadamente por el último traslado: quería quedar con los otros legionarios. Quizás me dominaba el deseo inconsciente de no marchar solo a la muerte. El gendarme que me conducía me dijo con ademán amenazante, mientras me cogía rudamente por el brazo: «¡En la celda te quedarás, y si no

te gusta, te podemos mandar donde están los otros legionarios desde hace hace días!» Obviamente, se refería a los asesinados. Quedé solo, resignado no sólo a la muerte, sino también a la soledad. Como a las diez de la noche, rechinó la cerradura, y de un empujón arrojaron dentro de mi celda a un desconocido que a voces airadas proclamaba su calidad de legionario. Me pareció evidente que se trataba de un espía enviado para arrancarme confidencias, por lo cual estuve extremadamente reservado. Le aseguré, con gran desencanto suyo, que yo estaba allí por equivocación; no por ser legionario sino, por ser «valaco» de Macedonia. No deja de ser pintoresco en esta historia trágica el que más tarde pudiera verificar que, efectivamente, el desconocido era un ardoroso legionario, y no un espía, como yo suponía. Y no deja de ser repulsivo el que debiera permanecer en la mayor incertidumbre tres días en esa celda infectada por millares y millares de chinches. Nos cubrían en cualquiera posición que nos colocáramos; incluso de pie, en el centro de la reducida celda, subían por los zapatos y por nuestras piernas.

En la hora diaria que nos concedían para salir al patio, conocí al borracho más escandaloso que haya producido Rumania. Si las chinches por si solas no nos hubiesen imposibilitado dormir, también él lo habría conseguido con sus gritos. Se llamaba Severinianu, y en el patio, en su celda, en el día y en la noche, a todas horas lanzaba las más horrendas injurias contra el rey Carol, contra su amante, la conocida Lupescu, y contra el primer ministro Călinescu, ya muerto. Pese a todo, ninguno de los guardias se atrevía a tocar a ese Severinianu, capitán de Remolques, porque las cosas estaban cambiando mucho en Europa, y él había sido condecorado por Mussolini y por Franco. Por Mussolini, en 1930, por el heroico salvamento de algunas víctimas con ocasión del hundimiento de un barco italiano. Por Franco, más tarde, ya que durante la guerra civil española interceptó y capturó por su cuenta a un pequeño buque que transportaba armas para los republicanos.

Después de tres días me sacaron formalmente de mi celda. Pese a lo que significaba, me serené. Terminaba la tensión y estaba espiritualmente preparado para la muerte, ese trance en el cual los míos me habían precedido con dignidad. Entregué mis pocos efectos personales al guardia que me llevaba, rogándole que los hiciera llegar a mis padres si ello le era posible. Las esposas cantaban metálicamente en mis muñecas. Crucé el gran patio lleno de prisioneros desconocidos que apenas me miraron. Yo pensaba: «Voy a la muerte por haber creído en Rumania, y a nadie parece importarle. ¿Qué mundo es éste en que vivo?»

En el extremo del patio había un furgón al cual me empujaron.

Iba solo, atrás; adelante, un detective que manejaba. A su lado, reconocí al propio subdirector de policía. Este detalle me confirmó que efectivamente hacía mi último viaje.

Con mezcla de rabia y de altiva indiferencia me empinaba de vez en cuando para contemplar a través de la pequeña ventanilla el paisaje que pasaba. Para mi sorpresa, no nos dirigíamos al cementerio ni a un camino apartado. Corríamos por la ciudad. Bajamos frente al cuartel de la Brigada Móvil de Policía. Un trámite burocrático más, antes que todo acabe, pensé. Me bajaron a empujones y después de pasar por algunos corredores me arrojaron dentro de una amplia oficina. Me recobré con dignidad. Al otro extremo, en la penumbra, había un hombre inclinado ante un gran escritorio. Sin levantar la cabeza, dijo a los gendarmes: «Sé mejor que ustedes quien es él ¡retírense!» Al quedar solos, avancé vacilante, con torpes movimientos. Esperé no sin algo de desconfianza. Alzó la cabeza y vi su rostro sonriente.

Lance un grito ¡Era el suboficial Ion Hatura!... ¡Ion, viejo amigo mío, natural de Moldavia como el Capitán, esa Castilla de Rumania! Me arrojé sobre un sillón y hablamos largamente de los múltiples detalles del buen tiempo pasado, la lucha en Dobrodja contra los búlgaros, sin otro diapasón que la sincera amistad y afinidad personal. Se sucedían los nombres de conocidos y de lugares que juntos en nuestra lucha habíamos conocido. La política era ajena. Nos interrumpíamos y era como si la vieja Rumania no hubiese desaparecido. Cuando las sombras se hicieron presente a través de los ventanales, y después que hubo prohibido a su secretaria toda audiencia y toda comunicación telefónica, hizo traer pollo y vino. Pensé que después de todo también esa era una buena despedida de la vida.

Nos separamos con un apretado abrazo sin que la política hubiese sido siquiera aludida.

Esa noche me encerraron en otra celda, con cuatro legionarios más. Hablamos largamente sobre el Capitán y de lo que nosotros habríamos hecho de Rumania si hubiésemos triunfado. Evocamos el sacrificio y juramos ser dignos de él ante la muerte cercana. Al amanecer, los cuatro dormían; pero yo me aferraba a los barrotes de la ventana de la celda, viendo como todo clareaba lentamente con el sol que se anunciaba. Las manos apretadas a las rejas, sentía extraño placer al pensar que ahora yo era como cualquiera de los nuestros y, sobre todo, que me asemejaba al símbolo que siempre había figurado en nuestra propaganda electoral.

De esa gozosa conciencia no lograron arrancarme las ráfagas de ametralladora que en cuatro o cinco ocasiones extremecieron la cárcel, ni los ruidos de botas, gemir de grillos ni voces de mando. Tampoco despertó ninguno de mis cuatro camaradas y yo, viendo esa paz, no podía menos de pensar en la clase de hombres que el Capitán, sin conocerlos, había sabido forjar.

El sol ya iluminaba toda la cárcel cuando el taconeo de botas se detuvo frente a nuestra celda. Los cinco estábamos de pie, serenamente dispuestos. Tuve el escrúpulo de repasar si efectivamente había rezado esa noche mis oraciones. Me pareció que todo estaba en orden. Rechinaron los candados y se gritó mi nombre; pero era sólo mi nombre, lo cual me produjo un escalofrío de desencanto, una sensación de soledad. Hubiese querido marchar acompañado a la muerte.

Rodeado de gendarmes crucé un laberinto de pasillos. Finalmente, desembocamos en el patio central. Llegamos al puesto de guardia. Verificaron mis papeles y hubo algunas caras perplejas. Las puertas gigantes se abrieron y el sargento me dijo que estaba libre. Le miré asombrado. Hasta hoy no se cómo sucedió aquello, ni a quien se lo debo, pero me he prometido que jamás olvidaré a mi amigo Ion Hatura, del cual no oiría de nuevo.

Volví a vivir en libertad.

Se cerraba para mí el episodio Călinescu.

Era octubre de 1939, y otra vez en Constanza.

Por el momento, mi vida estaba a salvo. Con alivio verifiqué que mis padres no habían sufrido molestias. Me encontré con amigos sobrevivientes. El pasado personal pareció borrarse. Revivió el viejo imperativo: la muerte de Carol II, y empezaron los planes y las confabulaciones.

El rey y el Gobierno aparentaban haberse olvidado de la Guardia. Los ejércitos alemanes avanzaban por Europa. Si los alemanes no eran aliados de la Guardia, era de justificado temor que incluso ellos captaran, al fin, quienes eran sus verdaderos amigos.

En esos días Rumania decretó la movilización general. Sin saber qué resultaría de aquello, cumplí el requerimiento y me incorporé a la segunda Compañía de Zapadores del 34 Regimiento de Infantería de Constanza. Se-

guía siendo un legionario; ahora era, además, un soldado de Rumania.

Vivía la vida del soldado, sometido a intenso entrenamiento. Pero mi corazón estaba con los camaradas que seguían en las prisiones y siempre esperaba órdenes de los que vivían en los campos de concentración de Alemania. Carol II se consideraba en tregua de hecho, pero nosotros le acechábamos y no descansaríamos hasta derrocarle.

El rey era múltiple en sus recursos, tan múltiple como el mal puede serlo. Después supe que en marzo de 1940, emisarios suyos viajaron a Alemania, buscando un acuerdo con nuestra jerarquía prisionera. En esos momentos, Nicolás Seitan era el jefe de los exiliados. Tanto él como los demás legionarios se negaron a cualquier entendimiento con el verdugo; pero el grupo de Alemania estaba dividido, lo que no sabía entonces, y los representantes del rey encontraron más favorable acogida en Horia Sima y sus pocos íntimos.

Estos pormenores nos eran desconocidos. De buena fe tratábamos de interpretar las consignas del Capitán o de obedecer las pocas órdenes que Papanace y Seitan lograban transmitirnos.

En mayo de 1940, la radio informó que un grupo de legionarios procedentes de Alemania, dirigidos por Horia Sima, habían intentado entrar al país por la frontera yugoslava, y que habían sido detenidos. Nos preparábamos para escuchar en breve las noticias de su procesamiento y muerte. Sorprendidos y desconcertados nos enteramos, poco después, que Horia Sima era recibido en audiencia privada por el rey y se formaba un nuevo Gabinete con el ingeniero pro alemán Gigurtu como primer ministro y Horia Sima como subsecretario de Educación y Cultos. Creo que también hubo un ministro de la Legión y un segundo subsecretario.

Nada más increíble.

Sin embargo, terminamos por aceptar esta realidad. Estábamos acostumbrados a la obediencia y pensamos que se trataba de una maniobra con el consentimiento de las jerarquías de la Guardia en Alemania. No entendíamos, pero el sentimiento de obediencia hizo que calláramos.

Al mes siguiente, en junio de 1940, llegó a Constanza Eugenio Teodorescu, a quien se le suponía en íntimo contacto con Horia Sima. Su misión específica era organizar un golpe para derribar a Carol II. Así, pues, todo estaba claro: se trataba sólo de una maniobra para conseguir, al fin, la caída del tirano.

Tampoco había demasiado tiempo para pensar.

El 26 de junio de 1940, los rusos, con el aval que les daba su pacto con Alemania, dirigieron un ultimátum a Rumania, exigiendo la entrega inmediata de Basarabia y Bucovina del Norte, esas regiones que siempre fueron nuestras y por las que tanto habíamos luchado.

«Combatiremos hasta el final, solos, si es necesario», afirmó el presidente del Consejo de Ministros. Algunas horas más tarde, Rumania aceptaba evacuar en cuatro días las provincias que se le reclamaban. El rey, al entregarlas, habría dicho que a él «le bastaba sólo el palacio real».

El 29 de junio de 1940, el Estado Mayor del Ejército emitió un melancólico comunicado que más parecía una elegía que la reacción viril de rumanos y soldados.

Textualmente, dice:

> «Después de la recepción de la última nota soviética, las tropas rusas empezaron a entrar en Basarabia durante la mañana del 28 de junio. Simultáneamente, nuestras tropas empezaron la evacuación de Chernowitz, Kischinău y Cetatea Albă.
>
> »Hasta la tarde del 29 de junio, las tropas rusas llegaron hasta la línea de Berhomet, Kernauitzi,

Romancausti, Florești, Orgyeev, Kisinau, Novo, Kaushani y Lago Alibi. (Esta no es la nueva frontera. La zona cedida ha sido ocupada más allá de la línea antes citada con anterioridad por las tropas rusas, de tal modo que ya se hallan representantes soviéticos civiles en el territorio cedido.)

»Por nuestra parte, continúa el movimiento de evacuación de nuestras tropas en la frontera prevista de antemano.»

Así se nos quitó Basarabia, sin tener siquiera el consuelo de luchar por ella. Una tierra en la cual las tres cuartas partes de la población es rumana, y que jamás podrá borrarse de nuestros corazones. Doloroso y exasperante nos resultaba, pues, el hipócrita discurso de Molotov, el 1.º de agosto de 1940, exponiendo ante el Soviet Supremo la situación europea y la política soviética. Dice, en lo pertinente:

«Los ucranianos y moldavos, que forman la parte principal de Basarabia y del norte de Bucovina, tuvieron la oportunidad de unirse a la familia de las naciones soviéticas y de iniciar una nueva vida; vida de un pueblo liberado de los boyardos, terratenientes y capitalistas. Sabemos ahora con qué alegría la población de Basarabia y del Norte de Bucovina ingresó a las filas de los ciudadanos soviéticos. En esa forma, el territorio de la Unión Soviética se vio acrecentado por la adición de la Basarabia, que tiene una superficie de 44.500 kilómetros cuadrados y una población de 3.200.000 almas y del Norte de Bucovina, con una superficie de 6.000 kilómetros cuadrados y más de 500.000 habitantes.

»Como consecuencia, las fronteras de la Unión Soviética se han extendido al Oeste y llegan al Danubio, que después del Volga, es el mayor río de Europa y una de las más importantes rutas comerciales para varios países europeos. Sabéis, camaradas, que todo el pueblo soviético celebró la feliz y largamente esperada solución del problema de Basarabia con alegría. Por otra parte, nuestras relaciones con Rumania pueden seguir ahora su curso normal.»

El mismo mes, bajo el gobierno de Gigurtu, Bulgaria nos despojó de Dobrudja del Sur.

Estos primeros golpes, a los que seguirían otros más graves, resultaban aplastantes. Sólo había un culpable: Carol II, ya que su torpe política internacional nos había mantenido aislados en la peligrosa vecindad de Rusia. Corneliu Codreanu lo había advertido oportunamente y la Guardia lo había gritado en todos los tonos. No afectaba este cercenamiento al rey. A él le bastaba conservar el trono por cualquier medio y Bucarest para divertirse. En todo caso, el despojo provocó la renuncia de Horia Sima a su Subsecretaría de Educación y Culto, fuertemente presionado por el grupo de refugiados en Alemania.

La llegada de Teodorescu me significó volver a intensa actividad, la que no podía sospechar al anunciármelo un camarada en tanto yo limpiaba calmadamente mi fusil en un patio del regimiento. Esta vez, Teodorescu venía de Alemania. Para recibir sus instrucciones se organizó una pequeña reunión en un casino a orillas del mar. Fue terminante: había que empezar de nuevo y derribar a Carol, fuese como fuese. Se me encomendó tomar contacto con la gente de las provincias que Bulgaria reclamaba. Obedecí. Al siguiente día, abandonando el ejército me dirigí ocultamente a Bazargic. No fui el único en partir. Lo hicieron todos aquellos legionarios, enrolados en el ejército o no, y que recibieron misiones distantes. Desde luego, en mi propio regimiento fuimos va-

rios. El golpe definitivo debía darse simultáneamente en Constanza, en Bucarest y en Brașov, Transilvania. Organicé en Bazargic las cosas lo mejor que pude, y regresé a Constanza, donde debía estar el día del levantamiento en preparación. Todo volvía a empezar. Lo más difícil resultaba encontrar refugios adecuados para ocultar a los estudiantes llegados de Bucarest en nuestra ayuda. Sin embargo, nuestro pequeño arsenal no resultaba nada despreciable con sus bombas de fabricación casera y hasta seis ametralladoras sustraídas del arsenal de un regimiento.

Otra vez los acontecimientos internacionales nos desbordaron. He dicho que la pérdida de Basarabia no sería el único golpe. El resto se veía venir. Hungría ansiaba la Transilvania, fuente secular de nuestras disputas, y Bulgaria, Dobrudja del Sur, es decir, las regiones que habíamos recuperado como consecuencia de la primera guerra mundial, y como corolario de la guerra de 1913 la segunda. Pero, esta vez Hungría y Bulgaria eran aliadas de Alemania, en tanto que Rumania aparecía hostil para el Tercer Reich, entonces dueño de Europa.

A finales de agosto, las potencias del Eje obligaron a aceptar el llamado «Arbitraje de Viena». En pocas horas todo estaba consumado: gran parte de Transilvania volvía a Hungría. Rumania entera quedó abatida, ya que sentíamos Transilvania tan nuestra como Basarabia. Las causas eran las mismas ya señaladas: aislamiento internacional y hostilidad gubernamental apenas encubierta hacia Alemania. Se consumaba lo que Codreanu anunciara años antes. El «Arbitraje de Viena» constituía un golpe particularmente duro para la Legión de San Miguel Arcángel, no sólo por la pérdida territorial, sino, además, porque aparecía impuesto por Alemania, a la cual defendíamos sin descanso en la lucha política interna. Nos colocaba en difícil situación frente al pueblo rumano y, especialmente, frente a los refugiados que desde antes

habían empezado a llegar a las ciudades que continuarían siendo rumanas. Tratamos de explicar al pueblo que no podía culparse a Alemania de lo sucedido, y que el Reich se había limitado a proteger a sus aliados y a asegurar la tranquilidad que necesitaba en el sureste de Europa. Pero, todo esto no era de fácil comprensión.

El 30 de agosto de 1940, el Gobierno rumano emitió un comunicado, que reproduzco en los párrafos que me parecen de mayor importancia. Dice:

> «La decisión del Consejo de la Corona celebrado durante la noche del 29 al 30 de agosto, de aceptar el arbitraje de las potencias del Eje en la controversia rumano-húngara, se tomó bajo la presión de circunstancias de extraordinaria gravedad.
>
> »La Conferencia de Viena fue organizada por Alemania e Italia, que están interesadas en mantener la paz en el sureste de Europa, y ha tenido por resultado colocar a Rumania en una situación tal, que no podía sino escoger entre salvar su existencia política y la posibilidad de desaparecer.
>
> »A cambio de aceptar el arbitraje que dejaba en manos de las potencias del Eje el problema en su totalidad, le han ofrecido a Rumania, en compensación, la seguridad de sus fronteras contra todos y cada uno de sus vecinos, cualquiera que éstos sean.
>
> »A pesar de lo dolorosos que son los resultados del arbitraje, lo que en primer lugar debe considerarse en este momento son la existencia del Estado rumano y la solidaridad unánime alrededor del trono que lo simboliza, sin lo cual no tendría razón de ser las grandes esperanzas que aún nos quedan para el mañana.»

Este párrafo final resultaba irónico. ¡Se pedía la «solidaridad unánime» alrededor de un trono ocupado precisamente por el hombre culpable de nuestra desventura!

El mismo día fue publicado el pacto suscrito entre los Gobiernos de Rumania y Hungría. En la cláusula tercera, se establecía:

> «Todos los súbditos rumanos actualmente residentes del territorio cedido, obtendrán la nacionalidad húngara. Los que deseen, podrán adoptar la nacionaildad rumana dentro de los seis meses, después de cuyo plazo deberán abandonar el territorio húngaro e irse a Rumania en un período no superior a un año.»

El «Arbitraje de Viena» superó la tradicional pasividad y mansedumbre del pueblo rumano. Ahora todos comprendieron nuestra reiterada afirmación: no había otro culpable que Carol y a él debía responsabilizarse de lo sucedido. De nada sirvió que el rey, en un efectismo infantil, decretase la amnistía para todos los delitos políticos: los legionarios éramos los únicos condenados o perseguidos y esa amnistía nos tenía sin cuidado y en nada podía afectar nuestra actitud.

Los detalles de los días inmediatamente posteriores son confusos en mis recuerdos. El 3 de septiembre de 1940, la Guardia se levantó en armas. Nuestras fuerzas eran escasas, carecíamos de armamento y, sobre todo, de jefaturas. Teníamos clara conciencia de las limitaciones, de modo que con nuestra acción no pretendíamos conquistar el poder sino, simplemente, sacudir las conciencias y decidir al ejército a actuar. De todos modos, debo recordar con satisfacción que de los nueve objetivos escogidos en la ciudad de Constanza, sólo fracasamos en dos. Personalmente me tocó dirigir al grupo que se apoderó del cuartel de la Prefectura de Policía. Algunos núcleos del ejército de Constanza trataron de resistir, pero fueron reducidos por los legionarios y por un sector de la Marina bajo el mando del capitán Jorge Isbasescu, caído más tarde heroicamente en el frente ruso. En verdad, la mayor parte del ejército se mantuvo pasiva y los legionarios, ocupando los edificios más importantes, pero sin fuerzas para tomar la ciudad, esperamos con las armas en la mano, en la convicción de que el resultado final dependería de la forma como se desarrollaran los acontecimientos en Bucarest.

El 4 de septiembre seguían confusas las noticias de la capital. Por la radio nos enteramos de que había habido gigantescas concentraciones y que un grupo de legionarios al mando del comandante Demetrio Grozea había forzado las defensas del palacio y penetrado en él con el propósito de dar muerte al rey; pero que finalmente habían sido rechazados y muertos o heridos en su casi totalidad. También sabíamos que se luchaba en Brașov y que allí los nuestros por lo menos tenían el control de la radio.

La anarquía existente y la incertidumbre del futuro permitían muchas libertades. Así, en algunos diarios del 5 de septiembre, apareció un manifiesto de los refugiados de Alemania en el que se exigía la abdicación del rey.

Por nuestra parte, en Constanza, decidimos arriesgarnos fuera de los edificios ocupados. En la noche del 5 de septiembre de 1940, los que empezaron por ser pequeños grupos se transformaron en formidable manifestación contra la persona del rey.

Después supimos que el tirano no se había entregado fácilmente. Entre los días 3 y 5 de septiembre, intentó resistir. En tormentosa escena de gritos histéricos instó al comandante en jefe del ejército, general Jorge Coroamă, que ordenase a los soldados abrir fuego contra los manifestantes y que prendiese y fusilase a todos los legionarios. El general Coroamă rehusó hacerlo.

El 5 de septiembre, Carol II hizo la última tentativa: llamó al general Antonescu, pidiéndole que formase un nuevo Gabinete. Este hombre, el general Ion Antonescu, que tanta influencia llegaría a tener en nuestra suerte

próxima, era ampliamente conocido en Rumania aunque jamás se hubiese mezclado en política. Se sabía bien de su capacidad, de su rectitud y de su firmeza. Le llamaban «el perro rojo»—«Câinele Roşu»—no por sus ideas políticas, ciertamente, sino por su extrema severidad y el color de su pelo.

Antonescu se había iniciado como oficial de caballería, realizando brillantes estudios militares en Francia. Con el grado de teniente coronel sirvió en la primera guerra como ayudante del general Presan, jefe del Estado Mayor del ejército rumano. En tal calidad, fue, de hecho, quien condujo a los ejércitos rumanos a la victoria final. Se sabe que el general Presan acostumbraba a iniciar las reuniones de su Estado Mayor con las palabras tradicionales: «Señores oficiales, la reunión se abre. El coronel Antonescu les va a hablar.» Más tarde desempeñó el cargo de agregado militar en Londres, donde produjo óptima impresión y dejó buenos amigos. De ahí que cuando los soviéticos ocuparon Rumania y se le siguió una parodia de proceso que terminaría con su muerte, algunos periódicos ingleses protestaron de que, en forma despectiva, se le llamara «Quisling», aduciendo que tal cosa jamás podría decirse, en justicia, del hombre que Londres había conocido bien.

Una novela histórica, *Alambre de púas,* confirma un detalle que se me había relatado y que revela bien el temple del general. Durante el proceso, el fiscal comunista acusó a Antonescu de haber ordenado que a una misma hora del día todo rumano, dondequiera que estuviese, debía arrodillarse e implorar para Rumania la ayuda de Dios. Interrogado sobre la efectividad de tal orden, el General lo habría admitido, haciendo presente que el enfrentamiento con el comunismo era una empresa superior a las fuerzas de los pueblos europeos y que por ello había creído necesario implorar el auxilio de Dios. El fiscal adujo, sarcásticamente, que éso no había impedido

el triunfo del Ejército Rojo, a lo que el General replicó que el éxito de una empresa no prueba su justicia y que los caminos de Dios son incomprensibles para los hombres.

Cualesquiera que fueran las diferencias posteriores con Antonescu y las causas de nuestra ruptura; pese al duro papel que jugó en nuestro aplastamiento definitivo, los legionarios no hemos dejado de reconocer la entereza moral de Antonescu. En junio de 1941, cuando Alemania declaró la guerra a Rusia, la Legión estaba en el exilio; pero igual aplaudimos su memorable proclama, que en otra parte se transcribe.

Enfrentó con entereza al tribunal comunista y una vez más hubimos de solidarizarnos con él cuando dijo, con magnífico desdén: «Hice la guerra contra Rusia, el enemigo natural de Rumania, y si tuviera una nueva oportunidad, volvería a hacerlo. Pido ser condenado a muerte, y rehuso desde ya cualquier forma de gracia; así moriré en el suelo de mi Patria, en tanto que vosotros no tenéis la misma seguridad para el día de vuestro castigo.» Los comunistas no se atrevieron a ponerle frente a soldados. El pelotón de fusileros estaba formado exclusivamente por militantes del Partido, a los cuales se vistió con uniformes.

Y fue precisamente a este hombre—recluido desde dos meses en un convento valaco—, al que el rey pretendió utilizar en su última maniobra. Naturalmente, fracasó. Antonescu exigió la totalidad del poder y la abdicación en favor del príncipe Miguel.

Carol II había perdido en definitiva. Debió resignarse. El 6 de septiembre de 1940, abdicó y abadonó Rumania el mismo día, ascendiendo al trono Miguel I.

No resisto el transcribir la última proclama, ya que ella podrá figurar un día en una antología de la hipocresía universal. Dice así:

«Rumania atraviesa por los más difíciles momentos de su existencia. Hace diez años asumí el poder y las responsabilidades de soberano de mi Patria.

»He trabajado con todas mis energías por el bien de Rumania, tarea que he realizado con gran amor. He hecho todo lo que mi conciencia me ha dictado para el bien de Rumania. Hoy la desgracia se abate sobre nuestro país y éste se encuentra frente a graves peligros.

»Por amor al país en el cual nací y crecí conjuré estos peligros traspasando el pesado fardo del Gobierno a mi hijo, a quien todos amáis.

»Ruego a Dios que este sacrificio que hago por la salvación de mi Patria no sea inútil.

»Dejo a mi hijo amado a mi pueblo y pido a todos los rumanos que lo apoyen con el afecto y lealtad que él necesitará para afrontar las difíciles responsabilidades que en el futuro abrumarán sus hombros.

»Que el espíritu de mis antepasados proteja a mi país para que éste pueda tener un espléndido futuro.»

Concluía así lo que hasta entonces era el peor decenio de la historia contemporánea de Rumania.

Después de lo relatado, bien se entenderá la tempestad de júbilo que se alzó en todo el país. El pueblo cantaba y bailaba y todos se abrazaban en las calles, seguros de que una nueva gran era se abría para la Patria.

XXIV

El triunfo de la Guardia.—Horia Sima, Jefe de la Legión.—Nuevo encuentro con Jorge Beza.—Jefe de la Policía Política

La Legión era la verdadera vencedora. Durante quince o más años había sido el símbolo de la lucha. Había educado al pueblo con el testimonio de sus muertos. Antonescu era apenas un accidente. A la larga, el rey no habría podido sostenerse frente al huracán que nosotros habíamos tenazmente soplado.

Ahora, quizás inesperadamente, teníamos el poder.

En las grandes ciudades y en las pequeñas aldeas se dijo misa por nuestros muertos. Se nos devolvieron nuestros locales. Hubo funerales grandiosos.

Como un símbolo, apareció de inmediato el nuevo periódico de la Guardia. Se llamaba «La Buena Nueva».

El día 7 de septiembre, el general Antonescu anuncia a Rumania:

a) La disolución del «Consejo de Corona»;

b) La disolución del partido juvenil disfrazado de nacionalismo, que patrocinara el rey;

c) La llamada a retiro de algunos jefes del ejército conocidos por su incondicionalidad a Carol;

d) La investigación de las fortunas de los ex gobernantes;

e) La detención de todos los culpables de asesinatos de legionarios; y

f) La revisión de todos los procesos políticos de los últimos ocho años.

Esto, y lo que seguiría, era como una marcha triunfal; algo increíble para los que en vida sólo habíamos sufrido humillaciones y se nos había perseguido y acosado como a animales dañinos.

El 8 de septiembre se reúnen Antonescu y Horia Sima para detallar la participación de la Guardia en el Gobierno. El 13, aniversario del nacimiento del Capitán, miles de legionarios, la mayoría de ellos recién salidos de las cárceles, desfilan ante los restos de Motza y Marín. El 14 de septiembre el general Antonescu nombra por Decreto Supremo a Horia Sima jefe de la Guardia. El documento dice así:

> «1.° El Estado rumano es ahora Estado legionario;
>
> »2.° El Movimiento legionario es el único Movimiento reconocido en el nuevo Estado rumano, y tiene como objetivo el levantar moral y materialmente al pueblo rumano y desarrollar sus fuerzas creadoras;
>
> »3.° El general Ion Antonescu es el Caudillo del Estado Nacional Legionario y jefe del Régimen Legionario;
>
> »4.° El señor Horia Sima es designado comandante del Movimiento revolucionario;
>
> »5.° Desde la vigencia de este Decreto Supremo, cesa toda lucha entre hermanos.»

En medio de la euforia, este decreto, que aparentemente ratificaba nuestro triunfo definitivo, no dejó de causarme cierta desazón. No me satisfacía la forma como Horia Sima acababa de ser designado nuestro jefe por alguien, si bien muy respetable, ajeno a nosotros. Todavía, la persona misma de Horia Sima, instintivamente, no me satisfacía. Estas reservas las formularía también el Consejo de la Legión desde Berlín; pero, nos encontrábamos ante hechos consumados y aparecía muy difícil objetar razonablemente un Gobierno que presidía el general Antonescu, cuyo vicepresidente era Horia Sima y en el cual figuraban varios ministros legionarios.

Las dudas se acallaron aún más cuando el 15 de septiembre el general dirigió su memorable discurso al país:

> «Hermanos rumanos: Ha llegado el día de la purificación de todos, sin interés, pero con justicia. Ha llegado la hora del trabajo, del honor y del valor.
>
> »Debemos levantar escuelas de educación nacional, iglesias y multiplicar las riquezas del país.
>
> »Mediante esta labor Rumania será grande y fuerte. Debemos trabajar para el Estado.
>
> »La reina madre Helena ha llegado y desde ahora la familia real será el símbolo de la pureza, del honor y del trabajo para todos.
>
> »Tenéis el Gobierno que habéis pedido. He escogido a hombres de pasado limpio. En este nuevo equipo, incluido yo mismo, si alguien es incapaz de trabajar para el Estado, su lugar será dado a otro. Todos al trabajo.»

En los días que siguieron, la totalidad de los cargos administrativos de importancia fueron entregados a la Legión, lo que era un nuevo argumento para acallar las inquietudes de los más reticentes.

En definitiva, todas las penurias se olvidaban. Empezaba una nueva era y había que trabajar, trabajar mu-

cho pra superar la postración nacional. El problema más urgente parecía ser el encontrar acomodo para la enorme masa de refugiados que el llamado «Arbitraje de Viena» había arrojado a través de nuestras fronteras disminuidas.

Por mi parte, sentía que la misión había concluido. Tenía poco más de veintisiete años; pero los últimos habían sido de intenso trabajo, de peligros sostenidos, de tensiones sin tregua. Por momentos, me encontraba cansado y hasta envejecido. Quería volver a mi antiguo trabajo en la Compañía de Navegación y me preocupaba mucho el calcular si mis jefes me admitirían todavía. Quería vagar por los muelles de mi amada Constanza; acechar la llegada de los barcos y conversar de insignificancias con los marineros venidos de todos los océanos; esperar la salida del sol tras las aguas del Mar Negro. Mi conciencia estaba en paz. Creía haber cumplido en la medida de mis posibilidades y ahora quería tranquilidad para mi vida.

En aquellos días de tregua, que por desgracia tan cortos habrían de ser, tuve la alegría y emoción de volver a encontrar a Jorge Beza, el héroe de mi juventud. La vida no había sido amable para él. Siempre tuve instintivas simpatías por Beza y me siento obligado a escribir estas últimas líneas sobre quien fue para mí muy importante y hoy no sé siquiera si está vivo o muerto.

El aventurero a quien conociera un verano de 1932 en Cavarna, poco después de su legendario atentado contra Angelescu, había encarnado entonces el sufrimiento milenario de los valacos. Inquieto, reacio a cualquier disciplina, ambicioso, pero leal, fue entrañablemente querido por el Capitán. Su ascensión dentro del Movimiento, meteórica. No sólo llegó al grado de comandante legionario, sino que se ubicaba en el ámbito más cercano al Capitán. Es posible que aspirara a la Jefatura, pero, de ser así, lo que no me consta, estoy seguro que sólo se consideraba el mejor después del Capitán. Obedecía a éste y a nadie más. Cuando Corneliu Codreanu se retiró a Carmen Sylva a escribir su libro, Beza se encontró pronto enredado en violentos disgustos con el general Cantacuzino, quien, como consecuencia de la publicación de un artículo de Beza, decretó su expulsión del Movimiento. La medida era grave, no sólo porque el sancionado gozaba de sólidas simpatías dentro de la juventud rumana, sino, además, porque el general carecía de facultades para ello. El Capitán llamó a Beza a Carmen Sylva. «Con hondo dolor y amargura, le dijo, he leído ese artículo. Has dado al enemigo un arma para que dispare contra nosotros». Le recriminó paternalmente, ya que seguía apreciándole y atribuía todos los fallos al ateísmo de Beza, contra el cual el Capitán había luchado infructuosamente. Se convino en que la expulsión se cambiaría por una suspensión de tres meses y que Beza se alejaría, a fin de que, tranquilizados los ánimos, pudiese volver con todos los honores. «Yo te voy a conservar la amistad, la estima y el amor», le dijo el Capitán abrazándole al despedirse.

A los pocos días, y pese a la total conformidad que Beza había prestado a la anterior medida, publicó un nuevo artículo. Esta vez no iba dirigido contra el general Cantacuzino sino contra la Legión misma. La reacción de Codreanu contra quien tanto había distinguido, fue violenta. No sólo le expulsó definitivamente, sino que, en público, calificó el artículo de «canallesco», y concluyó: «Este hombre arrastrará la ignominia el resto de su vida.»

Así se alejó Beza de nosotros; estoy seguro de que, en el fondo, con hondo dolor del Capitán. No volvió a atacarnos ni a intervenir en política. Por lo que sé, no abjuró de sus ideales. Creo que en el ámbito privado, ocultamente, nos ayudó hasta donde pudo.

En aquel año, 1940, le volví a encontrar en Constanza,

con toda la emoción que se debe a un hombre cuya palabra contribuyó en mucho a cambiar el destino de mi vida. Era ahora un oscuro funcionario de la Dirección de Servicios Marítimos. La Legión triunfante, que pese a todo le apreciaba y le consideraba un hombre de bien, cuidó de que no se le molestase en lo más mínimo.

Fui a su casa. Estaba casado y con dos hijos. Hablamos largamente de múltiples temas, excepto el político. Parecía extraño y distante. Finalmente, me atreví a preguntarle qué pensaba del Movimiento, ahora que el Capitán había muerto.

Con voz quebrada, apenas perceptible, perdiendo su mirada vaga en el mar que se divisaba a través de la ventana, dijo, lentamente: «Creo que el 80 por 100 de los nuestros eran auténticos héroes...»

¡Jorge Beza, nuestros caminos fueron distintos... camarada siempre, te recuerdo con cariño, vivo o muerto, cualquiera que haya sido tu destino en la Patria aplastada por el comunismo!

* * *

Con sobresalto me enteré de que se me había designado miembro de la «Comisión de Erradicación de Poblaciones». Razonablemente, no podía negarme, porque alguna experiencia tenía, ciertamente, en materia de refugiados. Pero mi sobresalto se transformó en disgusto franco cuando a los pocos días supe que, además, se me nombraba jefe de la Policía Política de Constanza. ¡Jefe de la Policía Política, yo, que siempre había estado en el otro bando! Me dispuse a que mi función policial fuese lo más breve y lo más anodina posible, mientras tímidamente me aseguraba de que se me aceptaría de nuevo como empleado de la Compañía de Navegación, para sorpresa de los otros empleados que no entendían en forma alguna mi modesta petición.

Como jefe de la Policía Política de Constanza tuve una actuación mínima, de no más de un mes. Fuera de haber establecido algunas pequeñas innovaciones administrativas, destinadas principalmente a impedir cualquiera forma de arbitrariedad policial, no recuerdo otra pública que el haber sido condecorado junto con los jefes de los grupos que habían participado en la última revolución. Cuando llegó el nuevo intendente, me sentí feliz. ¡Ahora podía irme! Presenté mi renuncia indeclinable. Se me aceptó, pero junto con la aceptación venía una nueva designación, en forma de orden política de la Legión: debía marchar como jefe de la policía de Tulcea, una de las más grandes provincias rumanas. Mi decepción fue grande; no quería ese cargo policial ni ninguno otro, pero, no me quedaba más que obedecer.

XXV

En Tulcea, frontera nueva.—Las pequeñas historias de la villa de Moruzoff.—La sabiduría del abogado comunista Demetrio Olteanu

Tulcea era una de las más extensas provincias rumanas, conocida por encontrarse en ella la desembocadura del Danubio en el Mar Negro con su famoso delta. Se agregaba ahora que, en razón de los últimos despojos de que habíamos sido víctimas, Tulcea se transformó en provincia fronteriza con Rusia. Nada menos. Esto era para mí como oler la pólvora. Conociéndome bien, intenté resistirme; aparentemente, no se me escuchó, aunque se me dio una ayuda: se me permitió llevar conmigo a quince legionarios de Constanza. Tenía otro consuelo: Tulcea era una de las catorce provincias rumanas donde las autoridades se habían negado a cumplir las instrucciones de Carol cuando éste ordenó el total exterminio de los legionarios. Por consiguiente, en sí me era simpática.

Me propuse tener permanentemente presente que los tiempos habían cambiado. Ya que la disciplina me llevaba allá, quise ser un efectivo instrumento de pacificación

entre rumanos. Mi primera entrevista fue con el jefe local de los Gendarmes Rurales, Cuerpo odiado por los legionarios con fundada razón. Fui enfático para asegurarle que el pasado estaba superado; que ahora ellos servirían a la justicia y no a la arbitrariedad, y que nada tenían que temer por parte nuestra. No me podía creer, y tanto él como los otros oficiales del Cuerpo me miraban desconcertados, como si se tratara de la última burla antes de la venganza. Puedo decir con satisfacción que del mismo modo visité cada ciudad, cada pueblo y cada villorrio de la provincia, hablando personalmente con la gente más humilde y con los campesinos, procurando borrar los odios del pasado. Muchas veces ví lágrimas en los ojos de los que escuchaban, y los rostros resplandecían de esperanzas y buenos propósitos. Todos éramos igualmente sinceros y sólo existía un espíritu: el de hermandad en la nueva Rumania.

Muy contra mis deseos, hube de instalarme en la suntuosa y renombrada villa hasta poco antes de propiedad de Moruzoff, el jefe de la policía de Carol. Ningún rumano desconoce este nombre, símbolo de crueldad, de avaria y de total falta de escrúpulos. Se aseguraba de él que trabajaba simultáneamente para los rusos, los alemanes y los ingleses, percibiendo de todos buena retribución. El término de su carrera envilecida estaba próximo, ya que luego caería en Jilava. Mientras tanto, yo, que había vivido siempre modestamente, me revolvía incómodo en la fastuosa residencia elevada en las afueras de la ciudad de Tulcea, llena de muebles y cuadros valiosos y, sobre todo, de refinados licores extranjeros.

De aquellos días sólo quiero recordar algunos pequeños incidentes personales que por confusas razones persistieron en mi memoria en medio de los grandes acontecimientos.

Los escojo al azar.

* * *

Una tarde, en mi importante oficina de la ciudad, el secretario me anunció que un hombre, que decía ser profesor normalista, insistía en hablar conmigo. Esto no parecía muy razonable. La región había sido asolada por una reciente inundación y estábamos abrumados de peticiones de ayuda, además de nuestro deber de atender a los erradicados. Agotado, aunque resignado, me dispuse a escuchar al desconocido, a quien suponía deseoso de pedir ayuda personalmente, en razón del decoro de su cargo.

Entró un hombre bajito, rubio, de unos treinta y cinco años, tímido pero decidido. Juraría que se inclinaba por el peso de un enorme portadocumentos que colgaba a su costado. Apenas le hice sentarse, me dijo apresuradamente:

—Soy el profesor N. N., y vengo a pedirle un gran favor... pero le advierto que soy judío, de Moldavia, aunque mi familia se convirtió al cristianismo hace dos generaciones...

Se interrumpió, confuso, y me miró con ansiedad, procurando precisar mi reacción ante su calidad de judío. Para su sorpresa, sólo me oyó decir:

—Eso no me importa.

Aliviado, respiró un poco más hondo, y entonces casi gritó:

—¡Pero, soy el marido de la sobrina de Moruzoff!

No pude evitar un pequeño sobresalto.

Y siguió hablando sin detenerse. Me explicó que su mujer era la amante de su tío, del odiado ex jefe de la Policía Política, y que éste se la había llevado consigo a Bucarest, junto con su hija de catorce años; que ambas vivían ahora en una villa que antes había pertenecido a Magda Lupescu, la amante de Carol. Supuse que el visitante solicitaba mi ayuda para obligar a su mujer a volver a su lado, y así se lo pregunté francamente. Lo negó, moviendo enérgicamente la cabeza:

—No; la madre ya no me importa, pero tengo pruebas para afirmar que Moruzoff también pretende convertir a mi hija en su amante.

Por consiguiente, lo que quería era que yo le facilitase una entrevista con la mujer para convencerla de que permitiera el regreso de la hija.

—Pero Moruzoff está preso, y no saldrá de donde se encuentra, aduje.

El hombrecillo estaba atribulado y receloso, con quien sabe qué ideas sobre lo que sucedía en Rumania. Mis últimas palabras no le tranquilizaron en lo más mínimo. Por el contrario, se puso trémulo al suponer que le denegaba la ayuda que suplicaba.

Conmovido, me puse de pie, y alargándole la mano me comprometí a acompañarle a Bucarest. Dos días después, postergando múltiples problemas, estábamos en la capital. Con facilidad pude abrirle todas las puertas. Estuve presente al iniciarse la entrevista con la mujer, quien era sorprendentemente hermosa, tanto que, cohibido yo mismo, me retiré a la sala vecina, diciéndole, simplemente:

—Cuando quieras irte, me avisas.

Juntos volvimos a Tulcea. Nunca supe como terminó la historia, ya que en todo el viaje el pobre profesor no habló una sola palabra. Tampoco supe que fue de la hija. Ni siquiera pude adivinar lo que marido y mujer, por más de dos horas, conversaron aquella tarde en el lujoso salón que tantas veces había aureolado a Magda Lupescu en sus días de poderío.

* * *

A mi oficina en Tulcea no sólo llegaban los refugiados y los judíos temblorosos, siempre sorprendidos éstos de la buena acogida que encontraban. También aparecían legionarios. Así, un día lo hizo uno de estos, con la

cara ensangrentada y su uniforme destrozado. Me contó que aquéllo había sucedido por intentar defender a un grupo de campesinos del castigo de la policía. Agregó que en los pequeños pueblos y en los lugares apartados los gendarmes mantenían la misma actitud antigua bajo el amparo de dos ex senadores liberales. Los ubicaba. Se trataba de dos hermanos que el mismo día de la victoria se apresuraron a proclamarse de los nuestros. Eran dos «fanariotas», es decir, oligarcas descendientes de los bizantinos. Ahora invocaban su nueva calidad cada vez que trataban de evitar cualquier cambio en favor de los campesinos. Así, de pronto, descubrí que mientras nosotros, en nuestras oficinas creíamos de buena fe estar haciendo una Rumania nueva y que nuestras órdenes eran puntualmente obedecidas, el viejo mundo, con sus vicios y abusos, subsistía casi inmutable. Me estremecí. Entreví que quizás ahora formábamos nosotros el Gobierno de siempre, el que bajo pretexto de los grandes problemas cierra los ojos a los pequeños o medianos, que son los que directamente agobian a los desamparados.

Con amargura que casi era angustia, bajé a la carrera y subí al Opel que el Gobierno me proporcionaba. Me acompañaban dos guardaespaldas, sensación extraña para mí, que, al menos transitoriamente, había desempeñado antes esas funciones para otros. Uno de esos dos muchachos vive todavía en España; el segundo cayó en el frente ruso. Nuestra meta era el mínimo pueblo de Chadirlunga, donde llegamos ya de noche. Hice levantarse al alcalde y le ordené que me acompañara hasta el jefe de la policía. Después de rodear la casa de éste con gendarmes que me proporcionó el alcalde, nos identificamos junto con golpear. Tras muchas vacilaciones y llantos en el interior, que me recordaban muy bien a los familiares nuestros para quienes nadie tuvo jamás compasión, se abrió la puerta. El jefe de policía a quien bus-

cábamos había tratado de escapar por sobre una muralla del fondo. Fue traído a mi presencia, en la sala principal, mientras su mujer lloraba y se arrojaba a mis pies pidiendo piedad. En presencia del culpable la levanté y le dije que no temiera: «Sólo convenceré a tu marido de que los tiempos han cambiado realmente y que ahora todos los rumanos somos hermanos; que en Rumania no hay lugar para la arbitrariedad y la injusticia.» La mujer, abrazada a mis botas, no nos dejaba partir. Le juré que su marido volvería una semana después. Y así fue. En ese lapso estuvo con nosotros en Tulcea, vivió con los nuestros y día por día me dí tiempo para traerle a mi oficina y explicarle lo que nosotros tratábamos de hacer en Rumania.

Algunos pensarán que todo esto era infantil, tonterías al margen de la política. Cuando se marchó ese hombre, a quien se le conservó su cargo, yo no estaba seguro de lo que pasaba dentro de él; pero me consolé pensando que el Capitán no habría desaprobado mi proceder.

Olvidé el incidente. Mucho tiempo después, cuando estaba en un campo alemán de concentración, por ese correo misterioso que une a las cárceles del mundo, supe que en las nuevas miserias de la Guardia aquel hombre había ayudado y protegido a muchos legionarios, incluso con peligro de su propia vida.

* * *

Estaba escrito que aquellos dos ex senadores liberales habrían de crearme problemas. Sabía que continuaban viviendo como si nada hubiese cambiado en Rumania desde los para ellos dorados tiempos de Carol. Las denuncias aumentaban y la situación se hizo insostenible. Todavía, antes de actuar, comprobé que utilizaban a una tribu de gitanos para castigar a los campesinos de sus múltiples posesiones que se atrevían a protestar. Partí

en mi Opel, ya bastante deteriorado con tantas carreras y acompañado por mis dos guardaespaldas aparecí en el fundo principal. Sin ninguna explicación ordené a los hermanos subir y acompañarme. En silencio llegamos a la Alcaldía de Jurilovca. Allí estaban ya todos los gitanos, a los cuales previamente había hecho detener. La situación era difícil. Me rodeaba la policía. Al frente, a un lado, los dos ex senadores; al otro, el grupo de gitanos. Al fondo, igualmente a mi frente, casi todo el pueblo, temeroso siempre y que no entendía qué iba a suceder.

Lo único claro era que se esperaba justicia de mí, pero yo no era abogado ni tenía letrados asesores. Recé mentalmente, mientras el silencio empezaba a hacerse pesado y pedí a Dios que me iluminara. Por fin pronuncié mi veredicto, con la tranquila conciencia de leerlo en el libro del tiempo: los gitanos debían caminar a pie los cincuenta kilómetros que nos separaban de la villa de Moruzoff y los dos ex senadores... recibirían treinta azotes cada uno, allí mismo.

A la mañana siguiente les recibí en mi oficina de Tulcea. Los dos mandarines comparecieron dolientes y compungidos. Les solté un duro discurso, reiterándoles que estaban viviendo en una nueva Rumania y les despedí. En cuanto a los gitanos, dispuse que debían trabajar por tres meses en la vendimia y labores posteriores, recibiendo los salarios usuales; pero debían ser admitidos en las mesas comunes de campesinos y legionarios. Cuando el plazo estaba por terminar, pidieron hablar conmigo. El jefe, después de una larga explicación, justificación y súplica, terminó, en definitiva: «Señor, tú ya no necesitas escolta en Rumania. Desde ahora, dondequiera que vayas, los gitanos seremos tu propia guardia.»

* * *

Mientras vivía en Tulcea, y dentro de mis funciones de jefe local de la Comisión de Erradicación, me tocó al-

ternar con búlgaros que debían regresar a su país. Yo, personalmente, era hombre de provincias en litigio y comprendía sinceramente el dolor de los que debían partir, identidad que en nada limitaba mi amor a Rumania. Traté de que la partida de esos búlgaros estuviese revestida de la máxima deferencia, humanidad y respeto, protegiéndoles especialmente de la codicia de los guardias aduaneros. En la propia villa de Moruzoff alojé al ministro búlgaro encargado del problema, y hasta hoy tengo como uno de mis mejores honores el haber sido condecorado por el Gobierno búlgaro, en 1941, por mi actuación en este poco grato episodio.

* * *

Todavía, un último hecho.

Una tarde, volviendo de uno de mis habituales recorridos, en la época de la cosecha, el prefecto de Tulcea me informó de que se había logrado detener al comando clandestino de los comunistas en la provincia, cuyo jefe era el abogado Demetrio Olteanu, y que todos estaban en un subterráneo. Ordené traerlo a mi presencia y que se proporcionara buen alojamiento a los demás. Aquella noche, café tras café, la pasé dialogando con Olteanu. Cada uno explicaba serenamente sus puntos de vista, procurando entender al otro y sin poner en duda la recíproca buena fe. El jefe comunista se mantuvo firme en su planteamiento: creía que Corneliu Codreanu habría sido capaz de resolver el problema social de Rumania, pero que, muerto el Capitán, nosotros seríamos servidores y víctimas de las fuerzas capitalistas.

Prescindiendo de este problema concreto, le miraba desconcertado. ¿Cómo podía ser marxista ese hombre tan inteligente? ¿Había meditado a Platón y a Aristóteles y mantenido una actitud crítica ante todo el saber humano para terminar engrillándose y anquilosándose

en esos tortuosos dogmas con pretensiones de filosofía? Ser marxista me parecía ya tan anticuado como invitar a tomar té con mazapanes, manteles con encajes y sirvientas con cofia. Cualquier extremismo de justicia social me era y me es comprensible, en el fondo, lo aplaudo; pero, marxista a estas alturas de la vida, cuando todos los sofismas de El *Capital*, ese mamotreto del siglo XIX, son escoria que la Historia ha demostrado sin quilates. ¿Marxista un intelectual serio, un hombre con lógica mental? El respeto a la persona presente me ayudaba a no sonreír ante el contrasentido.

Al despedirnos, Olteanu me dio un curioso consejo: «Sé que el intendente ha exigido dinero a los judíos para ayudar a las víctimas de la inundación, y sé bien que los judíos alegan que no pueden dar más, pero yo te advierto que cada uno de ellos, solo, puede dar lo que se ha exigido a todos en conjunto, según lo que nos han ofrecido a nosotros los comunistas. No te dejes engañar ni conmover.»

Olteanu fue llevado a una prisión de Constanza. En calidad de casi amigo le visité varias veces posteriormente. Me había impresionado su entereza y simpatía. Sé que después llegó a ser diplomático en la Rumania comunista. Si hubiera habido otros como él las cosas no estarían tan mal allí

XXVI

Rumania se adhiere al Eje.—Las exhumaciones.—La muerte de Virgil Madgearu.—El complejo caso del historiador Nicolás Iorga

Mientras yo vivía mis pequeñas historias en la villa de Moruzoff, procurando hacer las cosas lo mejor posible en la provincia de Tulcea, la historia de Rumania se estaba escribiendo precipitadamente, atropelladamente.

El 21 de septiembre de 1940, se exhumaron los cadáveres de los asesinados en los campos de Vaslui, Mercurea-Ciuc, Braşov, y en la cárcel de Râmnicul-Sărat. En impresionante ceremonia fueron trasladados a Predeal, balneario de montaña en Prahova, cerca de Bucarest, donde se proyectaba erigirles mausoleo común. Previsoramente se les colocó en un cementerio, de donde no saldrían. A este acto de reafirmación nacional asistió Antonescu, y también los embajadores de España, Alemania Italia y Japón.

Vivíamos en una embriaguez luminosa de marchas, canciones y desfiles, de muertos que parecían resucitar. El pueblo bailaba y reía. Todo era claro, puro, sin sombras. La Rumania perdida había sido hallada, y ahí la estábamos modelando con manos llenas de amor.

El 6 de octubre de 1940 pareció simbolizar el momento culminante de nuestro triunfo, la cúspide del poderío. Ese día se celebró en Bucarest la Gran Marcha de la Victoria. Cien mil legionarios uniformados, venidos desde todos los rincones del país, desfilan en la capital. Me tocó hacerlo al frente de las escuadras de Tulcea. Fue uno de los últimos días políticamente felices de mi vida. Se rumoreaba que se produciría una sorpresa favorable, aunque nadie podía adelantar en qué consistiría. Cuando divisamos al general Antonescu avanzar para presidir el desfile vestido con uniforme de la Guardia, con nuestra camisa verde, la alegría estalló: ¡El propio Jefe de Estado era ahora de los nuestros! Era el símbolo definitivo de la consolidación de la nueva Rumania. Desfilamos por calles completamente cubiertas de flores, mientras cantábamos y nuestros corazones irradiaban confianza y alegría.

El 29 de noviembre de 1940, Rumania se adhirió oficialmente al Eje Roma-Berlín; pero, desde mucho antes, nuestra comunidad con los países del Eje era estrecha. El 10 de octubre, cien legionarios escogidos, en misión oficial bajo el mando del abogado Víctor Silaghi, viajaron a Padua para participar en las festividades de la juventud italiana y desfilaron en Roma frente al Duce.

En el mismo mes de octubre y en virtud de acuerdo previo, llegaron a Rumania los primeros soldados del ejército alemán. La Wehrmacht fue recibida en forma triunfal. Los veíamos como héroes de Los Nibelungos, junto a los cuales marcharíamos pronto contra Rusia. La llegada constituyó un espectáculo sobrecogedor. Dudo que jamás otro ejército en el mundo haya podido exhibir tal marcialidad, tan varonil silencio, tan pulcra presentación. Aquellos hombres impasibles fueron escoltados hasta los últimos villorrios por las renovadas aclamaciones de las multitudes. Francia ya había caído y también Polonia. Me parece que la misma suerte

habían corrido o estaban próximas a correr Bélgica y Holanda. Escandinavia, Grecia y Yugoslavia les seguirían. ¿Quién podría resistirles ahora? También, en alguna medida, nos sentíamos precursores de la gran alianza en los Balcanes, puesto que Hungría y Bulgaria sólo se adhirieron al Eje en 1941. Mientras tratábamos de no desatender nuestros trabajos en el interior del país, nos preparábamos ansiosos, anhelando el momento inevitable de la guerra ruso-alemana. Para nosotros no era sólo un problema doctrinario: se trataba de aplastar a Rusia, el enemigo natural de los pueblos del sudeste de Europa. Después de siglos de humillación y vejámenes, veíamos próxima la hora de la revancha. ¡Ahora seríamos nosotros quienes cruzáramos el Nistru, hacia el Este, hacia la rica Ucrania!

El 8 de noviembre, día de San Miguel Arcángel, nuestro patrono, Iași, la ciudad universitaria de las siete colinas, donde el Capitán iniciara dieciocho años antes su lucha por la redención de Rumania, fue declarada oficialmente «ciudad legionaria» y las escuadras de la Guardia, acompañadas de delegaciones italianas, alemanas y españolas desfilaron frente al rey, el general Antonescu y el padre del Capitán.

El 25 de noviembre de 1940 comenzaron las excavaciones en el patio de la cárcel de Jilava. Se sabía que el Capitán y los trece comandantes habían sido enterrados allí por sus asesinos, pero los cuerpos no habían sido localizados todavía.

Aquí empezaron a precipitarse los acontecimientos que en definitiva nos perderían y con nosotros a Rumania entera: la expulsión de los sobrevivientes con sus huellas imborrables de sufrimientos, sangre y muerte.

Estos últimos hechos obligan a una relación más detallada.

Debe señalarse que a la subida de Antonescu, todos aquellos que aparecían públicamente como culpables de

la muerte del Capitán o de simples legionarios, trataron de huir. Muchos lo consiguieron; pero también fueron muchos los detenidos en las fronteras. Incluso, algunos grupos de legionarios se jugaron hasta sus últimas consecuencias para interceptar a Carol en su salida por la frontera de Yugoslavia, pero sin éxito, porque fue protegido por el mismo Antonescu. Así pudo huir con buena parte de su fortuna, como en otra parte se ha detallado. Todos los culpables o simplemente sospechosos fueron recluidos en la cárcel de Jilava. Los custodiaban legionarios o gendarmes de probada afinidad con nosotros. A estos vigilantes de dotación regular se sumó, por así decirlo, el grupo de los que trabajaban removiendo los suelos en la búsqueda de los cadáveres. Existía más que inquietud, porque se rumoreaba que el general Antonescu había decidido ayudar a salir del país a todos los dignatarios del antiguo régimen, como ya lo había hecho con Carol. Los ánimos estaban, pues, exacerbados.

En la noche del 26 al 27 de noviembre, las palas y chuzos tocaron huesos: eran los cadáveres del Capitán, de los Nicadori y de los Decemviros.

No sé exactamente qué sucedió en esos momentos, aunque bien puedo suponerlo. La vista de los restos del hombre bárbaramente asesinado, a quien habíamos venerado por sobre todas las cosas de este mundo, descontroló a los excavadores nocturnos y a los mismos guardias de la prisión. La fosa había sido cubierta de inmediato con una capa de cemento. Parece ser que ello dificultó el paso del aire y los cadáveres, a los dos años, eran reconocibles. Después de unos minutos, la respetuosa e instintiva inmovilidad que nos detiene frente a las tumbas se transformó en desesperación, amargura y odio contra los verdugos.

No hubo orden alguna ni, menos, concierto previo. La Guardia, con limpieza, puede decirlo; pero esa misma noche, ochenta y cuatro hombres, directa o indirectamente

responsables de las muertes de Codreanu y los comandantes cayeron a manos de los legionarios.

Nuestros enemigos han llamado a este triste episodio, con insidiosa ironía, «el día de la venganza nacional».

Hay, entre los caídos esa noche, algunos que debo consignar especialmente por la importancia que investían.

En primer término, y no porque sea el peor, el ex premier, general Argeşianu, a quien Carol II había encomendado el exterminio de todos nosotros en la noche del 21 al 22 de septiembre; el general Gabriel Marinescu, prefecto de la policía de Bucarest; el ex ministro del Interior, Víctor Iamandi; el fiscal militar coronel Zeciu; Moruzoff, ex jefe de la Policía Política, y el mayor Dunilescu, con no menos títulos de culpabilidad que los anteriores. Además, cayeron el ex ministro y profesor de Economía Política Virgil Madgearu y el profesor e historiador Nicolás Iorga.

Todas estas muertes fueron el producto de la violenta exasperación de un grupo de legionarios, traspasados por la emoción del hallazgo de los cadáveres.

No había habido orden de la Guardia, pero se creó una situación tensa y grave. Incluso, pareció que se cortarían las hasta entonces cordiales relaciones con Antonescu. El Jefe de Estado no parecía dispuesto a aceptar lo que nosotros no habíamos ordenado, pero que tampoco podíamos condenar.

Una noche entera deliberó Antonescu con el Estado Mayor del Ejército mientras, paralelamente, lo hacía la Jefatura de la Guardia, reforzada con los jefes de los refugiados en Alemania que habían regresado al país. Pareció que nuevamente las armas saldrían a la luz. Guardia de Hierro por un lado y ejército y policía por el otro, se acecharon dispuestos a todo. Por última vez primó la cordura: Antonescu pidió la dimisión del coronel Zavoianu, camarada prefecto de policía, lo que sólo acepta-

mos porque en su lugar se designó a Radu Mironovici, uno de los «Văcăreşteni», es decir, uno de los fundadores de la Legión. Las apariencias estaban salvadas.

De este modo, el problema pareció superado; pero, en el fondo, no era así. Las líneas de alta tensión ya estaban tendidas. Había desaparecido la confianza, y entre el general Antonescu y la Guardia se había abierto un abismo insuperable.

Todavía, dentro del ambiente aparentemente cordial, debo recordar que, el día 27 de noviembre, el tribunal que conocía del recurso de revisión dictó una nueva sentencia en el proceso del Capitán, absolviéndole de toda responsabilidad en los hechos por los cuales le habían condenado los sirvientes de Carol. El día 30 de noviembre de 1940, exactamente dos años después de su muerte, los restos del Capitán fueron trasladados desde Jilava a la Casa Verde de la Guardia para reposar junto a Motza y Marín. Aquella fue, con el entierro de Motza y Marín, la más solemne ceremonia que viera la capital de Rumania. Por última vez nuestras escuadras estremecieron con su taconeo las calles de Bucarest. También esta vez había delegaciones extranjeras y, quizás, una mayor magnificencia, pero una leve inquietud nos arañaba en el fondo del alma. Con los cuerpos de Motza y Marín desafiábamos al mundo, en tanto que ahora había un indefinible vacío a nuestras propias espaldas.

Siento la obligación moral de insistir en algunos aspectos de los últimos acontecimientos.

Como se ha dicho, si la Jefatura de la Guardia fue ajena a ellos, no los condenó. Razonablemente, no podía hacerlo. Esto es difícil de entender en un país de Derecho; pero, para comprendernos, debe recordarse que durante años habíamos sido exterminados; que cuando invocamos la justicia o la ley se nos contestó con burlas y balas. Esos muertos de Jilava habían sido por decenios nuestros verdugos. Si algunos de los nuestros, exasperados, se equivocaron, recuérdese que éramos fugitivos y ahora revolucionarios triunfantes; no jueces ni hombres de Derecho. Ningún honrado corazón legionario podía lamentar lo sucedido en Jilava, a pocos metros del cadáver del Capitán, en la noche del 26 al 27 de septiembre.

Distinta es la situación de Virgil Madgearu, el profesor de Economía, y la del ex primer ministro y profesor de Historia, Nicolás Iorga.

El Movimiento condenó oficial y públicamente ambas muertes. Pero es menester hacer distingos entre ellas.

Desde luego, en el caso de Madgearu la reprobación no tiene reserva alguna. Sinceramente, no teníamos reproche moral ni político contra Madgearu. No era de los nuestros, más bien, un enemigo, pero, claro, esa no era razón suficiente para su muerte. Según mis informaciones, a Madgearu le mataron por menudos resentimientos de algunos estudiantes de Economía, quizás alumnos o ex alumnos suyos. Jamás la Guardia aceptó responsabilidades en el hecho y nadie, de buena fe, puede hoy continuar atribuyéndosela.

Mucho más complejo es el caso de Nicolás Iorga. También murió sin que ninguna Jefatura de la Guardia lo ordenara. También sus ejecutores fueron públicamente desautorizados, pero la Guardia tenía viejos resentimientos en su contra y no faltaron los que, de buena fe, nos culparon.

De todos modos, la muerte de Iorga nos enajenó las simpatías de muchos rumanos. En el extranjero fue considerada como un escándalo y hasta hoy, aquí, en América, no faltan quienes esgrimen este hecho como uno de los más graves pecados de la Guardia.

El tema nos es poco grato; pero creo que no lo podemos rehuir, porque es el único caso, absolutamente el único, en que sus enemigos se atreven a cuestionar la posición moral de la Guardia.

Hablemos, pues, de Nicolás Iorga.

La alta capacidad intelectual del profesor Iorga no se discute. En la hora de la muerte, su renombre como historiador hacía muchos años que había traspasado las fronteras de Rumania. Gozaba de reputación en Europa y más allá de ella. Su influencia en la juventud rumana había sido considerable y llegó a arrastrar a importantes grupos a un nacionalismo agresivo, caracterizado fundamentalmente por su antisemitismo. Puede decirse que él y A. C. Cuza fueron los dos más genuinos representantes del nacionalismo rumano en el primer tercio de este siglo. Juntos habían fundado en 1910 el Partido Nacionalista Democrático. Pero, con las exigencias de los nuevos tiempos y, sobre todo, con la aparición del grupo de Corneliu Codreanu se evidenció que tal forma de nacionalismo no era capaz de encarar con eficiencia los problemas económico-sociales ni de captarlos siquiera. Tal forma de nacionalismo no pasaba de la postura sentimental, matizada con estallidos de despecho y odio. Por cierto, estaba muy lejos de tocar al fondo del problema, cual era la creación de una nueva mentalidad, una más rígida moral en el pueblo rumano, lo que tan bien había sabido entender el Capitan desde el primer momento. Iorga fue, pues, quedando desplazado en la atención juvenil, rezagado en el acontecer político de la Patria. Ello, en vez de hacerle revisar su anacrónica postura, sólo se tradujo en una siempre creciente antipatía y rencor contra la Legión de San Miguel Arcángel. Por ese camino fue derivando hacia el palacio e identificándose paulatinamente con Carol, repitiendo ambos, al unísono, las mismas consignas grandilocuentes mientras los rumanos morían de hambre. Ni siquiera la impresionante demostración de dolor del pueblo en los funerales de Motza y Marín fue capaz de hacerle recapacitar. Por el contrario, comentándolo en forma burlona e irrespetuosa, escribió que los legionarios, como un circo, paseaban sus cadáveres por las calles. En febrero de 1937 el gran profesor Iorga, posiblemente el cerebro rumano más poderoso de este siglo, habla en el Senado con ocasión de esos funerales. Dice, textualmente:

> «¡Eh... y se asustaron de unos niños! Yo, señores, pregunté en 1918 al coronel Boyle, agregado militar de Gran Bretaña: '¿Cómo pudísteis salvar solo, a la colonia rumana en Odesa (durante la revolución bolchevique)?', y el coronel me contestó: 'Señor profesor, yo soy canadiense y cazador. Entre nosotros, en el Canadá, la caza más peligrosa es la del perro salvaje, ataca en jauría y se puede tumbar a muchos sin que huyan, pero si eres un verdadero cazador, con experiencia, sabes que en la jauría hay siempre uno solo que es el que manda: si a éste le das entre los ojos, todos los otros se dispersan.'»

El grave sentido de estas palabras no admite interpretación: es una franca incitación al asesinato formulada por un profesor universitario desde la más alta tribuna de un país: el Senado.

La agresividad de Iorga se hacía día a día más activa y peligrosa; cada vez más estrecha su identificación con el rey. Aprueba con entusiasmo el golpe de Estado de febrero de 1938, que nos despojaba de nuestra limpia victoria, y se convierte en el asesor y guía espiritual del nuevo Gabinete. Aconsejaba públicamente y trazaba las directivas hasta en sus detalles. Frente a la actividad de la Guardia aconsejaba insistentemente al primer ministro Armán Calinescu «suprimir al pastor», porque, entonces, «las ovejas se quedan sin mando y se pierden». Ya se ha relatado como en marzo de 1938, ante la prohibición del comercio legionario aconsejada por Iorga, el Capitán le dirigió un carta pública que sirvió al profesor para querellarse; cómo presionó al tribunal y su violento despecho por haber dictado éste una sentencia de sólo

seis meses de reclusión, aunque posteriormente, y mientras la cumplía, se urdiera un nuevo proceso y el Capitán jamás volviera a la libertad.

No puede extrañar, pues, que con tales antecedentes y en su pública posición de hombre que instruía a Armán Calinescu sobre lo que debía hacer, los legionarios considerásemos a Iorga tan culpable de la muerte del Capitán como al mismo rey o al ministro Calinescu.

Comprendo que estas apreciaciones puedan ser recibidas con prevención y se las sospeche carentes de objetividad. No es así. Por una afortunada casualidad tengo conmigo la monumental obra de Nicolás Iorga, la obra de su vida. Se titula *Historia de los rumanos*. En el volumen X, publicado en Bucarest en 1939, es decir, un año después de la muerte del Capitán, en el último capítulo, páginas 493 y 494, el gran historiador habla de «las pequeñeces» de Corneliu Codreanu; de su «falta de aptitudes»; de la «incapacidad de la Guardia de Hierro»; de la «justa condena» de Codreanu, y de la «feliz Constitución de 1938, que otorgaba al rey lo que le faltaba, fortaleciendo la autoridad del Estado». Refiriéndose a la muerte del Capitán, que conocía hasta en los detalles más íntimos por su influencia en los que la ordenaron, escribe estas palabras textuales, que le descalifican moralmente como historiador:

> «Al poco tiempo se comprobó que el aparato del Estado realmente funcionaba: un comunicado anunciaba el fusilamiento, en ciertas condiciones, de los asesinos de Duca y Stelesco; y también del jefe del Movimiento, de quien, por incitaciones extranjeras, se pedía la liberación.»

¡Esta era la moral de quien se consideraba a sí mismo el primer cerebro de Rumania!: «Y también del jefe del Movimiento.» ¡Es decir, no le concede al Capitán ni siquiera la mención del nombre!... Tan implacable era su

odio de intelectual y su resentimiento contra ese otro hombre, hombre de verdad, entonces ya muerto, porque un día le escribiera: «Sois un incorrecto de alma...»

El párrafo citado no proviene de un discurso ni de un artículo de periódico que pudiera suponerse pronunciado o escrito bajo el apasionamiento de las circunstancias. No; es la obra fundamental del gran profesor Iorga, la *Historia de los rumanos*, considerada hasta hoy como lo más completo y profundo que se haya escrito sobre el tema; y se está refiriendo, precisamente, a acontecimientos en los cuales el mismo había sido actor. Lo que sabía cualquier portero de hotel, el más humilde trabajador manual, el último de los campesinos, aparentaba ignorarlo el gran Iorga. El no quería saber que Corneliu Codreanu, aunque por inicua sentencia, estaba condenado a diez años de trabajos forzados, después de un juicio iniciado a requerimiento del mismo Iorga y que no estaba condenado a la pena de muerte. Por consiguiente, no se trataba de «fusilamiento» (el Capitán y los otros trece no fueron «fusilados», sino extrangulados), pero sí, del asesinato de un preso. Empero, se trataba de arrojar su gran prestigio a la balanza para confirmar ante el extranjero el supuesto intento de huida, que él encubre bajo la frase sibilina de «en ciertas condiciones». Y esa frase: «De quien por incitaciones extranjeras se pedía la libertad», ¿qué otra cosa puede significar sino la eventual explicación posterior de la «traición» de que también se había calumniosamente acusado al Capitán?

Todavía tengo en mi poder otro testimonio. El profesor G. Marinescu, ex alumno de Iorga, escribe en 1965 que en octubre de 1940 encontró a su ex profesor en Valeni de Munte, localidad de Prahova y que éste le confidenció: «Sólo salgo en la noche, y estoy mirando en la calle en espera de los asesinos.»

El profesor Iorga esperaba, pues, a los que él llama «los asesinos». ¿Y por qué los esperaba? ¿Por qué no los

esperaban a esos «asesinos» los centenares de profesores, funcionarios, políticos y policías que públicamente se habían manifestado o actuado contra la Guardia, muchos con virulencia y agresividad, y a los cuales nadie molestó siquiera? ¿Acaso el profesor Iorga no sabía, en el fondo de su conciencia, que existían buenas razones para que un día se le buscara con la muerte en los ojos?

El profesor e historiador Nicolás Iorga, que había asesorado a los verdugos de Rumania y de la Guardia en particular; que había aplaudido el golpe de Estado de 1938; que había incitado al asesinato y aprobado los inicuos procesos, fue ultimado por un grupo de jóvenes legionarios en un momento de desesperación. Habríamos preferido que no hubiera sucedido. Nadie puede justificar el hecho y tampoco la Guardia pretende hacerlo. Pero es necesario que la explicación se diera un día, aunque sólo fuera desde estas modestas páginas.

XXVII

Crece la tensión entre Antonescu y la Guardia.—Horia Sima desdeña una invitación del «Führer».—La muerte del mayor Döring

Ochenta y cuatro de nuestros verdugos habían caído en la noche del 26 al 27 de noviembre de 1940. Los legionarios que por propia iniciativa los exterminaron los habían considerado responsables de la muerte de Codreanu y de los demás camaradas. No nos alegramos, porque una reacción de esa clase habría sido ajena a las enseñanzas del Capitán. Permanecimos silenciosos; en el fondo del alma, las desploramos. Sentíamos que desde algún lugar él desaprobaba aquello. Aceptamos serenamente los hechos diciéndonos que, si bien tristes, eran necesarios para el reacondicionamiento natural de las cosas. Pese a todo, las muertes de Virgil Madgearu y de Nicolás Iorga, nos ensombrecían.

La tensión provocada por estos acontecimientos pareció ser superada con la destitución del prefecto de policía de Bucarest y su reemplazo por otro de los nuestros. Sin embargo, no nos engañábamos, y sentíamos, como se ha dicho, que algo se había quebrado en definitiva entre

el general Antonescu y la Legión. Expresión de ese estado de cosas fue una nueva petición de renuncia, que esta vez afectaba nada menos que a M. Sturza, canciller y legionario.

Callamos ante el nuevo golpe de Antonescu. Por mi parte, procuré aturdirme dedicándome día y noche al trabajo de erradicación de minorías. En mi provincia quedó prácticamente terminado a mediados de enero de 1941.

En aquélla época se me ordenó viajar a Constanza para ayudar a solucionar los desagradables conflictos suscitados entre algunos grupos legionarios por el control del sindicato portuario de la ciudad. Se suponía que, por haber convivido yo con los obreros, algo podría hacer.

Las interminables reuniones me exasperaban: demostraban que la unidad y pureza de la Guardia empezaba a quebrarse.

Yo entendía el lenguaje de los campesinos; el gesto duro de los campesinos. Amaba el riesgo nocturno y el amanecer en los bosques, pero no comprendía que alguien trabajara para construir en lo personal, ni en lo económico ni en lo político. La consolidación de un propio futuro me era ajena, algo en lo cual ni siquiera se me había ocurrido pensar.

Entre tantas opacas reuniones de mayorías y minorías llegó a Constanza el entonces secretario general de la Legión, Nicolás Petrascu. Cumplía un plan nacional de conferencias de adoctrinamiento, con razón estimadas necesarias por el exterminio sistemático de nuestros dirigentes que habíamos sufrido en los últimos años.

Tengo buenas razones para recordar la llegada de Petrascu, ya que ella coincidía con el golpear de la historia de Europa en nuestras puertas. Terminada la primera conferencia, algunos pudimos conversar privadamente con nuestro secretario general. Nos confirmó el distanciamiento entre Antonescu y la Guardia, pero en un nivel

más grave del que suponíamos. Objetivamente, explicó los errores que, a su juicio, había cometido Antonescu y los no menos graves que nosotros debíamos admitir. Más allá de sus palabras, capté la gran culpa que cabía a Horia Sima, quien se rodeaba de gente nueva, ajena al espíritu del Capitán, posponiendo a los antiguos que sobre las ventajas políticas y administrativas inmediatas procuraban mantener la pureza de las enseñanzas y su manera de entender la vida.

Quedé hondamente preocupado. Mucho más habría estado si hubiera podido saber lo que estaba sucediendo en Bucarest y en Berlín. En efecto, el 17 de enero de 1941, Hitler, queriendo anticiparse al choque que veía venir, invitó al general Antonescu y a Horia Sima a reunirse con él en Salzburgo. Fabrizius, embajador de Alemania, y el general Hanssen, jefe de los ejércitos alemanes en Rumania, apercibieron personalmente a Horia Sima para que aceptara y concurriera. Resulta increíble: Horia Sima rechazó la invitación y así lo comunicó a la Jefatura de la Guardia, la que quedó anonadada, previendo las más graves consecuencias para el Movimiento. Del abatimiento no lograron sacarla las razones de Horia Sima, quien aseguró que para demostrar su solidaridad para con el Eje organizaría en todo el país grandes concentraciones contra las naciones capitalistas y que sólo después de eso iría a entrevistarse con Hitler; pero, solo, y «no sombra de Antonescu».

Naturalmente, Antonescu concurrió y el 18 de enero de 1941 se entrevistó con Hitler en Salzburgo. Es de presumir que su versión unilateral de los acontecimientos de Rumania, de los cuales Alemania nunca pareció estar bien informada, inclinó en definitiva a su favor el apoyo de quien en esos momentos era el dueño de gran parte de Europa.

Con la tranquilidad de tan poderoso respaldo, Antonescu volvió a Bucarest. Así quedó echada nuestra suerte.

Alemania se preparaba a atacar a Rusia y, como es lógico, deseaba la ayuda de Rumania, de modo que políticamente daría su apoyo a quien parecía representar al país y, sobre todo, a quien controlaba al Ejército.

Nunca falta la gota que rebasa los acontecimientos. Tampoco en este caso podía estar ausente: el mismo día 18 de enero, el mayor Döring, jefe del Servicio de Seguridad del Ejército alemán en Rumania, fue baleado y muerto por un agente inglés en un hotel de Bucarest. Circularon insistentes rumores en el sentido de que esto había sido tramado por el mismo Antonescu, pero no hay ninguna prueba seria en este sentido. Como sea, el hecho benefició la posición de Antonescu, quien el 20 de enero de 1941 pidió la renuncia al ministro del Interior, general Petrovicescu, militante de la Legión.

Esto, simplemente, nos pareció repugnante.

Nos considerábamos los más leales amigos de Alemania en Rumania, y frente a la muerte de Döring, al cual estimábamos como uno de los nuestros, el Gobierno reaccionaba solicitando la renuncia de un ministro legionario, y nada menos que el ministro del Interior. Implicaba culparnos, tácitamente, de esa muerte. El sangriento torbellino que siguió ha sido llamado «la rebelión de enero»; pero, entonces nadie pensaba en derrocar a Antonescu.

XXVIII

El último alzamiento de la Guardia.—La balada de Radu Gyr.—Lucha en Constanza.—Las armas sólo se rinden al ejército alemán

Como fuera, con o sin consignas, en todo caso desconocidas por mí, otra vez estábamos en la calle. Fue el último alzamiento de la Guardia.

En la noche del 20 de enero empezaron grandes manifestaciones en Bucarest. El jefe de la Unión de Estudiantes Cristianos de Rumania (hoy sacerdote en América) y Demetri Groza, jefe nacional de los trabajadores (hoy en una cárcel de Rumania), ordenaron la salida general a las calles de la capital. Tan claro es que no existían objetivos posteriores, que en esas manifestaciones se avivaba al rey Miguel I, a Antonescu, a Hitler y a Mussolini, aunque principalmente se exigía la reposición de Petrovicescu en su cargo de ministro del Interior.

Por última vez se oyó resonar en las calles de Bucarest el himno de los trabajadores, compuesto por Radu Gyr, el más grande poeta de Rumania contemporánea. Era de los nuestros y sigue siéndolo. Como tal, combatió en el frente ruso en la última guerra. Se me ha informa-

do que allí quedó gravemente mutilado. En la Rumania ocupada se le siguió proceso político por haber escrito las famosas «Balade verzi» («Baladas verdes», por el color de nuestros uniformes). Cuando el fiscal comunista, en la vista de la causa, le preguntó si efectivamente había él escrito esos poemas, contestó, alzándose en su miseria: «¡Claro que sí... Yo los escribí, señor fiscal, y nunca podría haberlo hecho usted!»

Ignoro qué es hoy de Radu Gyr; si algún día sus ojos dolientes podrán leer este recuerdo; pero, estoy cierto que en sus largos pesares habrá tenido horas de consuelo pensando que los obreros de Bucarest dieron la última batalla por la libertad con sus versos en los labios:

A luchar trabajadores
La Legión llamando está.
A luchar trabajadores
Contra la cruel tempestad.
A luchar trabajadores,
Con las frentes hacia el sol,
Todos juntos triunfaremos.
De fábricas, de usinas y de minas,
De las sombras profundas y grasientas,
Irrumpimos violentos a la luz
Como un alud de piernas.
Sobre el surco de llamas, bajo el Cielo redentor,
Con ardor marchamos por lo justo.
Las campanas redoblan en los pechos,
Sobre los hombros se enciende el sol.

Todo había empezado con manifestaciones de solidaridad para con el ministro destituido; pero la tensión existente y la suma de problemas apenas disimulados, especialmente la indecisión de Antonescu para abordar efectivas reformas económico-sociales, no permitiría que las cosas se detuvieran allí. Al día siguiente, el 21 de enero, el mariscal Antonescu ordenó al Ejército ocupar todos los cuarteles de policía, los que, se sabe, estaban en poder de la Guardia.

Ion Tolescu, en su obra ya citada, señala que el mariscal empieza su persecución contra la Guardia tres días después de haber vuelto de Alemania, de su encuentro con Hitler, y que habría declarado en un discurso público: «La sombra del "Führer" está tras mí.» No estoy en situación de ratificar ni desmentir esta grave afirmación que por primera vez leo.

La orden de ocupación de los cuarteles policiales equivalía a una ruptura total. Fue espontáneamente resistida por los legionarios, arma en mano. La rebelión se extendió a todo el país, aunque Bucarest era el epicentro. Se encontraban frente a frente Guardia y ejército, ya que éste, en su casi totalidad, obedecía a Antonescu.

Esta lucha decisiva, la última que diéramos en el suelo rumano, nos encontraba en las peores condiciones: desorganizados, faltos de jefes, divididos y prácticamente desarmados, sin concierto ni preparación alguna. Lo que es peor: en esos cuatro días de combates callejeros, Horia Sima, nuestro jefe oficial, desapareció. Se le buscó desesperadamente para recoger sus directivas en una situación que él en la mayor medida había provocado. Inútil. La primera y única orden suya se tuvo el día 24, cuando ya habíamos sido aplastados. Nos indicaba que debíamos rendir las armas y abandonar las sedes, locales y edificios en los cuales resistíamos. Pero esa es historia posterior. Una vez más debo mencionar a Virgil Gheorghiu. En su obra ya citada, vuelve a faltar a la verdad. Dice (pág. 209) que «poco tiempo después de haberse apoderado del poder, la 'Guardia de Hierro' desencadenó la revolución, porque, amparados en ella, podrían exterminar a todos sus adversarios». Agrega que en la noche en que murieron los funcionarios culpables del anterior régimen, «fueron apresados y asesinados todos los judíos residentes en la capital y que todo aquel que no simpatizaba con la Guardia de Hierro podía ser eliminado». Al parecer, Virgil Gheorghiu, autoconsiderado

insobornable testigo de la verdad, nos supone la misma condición moral de Carol, quien en mayo de 1940 le había otorgado el «Premio Real de Poesía».

Más tarde, el señor Gheorghiu desempeñó el cargo de agregado cultural en Lisboa. La misma invención, dramatizada, la repite en su novela *La Segunda Oportunidad*, en la que puntualiza que esos «adversarios» eran judíos, a los cuales habríamos cazado en las calles. Eso, repito, es intrínsicamente falso. Por el contrario, en múltiples oportunidades la Guardia debió proteger a los judíos de las iras incontroladas del pueblo, que era naturalmente antisemita, por seculares razones culturales y económicas en parte explicadas, y en las cuales nada teníamos que ver. Es un hecho que el pueblo consideraba que los dos millones de judíos que vivían en Rumania eran como una prolongación o una avanzada de Rusia.

El día 21, frente a la ocupación de las sedes policiales por el Ejército, todos los legionarios en situación física de hacerlo, salieron a las calles, exasperados y dispuestos a lo peor. No sabíamos, por cierto, que ese mismo día Rusia movilizaba tropas hacia nuestras fronteras y que el Ejército rojo se preparaba a intervenir, según fuera el curso de los acontecimientos.

Los principales combates se verificaron en Bucarest. Dentro de la capital, en la avenida Roma, donde se encontraba una de las sedes de la Guardia.

En esta crónica sangrienta, la llamada rebelión de enero aporta uno de los caudales principales. La Guardia no tenía posibilidad alguna de batir al ejército regular, pero eso no fue obstáculo para que se prodigaran los actos de valor suicida y para que se resistiera tercamente, más allá de toda consideración de razón.

Creo que las cifras ahorran comentarios sobre la gesta final. Estos cuatro últimos días nos representaron, en todo el país, la muerte de trescientos cuarenta y seis legionarios y de dos mil civiles no afiliados; en los días inmediatamente posteriores alcanzaron a la gigantesca cifra de sesenta mil personas. Si a ella se agregan los caídos por la misma causa en los diez años anteriores, puede concluirse, objetivamente, que difícilmente Movimiento político alguno, en cualquier país del mundo, dio con sus vidas un testimonio proporcional de tal magnitud. Todavía, debo añadir que el 24 de enero el general Antonescu decretó oficialmente la disolución de la Guardia y el encarcelamiento de las últimas jefaturas en libertad. El 5 de febrero restableció la pena de muerte, invocando la cual medio centenar de legionarios, entonces sujetos a proceso, fueron inmolados. Una vez más cumplíamos con las consignas de Codreanu. El había escrito: «Nuestra sangre es el mayor discurso que dirigimos a la nación, y el último.»

La rebelión misma y los acontecimiento posteriores tuvieron en Constanza un desarrollo menos sangriento que en Bucarest. Pero, como en éstos me tocó actuar directamente, puedo referirlos en detalle.

Mientras el 21 se luchaba encarnizadamente en la capital y los muertos se contaban por docenas en la avenida Roma, nosotros en Constanza, desprevenidos, cumplíamos nuestras funciones ordinarias. Al mediodía, volvía desde el puerto. Al pasar frente a la Gobernación, en la plaza Ovidio, divisé en la puerta del edificio a una patrulla militar al mando de un oficial que cargaba armas en un camión. Me detuve sorprendido, no sin adoptar la precaución de estacionar mi auto en una calle lateral. Entré al edificio, sin que nadie se preocupara de mí. Por lo demás, estaba prácticamente vacío, abandonado por los funcionarios, lo que ya resultaba inquietante. Penetré como un bólido en la oficina del prefecto, nuestro camarada Demetrio Predescu, quien sostenía en esos momentos una acalorada discusión telefónica. Esperándole, me acerqué a la ventana y allá, abajo, divisé a uno de los comandantes de la Guardia de Constanza. Parecía cerrar el

paso a un subteniente al mando de una patrulla militar. Predescu cortó la comunicación con un golpe seco:

—Acabo de hablar con el general Macici. Viene a detenernos. ¿Qué hacemos?

—Ya lo sé; ahí los diviso. Pero es claro que si resistimos no serán capaces de tomarnos, repliqué.

Salimos apresuradamente por una puerta lateral y alcanzamos a llegar al auto sin que nadie reparara en nosotros. Partimos a la sede de la Guardia en la misma ciudad.

El edificio estaba repleto de colonos y legionarios, ratificándose una vez más la entrañable hermandad. Habían aparecido muchas armas. Parecía una colmena bullente y amenazante.

Ya se sabía lo que pasaba en Bucarest. La opinión unánime era que debía resistirse hasta el fin. Por aclamación se aprobaron las palabras de un joven camarada: «Haremos tres Alcázares (el heroico símbolo español estaba incorporado a nuestro léxico habitual): uno, esta sede; dos, la sede de las mujeres; tres, la sede regional.»

Se me encomendó la defensa del tercero. Partí con un pelotón. Afortunadamente, los grupos del ejército con que nos cruzamos en las calles no intentaron cerrarnos el paso. En el lugar mismo se nos juntaron otros legionarios y colonos, todos con armas y víveres. Antes de una hora, ciento cincuenta hombres nos habíamos atrincherado en el edificio de cinco pisos, ubicado precisamente frente a la catedral. Estábamos bien armados y alegremente dispuestos para lo que viniera. Si el ejército hubiese atacado se habría llevado un mal momento. No lo intentó, sino que se limitó a rodear el edificio y emplazar ametralladoras contra él.

Así transcurrió el primer día, sin mayores noticias de lo que sucedía en el resto de Rumania. El nerviosismo de los preparativos nos volvía alegres y desaprensivos. Organizar la alimentación y el alojamiento de ciento cincuenta hombres, y asegurar las barricadas en puertas y ventanas era tarea grande, pero parecía leve, llevadera, en medio de las canciones ininterrumpidas y los vivas a la Guardia, al Capitán y a los camaradas caídos.

Los días 22 y 23 transcurrieron igualmente faltos de novedades. Había demasiada tranquilidad. Nos hacíamos toda clase de conjeturas sobre lo que estaría pasando en el resto del país. Queríamos que sucediera algo grande, cualquiera que esto fuera. Las canciones, los gritos y los vivas habían disminuido. Ya se veían ojos brillantes y enrojecidos por falta de sueño; rostros pálidos, con barbas nacientes. Algunos propusieron salidas contra el ejército, por lo cual hube de amonestarles severamente, ya que no se divisaba qué podría lograrse con semejante locura.

En la noche del 23 habíamos agotado por completo nuestra provisión de café y cigarrillos. Salvo los centinelas, todos procuraban dormir. Los muchachos se revolvían agitados y los cuchicheos y murmullos aparecían en un punto y morían para dejar paso a igual rumor en otro rincón. El gigantesco edificio de cinco pisos palpitaba en la oscuridad como un gran animal cogido en la trampa.

Me paseaba procurando no hacer ruido, no chocar con los que reposaban tendidos en el suelo. Por las junturas de las tablas que protegían una ventana, afirmada mi frente sobre ellas, divisaba la catedral de Constanza y un grupo de soldados y un nido de ametralladoras en la puerta. Con melancolía pensaba que el siguiente día era 24 de enero, es decir, la fiesta nacional de Rumania, el día en que siempre, con la mayor solemnidad, habíamos conmemorado la histórica unión de los principados. En esa misma catedral me había cabido contemplar con tal motivo muchas ceremonias religioso-patrióticas.

La inquietud me consumía en las sombras. No me preocupaba mi seguridad personal. Había pasado por tan-

tas cosas, que ya era como estar viviendo de sobretiempo. No; no era por mí, sino por aquellos muchachos a los cuales la simple terca pasividad podría llevar a la muerte. Una imagen, que recordada a tanta distancia suena desproporcionada, vino esa noche a mi mente alocada. Estaba en el colegio y en nuestra clase de inglés leíamos a Shakespeare, el *Enrique V*. Hay allí, me parece, una escena culminante. En la noche que precederá a la gran batalla; el rey se pasea solitario por el campamento, contemplando a la luz de las fogatas a los hombres dormidos que habrá de conducir horas después a la muerte. Y el rey, siente escrúpulos. Viene un monólogo en el que reflexiona sobre toda aquéllo y, especialmente, sobre su derecho para exigirles tal sacrificio. ¿Qué era exactamente lo que decía Enrique V entonces? Me atormentaba tratando de recordar esas palabras imposibles. Me prometí firmemente que, si salíamos con vida de allí, lo primero que haría sería volver a leer aquellos versos de Shakespeare.

Al amanecer, comprobé que los soldados del Gobierno continuaban en sus puestos, sin que se notara preparativo especial. Es decir, el ejército mantenía su pasiva asechanza. Quizás, ello indicaba que la suerte de la Legión era mejor en otras ciudades. Después de todo, pensé, cerrando con ello mis reflexiones nocturnas, es imposible que si estalla francamente la lucha, el ejército alemán deje que nos exterminen. En ese momento, necesariamente deberá intervenir en favor de nosotros, que somos sus verdaderos amigos. Todavía creía en esas cosas.

El día 24 transcurrió en mejor estado de ánimo general. Nos acordamos de que era el día de Rumania y hasta aparecieron unas botellas de vino y se cantó como en los mejores tiempos. Algunos de los camaradas tenían textos del Capitán, y los leíamos en voz alta, como plena identificación con la Patria y la estirpe. Al volver las sombras

de la tarde, el ánimo decayó un poco, pero, en general, las cosas estaban bien. Hubo una nueva proposición de salida armada, la que prohibí con duras palabras. Ese propósito me parecía sólo el deseo romántico, encubierto, de caer en sangre el mismo día de la Patria.

Como a las once de la noche, cuando reforzábamos nuestras precauciones para rechazar un ataque nocturno, sorprendentemente llegó hasta el edificio el abogado N. B. Supongo que los oficiales le dejaron pasar. Ellos ya conocían el rumbo de los acontecimientos y, probablemente, querían evitar que se derramase inútilmente sangre rumana. Debo dejar constancia de que no sólo en esa oportunidad, sino en varias más tanto el ejército como la policía de Constanza demostraron mejor juicio y mayor criterio que en otras ciudades del país, y que con su prudencia evitaron que los acontecimientos alcanzaron la gravedad que llegara a tener en el resto de Rumania. El abogado N. B. traía terminantes órdenes de Horia Sima. Nos informó de cómo se había derrumbado todo, y nos apercibió para cesar de inmediato la resistencia y abandonar los edificios ocupados. Quedamos perplejos. Hubo murmullos y hasta gritos de disconformidad. Si los muchachos habían parecido abatidos en las últimas horas, también habían aceptado serenamente la muerte que libremente habían escogido. Ahora, querían combatir, ser dignos de los legionarios caídos y en cuyo culto les habíamos educado. En esos cinco pisos había un clima de alta tensión heroica, triste de destruir. Pero el hábito de la obediencia era fuerte en nosotros. El Capitán había exaltado la obediencia como la primera de las virtudes políticas. Horia Sima seguía siendo el jefe. Para la mayoría, que no conocía detalles ni entretelones, el jefe sin ninguna reserva. En definitiva, muy a disgusto, todos se resignaron. En pequeños grupos, con hosca indiferencia, empezaron a salir, mientras los jefes vigilábamos desde las ventanas. Cuando amanecía y se insinuaban las pri-

meras luces, en el edificio sólo quedábamos Gheorghiu y yo. También pasamos sin dificultad, en medio de la curiosidad y respeto de los soldados. En aquellos momentos, nada nos importaba, pero, posteriormente, no he podido menos de reflexionar cuan afortunados fuimos, sobre todo al comprobar que en otros lugares del mundo, grupos nacionalistas en análogas condiciones a las nuestras, atrincherados en un edificio cualquiera, e incluso rendidos, fueron bárbaramente masacrados. En verdad, aunque algunas veces nos pareciera lo contrario, Dios no se olvidaba de nosotros, los nacionalistas rumanos.

Gheorghiu y yo vestíamos todavía el uniforme de la Guardia. Como eso equivalía a una provocación ambulante, acudimos a casa de uno de nuestros camaradas, que por su calidad de cónsul de una nación occidental gozaba de una relativa seguridad. Nos prestó ropas civiles, y después de beber en silencio varias tazas de café que nos parecieron las más amargas de nuestras vidas, salimos a la calle para averiguar qué había sucedido con los camaradas de la sede principal, de los cuales tampoco el cónsul tenía noticias.

En las calles, casi vacías, se podía palpar la tensión. Nos encaminamos al boulevard Carol I, en medio de la indiferencia de las patrullas militares. Los soldados, ins truidos por sus oficiales, aparentaban no reparar en nadie.

Dos cuadras más allá nos encontramos con un pequeño grupo de los nuestros: el regidor Ion Papaianusi, N. B., que hasta esos días había sido inspector de policía, y dos más. Estaban pálidos, desesperados. Nos contaron que, pese a haber recibido también la orden de Horia Sima, más de mil legionarios, entre los que se contaban los más jóvenes del Movimiento, se negaban a obedecer, y que atrincherados en la sede principal, en la calle Călăraşi estaban dispuestos a morir allí.

La inquietud se apoderó de mí. Abandonando toda precaución, corrí por el boulevard Reina María, paralelo a la vía Călăraşi, pero comunicadas ambas por una calle corta, la que, precisamente, moría frente a nuestra sede.

Tanto esta calle como el boulevard Reina María estaban llenas de soldados, con equipo completo de guerra. Varios cañones estaban emplazados a menos de cincuenta metros. Ignoro por qué me dejaron pasar. Nuestra sede era un edificio de tres pisos, con aspecto de fortaleza, grandes pilares y sólidas rejas. Me aferré a ellas, llamando a mis conocidos, mientras atisbaba los fusiles que vigilaban desde ventanas. Dos legionarios. armados hasta los dientes, corrieron hasta la puerta y abrieron los grandes candados permitiéndome el acceso y cerrando de inmediato. Crucé corriendo el extenso jardín. Antes de llegar a la puerta interior apareció un grupo de muchachos. Rodeaba a George Stoia, el estudiante de medicina y jefe local de la Guardia en Constanza. Usaban botas, estaban con el dorso desnudo y cada uno llevaba un fusil en la mano. Les hablé atropelladamente, pero no me escuchaban. Eran hombres ausentes, de otro mundo, transfigurados. Me estremecí. El simple detalle de los torsos desnudos añadía dramatismo al momento, ya que habría unos diez grados bajo cero, y el «Crivătz», el terrible viento siberiano, silbaba en las calles de Constanza.

Primero traté de ser convincente; después mandé; finalmente, supliqué.

Al final, George Stoia pareció reanimarse: «Es inútil, dijo. Estamos dispuestos a todo. Ya hablamos más de dos horas con el general Macici. Nos pidió que no le obligarámos a verter sangre, pero no aceptó nuestras condiciones: la libertad de todos los que están aquí y la entrega de nuestras armas al Ejército alemán y no a los gendarmes. ¡En Rumania, fuera de nosotros, todo está corrompido...!»

No me quedaba nada que agregar. Me disponía a decirle que en tal caso mi deber, que cumpliría, era ence-

rrarme junto a ellos, cuando Dios pareció apiadarse de los muchachos.

De entre los soldados cercanos se destacó un pequeño grupo. Al frente, marchaban dos mayores del Ejército alemán acompañados por el mayor Corbu, de la Gendarmería rumana. Este se limitó a decir, al mismo tiempo que señalaba a los alemanes: «También ha sido aceptada la segunda condición.» Respiré aliviado.

Los legionarios fueron saliendo lentamente del edificio. Arrojaban las armas en el jardín, donde pronto se empezaron a levantar montones. Los dos oficiales de la Wehrmacht, solemnes, marciales, silenciosos, impasibles como estatuas parecían tomar posesión de ellas con su sola mirada, en tanto que vigilaban que nadie fuera arrestado. Antes de una hora la ceremonia había terminado. Con el último grupo me encaminé hacia el boulevard Reina María. Volví la cabeza y entre lágrimas alcancé a dar una ojeada final a esa sede donde tantas horas de bella exaltación había vivido. Los soldados empezaban a entrar en el gran edificio. Nunca volvería a tener yo igual privilegio.

XXIX

Empieza el éxodo.—Solos hacia Sofía.—Los recuerdos son el único patrimonio de los refugiados.—Donde hay macedonios hay legionarios

Antonescu había aplastado definitivamente a la Guardia en aquellos últimos días de enero de 1941. No quedaba nada que hacer ni restaban esperanzas razonables. Alemania había optado por el mariscal y le apoyaba, de manera que tampoco tendríamos ayuda de quienes siempre insistimos en considerar nuestros amigos.

Cada uno se ocultó como pudo. En nuestros refugios pudimos conocer la tragedia en toda su dimensión. En realidad, la Guardia había sido liquidada inexorablemente. Ninguno de los supervivientes tenía idea clara acerca de lo que correspondía hacer.

En aquellos días fue de importancia para los de Constanza la ayuda prestada por el cónsul de Alemania, Geiger, a título personal y arriesgando su cargo y quien sabe cuanto más. Geiger insistió desde el primer momento en que debíamos pasar la frontera y tratar de organizarnos en Bulgaria. La idea no era simpática, puesto que Bulgaria era un país tradicionalmente enemigo de Rumania.

Nicolás Seitan, a quien considerábamos nuestro jefe, prefería quedarse esperando instrucciones de Bucarest. «El exilio, repetía, deshace la vida del hombre; las ilusiones no tendrán alas, afuera nos espera una vida monótona. Si salimos, seremos para siempre como plantas sin raíces». Tampoco yo quería irme. En primer término, porque para mí escasa significación en la Guardia carecía de importancia que alcanzara la seguridad en el extranjero; quizás algo pudiera hacer todavía en Rumania. Por otra parte, desde mis días de colono tenía cuentas pendientes con los búlgaros y no era exceso de suspicacia el suponer que pudieran cobrármelas. Al final, todo se decidió en una reunión secreta en casa de Geiger. Como último argumento, el cónsul nos informó que el Ejército alemán, aunque sin reconocimiento oficial, estaba entrando en Bulgaria, de modo que allá se podría encontrar alguna ayuda y protección. Aclaró que esto no se aplicaba a mi caso, ya que yo tenía mi propio problema personal con los búlgaros. Estuve muy satisfecho con la aclaración, pensando que ella significaba que yo quedaba en Rumania; pero el cónsul, implacable, agregó de inmediato que, pese al peligro cierto, también yo debía partir con los otros, puesto que era el único que hablaba búlgaro. Sentí que eso era entrar voluntariamente en la boca del lobo, pero no me quedaba alternativa.

El primer grupo de exiliados de la Guardia lo formábamos cinco legionarios: Nicolás Seitán; Atanasio Chircu, jefe de los Grupos de Protección; el ex prefecto Predescu; su secretario, y yo. Ocultos en una camioneta de la Cruz Roja alemana, la que con otros vehículos era transportada sobre un tren de carga, partimos el día 27 de enero. En la misma noche, sin dificultades, en medio de un frío glacial, cruzamos la frontera por Negru Vodă, No hubo revisión, y ni siquiera divisamos guardias. Supongo que ello se debió a que, como se nos había dicho, los alemanes estaban entrando en Bulgaria.

Todo había sido fácil, muy fácil. No lo era tanto el resignarse. Me asomé a una de las plataformas, y, con la cara helada por el viento, contemplé, a lo lejos, unas pequeñas luces, aisladas y temblorosas: cuanto quedaba de la Patria, Rumania que se iba para siempre.

Caí en profundo abatimiento, incapaz de pronunciar palabra, irritado ante cualquier ruido. Trataba de entender lo sucedido. Pensaba en mis doce años de luchas, en los cuales, cierto que en lugares secundarios y modestos, también arriesgué mi vida; en los muertos con que la Legión había abonado los campos de Rumania; en las persecuciones, en las cárceles y en los tormentos físicos y espirituales; en el Capitán que dormía junto a Motza y Marín. Y todo eso, ¿para qué?... ¿para lo que esta noche vivíamos como primer grupo de fugitivos en un país enemigo?

Intentaba comprender ese absurdo de haber sido abatidos precisamente a los pocos meses de lo que pareció ser nuestra victoria definitiva. Ni siquiera en esos momentos culpaba a Antonescu. Le respetaba y le sigo respetando. Sentía que en alguna forma había sido nuestra la culpa de no haberlo ganado integralmente. Creo que, en el fondo, nos quería, y por eso había esperado más, lo óptimo de nosotros, que le habíamos defraudado, mereciendo el presente.

Todo había empezado con Horia Sima, a quien no habíamos elegido como jefe pero al cual habíamos aceptado, sin que para esta pasividad pudiera ser excusa el que nuestros principales dirigentes hubiesen muerto o estuviesen exiliados cuando él se encaramó a la Jefatura. Un sargento alemán, repitiendo el lema de su familia, me dijo un día: «Quien no lucha contra el mal, lo ayuda.» No tenía cargos concretos contra Horia Sima. Hoy los hay. No me interesa consignarlos; aún más, discrepando con muchos de mis camaradas, pienso que Horia Sima no era un traidor ni un hombre mal intencionado.

También él quería construir una Rumania mejor, pero desdeñaba los medios. Parecía estimar que lo esencial es el éxito, es decir, era un político en el sentido corriente de la palabra. Aunque él no lo captara, semejante concepción era, precisamente, la intrínsica negación de todo el pensamiento y actitud vital del Capitán, para el cual lo básico fue siempre la perfección moral de cada uno. Sólo de este supuesto y como consecuencia, debía emanar la recuperación de Rumania. Horia Sima se había rodeado de gente casi en su totalidad ajena a las enseñanzas directas del Capitán, gente joven a la cual mareó con el espejismo del éxito. Así se había introducido en el Movimiento un espíritu diabólico de desconfianza, de acecho y de delación; de apetitos personales, de figuración, de ventajas materiales. Cuando Horia Sima llegó a mandar como jefe impuesto por Antonescu (quien, seguramente, no captó su carácter), pronto el espíritu del Capitán dejó de inspirar a sectores de la Guardia... ¡Y aquella torpe revolución final, sin razón profunda, sin preparación alguna!... ¡Debe ser uno de los pocos casos en que un Movimiento político que está en el poder se levanta contra el mismo poder!

En fin... ¿para qué atormentarme en esos momentos en la búsqueda de explicaciones? Rasgando el frío y la oscuridad, el tren de carga corría lentamente hacia Sofía. Llevaba su importante contribución material para la penetración alemana en Bulgaria y, un insignificante grupo de rumanos derrotados, subproductos de la carga.

Allá, con esfuerzo grande, podía distinguir todavía las últimas luces de Rumania, la Patria que jamás volvería a ver.

En algún lugar de ella quedaban mis años de lucha legionaria, los cadáveres del Capitán, de Motza, de Marín y de los demás camaradas; todas las esperanzas de mi juventud. También quedaban mis padres, mis hermanos y algunos otros familiares.

Cada vuelta de rueda me alejaba de mi madre, Lenka, que tenía entonces cincuenta y cinco años, de mi padre, Doni, de sesenta; de mis dos hermanos, George y Sachi. George, el mayor, después de haber combatido en España, moriría en Constanza en 1941 en un bombardeo ruso. Al volver de España abrazó los hábitos y con ellos murió, humildemente, sin haber caído en la frivolidad de sentirse «sacerdote moderno». Sachi, el menor, cumplió dignamente sus deberes como soldado y todavía vive en Rumania. Cuando fue movilizado, mis padres quedaron completamente desamparados. Debo agradecer a Stephan Bessi, el jefe de la Oficina de Navegación en que yo trabajaba en Constanza, el que mis padres no hayan muerto de hambre. Los recogió y amparó llevándolos a su chacra, cerca de Constanza. Dios consideró la bondad de Stephan Bessi y de su mujer, no sólo para con mis padres sino para con los desamparados en general, entre los cuales distribuían su fortuna. Dios protegió sus vidas y hoy ambos viven en Grecia en paz y prosperidad. No volví a ver a mis padres. Ambos murieron en Constanza, cuando yo estaba ya en Chile. Mi padre, en octubre de 1958; mi madre, en abril de 1964. Ni siquiera tuve el consuelo de proporcionarles efectiva ayuda material, por cuanto el Gobierno comunista me la permitía sólo en mínima medida.

También la organización y la minuciosidad germánica pueden alguna vez fallar. En Bulgaria lo descubrimos: pese a las seguridades del cónsul Geiger los contactos no funcionaron y nadie nos esperó.

Cinco días sin comer pasaríamos en ese tren de carga, antes de llegar a Sofía. El tercero, la sed nos devoraba. Rabioso, estaba dispuesto a terminar de una vez. En la noche nos detuvimos en una pequeña estación solitaria. Puse mi pistola en un bolsillo exterior y bajé con dos botellas, decidido a volver con agua, pasara lo que pasara. Junto a la puerta del edificio de la estación divisé una

llave de agua y me dirigí rectamente hacia ella; pero... a su lado, dormitando sobre un banco, un soldado búlgaro sostenía con dificultad el fusil entre las rodillas. Era el primer búlgaro que divisábamos. Al sentirme llegar, entreabrió los ojos y, soñoliento, me preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las tres, contesté en búlgaro, mientras apretaba la pistola en mi bolsillo.

Nada sucedió. No hay duda que un hombre decidido es simpático a la suerte.

Así, por dos días más, continuó nuestro viaje torturante, sin otra novedad que el trasladarnos de la ambulancia a una camioneta, siempre sobre el tren de carga.

A las once de la noche del 2 de febrero, ese tren que nos parecía el más lento del mundo, se detuvo en una estación de Sofía, la hermosa capital de Bulgaria, en las faldas del monte Vitocha. Allí quedábamos, abandonados a nuestra suerte en un país enemigo. No conocíamos a nadie y de los cinco sólo yo entendía el idioma.

¿Qué hacer? El difícil interrogante mostró dos criterios. Demetrio Predescu era partidario de presentarse a las autoridades. Se oponía enérgicamente Nicolás Seitán. Yo, en la duda, como siempre, me incliné por la opinión de Seitán. La compartió Atanasio Chircu.

Para analizar el asunto y principalmente para comer y protegernos del frío, entramos en un café. Después de comer como ogros y de beber cerveza como bárbaros, la situación no nos pareció tan desesperada, aunque se nos ensombreció un poco cuando, por llegar la hora de cierre tuvimos que salir.

No teníamos donde ir. No nos atrevíamos a presentarnos en un hotel, ya que seguramente se nos exigiría la documentación, que no teníamos. En espera de una resolución definitiva, discutimos paseando toda la noche por el hermoso parque Borisova, en el centro mismo de la capital. Allí nos encontró el amanecer. Al divisar el

primer café que se abría, entramos de nuevo, pero ahora casi no hablábamos, sino que domitábamos sobre las mesas. Cuando pudo reanudarse el diálogo, Predescu insistió en la idea de entregarse. En realidad, el camarada Predescu era un hombre buenísimo, pero, ciertamente, no de los «duros», y nuestras últimas desventuras parecían haberlo abatido. Llegamos a una solución de transacción: Predescu y su secretario se presentarían a la policía búlgara, y los otros tres esperaríamos a ver «qué pasa», debiendo reunirnos todos a las dos de la tarde en el mismo café si las cosas marchaban bien. Predescu tomó sus medidas con dignidad. Para telefonear a la policía escogió el hotel Kop, uno de los más lujosos de la capital búlgara. Después de consultarme y hacerme repetir las frases que en búlgaro debía emplear, llamó avisando que se encontraba allí el ex intendente de Tulcea. Pocas horas después y mientras los cinco, otra vez juntos, almorzábamos tranquilamente, nos relató lo ocurrido. La policía búlgara le había ido a buscar en automóvil hasta el mismo hotel, tratándole con gran deferencia. Cuando nos contó su conversación con la policía empezamos a sospechar, desconcertados, que al parecer había también algunos búlgaros que tenían simpatías por la Guardia. El Prefecto, después de algunas consultas con el ministro del Interior, le explicó, extremando sus atenciones, que, como Bulgaria tenía relaciones diplomáticas con el Gobierno rumano de Antonescu, no se le podía permitir permacer en la misma ciudad de Sofía, por lo que, y «sin que ello implicara detención», se le rogaba fijaran su residencia en el cercano balneario de Gorna Baña. Incluso se les permitió abandonar el cuartel de policía sin otro compromiso que el verbal de volver más tarde para ser trasladados a Gorna Baña.

Así terminamos nuestro almuerzo, y no podía decirse que las cosas andaban mal. Predescu era hombre de dinero. En esos momentos tenía consigo 250.000 leys, los que

repartió por igual; aproximadamente, 500 dólares actuales para cada uno. ¡Toda una fortuna! No pude evitar sonreír, confiado, al pensar que, pese a nuestra pobreza, siempre, por los más inesperados caminos, terminábamos teniendo dinero. Concluido el almuerzo nos separamos satisfechos, esperanzados y casi ricos. Ahora éramos sólo tres en vez de cinco, pero los últimos tres tampoco teníamos claro donde iríamos, y nos repetíamos que en Bulgaria estaba el partido comunista más fuerte de los Balcanes. Al día siguiente, la radio de Moscú transmitió la noticia de la entrega de Predescu a los búlgaros, información que evidenciaba lo estrechas que eran todavía las relaciones de Bulgaria con Rusia o, por lo menos, de los elementos comunistas de Bulgaria con los rusos.

¿Qué hacer? Sólo una cosa era clara: no nos entregaríamos mientras no recibiéramos instrucciones de Bucarest. Era la opinión de Nicolás Seitán, que se había impuesto en definitiva. Mientras tanto, las horas pasaban y los cigarrillos y las cervezas se consumían sin pausa.

Después de idear varios planes, pronto desechados al analizarlos en común, se me ocurrió algo simple: en Sofía, como en toda ciudad importante de los Balcanes, necesariamente debía haber una colonia macedonia, y si había macedonios, habría simpatizantes de la Guardia. Es claro que no podíamos preguntar así, en general, pero conociendo a los míos, sabía que si existía esa colonia, aun reducida, debía de haber un colegio. Por consiguiente, ese sería el primer paso: averiguar dónde había un colegio macedonio.

Mis cálculos fueron aprobados. Dejé a Seitán y a Chircu en el café y salí a la calle. A esa hora terminaban las clases y en las calles se veían muchos estudiantes con sus libros bajo el brazo. Interrumpían sus bromas y sus risas para atender con respeto mis preguntas.

Se consultaban entre ellos y terminaban moviendo la cabeza: no conocían un colegio macedonio y ni siquiera un estudiante macedonio.

Dudé de mi deducción. Como las calles empezaran a vaciarse de estudiantes, decidí arriesgarme y abordé resueltamente a un policía. Esta vez acerté. Ciertamente, existía tal colegio, y después de consultar su libreta me dio el domicilio exacto: Exarh Iosif, número 7.

Volví al café que en tan pocas horas se había convertido en nuestro cuartel general. Tras una breve conferencia, se decidió que Chircu y yo partiéramos de avanzada. Caía ya la tarde y llenos de esperanzas tomamos una «victoria», porque, ¿qué otro medio más apropiado para quienes no tienen nada que ocultar? Nos acomodamos, y el rítmico golpear de las herraduras era para nosotros como una melodía de esperanzas.

El número 7 de Exarh Iosif era un viejo y respetable edificio, convertido en internado por imperativo de los tiempos. Entramos al gran *hall* central y mi corazón dio un brinco de alegría: esos muchachitos tímidos, pero alegres y curiosos al mismo tiempo, tenían todos ellos el aspecto típico de los macedonios. Les preguntamos por los nombres de sus profesores y demás autoridades, con la esperanza de oír el de algún conocido, lo que no sucedió. Chircu y yo nos miramos indecisos. Sin embargo... ¡Había que arriesgarse! Preguntamos entonces si en esos momentos había alumnos del último curso, a lo cual se nos dijo que sí, tres, los que estaban a cargo de la enfermería del colegio. A petición nuestra, una pequeña turba bulliciosa nos guió por los corredores. Les divisé, y adelantándome al que parecía más despierto, le llevé a un lado y, sin preámbulos, le susurré que éramos macedonios ingresados ilegalmente en el país y fugitivos de la Guardia de Hierro. Lanzó un grito apenas sofocado que nos hizo saltar en acecho, pero él ya instaba con vehementes señas a acercarse a los otros dos. Nos abrazó y

nos confió, a su vez, que los tres eran de la «Hermandad de la Cruz», la Organización juvenil de la Guardia de Hierro. Mientras los tres mayores aventaban al enjambre diminuto con palmadas y risas, Chircu y yo nos miramos compartiendo nuestra fe y sorpresa. ¡De manera que también allí estaba presente la Guardia! ¡Parecíamos ser más poderosos de lo que nosotros mismos habíamos supuesto! Los tres muchachos estaban entusiasmados y nos miraban y contemplaban con respeto, como queriendo identificarnos con aquellos cuyos hechos, victorias y desventuras habían admirado con generosidad juvenil.

Nos proporcionaron completa información sobre la situación política de Bulgaria y, en especial, de la colonia macedónica. Lo que resultaba más importante, nos señalaron en quienes podíamos confiar y, con satisfacción, comprobamos que entre estos últimos había incluso algunos funcionarios de la embajada rumana en Sofía.

El problema inmediato era el alojamiento. La solución fue simple. Chircu y yo quedaríamos en la misma enfermería del colegio (el que esos días estaba de vacaciones). En cuanto a Nicolás Seitán, quien nos parecía a todos necesitado de mayores precauciones por su superior jerarquía, resolvieron los estudiantes que debía ocultarse en la casa del mismo jefe de la colonia macedonia de Sofía, cuyo nombre no me parece del caso dar, aunque en su actual desconocida suerte le acompañen nuestros agradecimientos.

Chircu, los tres muchachos y yo, nos trasladamos a la lujosa casa del jefe de la Colonia. Era hombre de aspecto impresionante, con el sereno dolor de los viejos hidalgos españoles (me habían advertido que uno de sus tres hijos estaba gravemente enfermo en Bucarest); parco de palabras, sin un gesto excesivo, nos escuchó en silencio. Cuando terminamos de hablar, con un simple ademán, nos invitó a seguirle por una larga escalera.

Abrió una puerta que la enfrentaba a su término, y mostrándonos una gran habitación totalmente puesta, dijo: «En esta casa Nicolás Seitán será tan dueño como yo. Cuéntenle que en esta pieza vivió también Iván Mihailov.»

Nos miramos con respeto: Iván Mihailov, hoy todavía vivo en Italia, era por entonces una figura legendaria en todos los Balcanes en su calidad de jefe del Movimiento revolucionario macedonio.

Así se desarrollaban los acontecimientos en Sofía.

XXX

Los legionarios siguen cruzando las fronteras.—Descubrimiento de Bulgaria.—También hay amigos en Sofía.—Boris, un rey verdadero

Desde el comienzo, los días en Sofia fueron intensos. Encontramos ayuda poderosa en una mujer admirable. Se llamaba Vasilca Mustricu; era entonces secretaria de la embajada de Rumania en Sofía y afiliada secreta de la Guardia. Su departamento pasó a denominarse para nosotros «Cuartel General del sudeste de Europa». Gracias a ella redistribuimos nuestros alojamientos en otros más seguros y, lo que era más importante, establecimos contacto con buenos amigos búlgaros. Estos, con su inesperada simpatía, fortalecían nuestra fe. Sabíamos que muy pronto les necesitaríamos. Aún no aparecían otros refugiados de la Guardia... pero ya llegarían. En medio de esa relativa seguridad, la obsesión era establecer contacto con Bucarest, ya que estaba claro que si habíamos llegado a Bulgaria era apenas un paréntesis en la lucha. Calculábamos por donde deberíamos repasar la frontera, los sectores que cada cual podría movilizar; los argumentos que era preciso agitar ante los alemanes para

inclinarlos a nosotros en su simpatía y, sobre todo, el momento en que estallaría la inevitable guerra con Rusia. Con algo de remordimiento, me repetía la frase de Nietzsche de que la guerra es mejor que la paz, y que la paz corta es mejor que la paz larga. No había venido a Bulgaria para ganar una jubilación, y si había de morir en alguna parte, quería que fuera en Rumania, donde estaban los nuestros, cerca de los cuerpos del Capitán, de Motza, de Marín y de los otros comandantes de la Guardia que nos habían enseñado una nueva forma de mirar y afrontar el mundo.

Me asilaba en la casa de un oficial del ejército búlgaro, quien no sólo arriesgaba mucho sino que también compartía mis inquietudes y la impaciencia que me devoraba. Llegó feliz con un plan que sabía debía alegrarme: había conseguido para mí una plaza en un barco búlgaro que tocaría en Constanza, de manera que resultaba perfectamente posible que desde el mismo puerto pudiera tomar contactos que me permitieran saber en definitiva qué pasaba con los restos de los nuestros en Rumania. Corrí a participar la nueva a Nicolás Seitán, pero mi proposición fue desautorizada de plano: el jefe de los muchachos búlgaros de la Hermandad de la Cruz había conseguido el mismo día un pasaje para Rumania, de modo que él podría llevar y traer noticias con muchos menos riesgos. En verdad, no había que descontarlos tampoco, ya que, efectivamente, fue detenido, aunque sin consecuencias. Pudo llegar a Bucarest con una carta de Nicolás Seitán para el comando clandestino en esa ciudad. Antes de quince días teníamos la respuesta. Provenía de Constantin Papanace, uno de los valores intelectuales del Movimiento, radicado hoy en Italia. La respuesta de Papanace era breve, y más que respuesta, una orden lacónica: prohibición terminante de regresar a Rumania. Debíamos quedarnos en Bulgaria y, si la situación empeoraba, tratar de pasar a Alemania o Italia, para desde allí planear la reconquista.

A fines de febrero de 1941, llegó a Sofía el segundo grupo de refugiados de la Guardia. Los guiaba Jorge Stoia, el estudiante de medicina que mandaba al grupo que resistió hasta el final en la sede de Constanza. También venía Mitel Dobrin, a quien había conocido como estudiante de Teología y jefe provincial de Tulcea, y que ahora es párroco en la Iglesia ortodoxa de Miami; y Gogu Georgiu, mi sucesor en el cargo de jefe de la policía política de Constanza. Por orden de Horia Sima fue lanzado más tarde en paracaídas sobre Rumania, en misión secreta, sin que nunca volviéramos a saber de él. La llegada de este segundo grupo de camaradas, provenientes todos ellos de Constanza, me produjo natural alegría, pero, al mismo tiempo, me turbó, ya que era por sí una evidencia cierta de que no se percibía en el horizonte político el día de nuestro retorno.

La situación era triste. Si bien en Bulgaria habíamos encontrado fieles y valiosos amigos, como nunca lo hubiéramos esperado, con todo lo reconfortante que ello pudiera ser, el regreso parecía dilatarse. Por mi parte, decidí que hasta donde fuera posible debía estrechar mis contactos con la embajada alemana. Alemania era, en primer término, la única efectiva fuente de poder atinente a nosotros. En segundo lugar, allá se concentraban los más importantes núcleos de refugiados legionarios. Por último, la inevitable guerra con Rusia haría que Alemania nos necesitase, y había que estar pronto para tomar lugar en la avanzada, fuera en los ejércitos rumanos o en los alemanes.

La embajada, con naturales reticencias diplomáticas, ya que el Gobierno de Antonescu era su aliado y el que controlaba el importante Ejército nacional, nos recibió deferentemente. Sus funcionarios nada decían, pero nos escuchaban con claras muestras de simpatía y compren-

sión. Se limitaron a insistir, desde los primeros contactos, en que debíamos partir a Alemania. Como ésto coincidía con las órdenes recibidas, se decidió que así se haría. Y así se hizo. Sólo yo obtuve asentimiento de mis camaradas para quedarme, ya que era imprescindible que permaneciera alguien que facilitara los contactos a los nuevos refugiados que se presumía llegarían. Así, en sensación de soledad, despedí a Nicolás Seitán, a Dobrin, a Stoia, a Georgiu y a los otros. Con las manos en los bolsillos, silbando bajito una melancólica canción popular rumana, me volví para desaparecer en Sofía, cuando el tren con mis amigos se sumergió en la oscuridad que apretaba la estación.

Todavía pude servir de algo. En marzo de 1941 llegó un tercer grupo de refugiados, al que un alcalde nacionalista búlgaro de la frontera había hecho pasar ocultamente. El mismo alcalde les había proporcionado cartas de presentación para los grupos nacionalistas búlgaros, lo cual me posibilitó a mí hacer también esos contactos.

Había entonces en Bulgaria dos Organizaciones nacionalistas, a las cuales rindo homenaje en estas líneas: Los Ratnik («Luchadores») que dirigía el profesor Kantargif; y los Legionari («Legionarios»), de Karapenef, soberbio caudillo éste, de gran estampa, joven estudiante de Derecho al que tuve el privilegio de escuchar y aclamar en varias concentraciones públicas.

Las cartas de presentación y los vínculos consiguientes significaron para mí una gran lección. Empezamos a convivir con los nacionalistas búlgaros y de inmediato se creó entre nosotros un inquebrantable vínculo de simpatía. Me impresionó comprobar que conocían y admiraban a Corneliu Codreanu, y que veían en él no sólo al caudillo de la juventud rumana, sino, también, al jefe natural del nacionalismo de todos los pueblos balcánicos.

Inicié así la comprensión de muchas cosas que más tarde me llegarían a ser evidentes. Principalmente, la

identidad de las juventudes europeas en un espíritu más amplio. Yo, que durante años creí firmemente que mi misión era luchar contra los búlgaros que cruzaban las fronteras, descubría ahora que esos búlgaros no se diferenciaban gran cosa de nosotros. Sentían como nosotros, tenían nuestras mismas inquietudes, nuestras mismas rebeldías y desesperanzas. Empecé a comprender que nuestra angustia común sólo podía expresarse a través de una Europa unida por juventudes poseídas del mismo fervor anticomunista y alentadas por la misma ansia de justicia social. Aunque resulte paradójico, debo confesar que junto a los búlgaros me sentí, por vez primera, algo más que rumano: europeo, es decir, gota, eslabón de una gran estirpe que muchas cosas nobles había dado al mundo y que estaba obligada a preservar. Empecé a captar en qué consistía esa Europa unida, ese Occidente que los alemanes reivindicaban en medio de la indiferencia del mundo. Todavía, entendería que no se trataba sólo de Europa, sino que los nuestros también estaban en Asia, en Africa y, especialmente, en Sudamérica. Antes había admirado y amado al melancólico y acerado José Antonio Primo de Rivera. Ahora sentía que estaba atado para siempre a él, pero también a los jóvenes muchachos de las camisas negras italianas, a las S. S. alemanas, al romántico y dolido poeta francés que se llamó Roberto de Brasillach, y a todos los otros que oscuramente, con dignidad y sacrificio lucharon por encontrar una razón a sus vidas, un sentido espiritual a la política y una salvación en comunidad internacional para sus respectivos pueblos.

En aquellos días alzábamos las copas generosas que nos alcanzaban los muchachos búlgaros. Abrazados, cantábamos las canciones comunes ideadas por los sueños de los poetas juveniles de toda Europa. En un café de Sofía, cuando no sabía ni siquiera saludar en español, canté con el brazo en alto los entonces enigmáticos com-

pases del «Cara al Sol», el himno de amor y de muerte con el cual en los labios tantos miles de falangistas españoles marcharon alegremente a la muerte. Debo consignar, en honor de mis amigos búlgaros, que nunca hubo en ellos ni siquiera una palabra de recriminación o reproche por el pasado. Por el contrario, muchos nos insistían en que debía fomentarse el exilio de los rumanos, quedarnos en Bulgaria y ayudarlos a ellos a organizarse y adoctrinarse. Frente a esos requerimientos puros y sinceros, enmudecíamos, quizás algo cohibidos, pero conscientes de la tremenda responsabilidad moral de pertenecer a esa Guardia en la cual ellos tanto creían.

En marzo de 1941, y mientras todavía permanecía en Sofía, Bulgaria se incorporó al Eje-Berlín. El día 2 del mismo mes habían llegado oficialmente a la capital las primeras tropas alemanas, aunque, de hecho, hubiesen empezado a entrar mucho tiempo antes. Gobernaba en Bulgaria el rey Boris y era su primer ministro el doctor Filoff, fusilado después por los rusos. Para mí, esta llegada era un hecho maravilloso, aunque no tanto para los búlgaros, excepción hecha de las organizaciones nacionalistas.

Escribo como cronista de la verdad que el Capitán nos enseñó a respetar. No escribo para halagar a nadie ni tampoco para releer lo que yo quisiera hubiera sucedido.

Lo cierto es que, sentimentalmente, la gran masa del pueblo búlgaro se sintió siempre unida a Rusia. Desde luego, a Rusia debe su liberación de Turquía. Nadie que haya visitado el país puede olvidar que en Sofía, en la plaza del Parlamento, hay una estatua ecuestre de Nicolás I, con la leyenda «El Zar Libertador» («Ozovoboditel Zar»), a la cual se le rinde permanente homenaje.

Estuve en las calles de Sofía, confundido con la multitud, cuando entró el ejército alemán. La Wehrmacht fue recibida con aplausos cordiales (yo gritaba como po-

seído), pero a mi lado oí expresar lo que parecía ser un sentimiento generalizado:

«Si hubieran sido rusos, los habríamos recibido mejor... las calles estarían cubiertas de flores.»

Ya teníamos, pues, al ejército alemán en Bulgaria. ¿Qué otra cosa podía significar eso sino que Alemania se preparaba para atacar a Rusia? ¡Por fin, Alemania atacaría a Rusia!

Mientras tanto, yo estaba allí, dando vueltas por la hermosa capital de Bulgaria! No creo ser completamente insensible a la belleza, pero esta calidad de semiturista la sentía absurda.

Ciertamente, Sofía, de la cual tantos bellos recuerdos conservo, no era entonces una cárcel, y ahí tuve algunos de los mejores momentos y amigos de mi vida, pero, ¡yo bramaba por algo más!

Ahí estaba, exiliado o turista obligado en Sofía. ¡Cómo me gustaría volver a vivirla en libertad!

Sofía, hermosa capital de Bulgaria, yo, rumano, desde el otro extremo del mundo te recuerdo: el jardín Borisova, las ondulantes colinas y, sobre todo, la famosa catedral de Alexander Nevski, la más grande de los Balcanes; el Museo Etnológico donde con lágrimas en los ojos pude admirar las cadenas y la cabellera de Alexander Levski, héroe de la independencia búlgara contra los turcos. En el mismo museo, el monumento de Hristo Botef, jefe intelectual del levantamiento. Particularmente, como macedonio-rumano, orgulloso de mi raza, me impresionaron allí los cuadros que en lugar de honor representaban a Pito Gúlea, el héroe de «Piedra del Oso» Macedonia, que el día de San Elías, en 1903, se levantó contra los turcos; y los de Mitre Blaja y Jorge Mucitani, figuras del mismo Movimiento.

Evoco lo anterior con emoción. Sin embargo, si se me exigiera precisar qué recuerdo con mayor afecto de ese país búlgaro del cual estoy tan admirado y agradecido

por lo que fue antes de la ocupación comunista, debo remitirme más allá de las glorias y de la historia, a un recuerdo casi íntimo.

En una pequeña reunión social organizada por algunas muchachas de la colonia macedonio-rumana, mientras me emborrachaba de añoranzas escuchando canciones macedonias, una de ellas me preguntó al pasar si ya había visto al rey Boris. Ante mi negativa, agregó que cuando quisiera podía hacerlo fácilmente, ya que todos los sábados, a las seis de la tarde, el rey iba, solo o con su familia, a rezar a la catedral de Alexander Nevski. Recordé esa información, y el sábado que pude, poco antes de la hora indicada me encontraba en la gigantesca plaza, frente a la catedral. Mi primer impresión fue que, al menos por ese día, la información había fallado, puesto que ya iban a ser las seis y no se percibía agitación ni se divisaba a la policía. Estaba habituado a los despliegues con que se protegía al tirano Carol en Rumania, los que por su magnitud parecían pequeñas maniobras militares, de modo que concluí que ese sábado no vería al rey de los búlgaros.

Me equivocaba. A las seis en punto se detuvo un pequeño Packard negro y de él descendió el rey, solo. Entendía que era él, que tenía que ser él. Era de baja estatura, delgado y vestía de civil, con abrigo negro ajustado. Su rostro era de una blancura poco corriente y la nariz aguileña parecía prestarle especial distinción y simpatía. Irradiaba dignidad y había algo en él que atraía invenciblemente. Sin poderlo evitar, caminé tras él y, rozando su codo, prendí a su lado el pequeño cirio tradicional en las Iglesias ortodoxas. El rey permaneció más o menos un cuarto de hora arrodillado, rezando, mientras yo, a pocos metros, le contemplaba fascinado. Experimentaba profunda turbación. Venía de un país donde el monarca era el símbolo de la corrupción y ahora veía allí, con respeto, envidia y afecto, a un rey piadoso y

digno, amado por su pueblo. Cuando salió, se habían formado pequeños grupos. Unas mujeres humildes se acercaron bendiciéndole, al mismo tiempo que alargaban papeles que supongo contenían peticiones. El rey los recibía todos con respeto y los guardaba cuidadosamente, no sin dirigir unas palabras de aliento o de esperanza a cada una de las peticiones. También se habían acercado algunos soldados alemanes con licencia. Miraban impresionados. Terminaron mezclándose con el pueblo, pero tampoco podían apartar del rey sus miradas respetuosas.

Esa tarde de sábado, en la plaza Nevski, es mi más querido recuerdo de Bulgaria.

XXXI

El «Horst Wessel» y la «Santa Juventud Legionaria» en las fronteras del Tercer Reich.—Empezaremos a conocer los campos alemanes de concentración.—«¡Así se recibe a los mejores de los que más amaron a Alemania en Europa!»

En abril de 1941 recibí desde nuestras jerarquías de Berlín la orden de trasladarme a la capital de Alemania. Lo hice vía Belgado, todavía no ocupada por los alemanes, y desde allí, a Viena. La orden me alegró. Empezaba a ver claro que ya no volvería a Rumania desde Bulgaria, y se me ocurría que el camino más corto entre Sofía y Bucarest quizás pasase por Berlín. Allá volvería a encontrar a mis compañeros, camaradas y amigos, a los últimos jefes, lo que implicaba no sólo reintegrarme a la vida comunitaria, sino, también, a las precisas directivas de actuación. Por último, el solo hecho de conocer Alemania era ya, de por sí, bastante emocionante para un hombre que tenía por ella la más ardiente simpatía, que seguía viendo en ese país al rector natural de Europa y de Occidente, próximo a encabezar la cruzada contra el bolchevismo.

Después de un rápido viaje crucé la frontera yugoslava-alemana por Leibach; eso era Alemania, puesto que

ya se había producido el «Anschluss». Allí, en Leibach, fui huésped de la «Grenze-Polizei», es decir, de la policía fronteriza. Con sorpresa y agrado verifiqué que ellos sabían muy bien qué era la Guardia de Hierro. Complacido, acepté la cordial invitación para una pequeña fiesta de recepción en una cabaña de las afueras de la ciudad. Sólo quien ha pasado por esas latitudes puede entender plenamente la belleza irreal, fantasmal del paisaje. Los montes nevados, flanqueados por bosques de pinos entre los cuales se desliza perezosamente la niebla adoptando formas caprichosas y creando la sensación de que todo, aun los más extraños sueños de la imaginación pueden en cualquier momento materializarse. No es una simple casualidad el que precisamente en esa región predispuesta al ensueño haya nacido el Nacional-Socialismo con sus mitos fuera del tiempo. Los ciervos y las ardillas vagan indiferentes, pero nada extrañaría ver aparecer un dragón o cabalgar un caballero medieval. El frío intenso parece prestar sonoridad y eco al rumor más leve. En la cabaña de nuestra fiesta, unos diez muchachos de la policía, ninguno de los cuales pasaría de los veinticinco años, cantaban acompañados por un par de acordeones mientras los jarros de cerveza se consumían casi antes de llegar y árboles enteros desaparecían en la gigantesca chimenea. Fue una noche maravillosa en mi vida de exiliado y fugitivo. En honor de la Guardia de Hierro, todos de pie cantaron el «Horst Wessel», la famosa marcha del Partido Nacional Socialista. Los miraba agradecido y esperanzado. Había en ellos tanta fortaleza, tan tremenda confianza en sí mismos y en la nueva Alemania, tanta franqueza en sus ojos, que me sentí seguro de que jamás podría Alemania ser derrotada.

Die Fahnen hoch, die Reihen dicht geschlossen,
S.A. marschiert mit ruhig, festen Schritt,
Kameraden, die Rotfront und Reaktion erschossen;
Marschiert im Geist in unsern Reihen mit.

Ciertamente, los camaradas asesinados por el frente rojo y la reacción estaban esa noche, en espíritu, con nosotros.

Me levanté con temblorosa emoción y alzando el «Mass» (jarro de cerveza de un litro), más allá de mi frente, saludé y agradecí con la fórmula tradicional rumana:

—¡Noroc şi sănătate! (¡Salud y felicidad!)

Clamorosamente exigido, debí entonar «Santa Juventud Legionaria», el himno de la Guardia compuesto por Radu Gyr, el poeta y comandante legionario:

Santa Juventud Legionaria,
Pecho forjado en hierro, alma de lirio,
Asalto temerario de primavera...

Mientras cantaba estas estrofas que tantas veces otros con mayor serenidad entonaron ante la muerte, las llamas de las chimeneas danzaban sobre los cristales y alcanzaban a iluminar un trozo de nieve del exterior. Más allá, hacia el infinito... ¿miraba esa ventana a Rusia o hacia Rumania? ¡Sentía la necesidad apremiante de saberlo de inmediato!

La Guardia y el Capitán
Nos hicieron águilas de acero.
La Patria, el Capitán
Y el Arcángel del Cielo...

Los alemanes escuchaban, y en su silencio respetuoso vivía yo el homenaje que los hermanos rendían a los muertos de la Guardia. Cantaba con una plenitud y una libertad que pocas veces en mi vida volví a experimentar. Ahora, de pronto, comprendí totalmente un párrafo del libro del Capitán: «Para poder cantar es necesario un especial estado de ánimo, una armonía de nuestra alma. Quien va a robar, no puede cantar, y tampoco puede ha-

cerlo quien va a cometer una injusticia y tiene el alma enrojecida por las pasiones y por el odio hacia su camarada, o se encuentra carente de fe.»

La muerte legionaria
Es la más dulce de las bodas.
Por la Santa Cruz, por nuestra Patria,
Conquistaremos bosques y montañas.
No hay cárcel que pueda detenernos,
Ni torturas ni huracanes.
Si caemos, deshechos en el frente,
Amaremos la muerte por nuestro Capitán...

Y el Capitán había escrito también: «El canto os guiará. Si no podéis cantar, estad seguros que hay una enfermedad que os roe lo profundo de vuestro espíritu, o que el tiempo ha manchado de pecado la pureza de vuestra alma.»

Santa Juventud Legionaria,
Pecho forjado en hierro, alma de lirio,
Asalto temerario de primavera...

Terminé de cantar; todos callamos. Los troncos de la chimenea entonaban su propia canción de chisporroteos, aureola de luces.

Finalmente, se levantó el más joven de los guardias fronterizos alemanes. Era casi un niño. Desprendiendo de su guerrera una condecoración con la *swástica*, me la alargó en silencio. Otro se acercó y me entregó una foto de Seep Dietrich, el jefe de la guardia personal del Führer. Ya sabía yo que entre la juventud alemana había verdadera veneración por Dietrich. Al parecer, conservó mucho de su prestigio aún después de la gran catástrofe, ya que en el año 1966, en Chile, pude contemplar fotografías de sus funerales y comprobar cómo ellos fueron ocasión de reafirmación y exaltación para muchos.

Nada pude ofrecer en retribución de la *swástica* y

de la fotografía de Dietrich, salvo mi mano apretada y la muda promesa de compartir la suerte de esos muchachos y de Alemania hasta el final.

Al siguiente día continué viaje a Berlín. Iba reconfortado y lleno de esperanzas. Si bien era cierto que el Gobierno alemán oficialmente apoyaba a Antonescu, me parecía que los nacional-socialistas nos consideraban de los suyos, por lo que pensaba que las cosas debían mejorar.

Desde la estación de Berlín, siguiendo instrucciones previas, me dirigí directamente en un taxi a la casa de Adrián Brătianu, camarada casado con una alemana y que entonces trabajaba como «speaker» en la radio de Alemania, en la audición diaria de una hora que en sus programas extranjeros dedicaba a Rumania.

El mismo día, en la casa de Brătianu ubicada en Mommsen Strasse, número 34, celebramos nuestra primera reunión. Asistió Nicolás Şeitan y un grupo importante de camaradas, casi todos ellos provenientes de Constanza. Supe allí que el grupo de refugiados había sido distribuido en dos grupos. El primero, que comprendía sólo al Estado Mayor, presidido por Ilie Garneatza, se encontraba en Ahornalle, en las cercanías de Berlín. El segundo, mucho mayor, en Berkenbrück, un pueblo en la orilla de Spree, entre Frankfort am Oder y Berlín. Pregunté por Horia Sima; no se sabía absolutamente nada de él, pero se suponía que había logrado llegar a Sofía.

En los días que siguieron celebramos varias reuniones en casa de Adrián Brătianu, sin que pudiera adoptarse ningún plan de acción, y no por discrepancias, ciertamente. En lógica estricta, nada sacábamos con tomar resoluciones: estábamos sujetos por completo a la voluntad del Gobierno alemán, aliado de Antonescu. La guerra contra Rusia, en la cual tantas esperanzas habíamos puesto, no se producía. Por consiguiente, todo plan im-

plicaba construir sobre arena. Decidimos esperar la llegada de Horia Sima, ya que, pese a todo, seguía siendo nuestro jefe.

La situación empezó a aclararse una semana más tarde. Las autoridades alemanas ordenaron que todos los legionarios se concentraran en Berkenbrück. Por supuesto, nadie pensó en desobedecer. Al menos en lo material las cosas no se presentaban mal. Nos alojaron en el «Paul Nortmann Heim», refugio oficial del Partido Nacional Socialista y se nos dejó en completa libertad, salvo la prohibición de abandonar la localidad. Fueron días paradisíacos. En un emplazamiento maravilloso no teníamos otra cosa que hacer que no fuera pasear, nadar, leer, conversar, escuchar música y cantar. Si los considerara como vacaciones, podría decir que fueron las mejores de mi vida, bastante cortas, por desgracia. Llegamos a juntarnos sesenta y ocho legionarios entre los que se reconocía como primeros a Ilie Garneatza, Şeitan y Papanace. Con excepción de Horia Sima, estaban todos los jefes supervivientes de la Legión, y yo con ellos, por casualidad.

El 19 de abril de 1941 hubo novedades: se nos avisó que Horia Sima llegaba a Berkenbrück. Confirmamos entonces que los alemanes le habían llevado de Bucarest a Sofía y de Sofía a Alemania. La noticia no era mala, ya que evidenciaba que, pese a todo, los alemanes cuidaban de nuestro jefe oficial y no estaban dispuestos a permitir que Antonescu nos exterminara por completo.

Recibimos a Horia Sima con la solemnidad que exigía su jerarquía. Los sesenta y ocho legionarios, frente al refugio, formados en dos filas paralelas, cara a cara, le saludamos con el brazo en alto, a él y a su comitiva de ocho o diez refugiados. Acompañaba a Horia Sima un alto funcionario del Ministerio alemán de Relaciones Exteriores, significando así la importancia que se le reconocía.

De inmediato se celebró una breve reunión general en la cual reinó unidad y cordialidad. Ninguna recriminación: se reconocía a Horia Sima como jefe de la Legión de San Miguel Arcángel y de la Guardia de Hierro, sucesor de Corneliu Codreanu.

Una vez más debo detenerme ante posibles objeciones: ¿porqué aceptábamos esa jefatura que nos había sido impuesta precisamente por quien era ahora nuestro enemigo, más aún tratándose de un jefe que tan torpemente se había comportado frente a los últimos acontecimientos de Rumania?

Desde mi punto de vista debo insistir que si teníamos objeciones contra Horia Sima, en verdad no podíamos señalar en él actos de traición. Había sido soberbio y ambicioso, ajeno al espíritu del Capitán, pero no existían indicios de deslealtad. Por otra parte, nuestra situación era difícil ante los alemanes y reconociéndole ellos como jefe de nuestro reducido grupo, no queríamos aumentar los problemas. Todavía, hay que señalar que habíamos sido educados en el más rígido espíritu de obediencia, por lo cual nos era casi imposible levantarnos contra uno de los nuestros al cual, después de todo, ya habíamos antes aceptado. Por último, justo es agregar que Horia Sima tenía dentro de la Guardia partidarios fervorosos, especialmente entre los jóvenes y los nuevos militantes, y queríamos, a toda costa, evitar divisiones. Así veía yo las cosas y creo que igual la mayoría de mis camaradas.

El mismo 19 de abril, junto con Horia Sima, llegó una orden de las autoridades alemanas que debía ser cumplida de inmediato. Implicaba una nueva dispersión de la Guardia: el Estado Mayor, con Garneatza, Papanace, Horia Sima y otros, debía permanecer en Berkenbrück, en tanto que el resto (yo entre ellos), era trasladado a Krizmow, un suburbio de la ciudad de Rostock.

Anticipándome a los acontecimientos, debo decir que

nuestro primer acto en Krismow, impuesto por cierto, fue firmar una declaración en la cual prometíamos abstenernos de «cualquier acción política dentro del territorio alemán y de mantener correspondencia con Rumania». Esta misma declaración debieron firmarla todos los militantes de la Guardia, en cualquier lugar de Alemania que residieran. Como es obvio, tenía por objeto evitar al Reich complicaciones con el Gobierno de Antonescu.

Así, pues, ese mismo día, y apenas terminada nuestra breve reunión general, se nos trasladó a unos setenta legionarios, por tren, a Rostock, y de ahí, en buses, al suburbio de Krizmow. Nuestro destino era un campo abierto, un campamento miserable, con ruinosas cabañas de madera, en las cuales no creo ningún alemán hubiese vivido jamás. Cuando divisamos aquello, sentimos un escalofrío. Experimentamos indignación. La voz del doctor Andrei Vasile, ex jefe del Estudiantado rumano, hoy en el Yemen, fue la primera voz legionaria que públicamente se oyó contra quienes tanto habíamos respetado. A la cabeza de un pequeño grupo se adelantó por entre las miserables construcciones, y después de contemplarlas en largo silencio, con los puños en la cintura, se volvió lanzando a gritos una terrible injuria en alemán contra el mariscal Hermann Goering (¿por qué contra Goering, precisamente?) y, siempre gritando en alemán, agregó: «¡Así se recibe a los mejores de los que más han amado a Alemania en Europa!»

Los guardias le escucharon sin un gesto, impasibles, como si nada hubiesen entendido. Era lo mejor: creo que en esos momentos, todos, ante la más mínima reacción, habríamos saltado como tigres a sus cuellos.

Me senté en un crujiente banco, al borde del camino, y apretándome la cabeza con las manos, sentí deseos de llorar. ¡Esta era la santa guerra de Alemania con la que mi generación tanto había soñado!

A la desesperación sucedió, como siempre, la conformidad, esa terrible conformidad del alma rumana, contra la cual luchábamos. Tratamos de organizar nuestras vidas lo mejor posible, para lo que se nos dejó absoluta libertad. Los alemanes se limitaban a proporcionarnos el alimento y a reiterarnos que no podíamos abandonar el lugar, pero no había jefaturas externas ni guardia de ninguna especie.

Nos reconfortábamos repitiéndonos que lo importante eran los principios; que debíamos actuar como lo hubiera hecho el Capitán si todavía hubiese vivido. Intentamos superar nuestro dolor, nuestra desesperanza y nuestra frustración.

El primer acuerdo fue unánime: ofrecernos como voluntarios para trabajar en las fábricas de Rostock, sin exigencias de ninguna especie. Se nos aceptó. Significaba que diariamente teníamos que caminar cuatro kilómetros, treinta y dos cuadras, sin caminos, para alcanzar, al amanecer, el bus que nos llevara a la ciudad de Rostock. ¡Este era el precio de la voluntaria colaboración con nuestros amigos alemanes!

Trabajábamos como leones y vivíamos como ascetas. Suponíamos que los alemanes, pese a todo, no eran tan ciegos y que al menos serían capaces de distinguir entre aquellos que trabajaban con desgana, como prisioneros o por un salario, y los que, como nosotros, lo hacían más allá de los turnos, incluso, sólo por una identidad de principios en lo fundamental. Quienes saben más que yo me han asegurado, y con buenos fundamentos, que al menos un dignatario del Tercer Reich así lo captó. Este habría sido Himmler, el jefe de las célebres S. S. Si así fue, le estábamos reconocidos. Su problemática intervención se plantearía de nuevo en el futuro. En todo caso, hablo en este aspecto sólo como un hombre que recoge rumores.

El hecho es que tres semanas después de iniciar nuestro trabajo voluntario, del cual puedo decir sin sombra

de vanidad que fuimos los más disciplinados y activos trabajadores del lugar, se nos trasladó desde Krizmow al otro extremo de Rostock, a un «bungalow» inmenso enclavado en medio de un bosque. Se llamaba «Schweitzerhaus». Allí las condiciones de vida eran menos malas. Una vez más, los alemanes tuvieron la delicadeza de no mostrar sus guardias y de permitirnos organizar nuestra propia vida, la que llegó a volverse casi agradable. Ahora la totalidad de los refugiados trabajamos voluntariamente en la fábrica de aviones Heinkel. Recibíamos un muy buen sueldo que entregábamos a nuestra comunidad, regida siempre como una gran familia.

En «Schweitzerhaus» revivió en toda su fortaleza el viejo espíritu de la Guardia. Cada minuto se vivía en función de las enseñanzas morales y políticas del Capitán. Los sábados eran especialmente emocionantes. Otra vez se verificaban las reuniones de los «Nidos», y los domingos nadie dejaba de comulgar. Cada tarde del sábado se recordaba a Rumania, se leía y comentaba al Capitán y se relataba en la forma más sencilla posible los pequeños hechos en los que, buscando la redención de la Patria, le había tocado a cada uno intervenir. Al final, se desarrollaba un amplio diálogo, analizando los errores y debilidades, se enmendaban propósitos y, especialmente, nos recordábamos que debíamos cuidarnos de cualquier forma de soberbia. Que no eramos predestinados ni elegidos, sino simplemente hombres que trataban de cumplir su deber.

Las reuniones de los sábados y la misa del domingo nos deparaban gran paz espiritual, fortalecían nuestros espíritus y nos preparaban para lo peor que pudiera venir; pero, en la quietud de la noche, en la paz de la tarde del domingo, los tenaces interrogantes reaparecían: ¿Cómo volver a Rumania? y, sobre todo, ¿cuándo atacaría Alemania a Rusia?

Debo confesar que la esperanza de este ataque era lo

que nos proporcionaba mayores fuerzas. Llegó a ser el motivo de nuestras vidas. Cada mañana, al despertar, nos mirábamos en silencio, preguntándonos: «¿Cómo todavía esta paz absurda?»

Así transcurrían nuestras vidas en Alemania, vidas de humildes y oscuros trabajadores, resignados a nuestra colaboración manual, pero defraudados por cada amanecer de otra noche de paz entre Europa y Rusia.

XXXII

Llega el gran día: invasión de Rusia.—Rostock acoge la noticia.—Proclama de Hitler al pueblo alemán.—El «Führer» habla de nosotros.—No hay un lugar para la Guardia

El gran día se llama 22 de junio de 1941. Se destaca, señero, en la historia contemporánea. En él, por fin, Alemania atacó a Rusia. Rumania, aliada de Alemania, marchó junto a ella contra el enemigo secular.

Entre los aliados oficiales de Alemania nos correspondió el mayor de los aportes; llegaría a veintiséis divisiones, bajo el mando del general Ion Dumitrescu, y en las que se cubrirían de especial gloria los generales Dragalina y Avramesco.

Ese día, Hitler que «había tomado la decisión más grave de su vida»—según escribió al Duce poco después—atacaba a Rusia con 153 divisiones alemanas y 37 aliadas, o sea, 3.700.000 hombres, 5.000 aviones y 3.500 carros.

Cada soldado de cada una de las 153 divisiones alemanas llevaba grabada en su cinturón la mesiánica divisa: «Gott mit uns» («Dios está con nosotros»). Era, a su modo, el ejército de Cristo. Su columna vertebral llegarían a ser las célebres y temidas «Waffen S. S.», con lema propio: «Mi honor se llama fidelidad.»

Pero, también estarían con Alemania las legiones internacionales. La acompañaron hasta mayo de 1945. Algunos de sus miembros defendieron el «bunker» de Hitler en Berlín con mayor tenacidad que los alemanes. Unos dos y medio millones de hombres. Todos ellos prestaron el mismo juramento solemne: «Juro obedecer fielmente a Adolfo Hitler, jefe de la Wehrmacht, en la lucha contra el comunismo, como soldado leal.»

Estas legiones internacionales las formaban franceses, belgas, croatas, eslovenos, suizos, holandeses, noruegos, suecos, daneses, bálticos, ucranianos, kirghizes, rusos de Vlasov, árabes de la más diversa procedencia; los hindués de Shandra Bose y hasta ingleses y norteamericanos. En suma, en apariencia, Babel alrededor de Esparta; en esencia, la comunión antibolchevique.

Entre estas divisiones de voluntarios merece especial mención la 250, fundada oficialmente en Madrid el 25 de junio de 1941, bajo el mando del general Muñoz Grandes. Es la famosa «División Azul» española, cuyos hechos y hazañas están registrados por la Historia. Con los 36.000 hombres que pasaron por ella, llegó a cubrir veintiún kilómetros del frente ruso, del frente de Europa encontrada y unida.

El general Antonescu emitió en el gran momento un lacónico comunicado que nos llenó de orgullo. Decía:

«Soldados, os ordeno pasar el Prut, y liberar Basarabia, tierra de nuestros padres. Tenéis el honor de pelear al lado del más glorioso ejército del mundo. Sed dignos de vuestros antepasados y cumplid con vuestro deber.»

Llegaba el momento. Europa se alzaba en reafirmación de su pasado y en defensa de su futuro. Con ella estaría el corazón de las juventudes de Occidente. Caían las máscaras. El capitalismo anglosajón estaba naturalmente con el Asia y sus hordas de resentidos, que fuera de ese continente se denominan «proletarios». Por nuestra parte, veíamos en Adolfo Hitler al nuevo Sigfrido que

enfrentaba al dragón bolchevique y en nada nos sorprendían Roosevelt y Churchill mendigando la sonrisa oriental de Stalin, el moderno caudillo de los tártaros y mongoles. Es cierto que los norteamericanos todavía no formaban oficialmente tras los rusos, pero, ya vendrán también; los presentíamos. El novelista rumano, V. Gheorghiu, hace decir a uno de sus personajes: «—¡Morir es bueno, Konrad! ¡Muy bien! Si hubieras vivido hasta el fin de tu vida normal hubieras sufrido mucho. Mañana el planeta terrestre será uniforme, triste, soviético. Con una torre de control china o rusa. Con una sola lengua y una sola policía. Y con una inmensa estatua proyectada hacia el cielo, visible desde todas las longitudes y desde la que se rinda homenaje a Cristóbal Colón, que descubrió las Américas, y a los americanos, que en los albores de las conquistas planetarias han entregados a los rusos una multitud de países y de pueblos.» Y en la misma novela, más adelante: «Lee, sobre el tanque: Made in U.S.A. Encima, la estrella soviética. Ionel no se extraña. Todos los rumanos saben que los rusos conquistan Rumania gracias a las armas fabricadas por los americanos. La misión de los americanos es armar a los rusos, para que éstos puedan conquistar toda la tierra.»

Me encontraba en la misma ciudad de Rostock cuando la radio, precediéndola de marchas militares, lanzó la gran noticia. Tuve conciencia de ser testigo de uno de los grandes momentos de la historia, y traté de conservar la calma y serenidad suficiente para observar lo que sucedía alrededor.

La gente joven estalló en clamoroso entusiasmo, ya que con repugnancia había recibido el pacto Ribbentrop-Molotov, resignándose como un mal temporal y necesario. Por lo demás, habían sido educados en el odio al comunismo, y el Partido Nacional Socialista no había cesado un instante de fomentarlo y de recordar que algún día deberían marchar hacia el Este. Por el contrario, los

mayores se notaban preocupados, y hasta oí algunos comentarios escépticos sobre el desenlace de esa guerra que debía llevarse ahora en dos frentes.

Pese a la disparidad de reacciones, basada en una diferencia generacional, dos sentimientos me parecieron comunes. Primero, que el ejército alemán era el mejor del mundo y que del valor de sus soldados y de la pericia de sus oficiales podía esperarse siempre algo más allá de lo razonable. Segundo, que la guerra con Rusia era inevitable, de modo que si Alemania no hubiese atacado entonces, Rusia lo habría hecho más adelante, en el momento en que ella lo estimara más conveniente, de donde era preferible haber sido los primeros en golpear.

Una hora más tarde, sentado en un local de Rostock, en medio de cientos de alemanes silenciosos pero de rostros en su mayoría alegres, escuché la memorable proclama que Hitler dirigiera a su pueblo al iniciar el ataque contra los soviéticos.

Este largo documento, que he logrado conseguir al redactarse estas líneas, era, obviamente, de importancia mundial e histórica; pero, para nosotros los legionarios resultaba, si cabe, de mayor importancia todavía, puesto que en él, después de precisarse las razones de Alemania, hacía Hitler detallada referencia a la situación rumano-rusa y hasta hablaba de los legionarios mismos, aunque en términos que no podían satisfacernos y que debo calificar de injustos.

Selecciono aquellos trozos que dicen relación con los aspectos antes recalcados, y los transcribo.

Dice el Führer, aquel 22 de junio de 1941:

> «Cuando el 3 de septiembre de 1939 el Reich alemán recibió la declaración de guerra de Gran Bretaña, se repetía una vez más la tentativa de este país para frustrar todo comienzo de consolidación del progreso de Europa mediante una guerra contra

> el estado europeo que era en aquel punto el más poderoso en el continente. Así fue, en el pasado, como arruinó a España en sucesivas guerras, y éste fue también el motivo de sus guerras contra Holanda; también por esta razón combatió más tarde contra Francia, con la ayuda de toda Europa. Por eso también, al comienzo de este siglo, inició el cerco del Reich alemán de aquélla época, y, en 1914, comenzó la gran guerra.»

> «Esta conspiración internacional iba dirigida, además, contra aquellos pueblos que, por no haber sido favorecidos por la fortuna, están obligados a ganarse el pan de cada día en las más duras luchas por la existencia. El derecho que tenían Italia y Japón para compartir los bienes de este mundo fue objetado lo mismo que el de Alemania. En realidad, les fue formalmente negado. En consecuencia, la coalición de nuestras naciones sólo es un acto de autoprotección frente a la amenaza de la egoísta combinación mundial de la fortuna y del poder.»

> «El Reich, desde el año 1933, trataba con paciencia inagotable de lograr principalmente que los Estados del sudeste de Europa, fueran también sus socios comerciales. En consecuencia, teníamos también el mayor interés en su progreso, su consolidación y su organización interna.
>
> »El avance de Rusia, en Rumania y en Grecia, en convivencia con Gran Bretaña, amenazaba convertir esas regiones, también, y a corto plazo, en teatro general de la guerra.
>
> »En forma contraria a nuestros principios y costumbres, y accediendo a una urgente petición del Gobierno de Rumania, que era el responsable de lo que sucedía, le recomendé acceder a las peticiones de

la Rusia soviética, en interés de la paz, insinuándole que cediera la Basarabia. Sin embargo, el Gobierno rumano creyó que no podría asumir tal responsabilidad ante su propio pueblo, a menos que Alemania e Italia, como compensación, garantizaran por lo menos la integridad de lo que quedaría de Rumania.

»Acudí a su demanda, con pesar de mi corazón, principalmente porque, si el Reich alemán da una garantía, ello significa que la cumple. No somos británicos ni judíos.

»Todavía creía, a esa hora undécima, que servía a la causa de la paz en esa región, aún cuando fuera asumiendo graves obligaciones. Sin embargo, para resolver del todo estos problemas y obtener una aclaración respecto de la actitud rusa y a su creciente movilización en nuestra frontera oriental, invité a Molotov a venir a Berlín.

»El ministro de Relaciones Exteriores soviético pidió entonces una aclaración de nuestro acuerdo, e hizo las cuatro siguientes preguntas. Primera pregunta: «¿La garantía a Rumania está dirigida también contra la Rusia soviética en caso de un ataque de la Rusia soviética contra Rumania? Mi respuesta: la garantía alemana es de carácter general y nos liga a ella sin condiciones. Sin embargo, Rusia nos había declarado que no tenía otro interés en Rumania, aparte de la Basarabia. La ocupación de Bucovina del Norte ha sido ya una violación a esta seguridad. Por ello, no podría creer yo que Rusia abrigue ahora nuevas intenciones contra Rumania.»

«Nacional-socialistas: aquí adopté la única actitud que me correspondía como jefe responsable del Reich; pero también tenía la conciencia de que representaba la cultura y la civilización europeas. Aumentó entonces la actividad de la Rusia soviética

contra el Reich, y comenzó inmediatamente el trabajo para minar el nuevo Estado rumano desde dentro, y para eliminar al Gobierno rumano por medio de la propaganda. Con la ayuda de ciertos dirigentes ofuscados e inexpertos, la Legión rumana se lanzó a un golpe de Estado en Rumania. Su objetivo era derrocar al Jefe de Estado, Antonescu, producir el caos en el país, despojar de todo poder legal al Gobierno y conseguir la condición previa para el cumplimiento de la garantía alemana.»

«En la noche del 17 al 18 de junio varios destacamentos rusos de reconocimiento volvieron a penetrar al territorio del Reich y sólo pudieron ser rechazados después de un prolongado tiroteo. Esto nos ha llevado a tomar medidas contra ese complot planeado por los explotadores judíos anglosajones de la guerra y por los dirigentes igualmente judíos del bolchevismo, cuyo foco está en Moscú.

»Pueblo alemán:

»En estos mismos instantes se efectúa un movimiento de tropas que, en su extensión y magnitud, es el mayor que ha presenciado el mundo. Unidos a sus camaradas finlandeses, los guerreros que ganaron la victoria de Narvik están a cargo de las costas del Océano Artico.

»Divisiones alemanas comandadas por el vencedor de Noruega, unidos a los campeones de la libertad finlandesa, comandados por su mariscal, están protegiendo el territorio finlandés.

»Desde la Prusia oriental hasta los Cárpatos se extienden nuestras formaciones a lo largo del frente oriental. A lo largo del Prut y a lo largo de las regiones del Danubio inferior, hasta las costas del Mar Negro, los soldados alemanes y rumanos están unidos bajo el mando del primer ministro rumano, An-

tonescu. La misión de este frente no es ya proteger fronteras individuales, sino la seguridad de Europa y la salvación de todos nosotros.

»En consecuencia, he decidido hoy confiar la suerte y el futuro del Reich alemán y de nuestra nación, una vez más, a las manos de nuestros soldados.

»Quiera Dios ayudarnos en esta lucha.»

Hasta aquí las palabras del Führer, las que fueron recibidas con clamorosa ovación por todos los que escuchaban; en el local se alzaron de inmediato los compases del «Horst Wessel» y del «Deutschland über alles» espontáneamente coreados.

Salí a la calle pensativo, aunque no se alcanzara a empañar mi alegría profunda.

Así, pues, para Hitler había habido «dirigentes ofuscados e inexpertos» en el último alzamiento de la Guardia contra Antonescu. Si se refería a Horia Sima y a sus allegados, debía admitir que no se equivocaba. Pero creo que era injusto cuando nos imputaba concierto previo. Yo, desde un lugar importante en Constanza podía certificar que no había sido así. Por otra parte, se nos acusaba de haber intentado provocar la guerra germano-rusa. Tampoco era cierto. Si la deseábamos, no la provocamos. El legítimo deseo de recuperar a Basarabia y Bucovina del Norte no podía considerarse como provocación.

Caminaba por las calles de Rostock llenas de jubilosos manifestantes, a quienes me unía a ratos; luego, me apartaba para continuar con mis cavilaciones: Hitler había indirectamente ensalzado a Antonescu, lo cual era un mal síntoma. ¿No habría sido justo siquiera una palabra de reconocimiento para los legionarios que habían sido los más sinceros amigos de Alemania? ¡Esto significaba que nos dejaba a la entera voluntad de Antonescu, lo cual no se justificaba ni siquiera bajo el cálculo de que era el general quien controlaba el Ejército rumano!

¡En fin!... Traté de disipar las sombras de mi ánimo. Con un grupo de camaradas volvimos cantando a «Schweizerhaus» y esa fue una noche feliz para todos los rumanos del refugio.

Cualquiera que fuesen mis reflexiones, no incidían en el fondo del problema. Esa guerra de Alemania contra Rusia era, de todos modos, la guerra de Rumania y, especialmente, la guerra de la Rumania legionaria. Por consiguiente, en la mañana del 23 de junio, en vibrante asamblea, los legionarios acordamos por unanimidad solicitar del Gobierno alemán el ser incorporados al ejército y enviados al frente. La solicitud se redactó y firmó el mismo día. En ella especificábamos que no poníamos condición alguna, pero insistíamos en que nuestra aspiración era ser movilizados a la primera línea.

La petición no fue contestada. Algún día habríamos de comprobar que los alemanes la guardaban como arma de reserva para la eventualidad de una ruptura con las autoridades de Bucarest.

No lo sospechábamos entonces. Confiábamos en ser aceptados y entendíamos, también, que por derecho propio debía confiársenos el lugar de tropas de choque. Los más exaltados discutían acerca de cuanto tiempo pasaría antes de que se nos movilizara, y cual sería el sector del frente donde chocaríamos con los rusos. Sin embargo, pasaban los días, los días calculados por los más optimistas, los días calculados por los realistas y también los días confesados por los pesimistas, y no había respuesta de ninguna clase. Ni respuesta ni explicación, aunque fuera extraoficial. Era una exasperante incertidumbre. Por los comunicados diarios nos enterábamos del avance victorioso hacia el corazón de Rusia. Unos, los más exigentes, querían alcanzar a juntarse al ejército rumano que avanzaba hacia Odessa, donde entraría el 16 de octubre. Los más se conformaban con poder unirse al ejército alemán que indudablemente tomaría Moscú.

La realidad sería muy diversa. La Wehrmacht no entraría en Moscú, pese a haber llegado a cincuenta kilómetros de la capital, después de haber recorrido mil kilómetros desde la frontera polaca, en noviembre de 1941. Odessa, es cierto, sería recuperada por los rumanos, pero se volvería a perder, y todo el país. Los legionarios no iríamos al frente hasta después del 24 de agosto de 1944, caído Antonescu, cuando el ejército rojo estuviese dentro de Rumania y Europa, y la guerra irremediablemente perdida.

Pasarían tres años antes que pudiéramos estar frente al enemigo. ¡Tres años estúpida y miserablemente perdidos en los campos alemanes, cuando lo único que pedíamos, suplicábamos era que nos permitieran combatir por Alemania! ¡Tres años como tigres enjaulados, cuando una vida entera habíamos soñado con esa guerra que crepitaba sobre Europa! ¡Tres años en pasividad forzada, mientras se decidía la suerte del mundo! Realmente, creo que si en esos primeros momentos hubiésemos podido saber de nuestro grotesco futuro inmediato, habríamos estallado en una rebelión suicida.

Afortunadamente, las esperanzas se pierden poco a poco. Siempre iba quedando un saldo de ellas suficiente para sostenernos y disuadirnos de algún disparate.

Llegamos a organizarnos perfectamente, sacando el máximo de partido de cada hora y de cada minuto. He dicho que los alemanes no nos obligaban a trabajar, pero lo hacíamos voluntariamente en la fábrica de aviones Heinkel. Se nos permitió también incorporarnos a la Defensa Civil, lo que no carecía de importancia, ya que los ataques aéreos sobre Rostock empezaron a ser frecuentes. Por otra parte, implicaba una alentadora muestra de confianza.

Como era natural, circulaba toda clase de rumores. El que más nos interesaba, y que obedecía a una verdad comprobada posteriormente, era que Antonescu trataba

de llegar a un acuerdo con los legionarios refugiados en Alemania. También lo deseaban los alemanes; pero Antonescu colocaba como condición que Horia Sima renunciase a la Jefatura de la Legión, lo que éste se negaba a hacer.

En el verano de 1942 fuimos trasladados al barrio de Marieneche, para que estuviésemos más cerca de la fábrica Heinkel. Nos instalaron en un bloque de cómodas y alegres casas. Nada teníamos que objetar en lo material, pero gustosos habríamos cambiado esas comodidades por el cielo abierto, el frío y la nieve del frente ruso, donde se jugaba la suerte de Rumania y de Europa.

En nuestras interminables conversaciones teníamos mucho que comentar: los japoneses habían bombardeado Pearl Harbour en diciembre del año anterior y Alemania e Italia habían declarado la guerra a los Estados Unidos. Siempre habíamos considerado a Roosevelt el principal culpable de lo que sucedía, de modo que esto nos pareció del todo natural. A mediados de febrero de 1942 los japoneses tomaron Singapur, lo que nos alegró, pero nos preguntamos porqué Japón no atacaba a Rusia por la espalda, en vez de hacer esas exhibiciones en el Asia.

XXXIII

La fuga de Horia Sima a Italia.—A través de Alemania como un criminal más.—La Guardia también ha estado en la cárcel de Alexander Platz.—En un vagón se me explica por qué Alemania no perderá la guerra

Esa vida postergada, materialmente tranquila, cambió por sorpresa un día de diciembre de 1942.

Caminábamos en pequeños grupos, de vuelta del trabajo, cuando al aproximarnos al bloque de edificios vimos con sorpresa que estaba rodeado por guardias de las S. S.

Se podía entrar, pero no salir; todo ello con deferente firmeza. Tratamos de adivinar y hasta se cruzaron algunas apuestas sobre lo que podría significar aquello. Ya lo sabríamos.

Media hora más tarde, la totalidad de los legionarios fuimos reunidos en el gran comedor común. Tan pronto como terminaron de contarnos y verificar que no faltaba nadie, entró el general Müller, de la Gestapo. Nos leyó una declaración en rumano en la que, en síntesis, se decía que nuestro jefe, Horia Sima, quebrantando su palabra de honor, había huido desde Berkenbrück a Italia y que las autoridades alemanas se verían obligadas a tomar ciertas medidas.

No se nos aclaró en qué consistían esas «ciertas medidas». ¡Si lo hubiéramos sabido! Afortunadamente, sólo las conocimos años después de terminar la guerra, cuando se publicaron lo que se ha dicho son los documentos confidenciales de la Cancillería capturados por los aliados. Naturalmente, no puedo avalarlos y tengo serias reticencias frente a ellos. De ser auténtica tal documentación, resulta que Antonescu, ante la fuga de Horia Sima habría exigido que se aplicara la pena de muerte a todos los legionarios refugiados, a lo que el Gobierno alemán habría accedido, revocándose la resolución ya adoptada sólo por la vigorosa oposición de Himmler, el jefe de la Gestapo, quien para ello habría debido jugar hasta las últimas consecuencias su influencia sobre Hitler.

Nada de ésto sabíamos en esos momentos; pensábamos que se trataría tan sólo de medidas de seguridad, ya que nos encontrábamos entonces en libertad bajo palabra de honor, como lo había estado también Horia Sima. Esta impresión pareció confirmarse el mismo día del anuncio del general Müller: la mitad de los nuestros fueron sacados de Marieneche con rumbo desconocido; el resto, yo entre ellos, continuamos en trabajo habitual en la fábrica Heinkel, aunque sometidos ahora a estricta vigilancia.

Pocas noticias recibíamos, todas oficiales, referentes al curso de la guerra, que todavía se presentaba como victoriosa para Alemania. Después de la fuga de Horia Sima perdimos la esperanza de ser enviados al frente. Nuestras conversaciones, cuando no eran sobre la Guardia y el Capitán, se centraban casi siempre en lo extraño que parecía el que Alemania aún no lograse aplastar a Rusia. Por el contrario, los bombardeos de Rostock, cada vez más intensos y frecuentes, nos hacían sospechar que el dominio del aire se estaba perdiendo. ¿Significaría esto que también Rumania sufría un castigo semejante?

Nuestra propia vida no estaba libre de incidentes inquietantes: en pequeños grupos de cinco, ocho o diez legionarios, los alemanes seguían trasladándonos, no sabíamos a donde. Lo más irritante resultaba no conocer con qué criterio se hacían esas selecciones y traslados. Nunca llegué a saberlo; nunca supe porqué eran unos y no otros los que cada vez debían partir.

Estábamos, pues, bastante disminuidos cuando el 3 de septiembre de 1943 llegó mi propio turno. Como dato curioso debo agregar que se me trasladaba solo, lo cual, según mis observaciones, apenas había sucedido antes en dos o tres oportunidades. Tampoco llegué a saber del porqué de esta discriminación, en mi favor o en mi contra.

Ese día fui llevado a la cercana cárcel de Rostock. Las cosas parecían no empezar tan mal, ya que el guardia que me condujo a la celda, que esa noche compartiría con dos belgas, ordenó perentoriamente a éstos que debían cederme una de las camas, sobre la cual deferentemente depositó ropa limpia.

Ya cambiaría el ambiente.

Al día siguiente fui arrojado en un vagón cárcel, repleto de criminales comunes. Ignoraba mi destino y cuanto duraría el viaje. En definitiva serían diecisiete días, en las peores condiciones. El tren se detenía en pequeñas estaciones. Otras veces parecía volver atrás y dar vueltas y más vueltas. Supongo que ello se debía a la destrucción de las vías por los bombardeos. Como fuere, el hecho es que me parece que muy pocos presos soportaron un viaje semejante, ya que mis «compañeros» eran bajados y otros subían a ocupar sus lugares. Sólo yo seguía allí. Finalmente, llegamos a Berlín cuya estación reconocí a través de la ventanilla enrejada del vagón-cárcel. De a dos, encadenados, nos hicieron bajar y caminar lentamente por las calles, escoltados por guardias, hasta camiones de transporte.

Por vez primera estuve furioso y realmente amarga-

do. El tratamiento anterior había sido, en general, diferente y los ocasionales rigores podía entenderlos ya que los alemanes debían evitar cualquier roce en sus relaciones con Antonescu; pero esto era distinto. Esa caminata por las calles, encadenado a un delincuente común en medio de la curiosidad y el desprecio de los transeúntes, me abatió y me hundió en tristes reflexiones: ¡Esos eran nuestros amigos, los alemanes, y a esto se reducía nuestra guerra!

Los camiones nos llevaron a la famosa cárcel de Alexander Platz, en el mismo Berlín. Era un edificio enorme, con grandes puertas, por sí lúgubres, pero que lo parecían mucho más con el siniestro chirrido que hacían al abrirse.

El sistema de identificación, aunque común a las cárceles y campos alemanes, no dejaba de ser curioso e inquietante. Todos los presos fuimos colocados de cara a las paredes del patio, junto a ellas. Un guardia gritaba el apellido y había que contestar dando el nombre de pila y volviéndose. Escuché atentamente, no sólo porque deseaba evitar caer en falta, sino, especialmente, porque me interesaba saber si sonaría algún apellido rumano. Fui de los últimos nombrados y pude verificar, desencantado, que al parecer era yo el único rumano.

Era ya casi de noche. Otro guardia me condujo a un dormitorio común y crucé el umbral sin saber cuánto tiempo debería dormir allí. El espectáculo era terrible. Habría unas cien camas, pero más de mil presos, de manera que la mayoría estaban tendidos en el suelo y era casi imposible pisar.

Logré avanzar un par de metros. Me detuvo un preso joven, de aspecto vigoroso, en quien presentí de inmediato al jefe del grupo de prisioneros. Le acompañaban dos, con aspecto de ayudantes. Ninguno de los tres tuvo los miramientos míos para no pisar a los tendidos en el

suelo, pero las protestas parecieron no importarles en lo más mínimo.

Entendí muy bien la situación. Ya sabía, y más tarde lo comprobé a través de múltiples conductos, que esos jefes de prisioneros, designados de entre ellos mismos, eran los culpables de las peores brutalidades que se producían en las cárceles y campos, ya que no retrocedían ante ningún medio con tal de mostrar eficiencia frente a los alemanes y no perder los privilegios inherentes al cargo.

Había, pues, que poner las cosas en su lugar desde el primer momento.

—¿Y tú?—, me gritó desafiante. No contesté, pero le miré de arriba a abajo.

—¡A tí te hablo!—, gritó más fuerte. Y avanzó, lo que yo también hice hacia él, no sin escuchar varias injurias bajo mis pies. Algunos presos se incorporaron, ya sea en sus camas o, lo más, en el suelo. Nos enfrentamos en silencio.

—¡Te he preguntado quien eres!—, gritó por tercera vez.

Algo, en su acento, me decidió, además del deseo de dejar en claro que yo no era un delincuente.

—¡Soy rumano... y de la Guardia!—, grité a mi vez, mucho más alto.

—Yo también soy rumano, pero no de la Guardia... entonces somos enemigos—, dijo, aunque ya no tan prepotente.

—Conforme... la lucha continúa.

—¡Dormirás allá!—, agregó, indicando el mas oscuro y lejano de los rincones.

Pero, me había parecido descubrir algo en sus ayudantes. De manera que me limité a contestarle con la peor injuria que conocía en macedonio, mi dialecto natal. No me había equivocado: una amplia sonrisa iluminó las caras de los dos. Eran balcánicos y me habían en-

tendido perfectamente. No sólo alejaron al bravucón que, en verdad, habría podido dar fácil cuenta de mí, sino que me ayudaron. Cuando un rato después entraron unos guardias trayendo café y dos buenos *sandwiches* para cada preso, fui atendido preferentemente, e incluso uno de ellos me hizo la preciosa donación de un cigarrillo. Hasta encontré en el suelo un lugar en el cual pude sentarme y meditar sobre los últimos acontecimientos. Quizás hasta habría podido dormir o, por lo menos, aclarar qué puntos calzaban aquellos dos ayudantes que tan bien hablaban macedonio, pero no hubo oportunidad.

Esa misma noche un terrible bombardeo sacudió a la todavía orgullosa capital del Tercer Reich. Varias bombas cayeron cerca de la prisión. En la oscuridad permanecimos inmóviles, silenciosos. Creo que debo de haber sido uno de los más tranquilos, no porque me jacte de un especial valor que no tengo, sino porque estaba preparado para todos los absurdos y el mayor, ciertamente, habría sido que yo, legionario de la Guardia de Hierro rumana, muriera encerrado en una cárcel alemana, con delincuentes comunes, como consecuencia de una guerra en la cual Alemania, nuestra amiga, jugaba su existencia, pero en la que no se me permitía participar.

No hacía mucho que habían sonado las sirenas que indicaban que había pasado el peligro, cuando empezó a amanecer. Me pregunté si el régimen interno me permitiría dormir aunque tan sólo fuese un par de horas. No olvidaba tampoco que debería enfrentarme de nuevo con aquel energúmeno que hacía de jefe de prisioneros.

No hubo lugar a una ni otra cosa.

No intenté dormir, porque con la primera luz del alba distingui en la pared cercana algo que disipó mi sueño: toscamente rayadas sobre la sucia pintura se veían, cruzadas, las tres barras horizontales y las tres barras verticales que simbolizaban la ventana de una celda, el emblema de la Guardia. ¡Uno de los nuestros había pasado,

pues, un día por ahí! ¿Quién habría sido? ¿Cuándo? Hice toda clase de suposiciones, sabiendo bien que sería difícil averiguarlo, pero me prometí que lo preguntaría a los ayudantes tan pronto fuese posible. Quizás ellos tuviesen alguna idea.

Sueños, sólo sueños despierto, los peores de todos.

A los pocos minutos se sintió un taconeo en el pasillo y gimieron los candados de la puerta. Un guardia se adelantó y gritó mi nombre. Salí tan pronto como mis piernas entumecidas y los presos tendidos en el suelo me lo permitieron. Mi viaje continuaba.

Otra vez en un vagón-cárcel. No me pareció tan terrible. Ya me estaba familiarizando con ellos y, en verdad, era preferible a aquel dormitorio de la cárcel de Alexander Platz.

Esta vez encontré gente interesante, aunque, por desgracia, no fueran de los míos y no pudiera hallar consuelo espiritual. Uno de ellos, cuyo nombre no recuerdo, era el ex jefe del Partido Social Demócrata alemán, que había desempeñado, además, el cargo de jefe de la policía de Berlín, antes de la subida de Hitler, naturalmente. En cierto modo, y guardando las proporciones, éramos colegas, puesto que yo, a disgusto, había tenido igual cargo en Constanza. El otro era un socialista, irreductible en sus convicciones, de nombre Otto. Juntos viajaríamos casi un semana, tiempo más que suficiente para que los presos lleguen a hacerse amigos, cualquiera que sean las diferencias doctrinarias. Me contaron que estaban presos desde 1933 y que seguían siendo firmemente contrarios a Hitler. No me pareció indispensable contar nada de mi pasado ni, menos, de mis ideas políticas, ya que, cualquiera que hubiesen sido los infortunios y las experiencias personales, mi manera de ver la línea gruesa de los acontecimientos no había cambiado. Me impresionó la integridad de aquellos dos hombres y la firmeza de sus convicciones, tan opuestas a las mías. No pude me-

nos de advertir que ambos confiaban en que sucedería «algo» que haría cambiar las cosas, pero opinaban que «en caso alguno podía Alemania perder la guerra». Interesado, pedí me explicasen porqué estaban tan seguros de esto último, que yo también quería creer. Aunque intentaron explicaciones de fondo, la verdad es que lo que les impresionaba era lo único que podían testificar: la organización casi perfecta de las cárceles y campos alemanes de concentración.

XXXIV

Buchenwald.—«Prisioneros de honor».—Otra vez juntos.—«Aúlla el enemigo».—Nuestra vida cotidiana en el famoso campo de concentración

Justo, una semana después de salir de Berlín, mi cárcel rodante llegó a Weimar. En este lugar inmortalizado por la literatura y asociado para siempre al nombre de Göethe, supe, por fin, el lugar de mi destino definitivo, el porqué de esos duros diecisiete días. Durante el viaje, los guardias lo habían aludido con el ambiguo nombre de «Bei Frischluft», es decir, algo así como «el lugar del aire fresco». Se trataba de una pequeña colina boscosa a unos siete kilómetros de Weimar. La prensa, la política y la historia contemporánea la distinguen con otro nombre: Buchenwald.

Debo dejar en claro que si al salir de Rostock se me hubiese dicho que marchaba hacia Buchenwald, me habría encogido de hombros, ya que ese nombre nada significaba entonces para mí. Tampoco al llegar a Weimar. Entonces, buenamente, sólo pensé en Göethe. Eran los últimos días de septiembre de 1943.

El trayecto de siete kilómetros de Weimar a Buchen-

wald los hicimos en camiones cerrados de la Geheim Staats Polizei, es decir, de la célebre «Gestapo». Era lo de siempre. Los mismos guardias silenciosos, lejanos, impasibles, fríamente corteses. No hablaban ni para bien ni para mal. Al agruparnos alrededor de los camiones comprobé que los transportados seríamos unos cincuenta o sesenta hombres y que entre ellos no había ningún rumano, al menos ningún rumano conocido.

Como ahora sabía que iba a un destino más o menos permanente, me interesé por el paisaje y el lugar. Así, pues, me aferré a los barrotes de la única ventana de ese lado del camión, empinándome para alcanzar a ver algo. El resto de los prisioneros, entre los que había de diversas nacionalidades, incluso alemanes, permanecían más bien indiferentes. Sólo un checo, con muchos deseos de conversar, se instaló a mi lado. Me dijo que había sido comunista toda su vida y que seguía siendo comunista; que estaba en las cárceles desde 1939, pero que no había que preocuparse, porque «los de antes sí que eran verdaderos campos de concentración, pero no los de ahora, donde se pasa muy bien y más que cárceles, son sanatorios». Me di por notificado de esta reconfortante advertencia.

Media hora después, la flota de camiones se detuvo ante un portón gigantesco. Desde el costado que podía divisar se extendían algunos edificios bien cuidados y una larga muralla, muy alta. Al final de ésta, me parece que cercos de alambres, aunque no estoy seguro. En todo caso, esa fue la impresión que el conjunto, en ojeada, me dejó.

Después de breve detención, los camiones reanudaron lentamente su marcha. Ahora tuve otra perspectiva. Sobre el portón había una leyenda, con letras gigantescas: «Los que aquí entráis, perded toda esperanza.» La conocida frase del Infierno de Dante no me produjo emoción. Mejor dicho, no le atribuí importancia y apenas pensé

que era una broma de mal gusto. Mientras los potentes neumáticos de los camiones hacían rechinar el ripio del camino y el portón se cerraba tras nosotros, calculaba que seguramente encontraría algunos camaradas, quienquiera que fuesen, pero que me eran necesarios como el oxígeno. ¡Por fin alguien con quien hablar sobre la Guardia!

Los camiones corrieron un corto trecho y, siempre en mi atalaya, no pude menos de admirar los jardines bien cuidados, que ya los quisieran para sí muchas ciudades que después he visto. Se veían también algunos grupos de edificios, como poblaciones de empleados en un burgués plan habitacional. Supe después que Buchenwald era una pequeña ciudad y que en esos días, en sus diversas construcciones, albergaba aproximadamente treinta mil personas.

Nos detuvimos de nuevo, esta vez frente al Ayuntamiento, es decir, la Municipalidad. ¡De modo que Buchenwald tenía su propia Municipalidad! ¡Es cierto que jamás supe cómo se elegía esa Municipalidad!

Ya en tierra, el sistema fue el de siempre: cara a la pared, pegados a ella, mientras se gritaban nuestros apellidos y esperábamos nerviosos para responder con el nombre. También esta vez era el único rumano.

Un sargento de las S. S. me llevó a las oficinas, donde una buena moza secretaria, que hoy podría adornar las páginas del *Play-boy,* anotó todos mis antecedentes con amable sonrisa. El sargento, que parecía bastante menos impresionado que yo por esos abundantes encantos, me preguntó, cuando lamentablemente hubo terminado el cuestionario, «si conocía algún jefe de la Guardia de Hierro rumana, porque ahí había muchos de esos». Salté lleno de alegría, y olvidándome hasta de la secretaria, recité los nombres de mis amigos. Ya que era así, me dijo, estaría muy bien, y me llevaría de inmediato hasta ellos. No sé si un poco molesto por mi obsequiosidad ante

la secretaria, agregó que «los rumanos están divididos entre ellos».

Pero el hombre no tenía rencor. Feliz caminaba yo a su lado, todavía algo turbado por el perfume francés de la secretaria y observaba de reojo la intensa y ordenada actividad del lugar. Me explicó que dentro de Buchenwald los legionarios rumanos, de los cuales «algo él sabía», estaban radicados en una pequeña meseta llamada «Fichtenheim», en el centro de una arboleda de unas cuatro hectáreas, pero que todo aquéllo estaba rodeado de alambres electrificados «para que no se repita lo de Horia Sima». Pronto llegamos al recinto, que no lucía del todo desagradablemente.

Mientras me detenía para que el sargento me encendiese el cigarrillo que me había ofrecido, miré. Ahí estaban las alambradas; pero, no sólo éso: también, cada cuarenta o cincuenta metros, puestos de guardias con ametralladoras y reflectores. Estas precauciones me parecieron inquietantes, sobre todo cuando vi que los guardias no eran alemanes, sino rusos del ejército de Vlasov, incorporados a las S. S. Se les reconocía fácilmente por las grandes iniciales R.O.A. («Ejército de Liberación Ruso»). Yo sabía que esos rusos de Vlasov (que llegaron a ser un millón y medio incorporados al ejército alemán) odiaban celularmente al comunismo y que eran mucho más hitleristas que los mismos alemanes; pero si de los alemanes estábamos resignados a tolerar mucho, tratándose de rusos, aunque fueran de Vlasov, a quien respetábamos, la cosa era diferente.

Este sargento tan cordial, con sus cigarrillos y sus fósforos, era para mí la única autoridad alemana accesible. Por consiguiente, no pude menos de protestar, aduciendo nuestra indiscutida calidad de germanófilos. Rió a carcajadas e incluso llegó a poner un brazo sobre mi hombro:

—Ustedes son *Ehrenhäftling* («prisioneros de honor»),

pero están bien guardados, porque no podemos olvidar que de Alemania salieron los legionarios que mataron al primer ministro Calinescu... además, ¿te olvidas que Horia Sima huyó con un grupo rumbo a Italia? Nosotros no queremos problemas con Rumania, porque Antonescu nos da trigo, petróleo y buenos soldados... por lo tanto, por favor, no creen problemas... ustedes nos son simpáticos.—Estas alegres palabras que el sargento celebraba ruidosamente merecieron un par de nuevos cigarrillos que deslizó en mi bolsillo.

Todavía me hizo una última advertencia:

—Les está prohibido recibir correspondencia de ninguna clase y, también, ayuda de la Cruz Roja.—Malhumorado ya, pese a los cigarrillos, me encogí de hombros: ¿Quién se iba a molestar en escribirnos o en enviarnos ayuda?

Así crucé las alambradas del «sector rumano» de Buchenwald, bajo las recelosas miradas de los guardias rusos de Vlasov.

¿Cómo describir la alegría del encuentro?

Ahí estábamos, de nuevo todos juntos. Los prisioneros sacados desde Rostock y los pequeños grupos que después les siguieron como mínimos afluentes del mismo río: todos habían rematado en Buchenwald. La Guardia seguía viviendo; pronto la comprobaría recuperada en su ritmo y compás. Estaba otra vez con mis hermanos y lo que pudiera venir, siempre que estuviésemos juntos, sería menos duro.

De inmediato fui informado de las condiciones.

Nuestro campo, el «sector rumano» de Buchenwald, constaba de:

dos barracas con dormitorios colectivos, con capacidad para noventa o cien personas cada uno;

una barraca para los legionarios casados, que vivían allí con sus familias;

dos barracas en las cuales trabajaban los legionarios

y que estaban específicamente destinados a la reparación de prismáticos, bajo la dirección inmediata de técnicos alemanes.

En una pequeña barraca estaba la enfermería, atendida por un médico rumano voluntario, camarada nuestro y al cual se le daba por las autoridades absoluta libertad y toda colaboración en su labor.

El trabajo era obligatorio y con remuneración. Se verificaba en dos turnos: desde las seis menos cuarto hasta las dos de la tarde, el primero; y el segundo, desde esa hora hasta las diez de la noche.

En nuestro recinto no había cocinas, de modo que la comida era traída desde afuera. Nunca hubo quejas por ella. ¡Ya la hubieran querido para sí los presos de las cárceles rumanas! Era, simplemente, buena, bastante mejor de lo que estábamos habituados a comer en libertad.

Podía leerse todo lo que se deseara. Incluso, libros francamente adversos al Nacional Socialismo, siempre que sus autores no fueran judíos. Tampoco se podía obtener libros de autores oficialmente marxistas, los que algunas veces solicitábamos sin otro propósito que irritar a los encargados. La biblioteca de Buchenwald estaba muy bien provista y era bastante más amplia, ideológicamente hablando, de lo que pudiera suponerse.

Había servicios religiosos para todos los recluidos. Nosotros no acudíamos a ellos puesto que, como teníamos sacerdotes ortodoxos en la Guardia, los celebrábamos en nuestro propio recinto. De todas maneras, concurriéramos o no a las misas generales, colectivas, se nos exhibía cine los domingos. Se tenía la delicadeza de evitar todo film de contenido político.

Ni siquiera divisábamos a los guardias alemanes. A los únicos que llegábamos a ver, al otro lado de las alambradas, era a los rusos de Vlasov.

Salvo las horas obligatorias de trabajo, nuestra vida se organizó en completa libertad. Se reanudaron las reuniones de los sábados. Los «Nidos» vivían con redoblado vigor y leíamos las palabras del Capitán (los mismos alemanes nos proporcionaron textos), pensando siempre en Rumania y procurando no apartarnos de su espíritu. Sabíamos también que Antonescu buscaba de nuevo un entendimiento con nosotros, entendimiento que todos queríamos, pero que la obediencia a Horia Sima nos impedía alcanzar.

La reclusión en Buchenwald, que algunas veces se tornaba monótona, era interrumpida por pequeños acontecimientos.

Así, recuerdo el nacimiento de un niño en el recinto rumano. Esto motivó el envío de flores por el ayudante alemán del comandante de Buchenwald y, poco después, el regalo de un coche-cuna, todo lo cual nos volvía a las humanas contingencias del vivir corriente. Eran de conveniencia para nuestros nervios de punta, no por problemas dentro del campo (nunca hubo la más leve rencilla entre legionarios), sino por el cálculo de la lejana guerra, sabida cada vez más adversa, pese a que sólo teníamos noticias oficiales.

Pocas semanas después de mi llegada murió uno de los nuestros, un muchacho que estudiaba medicina y que servía como ayudante en el hospital. Se llamaba Gigi Bădulescu y era hijo único de un general.

En silencio cavamos su tumba. Mientras el sacerdote decía las oraciones cayeron las paladas de tierra sobre el modesto cajón. El resto, brazo en alto, cantaba el himno de la Guardia. Estábamos habituados a palpar la muerte, pero esta vez nos dispersamos con una sensación especialmente amarga. ¡Todos pensábamos que Gigi hubiese preferido haber caído en el frente ruso y que aun ahora, en la plenitud de la otra vida, se sentiría frustrado!

Tuvimos un solo incidente con los alemanes. Pudo haber revestido gravedad. Uno de los legionarios, médi-

co de profesión, estaba afectado de tuberculosis y era evidente que la enfermedad hacía rápidos avances. Solicitamos que se le trasladara a los montes Hartz, según se había hecho antes con otros en situación similar, mientras estábamos en Rostock. La petición no fue denegada, pero se postergaba indefinidamente el pronunciamiento (¡también esto puede suceder en Alemania!) mientras veíamos lo mal que marchaban las cosas. Para presionar, declaramos una huelga de hambre que todos, salvo los niños, cumplimos escrupulosamente. Al quinto día, los alemanes comprendieron que la cosa iba en serio y decidieron terminar de inmediato con el incidente. Se puso ametralladoras en todo el perímetro del recinto rumano y el comandante de un destacamento de las S. S., después de habernos reunido y con amenazante guardia a sus costados, nos advirtió con las más enérgicas palabras y el más amenazador tono, lo grave que era nuestra actitud y las consecuencias, imprevisibles para nosotros en esos momentos, que podía acarrearnos. Sin que hubiese existido concierto previo todos, al unísono, empezamos a cantar como respuesta el himno «Aúlla el enemigo». La espontaneidad no era extraña. Ese himno, cuyo autor era un cura de Basarabia, se cantaba siempre en los momentos de mayor desesperación, cuando no teníamos nada que hacer y nos encontrábamos impotentes frente a la injusticia. Por lo mismo, su ámbito usual había sido las cárceles rumanas:

> Aúlla el enemigo en el camino
> Y exhibe amenazante los colmillos,
> Pero nosotros vamos tranquilos,
> Y estaremos alegres frente al peligro.

Los guardias S. S., varios de los cuales comprendían el rumano, se miraron desconcertados. Algunos fusiles se alzaron unos centímetros mientras se volvían al comandante esperando instrucciones. Ni una voz vaciló.

Escuchaban tensos. El comandante, más impasible que el resto, parecía reconcentrarse en traducir nuestras palabras. Y cuando terminamos:

> Por la gloria legionaria
> Nos dejaremos destrozar.
> Todo lo daremos por la Patria,
> Cuando mande el Capitán.
>
> Extiende tu espada, Capitán,
> Nuestros corazones esperan...
> Queremos partir a la guerra
> Por la Justicia a luchar...

movió la cabeza, encogiendo los hombros. Siempre he pensado que esos dos últimos versos, que hablaban de una guerra que ahora ya no podía ser otra que la misma que sostenía Alemania, influyeron en esos segundos tensos. Finalmente, dirigiéndose a las S. S., dijo: «Esto no es idealismo, sino locura...» y se retiraron todos. Quedamos en la incertidumbre, pero la huelga de hambre terminó el mismo día, ya que pocas horas después vinieron a llevarse a nuestro médico con toda clase de cuidados, y los transportaron, como lo habíamos solicitado, a un sanatorio de los montes Hartz. Se restableció totalmente, aunque no tuve oportunidad de volver a verle. Años después recibí carta de un camarada en la que me informaba que ejercía la medicina en el Yemen, y creo que allí debe estar todavía.

Viví casi dos años internado en Buchenwald. Este nombre es hoy, en el mundo entero, sinónimo de horror, un trozo de infierno trasladado a la tierra. Ha quedado asociado para siempre a las cámaras de gases y al exterminio masivo de los judíos. Es, pues, inevitable, que cuantos saben de estas andanzas mías me pidan informaciones y apreciaciones sobre un lugar que no perderá fácilmente actualidad.

No tengo porqué eludir el asunto, y bajo ninguna con-

sideración lo haría con éste ni con ninguno otro. Debo referir lo que sé, lo poco que sé, con igual sinceridad con que todas estas líneas han sido escritas. Nadie podrá tacharlas de contrarias ni silenciosas de la verdad, porque si tal cosa hubiese ocurrido habrían sido ajenas al espíritu del Capitán, cuyo recuerdo es lo único que me ha movido a relatarlas.

Debo decir, pues, clara y rotundamente, que no tuve, personalmente, ninguna prueba, sospecha ni indicio de que en Buchenwald hayan sucedido los horrores que casi unánimemente se dan por acreditados. Como soy un hombre libre, tampoco tengo porqué aceptar dogmáticamente lo que en Nüremberg se dio por acreditado en sospechosas circunstancias. En el tiempo que permanecí en el Campo, jamás, ni yo ni ningún otro legionario oímos siquiera que hubiese muerto gente por causas no naturales—salvo los bombardeos aliados—ni, menos, que los judíos estuviesen siendo exterminados en forma masiva en cámaras de gases. Tampoco lo oí decir en la revuelta Alemania que encontré a mi salida, ni en los países limítrofes. De esto sólo oí años después, ya en América. Entiéndase bien: lo anterior no implica que yo niegue que tales hechos puedan haber sucedido. Ni yo ni mis camaradas tenemos porqué constituirnos en avales de los alemanes. No nos aceptaron como amigos en la hora de la lucha y no tenemos porqué ser sus encubridores en la hora de desenmascarar errores, si es que los hubo. Lo que estoy diciendo es simple y claro: jamás tuvimos, dentro de Buchenwald, indicios de semejante cosa.

Todavía, con la misma honradez, debo agregar que esta ignorancia no es ninguna prueba contra la posibilidad de que efectivamente esos horrores hubiesen sucedido, ya que, como se ha dicho, dentro de Buchenwald estábamos en un recinto especial, del cual no podíamos salir. Eramos «prisioneros de honor», según recordaban los mismos alemanes, siempre atentos y complacientes

con nosotros. Salimos del campo en agosto de 1944 y, según he leído, los peores excesos habrían ocurrido a fines de la guerra. Por consiguiente, todo es posible, pero ni a mí ni a los nuestros nada nos consta de ello. Como último detalle debo agregar que sólo en tres o cuatro oportunidades vi algunos judíos que, guiados por un sargento alemán, venían a limpiar u ordenar nuestros talleres de trabajo. Les reconocí porque llevaban la estrella amarilla de David y, debajo, la palabra «Jude». Por lo que supe, los judíos y los polacos eran los únicos que estaban obligados a llevar esta clase de distintivos; los polacos, también una estrella amarilla, aunque no la de David. Un guardia alemán comentó que los polacos llevaban ese sello porque habían tratado cruelmente y perseguido a las minorías alemanas de su propio país, antes de la guerra. Pero ni unos ni otros, ni judíos ni polacos, por lo que recuerdo, mostraban nada que indicara especiales sufrimientos. No parecían estar en inferiores condiciones físicas que las nuestras. Es cuanto puedo decir sobre el problema.

Esta vida en Buchenwald, relativamente tranquila, en la cual no tuvimos quejas serias contra los alemanes, salvo la fundamental de impedirnos de participar en la guerra, se extendió hasta agosto de 1944. Puedo recordar con bastante precisión los últimos días de este mes. El 21, nos repartieron formularios para alistarnos. Era, recién, la tardía respuesta a nuestra petición unánime de años antes, cuando la suerte de la guerra era muy distinta. Si bien ya no lo esperábamos, nos alegramos sinceramente, y no nos sorprendimos mucho porque sabíamos que la guerra estaba perdida y que era posible que Alemania tratase de recurrir hasta sus últimos amigos, aun los tan olvidados como nosotros. Tales formularios nos resultaban muy dignos, ya que en ellos se especificaba que podíamos pedir arma, regimiento o agrupación y hasta el grado al cual creíamos tener derecho.

Nos apresuramos a llenarlos, en minutos y, felices, comentábamos las posibilidades de cada cual. Ya habían llegado los últimos de Rostock. Volvíamos a estar juntos, como una gran familia que se prepara serenamente para morir en común. La posibilidad cercana de volver a tener un fusil en las manos y de enfrentarnos a los rusos nos reconfortaba. Creo que nadie, absolutamente nadie pensaba que sobreviviríamos al avance ruso.

XXXV

Los libertadores aliados bombardean a los prisioneros de los alemanes en Buchenwald.—Muerte del jefe comunista Thaelman y de la princesa Mafalda de Italia.—Sobreviven León Blum y Gamelin.—Libres en las colinas bajo las estrellas.—La caída de Antonescu.—Sesenta años de independencia y dos mil de ocupación.—Brazo en alto, frente a las tumbas, nos despedimos de Buchenwald

Y así llegó el 23 de agosto de 1944. Mi turno era de tarde. Desde muy temprano en la mañana, unos doscientos legionarios permanecíamos tendidos entre las barracas y los gruesos árboles de nuestro espacio que constaba de 640 metros cuadrados tostándonos al sol y comentando las últimas informaciones radiadas. Todavía hacíamos planes para el futuro.

Exactamente, las diez de la mañana. Inconscientemente miré mi reloj al aparecer tres pequeños aviones que trazaban señales de humo sobre nosotros. No les di importancia, ya que en Buchenwald nunca sucedía nada. Si controlé la hora fue por una simple casualidad; pero, bien pudo haber sido la última vez que realizara tan sencilla operación. Apenas unos minutos después, eso fue un infierno: olas tras olas de aviones bombardeaban el campo, incluido nuestro recinto y lo ametrallaban a ras de suelo. El mundo se volvió súbitamente negro y no quedó ni un hueco para el silencio. Una bomba

dio justo en el centro del galpón que era nuestro dormitorio y me sentí estúpidamente interesado contemplando cómo los trozos se levantaban por los aires y parecían no caer jamás. Alguien gritaba a mi lado y me apretaba los brazos. Reaccioné al fin; corrí, tropezando, cayendo y volviendo a levantarme. Otra bomba abrió la tierra justo al frente mío, pero yo ya me había arrojado de cabeza a una zanja que habíamos abierto por indicación de los guardias, sin hacerles mayor caso, para pasar el tiempo, seguros de que nunca la necesitaríamos. Un segundo después estaba cubierto de tierra, de piedras y de restos humanos. La sinfonía de las bombas se eternizaba. Instintivamente extendí los brazos para cubrir la cabeza de un camarada, un muchachito rubio que había caído a mi lado. De inmediato, ignoro porqué, comprendí que estaba muerto y las retiré horrorizado. La última bomba, unos minutos o unas horas después, retumbó a lo lejos. Hubo todavía varias pasadas de ráfagas de ametralladoras, como talando el campo. Esperé una eternidad y me volví de costado, apoyándome en un codo. Los horribles gemidos a mi izquierda me enloquecían. Era el camarada Gula Papanace, inteligente estudiante de Derecho. Los cascos de una bomba lo habían destrozado; pese a sus gritos, creo que ya no podía sufrir. Pedía que no le abandonaran y llamaba al Capitán. Le contemplé atontado. Cuando al fin pude incorporarme, también yo cubierto de sangre, Gula Papanace había dejado de existir.

Caminé tambaleante.

Como fantasmas que salen de sus propias pesadillas, cautelosos unos de otros, los legionarios se juntaban en el centro del campo. No quedaba edificio en pie. Tampoco había alambradas ni torres de control. Estábamos libres, no por obra de nuestros amigos los alemanes sino por capricho de los aliados, nuestros enemigos, que precisamente tuvieron como meta la destrucción y muerte entre otros,

de ese grupo de trescientos cincuenta legionarios rumanos. Recogimos algunas mantas y empezamos a acomodar a los heridos. Pese a todo habíamos tenido suerte. Sólo habían perecido cinco legionarios, aunque debíamos contar a treinta y cuatro heridos; pero, en el resto de Buchenwald eran muchos los muertos. Después de breve deliberación, decidimos ayudar. Los guardias alemanes nos acogieron con naturalidad, como si fuéramos de ellos. De hecho, se nos reconoció la más amplia libertad. Así, por mis propios ojos, pude enterarme de varias cosas sorprendentes. Una de ellas, que entre los muertos por el bombardeo aliado de Buchenwald se contaba Thaelman, el viejo jefe del Partido Comunista alemán, al cual yo, sin que nadie me lo hubiese dicho, pero influenciado por la propaganda aliada, suponía asesinado por los alemanes hacía muchos años. No deja de ser paradójico que Thaelman hubiese sobrevivido tanto tiempo al antisemitismo y al anticomunismo de los Nacional-Socialistas y que terminase, al fin, víctima de los aliados a los cuales había dado doctrina y que lo habían glorificado.

También debí ayudar personalmente a transportar en una manta el cadáver de la princesa Mafalda de Italia, quien después de la traición de Badoglio había sido trasladada a Buchenwald. Todavía pude reconocer, ilesos, al generalísimo Gamelin, el mariscal francés que, prisionero de los alemanes, tendría mejor suerte que sus colegas alemanes ahorcados en Nüremberg; y a León Blum, que había presidido el Frente Popular francés, pero a quien los alemanes no pensaron en ahorcar en los días de la derrota de Francia. Cuando, en mi improvisada función de sepulturero y enfermero ví a Gamelin y a León Blum, quedé atónito: ¡De manera que los alemanes no asesinaban a sus enemigos, según se nos había informado por los aliados!

En tales reflexiones, aquella noche, después de más de tres años, volví a ser libre y dormí bajo los árboles de

las colinas, con estrellas brillantes, acogedoras pese al frío que empezaba a llegar.

Antes de envolvernos en nuestras mantas recibimos una visita inesperada: la del propio jefe del campo, el coronel Pister, de las S. S. Acompañado por algunos ayudantes llegó hasta nosotros para agradecer lacónicamente nuestra colaboración. Aprovechó para informarnos que se trataba de aviones norteamericanos. Aludiendo a la destrucción, terminó: «Fue una obra perfecta, de verdaderos maestros.» Limpias palabras de admiración de colega, sin sombra de ironía, pero con clara tristeza. Creo que pensaba en lo que aquellos «maestros» habrían hecho o serían capaces de hacer todavía en las ciudades alemanas.

El día siguiente, 24 de agosto, lo pasamos atareados ayudando a sepultar muertos y a levantar lo poco que se podía levantar de nuevo, ya que allí la vida debía continuar. Antes de dormirnos, por segunda vez sobre el desnudo suelo alemán, se nos notificó lo sucedido en Rumania: había caído Antonescu.

Los detalles excluían toda alegría. Mientras los ejércitos rusos se acercaban a la frontera, el rey Miguel, hijo lógico de Carol, que mantenía negociaciones con los aliados e incluso les había entregado los planos secretos de los aeródromos alemanes en el país, ocultó guardias rusos en el palacio. En el momento adecuado, hizo llamar a Antonescu, deteniéndole a traición y enviándole de inmediato a Rusia. Con el mismo procedimiento y minutos sólo de intervalo, fue apresada la totalidad del Gabinete.

En su mensaje por radio, dijo ese rey Miguel, hijo de Carol:

> «Recibid a los soldados de estos ejércitos con confianza. Los aliados han garantizado la independencia del país y la no intervención en los asuntos de orden interior. Han reconocido la injusticia del

> «Acuerdo de Viena» por el que se nos despojó de la mitad de Transilvania. Rumanos, nuestro pueblo será amo y árbitro de su propio destino. Todo aquel que se opusiere a nuestra libre decisión, todo aquel que discutiera nuestro derecho, sea quien sea, es un enemigo de nuestra nación.
>
> »Ordeno al ejército e invoco a los ciudadanos para que se unan al trono y al Gobierno para la salvación del país. El que no obedezca las órdenes del Gobierno se opone a la voluntad del pueblo y es traidor a la Patria. La Dictadura ha terminado y con ella toda opresión. El actual Gobierno significa el nacimiento de una nueva era: una era en que la justicia y la libertad se garantizan a todo ciudadano de todo el país.»

Estas palabras resultan irónicas, sarcásticas, para quienes tengan noción de los acontecimientos de Rumania. No podrían haber sido pronunciadas por nadie de buena fe, y apenas por un hijo de Carol. La caída de Antonescu precipitó el colapso del país, privado de su única cabeza después del exterminio de los jefes de la Legión. La vieja oligarquía terrateniente había empezado desde el primer momento a colaborar con el ejército rojo. En la noche del 23 de agosto se aseguró a los generales Gerstenberg y Hanssen, jefes del ejército alemán, que se les garantizaba la evacuación pacífica de las tropas. Horas después, el rey ordenaba atacarlos. La orden afectaba a los mismos soldados rumanos que habían tenido a esos alemanes como camaradas insuperables en la defensa de la Patria. En honor de ellos, debo decir que fueron muchos los que se negaron a acatar esta vileza. Como sea, el ejército alemán, batiéndose por los cuatro costados, se retiraba del país y el frente europeo de los Balcanes se desmoronaba por completo.

Ese día de ignominia y en medio de tanto dolor por el

futuro de Rumania, nuestros pensamientos volvían tenaces a Antonescu. La sangre derramada no bastaba para separarnos. Incluso, ahora sabíamos que en 1941 había publicado su libro *A orillas del abismo*, en el que nos atacaba con el estilo y argumentos de los viejos políticos. También teníamos presente que durante la guerra había formado los «batallones de rehabilitación», integrados por legionarios condenados, a los que se les asignaba los lugares más difíciles, bajo promesa de perdón si sobrevivían, perdón que de nadie se supo alcanzara. En fin, de todos modos, para Rumania era preferible Antonescu antes que el comunismo, ciertamente. Después de una larga prisión en la cárcel de Lublianka, en Moscú, el mariscal sería «juzgado» y fusilado en Bucarest. El «cúmplase» llevaba la firma de Miguel I. Cada uno hacía lo que de él cabía esperar. Como ya se ha relatado en detalles, murió con dignidad. La princesa Ileana, hermana de Carol y tía de Miguel, dice en sus «Memorias»:

> «¡El tan criticado mariscal Antonescu! Se puede condenar sus actuaciones políticas, deplorar su dominación, pero nadie tiene derecho a poner en duda su patriotismo. Fue el enemigo implacable del comunismo y a los comunistas fue entregado como castigo. Su muerte fue ignominiosa y brutal; no obstante, en ella alcanzó una grandeza que no había tenido en los días de su poder.»

Tres años después, tras una parodia de autonomía y pese a los esfuerzos generosos y heroicos de algunos hombres de bien, entre los que destaca Iuliu Maniu, presidente del Partido Nacional Campesino, abdicó el rey Miguel I, el 3 de enero de 1948 y se proclamó la «República Popular Rumana». Mi Patria caía sin disimulos ya, en manos de Rusia, con la complicidad de Gran Bretaña y los Estados Unidos. En el primer Gabinete comunista figuraban, a lo menos, tres judíos: Ana Pauker, en Relaciones Exteriores; Buraj Tescovic (alias Teohari Georgesco), en Interior, y Vasile Luka (olvido su «alias»), en Trabajo.

Nada de esto puede abatir al alma rumana. Somos un pueblo que en el dolor aprendió a calificar los bienes de este mundo, a resistir sin humillaciones ni desesperación, convencido de que la muerte es dulce reposo para más altos destinos. Nuestro pueblo es el único que prestó adoración a la muerte. Cuando alguien nacía, se lloraba su entrada a la vida, donde tendría muchos dolores y, eventualmente, una que otra alegría. Cuando moría, se festejaba sinceramente la partida, porque pasaba a una plena eternidad. Siempre fue para nuestros antepasados más difícil soportar la vida que encarar la sencilla operación de sucumbir. En dos mil años hemos visto pasar docenas de invasores, todos los cuales se creyeron imperecederos. Dos mil años de ocupación y apenas sesenta de independencia precaria, pero el alma rumana permanece inmutable. Hoy son los rusos. Vinieron ya diez veces entre 1700 y 1900. Cuando el mundo apenas recuerde la pesadilla comunista, los campesinos rumanos y los estudiantes rumanos seguirán reverentes encendiendo los cirios ante los íconos y evocando con sus canciones la gesta del príncipe Esteban. En los abetos de Moldavia, que rectos como espadas avanzan hacia el cielo en las laderas de los Cárpatos, hay para nosotros más vida, más profundidad, más energía, más verdad que en toda la «filosofía» marxista.

Junto con la noticia de la caída de Antonescu supimos que Horia Sima, devuelto por los italianos después de su fracasada fuga, se encontraba en el campo alemán de concentración de Dachau.

El 25 de agosto, todos los legionarios, incluso los heridos, fuimos trasladados a Viena. Antes, se nos concedieron dos horas para rendir homenaje a los caídos. Se celebró una ceremonia religiosa, después de la cual los brazos se alzaron para cantar nuestros himnos. Un ca-

marada leyó algunos párrafos del libro del Capitán. Así nos despedíamos del célebre campo de Fichtenheim-Buchenwald, al cual no volveríamos a ver, pero sí, mucho a oír mencionar.

Las cosas estaban perfectamente claras. Sabíamos que la guerra se había perdido, pero, voluntariamente, marchábamos para combatir junto a Alemania, ahora, cuando todos sus amigos la abandonaban. Seguíamos fieles a la gran línea de verdad histórica que encarnaba. Es cierto que no habían entendido a la Legión, pero, quizás sean los alemanes los únicos que en el mundo europeo han evidenciado reales simpatías por Rumania. Nosotros, los de la Guardia, éramos los amigos de antes y también los de la hora del desastre. Creo que también somos la única colectividad política que posteriormente no ha renegado de Alemania. Nunca nos sentamos en las mesas donde las cosas «se acomodan». ¡Y no nos han faltado oportunidades! ¡Los archivos del Pentágono norteamericano bien saben de eso!

XXXVI

Hacia la muerte roja.—Soldados en una unidad macedonio-rumana.—Rumbo a Zagreb.—La internacional lírica. Juguetes por fusiles

Nada especial en el viaje hacia Viena. Eramos los últimos peones caminando hacia la muerte. Por consiguiente, los recuerdos se embellecían y el futuro no contaba. Llegamos a Viena el 27 de agosto de 1944. No conocía la antigua capital del que fue el Imperio austro-húngaro y tenía de ella la imagen creada por la literatura: la ciudad donde más alto llegó la alegría de vivir. Recordaba la elegancia de los viejos regimientos austríacos y simpatizaba con ese país donde los españoles habían dejado su huella, latinizando y humanizando el frío genio alemán. Viena no me defraudó, en manera alguna. Creo que hasta entonces no había soportado ningún bombardeo o, si los había habido, no se divisaban rastros. Totalmente iluminada, parecía vivir al margen del sangriento conflicto. Estaba intacta, con sus imponentes edificios que evocaban la magnificencia y la pompa del pasado. El tránsito nos resultaba sorprendente: veníamos de un campo de concentración y ahora éramos distribuidos en lujosos ho-

teles. Me tocó uno que tenía nombre francés, simpático por lo pasado de moda, se llamaba «Belle Vue», frente a la estación «Franz Joseph». Nuestro primer acto fue instalarnos en el lujoso salón a tomar unos tragos, procurando aparentar un «savoir vivre» que nunca habíamos tenido. Ahí se nos informó que Horia Sima, autorizado por los alemanes, formaría un Gobierno rumano en el exilio. Para ello, contaba desde luego con una división completa del ejército regular rumano que bajo el mando del general Platón Chirnoaga, había logrado retirarse en orden frente a los rusos. Quedé perplejo. En los largos días de Buchenwald había ratificado definitivamente mi primera apreciación: el viejo espíritu de la Guardia, la pureza del Capitán, no estaban con Horia Sima. Mi juicio, compartido por la mayoría de los nuestros, resultaría exacto en definitiva. Por vía de ejemplo debo agregar que más tarde tuve la oportunidad de leer la entrevista que una agencia francesa hizo a Horia Sima el 4 de febrero de 1950. En ella, dice que es necesario que se sepa que el movimiento legionario está disuelto y que no reaparecerá en la forma que hasta entonces había tenido. Expresa, textualmente: «Los militantes tomarán otra identidad política, pudiendo ingresar al nuevo movimiento quien lo desee, y también los judíos.» No hay duda, Horia Sima nada tenía que ver con el espíritu del Capitán, y ya era un «hábil político» de los nuevos tiempos.

Así, pues, sentí que no podía incorporarme al llamado «ejército nacional rumano» que organizaba Horia Sima, aunque muchos de los de Buchenwald así lo hicieron.

Pero, había que pelear, sobre todo en esta hora final, postergada para nosotros por más de tres años. Precisamente, para eso estábamos en Viena.

Tenía una solución: desde hacía años existía dentro del ejército alemán una unidad de voluntarios de procedencia macedonio-rumana. Con organización propia,

pero con uniforme alemán, había prestado muy valiosos servicios en los Balcanes, de modo que a sus miembros se les respetaba como veteranos de guerra. Ahora se la entrenaba para realizar operaciones de sabotaje detrás de las líneas rusas, bajo el mando de un oficial alemán, el teniente Krausberger. Personificaba plenamente al héroe nórdico. Su valor era temerario. Había combatido en el Africa Korps, el célebre ejército expedicionario alemán en el Africa y conservaba una veneración casi religiosa por el mariscal Rommel. Con orgullo llevaba en su uniforme la palmera con la swástica, distintivo de aquel Cuerpo. Parecía creer que su vida debió razonablemente terminar en el Africa, junto con aquella hermosa aventura, de modo que el presente, pese a su mujer y a sus dos hijos, era tiempo que vivía «de más». Hombre de pocas palabras, nunca le vi sonreír, ni mover una mano ni un dedo sin razón, pero, ausente él, nos sentíamos huérfanos. Alemania perdió la guerra, pero un país que tuvo hombres como Krausberger no podrá desaparecer ni quedar para siempre corrompido por los invasores. Krausberger llevaba colgada al pecho la Cruz de Hierro alemana, y la acariciaba con veneración en todo momento importante. Era un auténtico soldado alemán.

Con quince legionarios más nos incorporamos a la unidad macedonio-rumana que mandaba Krausberger.

En octubre de 1944 (recuérdese que la guerra terminaría al empezar mayo de 1945) fuimos trasladados a Fürchtenberg, a un gran castillo junto a la frontera con Hungría. Antes, de manera totalmente ocasional, tuve oportunidad de asistir, en el «Hotel Embajador», de Viena, a una reunión de los principales jefes nacionalistas del S. E. de Europa. Allí estaba el profesor Tsancof, de Bulgaria; Liotici, jefe de los *Chetniks* servios; Iván Mihailov, jefe de los revolucionarios macedonios, y varios otros. Naturalmente, no conocí sus conclusiones.

En Fürchtenberg fuimos sometidos a intenso entre-

namiento, especialmente en lo que se refiere al manejo de pequeños explosivos y operaciones de sabotaje y comando. Los oficiales alemanes eran francos: dentro del actual cuadro, la guerra estaba perdida, pero, olvidándose de los hombres, había que prolongarla, principalmente a través de la zona ocupada por los rusos y así dar tiempo al Gobierno del Tercer Reich para perfeccionar las armas secretas, que se creían casi listas. Bien, estábamos dispuestos para algo, así, para ser material gastable, utilizable en lo que fuera.

A fines de noviembre de 1944 los instructores informaron que estábamos aptos «para cualquier cosa».

La Unidad fue dividida en dos grupos. El mío se trasladó a Hungría a un lugar llamado Nagykanizsa. El otro, compuesto apenas por diez o doce hombres, quedó en Fürchtenberg, y tendría trágica suerte, arrastrándonos a nosotros, por lo menos a mí.

En efecto, a este segundo grupo se le consideró preparado para misión de sabotaje y agitación entre los griegos. Por ser válacos, se decidió lanzarlos como paracaidistas en Macedonia. Alemania enviaba así a sus últimos amigos al azar desesperado. Por error de los pilotos, se les arrojó en Grecia meridional, en el Peloponeso, región que desconocían y donde carecían de amigos que los ocultaran y ayudaran. Apresados por los griegos, fueron entregados a los ingleses. Sus tres dirigentes llegaron a Buchenwald (ahora era campo inglés de concentración!); después a Viena, y finalmente, a Londres, desde donde se les devolvió a Grecia para ser fusilados. Su heroico jefe, Iancu Adamicu me escribió antes de morir: «Si te pasa algo, si te cogen, no niegues nada, porque ellos lo saben todo de nosotros.» Además de este lacónico comunicado, Adamicu dejó tres emocionantes cartas políticas, que aún hoy conservamos entre los más valiosos tesoros de la Guardia.

No podía saberlo entonces, pero tampoco me habría

sorprendido. Eran nuestros últimos días en Hungría. Se nos habían unido otros grupos. Frente a nosotros había unidades búlgaras incorporadas al ejército rojo, lo que casi hizo revivir mi antiguo resentimiento. Pero, tampoco esta vez logré llegar a la acción. El precario frente se quebró y tuvimos que retroceder hasta el lugar de Austria en que funcionaba la oficina directiva de nuestra División. Ahí se nos comunicó que se había dictado una orden en cuya virtud todos los extranjeros que hasta ese momento servían como voluntarios (nuestro caso) debían integrarse en sus respectivos ejércitos nacionales que combatían junto a los alemanes. Significaba que con mi reducido grupo de rumanos debíamos trasladarnos a Badaussee, donde residían los gobiernos balcánicos en exilio y ponernos a disposición del general Chirnoaga y de Horia Sima, es decir, lo que había querido evitar. Ya no cabían reservas y obedecimos, partiendo de inmediato. Los refugiados dificultaban el tránsito, pese al orden que trataban de mantener las patrullas de mutilados. Bastaba levantar la cabeza y contemplar el contorno para saber que la guerra, la guerra de Alemania, nuestra gran guerra, se había perdido.

Me presenté al general Chirnoaga. Antes que alcanzara a darme orden alguna se nos agregó el secretario privado de Horia Sima para llevarme a su presencia. Nuestras relaciones, guardando las proporciones jerárquicas y pese a las diferencias, habían sido siempre cordiales. Acompañaba a Horia Sima, Corneliu Giorgescu, uno de los «Văcăreşteni», es decir, uno de los seis fundadores de la Legión. Moriría poco después en la localidad de Nittersil (Austria). Salimos a caminar por las cercanías del pueblo. El paisaje era maravilloso y el día de excepcional belleza, como si quisiera borrar el horror que se aproximaba.

Nos sentamos bajo un gran árbol y hablamos largamente, sin sombra alguna de recriminación. Horia Sima

me dijo que la idea general era que los rumanos no especializados se incorporaran al Ejército nacional que mandaba el general Chirnoaga, pero que yo, acompañado por el profesor Ion Ionică, debía marchar a Salzburgo y de ahí seguir a Pertizau am Achen See, para tomar contacto con el teniente Pilff, alemán de Rumania que ya había conocido en Viena y quien debería entregarme pertrechos para mi propia misión.

Obedecí. El plan se cumplió, pese al caos en que se vivía. El mundo se tambaleaba, pero las directivas sobrevivían. Pilff aclaró que yo y ocho macedonio-rumanos, a mis órdenes, seríamos lanzados en paracaídas para labor de sabotaje en una zona triangular comprendida entre Albania, Epiro y Yugoslavia. Agregó que no tenía confianza en los aviadores, ya que, exterminada la primitiva Luftwaffe, los actuales pilotos eran niños sin experiencia, cómo que se habían equivocado gravemente y en vez de lanzar a un grupo en Macedonia, lo habían hecho en el Peloponeso. Pilff dijo que también carecía de aviadores apropiados y que para cumplir las órdenes debíamos tratar de llegar por tierra a Zagreb, en Croacia, desde donde sería más fácil iniciar el vuelo de nuestro lanzamiento. Todavía, añadió que si ello resultaba imposible deberíamos dirigirnos a Bolzano, en Italia, como segunda meta.

Estas instrucciones y, sobre todo, la atención, firmeza y entusiasmo con que nos dispusimos a cumplirlas, parecen hoy, recordadas a la distancia y lejanas en el tiempo, cosas descabelladas, ya que la guerra terminaría apenas unas semanas después. No éramos tan ilusos ni tan ingenuos. También nosotros comprendíamos perfectamente que la guerra estaba perdida y sabíamos que el enemigo penetraba en Alemania por todas las fronteras. Por lo demás, la misma radio nacional, con dura sinceridad, anunciaba minuto a minuto, incluso con parlantes colocados en calles y plazas, el rápido progreso

de los invasores. Algunos pocos, poquísimos, conservaban una débil esperanza en las armas secretas de que hablaba Goebbels, pero esa credulidad era excepcional. Cualquiera que fuese la razón por la cual los alemanes seguían combatiendo, yo sé bien porqué seguíamos nosotros combatiendo. Combatíamos, primero, porque no creíamos que valiera la pena sobrevivir en una Europa dominada por Rusia, y ya se sabía que los aliados le habían abandonado gran parte de ella. Combatíamos, también, en la esperanza de que los occidentales, por alguna ocurrencia inesperada, pudieran chocar en breve con los rusos. En tal caso, nos correspondería jugar un papel importante como guerrilleros detrás de las líneas rojas.

Las andanzas de mi propio grupo, así como la obstinación por alcanzar Grecia y Rumania y continuar allí como guerrilleros, no era una empresa o propósito excepcional. Por el contrario, puedo decir con satisfacción que todos los legionarios en situación de hacerlo se ofrecieron para intentarlo. En definitiva, en aquellos días alcanzaron a organizarse unos veinte grupos, formado cada uno por cinco a quince hombres dispuestos a todo. Salvo tres de ellos en regiones donde había elemento válaco, el resto fue arrojado en paracaídas sobre Rumania misma, especialmente en el Banat, la región fronteriza con Yugoslavia, y en Transilvania. Algunos de ellos lograron sostener la lucha armada en bosques y montañas por largo tiempo.

En 1950, cuando ya no quedaba esperanza alguna de un enfrentamiento militar del capitalismo con el comunismo y cuando, por consiguiente, la aventura no podía ser premiada ni siquiera con un cargo de regidor y sólo desembocar en una muerte segura, los americanos lanzaron sobre Rumania, desde Alemania unos grupos de legionarios. Todos, después de varias peripecias, fueron capturados por los comunistas y fusilados. Entre ellos,

me impresiona especialmente el que dirigía Ică Tănase. Estaba formado por un puñado de muchachos universitarios que no alcanzaron a titularse en Rumania, pero que lo hicieron más tarde en Universidades europeas. Cuando se les requirió para esta cita con la muerte abandonaron un mundo que se les ofrecía amplio, acogedor y promisorio y sin vacilar marcharon hacia la Patria ocupada por los comunistas, sin otro propósito ni esperanza que dar un último testimonio y contribuir a mantener allí la emoción de la libertad. Rumania fue aplastada por el ejército rojo con fusiles proporcionados por Occidente, con tanques de Occidente; sus ciudades, destruidas por aviones con la estrella roja, pero construidos en Occidente. Los legionarios supieron acallar su legítimo resentimiento, como un día lo habían hecho con Alemania que se olvidó de ellos, y fueron a morir a Rumania por ideas que, pese a las traiciones y torpezas de sus dirigentes, el nuevo Occidente encarnaba parcialmente.

Pero, volvamos a mi propio grupo. Estábamos a comienzo de abril de 1945. Faltaba un mes para que la guerra terminara, pero nadie pensaba en rendirse. Todos, alemanes, rumanos y nacionalistas de una docena de países vivíamos la misma embriaguez sentimental. La radio repetía que todo combatiente anticomunista debía caer con las armas en la mano, y nos parecía natural que así fuera. A cada momento veía pelotones de muchachitos de menos de dieciséis años o de hombres de más de sesenta, que escogiendo a uno de ellos como jefe improvisado, partían pertrechados con algunas cuantas armas, insuficientes o anticuadas, hacia donde creían que estaba el frente y los odiados rusos. Años después, en Chile, vi el film «Die Brücke» («El puente»). Aquello era perfectamente posible y seguramente sucedió no una sino muchas veces en circunstancias análogas. Era maravillosa la expresión externa de aquella exaltación anímica. Las marchas militares retumbaban sin cesar y se

cantaba, se cantaba siempre. Cosa curiosa: los grupos nacionalistas de diversos orígenes no sólo cantaban sus propias marchas y las alemanas, sino, también, las de los otros. Recuerdo, por ejemplo, haber oído muchas veces el «Cara al Sol», el himno de los falangistas españoles que popularizaran en el país los voluntarios de la «División Azul». De esta manera, lo que cantaba un pelotón no indicaba por sí solo cual era su nacionalidad, aunque hay que reconocer también que la letra, como la música, poco se parecía al original.

Este «internacionalismo lírico» me impresionó grandemente y, meditando, me pareció ver en él el subconsciente deseo de fundirse en una gran comunidad en los momentos en que todo se hundía.

En esos días me tocó oír por la radio de Salzburgo el conmovedor discurso con que Goebbels, antes de suicidarse él, su mujer y dar muerte a sus cinco hijos y hasta a sus perros, se despidió del pueblo alemán. Fue uno de los más grandes impactos emocionales que he experimentado en mi vida.

No se crea que todos eran Pársifales y Sigfridos. La ciudad hervía de nacionalistas balcánicos, pero no faltaban los malhechores, los espías, la prostitución y la bolsa negra. ¡Todavía estábamos en el mundo!

Tan pronto como fue posible, partimos hacia Zagreb en busca de los aviones que debían arrojarnos detrás de las líneas rusas. Se nos agregó un pelotón de nacionalistas búlgaros, quienes tenían la esperanza de hacer lo mismo sobre Bulgaria y continuar la lucha como guerrilleros. Los comandaba un teniente, un joven abogado de quien recibí lecciones morales y espirituales en esa jornada común. Injustamente, he olvidado su nombre, pero le recuerdo con afecto. Rumanos y búlgaros estábamos otra vez juntos. Relaté al teniente mis agradecidos recuerdos de Sofía. En aquellos caminos infernales que la muerte había escogido como suyos, el puñado de ru-

manos y búlgaros, en estrecha hermandad, comprendió en definitiva lo pequeño que era lo que antes nos había separado, cuando sólo existía un problema verdadero: Rusia y el comunismo.

En camiones, a pie, en *jeep* y otra vez en camiones de buena voluntad y a pie, el grupo cuya jefatura se me reconocía, llegó al fin a Lubliana, la capital de Eslovenia. Ahí se nos informó que los guerrilleros comunistas de Tito no sólo habían cortado las carreteras sino que habían tomado la ciudad misma de Zagreb. Por consiguiente, todo nuestro empeño había resultado perfectamente inútil.

Desconcertados, vagamos por las calles de Lubliana. ¿Qué hacer ahora? El espíritu era fuerte y los cuerpos seguían prestos, pero ¿dónde ir? Estábamos reunidos en una plaza y todos me miraban interrogativamente, esperando instrucciones. Mientras vacilaba, se nos acercó un grupo de muchachos, quince o veinte. Creo que el mayor no pasaría de los dieciséis años. Las palabras del que hacía de cabeza fueron simples: nosotros teníamos armas (cada uno viajaba en verdad como una armería ambulante); nos pedían que les cediéramos algunas para combatir contra los guerrilleros de Tito que se aproximaban. Ante mi negativa, nos ofrecieron varios objetos, pequeños regalos a cambio de esas armas. Estaban obsesionados: querían luchar contra el comunismo. Me costó convencerlos. En forma casi paternal hube de repetirles una y otra vez que nosotros éramos soldados alemanes, que llevábamos un uniforme glorioso que nos obligaba a emplear esas armas contra el enemigo y a no abandonarlas ni siquiera en manos de amigos; que si no podíamos llegar a Zagreb, debíamos marchar a Bolzano, en Italia, que se nos había indicado como el segundo objetivo.

Mi argumentación frente al ruego infantil planteado con firmeza de embajador de carrera, aclaró mis propias dudas: Bolzano era la última orden de los alemanes y mientras no recibiéramos otra, hacia allá debíamos marchar. Empezamos, pues, a rehacer nuestro camino, rumbo a Leibach, donde suponíamos que podríamos tomar la carretera a Bolzano. En el trayecto continuaban sucediéndose las tristes escenas propias de un pueblo que huye ante el invasor. Pero yo, distraído ante lo que ya me era familiar, pensaba en los muchachos de Lubliana. ¿Qué sería de ellos? ¿Habrían conseguido armas al fin? ¿Tendrían la satisfacción de enfrentarse a los comunistas, como tanto deseaban? ¿Sobreviviría alguno de los pequeños héroes? Cuando pienso que los niños que tan sencillamente nos habían dado esa lección no eran alemanes, sino eslovenos, me repito que aquel fabuloso mundo de la juventud y el heroísmo puede haber sido derrotado y aplastado, pero que en alguna manera y medida debe sobrevivir detrás de la Cortina de Hierro.

XXXVII

El último «¡Heil Hitler!».—Hacia Bolzano, orden final.—Encuentro con los americanos.—Campamento en la plaza de Trento.—Despedida de los jefes de la Guardia

En estas condiciones volví a Leibach, la ciudad austríaca donde tres años antes me había recibido la «Grenze Polizei», en los alegres días en que Alemania parecía invencible.

El comandante de Leibach nos informó que hacía dos días no tenía noticias de Bolzano y que las líneas férreas estaban cortadas; que carecía de vehículos, de modo que si insistíamos en marchar debíamos hacerlo a pie. Así lo decidimos, lo que no pareció extrañar al comandante alemán. Nos despedimos tranquilamente, casi con indiferencia. Era natural. Cada uno, en buena medida, puede elegir su propia postura frente a la muerte. Nosotros avanzábamos hacia Bolzano. El se quedaba en Leibach, pero—lo sabríamos después—, se haría matar en el puesto que se le había asignado. Todo era lógico y consecuente. Nos despedimos al uso primero romano, después rumano y más tarde alemán, es decir, con el brazo en alto. Unidos, gritamos el sonoro «¡Heil Hitler!»

No había camino desde Leibach a Bolzano; mejor dicho, lo había, pero como camino era absolutamente intransitable: los refugiados lo remontaban como rabiosas y compactas columnas de hormigas. ¡Esto sí que podía llamarse éxodo! Me pareció distinguir que los húngaros, nuestros antiguos enemigos, constituían una proporción importante.

Acabábamos de echar a andar por ese camino, lo que era como remontar un rugiente torrente en el cual nos abría algunos claros nuestro uniforme alemán, que orgullosos no queríamos abandonar, cuando se nos unió un profesor austríaco, perfecto conocedor de la región.

Bajo su sugerencia, decidimos que si queríamos llegar a Bolzano, debíamos continuar a campo traviesa, es decir, subiendo y bajando colinas y pequeños cerros. Esta obstinación puede parecer increíble. También yo me lo preguntó hoy: ¿Podría razonablemente esperarse que encontráramos algo estable en Bolzano? De manera oficial, sólo buscábamos allí una base desde la cual un avión alemán nos lanzara sobre el triángulo Albania-Yugoslavia-Bulgaria. Creo que, en el fondo, tampoco pensábamos que eso fuera posible hallar en Bolzano. ¿Entonces...? pues. ¡Ibamos a Bolzano, simplemente, porque esa había sido la última orden recibida, y porque es preferible cumplir una última equivocada orden antes que quedarse solo, aislado y entregado a la propia confusión!

Mientras, por las colinas de la bella Italia marchábamos hacia el Sur, se nos fue juntando mucha otra gente que, por diversas razones personales, cedía al imperativo de tan peligrosa aventura. Caminábamos contra los americanos, aunque no supiéramos dónde íbamos a encontrar a esos americanos que no habíamos visto jamás, y si antes encontraríamos la última base aérea alemana que buscábamos o, siquiera, un núcleo alemán cualquiera, seguramente tan náufrago como nosotros.

No soy hombre de intuiciones. Nunca he creído en

ellas; pero, de pronto me detuve, contemplando como el pasto se curvaba alrededor de la suela de mis botas. Los que marchaban detrás se detuvieron también. No tenía explicación lógica, pero ordené que todos los que vestían uniforme alemán (yo entre ellos) debían hacerlo desaparecer. Esto significaba en la mayoría de los casos, quitarmos las chaquetas y quedarnos, cuando más. con las botas y pantalones del ejército alemán. Los últimos incorporados al grupo nos ayudaron en este propósito con sus propias pertenencias. Unos minutos después, éramos una banda heterogénea, cualquiera cosa menos restos del gran ejército. Mi resolución no se había inspirado en el temor. Dios sabe que yo, personalmente, hubiese preferido caer de cara a una patrulla americana o rusa, lo mismo era. En esa orden intuitiva no contaba mi situación personal, sino el cuidado por el grupo numeroso que me seguía.

No me equivoqué. Antes de una hora, al descender de una colina a trancos largos, inclinados y acompasados, topamos con la primera patrulla, avanzada del ejército norteamericano. Fue paradójico. Nos sentíamos como un grupo de feroces guerreros, pero los americanos nos tomaron por inofensivos civiles. La mandaba un sargento hijo de yugoslavos. Con nosotros iba, entre muchos advenedizos, un viejo italiano que había vivido en Texas. Conversó con el sargento, no en inglés, sino en «americano». Las carcajadas y los abrazos nos indicaron a los que nada entendíamos del nuevo idioma imperial que todo marchaba bien. La patrulla norteamericana estaba compuesta casi exclusivamente por negros, lo que no es extraño si se considera que eran americanos de la primera línea de fuego. Pronto, todos nos abrazábamos, y los negros americanos, muy alegres, nos obsequiaron con *whisky*, conservas, barras de chocolate y cigarrillos: un banquete en medio de la campiña italiana. Con blancas sonrisas radiantes en sus rostros de sombras nos informaron

que Bolzano estaba en poder de los libertadores americanos, como la mayor parte de Italia, y que lo más sensato era dirigirse a Trento, donde «las cosas estaban mejor organizadas».

Así, pues, por bocas americanas, aunque negras, supimos que ya no teníamos objetivo alguno. Bolzano había caído. Si los mismos americanos nos sugerían Trento como ciudad donde la ayuda para los refugiados estaba bien organizada, había que dirigirse, no a Bolzano, sino a Trento.

Ya no éramos combatientes. La sonrisa de los negros nos había transformado, de fieros guerreros germanos, en pacíficos refugiados.

Nos separamos en medio de carcajadas, risas y chistes de guerra (los americanos nos contaban chistes gruesos sobre su propio Gobierno y los aliados en general). Los rumanos coreábamos los chistes, no siempre entendiéndolos, pero palpábamos las armas ocultas en los anchos pantalones de montar.

Los negros libertadores continuaron su marcha hacia el Norte, hacia el corazón de Europa, mientras nosotros, los europeos derrotados, «liberados», huíamos hacia el Sur.

Soy rumano. Por consiguiente, el nombre de Trento no me es ajeno. Como rumano, latino y cristiano se bien que allí, en esa ciudad del norte de Italia, se verificó en el siglo XVI el gran Concilio de la Iglesia católica, en el cual se reorganizaron los cuadros frente al protestantismo.

Dos días después, mi grupo ya muy raleado, llegó a Trento. En la ciudad respetada comprobé que nadie puede disputar a la Iglesia católica en el aspecto administrativo. Curas y monjas lo habían organizado todo. Éramos los primeros en llegar y los vestidos y las ayudas en alimentos eran realmente superlativas. Con lo que recibíamos para un día habría vivido un mes un campe-

sino de la Rumania de Carol. Es cierto que no había alojamientos, o que estaban reservados para otros mejores que nosotros, es decir, para los que no eran balcánicos ni ortodoxos. No nos preocupó en lo más mínimo. Hacía buen tiempo y la plaza de Trento era cómodo refugio. Habíamos comido, cuando pocos europeos comían. Éramos libres, cuando pocos de los europeos oficialmente «liberados» podían dar dos pasos fuera de la celda asignada. ¿Qué más podíamos esperar? ¡Solitaria y digna plaza de Trento, una noche de fines de abril de 1945, yo te recuerdo con afecto! Envuelto en una delgada manta, tiritando de frío, me dormí, en Europa, todavía como hombre libre.

Al dormirnos, éramos unos veinticinco o treinta.

Esa noche soñé con el Capitán. Como en los viejos tiempos estaba sentado sobre una roca, en Carmen Sylva, el campo de trabajo voluntario a orillas del Mar Negro. En mi sueño decía que nada entendíamos si pensábamos que el problema se reducía a formar nuevos partidos políticos, redactar declaraciones inteligentes, aprobar votos y ganar elecciones; que lo único importante éramos nosotros mismos, nosotros como personas, y que si no éramos implacablemente honrados y consecuentes, siempre el enemigo terminaría por triunfar. Yo estaba tembloroso y abrumado por esas palabras del Capitán, pese a que no eran nuevas. Quería alcanzar sus manos y que me aclarara si estaba cumpliendo sus enseñanzas o, si, sin yo darme cuenta, el odio, la peligrosa soberbia, el resentimiento disfrazado de justicia social, se estaban apoderando de mí. No lograba llegar hasta él. Ahora le veía sobre el camión, con los otros camaradas, cada uno de los cuales tenía a su espalda un gendarme que lentamente empezaba a sacar un trozo de cuerda para estrangularle, según había acontecido en aquel ya lejano 30 de noviembre de 1938. Yo gritaba en mi sueño, queriendo advertirle, pero no me oía. Finalmente, veía su rostro.

Sonreía serenamente, y entonces entendí que aunque él no me oyera, desde siempre había sabido lo que iba a ocurrir y que estaba preparado para ello. Me despertaron mis propios gritos, justo cuando veía al gendarme alzar la cuerda junto al cuello. Amanecía y, sorprendido, contemplé la plaza de Trento: de casi desierta que estaba cuando llegamos esa noche, ahora la cubrían miles de refugiados que con sus bultos a cuestas trataban de salvar lo que podían. Nuestro propio grupo era como un punto en esa masa que me extremecía por lo silencioso e inadvertido de su llegada. Pese a todo, logré conciliar nuevamente el sueño. Me despertó uno de los muchachos que me sacudía nerviosamente el hombro: «¡Fui a lavarme en la fuente y vi al de la barba, al de Viena... a Ilie Gârneatză!» Me levanté de un salto y le seguí como pude, a tropezones entre los refugiados que todavía dormían o que, simplemente, permanecían tendidos en completa indiferencia aparente.

Era exacto. Ahí, en una esquina de la plaza, con la más grande emoción, volví a encontrar a mis camaradas. Estaba, en primer lugar, Ilie Gârneatză, a quien, como muestra de respeto y afecto, llamábamos «Badía», es decir, «tío»; Nicolás Seitán; el ex jefe de los Estudiantes Cristianos de Rumania; Constantín Papanace; Nicolás Rotaro, y tres o cuatro más.

Este encuentro representaba una increíble casualidad, realmente como juntar dos agujas en un pajar. Me explicaron que venían retirándose desde Viena, y que su objetivo era Renzano di Sólo, a orillas del Lago Garda, donde pensaban esperar el curso de los acontecimientos en casa del camarada profesor Gazdaru (había sido catedrático en Roma y vive hoy en Buenos Aires). Nos fuimos a almorzar a un restaurante campestre de los alrededores, donde, además de embriagarnos, no de vino sino de recuerdos, se discutió nuestra acción inmediata. Después de mucho analizar, logré que se ratificara mi

plan de seguir a Roma para intentar desde allí, llegar a Grecia. ¿A Grecia, para qué? Pues, en primer término, para tratar de ayudar a los camaradas que habían sido arrojados en paracaídas. Si bien era problemático que pudiera realmente ayudarles en algo, ya en Grecia, podría instalarme en Macedonia, donde tenía amigos y familiares, y desde mi tierra natal organizar guerrillas contra el comunismo. Ellos, por su parte, continuarían a Renzano di Soló. Allí deberíamos juntarnos algún día, si sobrevivíamos, o, mientras tanto, escribirnos en procura de noticias recíprocas.

Nos despedimos con emoción que nadie trató de ocultar.

La suerte de ese grupo me preocupaba bastante más que la mía.

Los abracé uno a uno, mientras los muchachos a los cuales debía continuar guiando, me esperaban respetuosamente unos metros más allá. Eramos jóvenes y estábamos decididos a todo. La guerra se había perdido, pero el mundo parecía seguir siendo nuestro.

Caminé unos pocos pasos, y no pude evitar volverme.

—¿Y ustedes?—, pregunté.

Ilie Gârnează levantó los brazos al cielo y semibendiciéndome, replicó, sencillamente:

—Nosotros hemos entregado nuestras almas a Dios y confiamos en El... pero, ¡Qué El te proteja a tí primero, Vlad...!

Apreté los labios e inclinando la cabeza marché apresuradamente, sin volverme. Así iniciamos nuestra marcha, a pie. Mi objetivo era Roma, Grecia y, quizás, Rumania de nuevo.

XXXVIII

Sorpresa pintoresca: guerrilleros italianos.—En Florencia compruebo que el amor deja más huellas que la guerra.—Mussolini, el más grande italiano desde Julio César hasta hoy

Progresábamos penosamente contra la multitud que tapizaba carreteras, caminos y senderos. Aunque pronto nos enteraríamos, no sabíamos todavía que se había firmado el armisticio entre los americanos y el ejército alemán del norte de Italia. Ya no había guerra, pero sí todos los muy tristes subproductos de una guerra perdida.

Los americanos, como homenaje al heroísmo, permitieron a los oficiales alemanes conservar sus condecoraciones y pistolas. Esto era justo y honorable y resultaba necesario frente a la veleidosa reacción de un pueblo que hasta pocos días antes había aclamado a los alemanes como aliados, pero que ahora, en la derrota, había descubierto que eran sus «enemigos naturales». Según las condiciones del armisticio, la tropa alemana estaba desarmada, pero guardaba sus propias armas en custodia. Resultaba curioso contemplar a los soldados en las aldeas o campamentos improvisados. al borde de las carreteras. Se mantenían en la más rígida discipli-

na, siempre silenciosos, con sus fusiles en pabellón y con las ametralladoras y otras armas menores cuidadosamente alineadas. Por supuesto que en las cercanías de esos grupos se helaba toda la euforia libertadora italiana.

En camiones relucientes, recién obsequiados por los americanos, desplazándose lentamente por entre las multitudes, pasaban «guerrilleros» italianos. Todos llevaban grandes pañuelos rojos al cuello y gritaban y cantaban incansablemente mientras agitaban sus fusiles. Se hacían fotografiar en poses agresivas y heroicas, sobre la cabina de los camiones, prestándose las armas unos a otros para hacer más fiero y espectacular el recuerdo. Nadie sabía cuándo ni dónde habían luchado esos guerrilleros que tanto se autocelebraban.

A veces—el espectáculo lo contemplé reiteradamente—, aparecía un *jeep* norteamericano. Inmediatamente los «guerrilleros» saltaban de sus camiones y chocando con otros que no tenían la suerte de viajar tan cómodamente, corrían a rodear el *jeep*, para ponerse a las órdenes de los americanos. Estos, no les contestaban y ni siquiera los miraban. Bajaban indiferentes y se acercaban hasta un oficial alemán (al que los «guerrilleros» habían aparentado hasta entonces no ver) y que había sido, precisamente, la causa de la detención del *jeep*. Los americanos saludaban al alemán con la mayor deferencia y, después de algunas palabras, partían de nuevo en medio de los aplausos de los italianos. Uno que otro mascullaba «porcos tedescos», y se iba rápido, ¡no fuera que el alemán escuchara!

Había situaciones todavía más pintorescas, una de las cuales me afectó personalmente.

Un grupo de esos guerrilleros despojó a uno de los muchachos de un magnífico par de botas de alpinismo. Estas botas eran de mi propiedad, pero el camarada, para aliviarme la carga, mucho mayor que la suya, se había ofrecido a llevarlas, lo que hacía colgándolas de

su cuello. El despojo me enardeció. Me presenté al campamento y exigí hablar con el jefe. Este me miró de arriba a abajo con una sonrisa burlona, la que soporté impasible. Pero, cuando se me exigió que me identificara, grité: «¡Guerrillero macedonio!» Estas dos simples palabras provocaron consternación. Los macedonios eran temidos por su agresividad en los Balcanes y también en Italia. Por otra parte, la calidad de macedonio no precisaba exactamente en cual bando se había combatido. Quizás los italianos nos supusieron del aliado. Había otra cosa que más preocupaba al cabecilla, según lo que a dos metros me tocó escuchar: ¿Debía llamarnos «camaradas» o «compañeros»? La discusión llegó entre ellos a tonos airados. Después de unos minutos de vocerío, él mismo la cortó autoritariamente, con esta sabia reflexión: «Camarada» es una bella palabra, pero, como ya la usaron los fascistas, es mejor que los llamemos «compañeros». Mis botas me fueron devueltas. También se me dio un vaso de vino blanco.

Pudimos aprovechar la buena voluntad de un conductor de camión militar italiano que, vacío, iba hacia el Sur. Pese a las dificultades del camino, avanzábamos rápido y dos días después, como a las nueve de la noche, llegamos a Florencia. Todo marchaba increíblemente bien. Grupos perfectamente organizados por los curas católicos italianos nos proporcionaron alimentos, ropa y alojamiento. A la mañana siguiente, me pareció notar en los muchachos ciertos síntomas de impaciencia por continuar el viaje. La verdad es que yo estaba un poco fatigado de la larga vida en común. Además, quería conocer Italia hasta donde eso me fuera posible. Iba a Grecia de donde, probablemente, no volvería a salir. Tenía por Italia un cariño profundo, que conservo. En la Legión se había exaltado siempre nuestra condición de latinos y yo, como todos, me sentía racialmente emparentado con los italianos. Además, era la tierra de Mussolini, el po-

lítico que yo más admiraba fuera de Rumania. Tuve fraternal aclaración con mis compañeros y se decidió que nos separaríamos transitoriamente, pero que nos juntaríamos en Bari, en el sur de Italia, frente a Albania, donde parecía más fácil encontrar un medio de transporte para pasar a Grecia. Así se hizo. Me quedé solo en Florencia.

Decidí que antes de conocer la ciudad convenía saber a qué atenerme para el futuro. Por consiguiente, mi primer acto fue ir al Consulado Suizo (que representaba los intereses de Grecia) para averiguar en qué forma se podía viajar allá. Llegué tarde, después de las horas de atención y, contrariado, lleno de mal humor, me crucé de brazos, indeciso, frente al pequeño cartel con las indicaciones horarias.

A mi lado había otro que parecía tener el mismo problema. Era italiano y me habló de inmediato, como si nos hubiésemos conocido siempre. Apenas había contestado su amable saludo cuando ya me había enterado de todo: era un joven abogado de nombre Sergio, que había hecho la guerra como subteniente en el ejército italiano que ocupó Grecia. Allí se había casado con una griega (esto no era raro: más de quince mil italianos se casaron con griegas durante la ocupación o inmediatamente después de ella), la que no había podido obtener permiso para salir del país. El pobre muchacho estaba terriblemente enamorado de su mujer a quien apenas conocía y se conformaba con que, por lo menos las apasionadas cartas que le escribía, llegaran a su destino. En la primera pausa de la larga y atropellada explicación, siempre de pie en la puerta del Consulado de Suiza, le dije que yo era macedonio (es decir, griego para él), y que me proponía llegar a Grecia «en cualquier forma». Esto le produjo una explosión de entusiasmo, con el inevitable abrazo, e insistiéndome en que no podía negarle un favor, me arrastró hasta su casa. Era un pequeño palacete de gente acomodada, en el cual, previas unas breves explicaciones de mi nuevo amigo, se me acogió cordialmente, como si hubiera sido un familiar más. La madre, que tenía todo el hondo calor humano y la simpatía de las tradicionales madres italianas, concluyó que yo debía alojarme en la casa, lo que fue calurosamente aplaudido por el hijo y gravemente confirmado por su marido, un venerable hombre de larga barba, funcionario municipal, según se creyó necesario informarme de inmediato.

Yo estaba confundido, abrumado por las atenciones, pero confuso ante un ambiente familiar no habitual para mí. Me defendí. Consideré deber de lealtad puntualizar que yo era macedonio, y no griego sino rumano; agregar que había estado tres años preso en los campos alemanes. Nada dije sobre la causa, ni tampoco mencioné a la Guardia, pero mis anfitriones no demostraron curiosidad alguna por mi pasado político. Insistían en que me quedara. Agregué que prefería estar solo, en cualquier hotel de Florencia, porque deseaba conocer la ciudad antes de partir. Ahí me encerré yo mismo. Padre, madre e hijo encontraron un argumento definitivo: nadie, absolutamente nadie, podría mostrarme Florencia como Sergio, para el cual «la ciudad no tenía secretos». No había más que decir.

Así, pues, me quedé tres días. Efectivamente, en el lapso tuve una visión e información casi exhaustiva. Sergio sabía tanto sobre su ciudad, a la que amaba apasionadamente, que debería haber sido historiador o, quizás, pintor o escultor. Cualquiera de las tres cosas, menos, naturalmente, soldado italiano.

Si algo me faltó por conocer fue sólo por las interferencias. Mientras me inclinaba, aplastado y aturdido por la belleza de la «Piaza de la Signoría», me contó hasta en los detalles mínimos cómo había conocido a Alike. Frente al «Nacimiento de Venus», de Boticelli, hube de pres-

tar atención a las razones por las cuales Alike le había aceptado como marido. La «Galería de los Uffizi» pude disfrutarla solo; pero no tuve la misma suerte en el «Ponte Vechio» ni en el «Convento de Savonarola». En la «Piaza Michel Angelo» supe como él, después de haber caído prisionero, terminada la guerra, fue repatriado a Italia, sin poder traerse a Alike. Una tarde, caminando a orillas del Arno fui digno de la máxima revelación: el matrimonio con Alike se había celebrado pero no consumado.

Entendí que urgía aplacar siquiera en parte la impaciencia de mi joven amigo. Que mi presencia en su casa de Florencia era sinceramente grata, pero que se me estaría más agradecido si marchaba pronto a Grecia y podía averiguar qué había sido de aquella Alike, a la cual ya la consideraba un poco novia mía.

Esa misma noche anuncié mi decisión irrevocable de continuar viaje a Roma, y de allí a Bari y Atenas. Ahora no fui contradicho, aunque el anuncio provocó una pequeña movilización. Después de la magnífica cena de despedida, Sergio se encerró a escribir una larga carta, de la cual yo sería honroso depositario. El padre, que me impresionaba grandemente, se sentó frente a mí, junto a la chimenea, no sin hacer traer el mejor de los vinos que era posible conseguir. La madre, poco más allá, se hundió silenciosa en un gran sofá y en su tejido.

Fue la única vez en que el viejo me habló de política. Me dijo, al fin, lo que yo esperaba oír siquiera de un italiano: Que el Duce, Benito Mussolini, había sido el más grande italiano desde Julio César hasta hoy, y que se sentía avergonzado de la traición de Badoglio; que ese nombre, el de Badoglio, llegaría a ser en la historia sinónimo de infamia. Me disponía a ratificarle, enfáticamente, cuando Sergio entró triunfalmente en la sala y me hizo entrega de un gran sobre: cartas y otros documentos para su mujer, de todo lo cual me sentí de inmediato el más celoso de los depositarios. Entonces la madre se sintió autorizada a hablar. Me llevó a una habitación del segundo piso—creo que era su propio dormitorio—y abriendo un gran baúl me mostró su contenido: riquísimos géneros italianos que ella había comprado para su nuera, Alike, esa griega desconocida.

A la mañana siguiente, muy temprano, no sin haber recibido antes la bendición de la madre, un largo y mudo apretón de manos del viejo, y varios abrazos del hijo, partí de Florencia. Me habían conseguido lugar en un camión que viajaba hacia el sur. Me inquietaba la falta de dinero, ya que, pese a los reiterados ofrecimientos de Sergio, nada había querido aceptarle.

Así partí de Florencia. Si alguien piensa que yo era un hombre acabado, un deshecho de la guerra, se equivoca de plano. Las largas marchas por el norte de Italia y la misma permanencia en Florencia me habían rejuvenecido. Me sentía lleno de vida como nunca, en plena posesión de mis facultades físicas y mentales, con el espíritu alerta y despejado. Ahora volvía a mi única preocupación: llegar a Grecia, de ahí a Macedonia y, quizás, a Rumania de nuevo. Era un hombre recuperado, como si nunca hubiese pasado por una penuria, y meditaba planes minuciosos para organizar guerrillas de válacos contra los comunistas.

XXXIX

En Roma, huésped del pueblo, pero prisionero de los ingleses.—En Bari, protegido de la UNRRA.—En Atenas empiezo a conocer la «liberación»

Roma, once de la noche. Vagué un par de horas por esa ciudad que había ocupado un lugar tan importante en nuestros sueños políticos; pero estaba demasiado alegre para vivir la grave veneración que correspondía. No conocía a nadie. ¿Qué importaba eso? Era feliz. Todavía era joven y el mundo mío. Mientras iba de aquí para allá canturreaba una canción de los requetés españoles: «¡Qué bien que se va a la guerra, qué bien que se va a la guerra, cuando no se tiene, cuando no se tiene, padre, madre ni novia; que bien que se va a la guerra!»

Es cierto que quizás en algún lugar de Macedonia o de Rumania podían estar todavía mis padres, pero hacía mucho tiempo que no sabía nada de ellos y seguramente me suponían muerto. En cuanto a novia, ¡por supuesto que no la tenía!

Agotado de vagar, pero muy satisfecho, decidí dormir. Todavía me quedaba algo de dinero, que, ciertamente no lo iba a malgastar en un hotel. Es sabido que exis-

ten en Roma inmuebles que antes fueron palacios y que ahora habitan varias familias, facilitado ello por una construcción más o menos uniforme: el gran portón da acceso a un patio central, alrededor del cual se alzan los cuerpos del edificio. Los había observado, y esperaba encontrar uno con el portón abierto, seguro de que ningún policía se molestaría en husmear dentro. Pronto ubiqué uno que, simplemente, ya no tenía el portón. En el centro del patio cantaba una fuente, lo que me pareció perfecto, puesto que me aseguraba el lavarme al despertar de mi primera noche en Roma. En un rincón tendí la manta que llevaba en mi bolso de viaje y feliz, antes de dormirme, contemplé las estrellas de la calurosa noche de verano. Dormí maravillosamente. Horas después, ya claro, desperté con el parloteo de las vecinas, que, asomadas a las ventanas que daban al patio, comentaban animadamente mi presencia. Entendí que todas me compadecían. En ese plano las cosas marchaban bien. Así, pues, aparentando no darme cuenta de nada, me levanté tranquilamente y con toda calma procedí a despojarme de la camisa y a lavarme concienzudamente en la antigua fuente. Terminaba de peinarme y vigilaba de reojo cuando cuatro o cinco de las más decididas se atrevieron por fin a acercarse: me traían pan y café. Agradecí, sorprendido y emocionado. Era una prueba más de algo que es para mí de firme convicción: que los italianos son uno de los pueblos donde es más auténtica la bondad y el afecto por el prójimo. Siempre que encontré italianos encontré generosidad. El italiano es uno de los pueblos más ricos en condiciones positivas, en todo orden de cosas, salvo en el aspecto militar y en el mínimo de lealtad con las propias convicciones libremente adoptadas, que estamos habituados a exigir. Pero cuando se conoce a Italia y sus maravillas artísticas, cuando se conoce la bondad y la inteligencia natural de sus hijos, estamos dispuestos a olvidar ese único aspecto negativo. Italia, como Grecia, deberían ser una especie de protectorado del mundo, por lo que éste les debe, mantenidas al margen de todo conflicto y de todo riesgo.

Allí estaba yo rodeado de esas sencillas mujeres italianas. Cuando me atreví a decirles que venía de Alemania—por supuesto que ya varias me lo habían preguntado—casi todas sacaron fotografías y mostrándomelas insistentemente me preguntaban si en Alemania había visto a sus hermanos, hijos o novios. Casi avergonzado por la negativa, movía apenas la cabeza. Esa misma triste huella de la guerra me perseguiría en otros lugares.

Salí rodeado de buenos deseos y de algunas bendiciones, después verme obligado a beber varias tazas de café y a comer muchos más panes de lo que razonablemente podía soportar.

En la próxima esquina, en una *tratoria*, se me ocurrió llamar por teléfono a la Embajada de Rumania. Después de una larga espera con el monótono runruneo del teléfono, me contestó una voz, tan triste y desolada, que era como para abatirse con solo escucharla. Expliqué que era rumano, que venía de Alemania y que quería saber si existía alguna posibilidad para viajar desde Roma a Bucarest. Como única explicación se me sugirió que fuese personalmente a la Embajada, pero aquella voz desfalleciente me quitó el ánimo, y no fui. Después de todo, mi obligación era llegar primero a Bari y desde allí, seguir a Grecia.

En verdad, el asunto de los muchachos que se me habían adelantado a Bari, donde debíamos juntarnos, empezaba a preocuparme. Aunque la guerra hubiese terminado, me sentía responsable por ellos, por lo que, pese a mis ardientes deseos de conocer Roma decidí no entretenerme y reanudar inmediatamente el viaje. Me fui a la estación. Hervía de gente, pero averigüé que por la tarde saldría un tren hacia el Sur el que, de carga y con vagones abiertos, tenía la agradable particularidad de ser

gratuito para quienes obtenían la previa autorización de la guardia de la estación. La conseguí sin dificultades. Faltaban algunas horas para la partida anunciada, pero decidí esperar en la misma estación, ya que no tenía ninguna confianza en los horarios italianos y bien podía suceder que, adelantándose éstos, perdiese yo tan buena oportunidad. Naturalmente, no pude estar mucho rato solo. Pronto se me acercó un joven italiano para rogarme que le cuidara su maleta. Acepté, admirado de tal muestra de confianza, sobre todo en esos días. Una hora después, cuando empezaba a pensar que no le interesaba mucho su maleta, regresó. Esta vez fui yo quien le pidió igual favor para con mi bolsa de viaje. Rebosante de optimismo, me instalé en la peluquería de la estación. Cuando me despacharon, me examiné en un gran espejo y quedé altamente satisfecho de mi aspecto. Calzaba botas y vestía pantalón militar corto y una elegante chaqueta cazadora. Además, estaba recién afeitado y con severo corte de pelo, del más puro estilo alemán. La larga vida al aire libre y la buena alimentación me habían dado un aspecto saludable. Silbando un alegre aire popular rumano me dirigí a la cigarrería de la entrada. Los dioses seguían estando conmigo, ya que también pude conseguir cigarrillos americanos. Salía, con uno de ellos en los labios, agradecido de todo y pensando que el mundo es realmente hermoso, cuando de un *jeep* que se había detenido unos segundos antes, bajaron un oficial y dos soldados ingleses. Examinaron mi pasaporte con la gran cruz swástica y, guardándolo, me invitaron a acompañarlos. Protesté furioso, iracundo. Como era de esperar, de inmediato un grupo de italianos se juntó alrededor nuestro. Los ingleses ni siquiera pestañeaban, pero todos los italianos opinaban a gritos y discutían entre ellos, aunque estaban de acuerdo: debía ir con los ingleses. Como tampoco podía hacer otra cosa, acepté el consejo. Rogué al oficial inglés que me permitiera recoger

mi saco de viaje y avisar al jefe de la guardia militar de la estación, a lo que accedió cortésmente. El italiano me hizo entrega de la bolsa con cara de cómico asombro. De ahí seguimos a la guardia. Ya había descubierto que el jefe era un norteamericano hijo de croatas. Esta vez le dije que no sólo era rumano sino, precisamente, macedonio. Su cara se iluminó con simpatía, pero mi rabia no había desaparecido. Aproveché para preguntarle, en yugoslavo, indicando a los ingleses:

—¿Qué quieren estos desgraciados?

—Oh... no te preocupes. Andan a la caza de criminales de guerra y seguramente te confunden con alguien. Acompáñalos, y yo cuidaré de tu bolsa; falta mucho para que salga el tren... también puedo retrasarlo un poco—, terminó sonriendo.

Todo esto era muy amable pero no tranquilizador, ya que empezaba a saber que las palabritas «criminal de guerra» eran bastante ambiguas y, ciertamente, muy amplias cuando se trata de calificar a los vencidos.

Me llevaron al edificio de la Policía Internacional. Después de un largo interrogatorio, los ingleses admitieron que se habían equivocado. Se disculparon y me devolvieron el pasaporte. Estaba visto: jamás tendría yo importancia política, ni siquiera para criminal de guerra.

El mismo inglés que me interrogara hizo notar que era posible que por su culpa perdiera yo el tren. Por consiguiente, ordenó que me llevaran en auto a la estación. Esto era fantástico, inverosímil. En Rumania, primero me habría golpeado la policía de Carol y después habría podido permanecer meses en una cárcel antes que se me interrogara. En Alemania... bueno, ya he contado como sucedían las cosas en Alemania, aún para los amigos. Al bajar la larga escalera, se añadió el infalible detalle pintoresco: subían dos soldados ingleses empujando al italiano de la estación que había cuidado mi bolsa. Gesticulaba furioso y enrojecía atorado por su torrente de

protestas. Al parecer, sucedía que como nos habían visto juntos, los ingleses habían decidido, en el primer momento, investigar qué conexiones existían entre nosotros. No pude menos de lanzar una carcajada, divertido por la absurda situación.

En el lujoso auto inglés, tratado con toda deferencia, volví triunfante a la estación, en medio de la curiosidad de los italianos. El sargento norteamericano me acogió con simpatía y me ofreció café y *sandwiches*. Media hora después, también en auto inglés, regresó el italiano. El tren no partió por la tarde, sino por la noche, bien avanzada, de modo que tuve que escucharle durante unas diez horas el minucioso relato reiterado de lo que le había sucedido en esa media hora que había estado con los ingleses. Como todo plazo se cumple algún día, también partió el tren italiano de carga, llevando, entre miles, al italiano de la maleta y a mí. En el lento trayecto lo de siempre: refugiados y más refugiados; muchos soldados americanos; algunos pocos ingleses y bastantes negros, que supongo también deben adjudicarse a los americanos. Y, más que negros, floreciente bolsa negra.

Ya estaba en Bari, el puerto italiano del Este, sobre el Adriático Sur, el más importante en este mar junto con Venecia, de unos 250.000 habitantes, hasta con Universidad; estaba en la Apulia, cerca del golfo de Tarento y de cara a los Balcanes. En el aroma del aire me parecía percibir Grecia y, tras ella, Rumania.

Tenía que encontrar a mis muchachos. No había en Bari representación consular griega, pero sí una misión militar de ese país. Fui amablemente atendido por su jefe, el teniente Kiriakis, y menos amablemente por su ayudante, que se decía griego proveniente de Albania, pero que no hablaba griego. Mal síntoma, pensé. No tenían noticias precisas de los macedonios que habían partido desde el norte de Italia, pero me sugirieron que visitara un campo de refugiados en las afueras, y en

medio de una babel de razas, les encontré. Estaban registrados como simples refugiados, esperando su repatriación a Grecia a través de la UNRRA (Organización de las Naciones Unidas para los Refugiados), lo que, se les había advertido, no podría suceder antes de unos dos meses. Todos nos alegramos con el reencuentro, y aquella noche, en que se me permitió permanecer en el campo, la pasamos en agradable charla.

Me estaba volviendo un poco individualista. Aquel no era un campo de concentración sino de refugiados, pero tenía animadversión en contra de cualquier campo, seguramente herencia de los tiempos como prisionero de los alemanes. Aproveché que me quedaba algún dinero y arrendé una pieza en la misma ciudad de Bari, la que compartí con dos griegos: un ingeniero y un estudiante universitario de no se qué cosa, pero ambos nacionalistas y admiradores de Alemania, aunque incluso habían sido condenados a muerte por Mussolini. El mismo Duce les conmutó la pena por presidio perpetuo, como era habitual, y más tarde fueron liberados por los aliados. Así es de paradójica la vida.

Tuve la precaución de acogerme a la UNRRA. Por consiguiente, debía esperar también para ser repatriado a Grecia. Tenía poco dinero, pero mis amigos griegos eran generosos y con ellos pude conocer detalladamente el sur de Italia. Al cabo de dos meses de descanso y paseo, en julio de 1945, fuimos convocados para la repatriación, entre otros muchos, los muchachos y yo Llegó ésta, al fin, en un gran avión americano de transporte. Eramos unas ochenta personas, en su mayoría mujeres, viejos y niños.

El calor aplastaba y sofocaba cuando, en medio de los grandes círculos que describía el avión, divisamos la tremenda aridez del Atica. Sobrevolábamos Atenas, la ciudad de los dioses dormidos. Con la frente apretada contra el cristal de una ventanilla, contemplé el celeste

del cielo griego, cielo único en el mundo y que, efectivamente, es tan incomparable como se ha escrito. No lejos se divisaba el puerto de El Pireo, con su enjambre de barcos. Distante, el cabo Sunion, donde me pareció distinguir las augustas ruinas del templo de Poseidón, prometiéndome en esos segundos que algún día, desde allí, arrojaría flores rojas al mar, como manda la tradición de los que aman a Grecia y desean regresar a ella. Bajo nosotros estaba el Partenón, sobre el Acrópolis, del cual sería irreverente hacer comentario alguno. Simplemente, volábamos sobre el Partenón. Allá, hacia el Sur, en el Peloponeso, estaba Esparta, la ciudad forjadora de hombres, a la cual, a través de todos los tiempos se han sentido vinculados los portadores de un sentido viril de la vida.

El aterrizaje en Eleusina, el aeropuerto de Atenas, puso fin a mis ensoñaciones. De inmediato se nos transportó en camiones a la plaza Omonía, en Atenas misma. Todo lo que vi en el trayecto, en la plaza y en sus alrededores, era desalentador. Reinaba el desorden, la pobreza y la suciedad. En Alemania no había visto jamás algo así, ni siquiera en los peores momentos.

Los que tenían parientes en Atenas podían quedarse en la capital. Los otros debían seguir a sus lugares de origen. Me contaba entre los primeros, pero quise acompañar a los muchachos hasta la estación de Larissa. Sin aclaración previa habíamos entendido que las posibilidades de cualquiera acción nacionalista conjunta eran remotas, y que la mayoría debía volver a hundirse en la mediocridad, en el anonimato y en la vida burguesa. Nos despedimos con los ojos húmedos y apretados abrazos. Unos iban a Macedonia, otros a Epiro. Todos me hicieron prometer que algún día los visitaría en sus hogares, a los cuales suponían volver para siempre. Sólo a uno de ellos vería más tarde, en Ianina, la capital del Epiro.

En Atenas viví en casa de mi primo Nacho, hijo de

un hermano de mi madre. Se había establecido allí en 1935 y trabajaba como mecánico en una fábrica textil. Era un hombre simple, bondadoso y sencillo, que demostró sincera alegría al verme y ninguna curiosidad por averiguar de mi pasado. Todos los días, pese a mis resistencias y protestas, encontraba la manera de deslizar discretamente unos dracmas en mi bolsillo. Algo de dinero, muy poco, me quedaba al llegar a Atenas, pero el Ministerio de Asuntos Sociales me entregó tres mil dracmas (unos doce o quince dólares), no sé porqué, aunque supongo que por ser yo legalmente griego, calidad jamás invocada. Durante el día vagaba por Atenas, ciudad que no conocía y que tampoco pude ver en todo lo que había ansiado, ya que la mayoría de las obras de arte habían sido ocultadas durante la guerra y aún no habían vuelto a sus emplazamientos habituales. En las tardes, y hasta muy entrada la noche, conversaba con mi primo, procurando enterarme minuciosamente de lo sucedido en Grecia en los últimos años y, sobre todo, de las verdaderas apreciaciones y reacciones del pueblo. Nacho evidenciaba que habría sido un buen cronista, pero nada más; tenía una sola explicación para todas las cosas. Mejor dicho, era hombre de un solo libro en el cual encontraba respuesta para todos los problemas. Y este libro no era la Biblia, como pudiera pensarse, ni tampoco *La Iliada* ni *La Odisea*, sino *Los miserables*, de Víctor Hugo. Ahí, «se explica todo», decía siempre, como obligado corolario. Esta fácil filosofía era turbada por un suceso que lo extremecía y para el cual no encontraba explicación, volviendo a él con frecuencia: en diciembre de 1944, en Peristeri, el mismo suburbio de Atenas en que vivíamos, los comunistas habían asesinado a hachazos a ciento cincuenta policías desarmados a los cuales habían convencido, previamente, para que se pasaran a sus filas a luchar «contra el capitalismo». A estas alturas, la ayuda de Víctor Hugo parecía ser insuficiente. Yo prefería no interve-

nir, pareciéndome cruel relatarle lo que había visto en mis luchas en Rumania y en los años inmediatamente anteriores.

Un día cualquiera, mientras vegetaba en esa Atenas desprovista del orgullo de sus obras de arte, Nacho, de manera descuidada, me preguntó si sabía que en la cárcel de Atenas había unos muchachos macedonio-rumanos que durante la guerra habían sido arrojados en paracaídas. Me sobrecogí tratando de no mostrar mi emoción, ya que esos muchachos podían ser, precisamente, la causa de mi viaje a Grecia. Me agregó que «alguien» le había pedido ayuda para ellos y que los había ido a ver varias veces, llevándoles alimentos y cigarrillos; que se empeñaban en hablarle de política, de lo cual «él no entendía nada». Terminó informándome que ya los habían sacado de la cárcel de Atenas y que ahora no se sabía más de ellos.

Era la primera confirmación de la desgraciada suerte de mis amigos. Discretas averiguaciones posteriores me complementaron que habían sido llevados a Inglaterra. Por consiguiente, nada tenía que hacer yo en Atenas. Sólo me quedaba adentrarme en Macedonia, quizás en Bulgaria o en Rumania, y comprobar allí si quedaba algo por intentar a los que no nos habíamos resignado frente al comunismo.

Después de diez días en Atenas, y pese a los ruegos afectuosos de mi primo que me insistía en el peligro de los comunistas en el Norte, decidí partir. Había hecho algunos buenos contactos políticos en Atenas, donde no todo era comunismo y temor a los «libertadores». Pero, también había síntomas inquietantes de una espada suspendida sobre mi cabeza. Macedonia me atraía con férrea nostalgia. Quería ver a mis padres; deseaba intentar entrar de nuevo en Rumania; siquiera pasar por el lugar donde habían estado los restos de Corneliu Co-

dreanu, de Motza, Marín y todos los otros. No tenía rumbo fijo, pero decidí que la primera meta sería Salónica.

Pese a las preocupaciones políticas, no había olvidado que tenía en Atenas otra misión: cumplir con el encargo de Sergio, el amigo italiano de Florencia.

Una tarde sofocante me presenté directamente en el domicilio indicado en el sobre, ya un poco sucio y bastante ajado, en la calle de Beranzeru. Era una casa de buena apariencia, con un gran jardín anterior en el cual sus moradores descansaban en *shorts*. Cuando me identifiqué, fui recibido triunfalmente, pese a que una carta del mismo Sergio se me había adelantado. De todos modos, la alegría era sincera. Al fin conocí a Alike, esa esposa tan nombrada, que más bien era novia, con su tipo exótico y hermosos ojos azules. De un golpe comprendí la inquietud del italiano y justifiqué plenamente su obsesión. Realmente, era maravillosa. Me hicieron repetir varias veces todo lo que sabía sobre el novio y su familia, y yo, con agrado, puse especial hincapié en el cariño de la suegra desconocida y en el gran baúl con telas reservadas para Alike, quien se sonrojaba satisfecha. Fui invitado a almorzar el domingo siguiente. Entonces se reunió la familia, además de las amigas íntimas. Todos preguntaban, con esa curiosidad que sólo tienen los descendientes de Ulises. Presidía el padre, un funcionario de Aduanas. Al otro extremo de la mesa, un oficial del ejército, hermano de Alike, sonreía con afectuosa benevolencia. Fueron horas de conmovedor cariño familiar. Un mundo sólido y compacto, limpio como una esfera pulida por cuya superficie, desgraciadamente, yo sólo había corrido fugazmente. Al despedirme, estrecharon mis manos con afecto. La madre me dio su bendición. Me atreví a rozar con mis labios la mejilla de Alike y partí sintiéndome más solo. ¡En fin, cada uno escoge su puesto en la vida y no se puede tenerlo todo al mismo tiempo!

XL

En el «Corintia», rumbo a Salónica.—Empieza en Vérria el encuentro con el pasado.—Lección triste en el luminoso camino de Vérria a Niausta

Con un pasaje proporcionado por el Ministerio de Asuntos Sociales, me embarqué en El Pireo, en el mercante griego «Corintia». Era un barco de doce mil toneladas, repleto de refugiados y de soldados. ¡Mal síntoma! pensé para mí, al ver tantos soldados en pie de guerra. En el «Corintia», pese a las incomodidades naturales, se intentaba hacer las cosas lo mejor posible, sobre todo que se dirigía no directamente a Salónica, sino mucho más al Este, siempre sobre el litoral Norte del mar Egeo. Nuestro primer objetivo era Kavalla, a unos ciento cincuenta kilómetros de la frontera de la Turquía europea y frente a la isla de Taso, la que contemplé con respeto y curiosidad, como patria del pintor Polignoto y por haber vivido allí Hipócrates tres años de su vida. Kavalla era entonces una ciudad de unos treinta mil habitantes, pero su importancia real mayor de lo que pudiera suponerse, atendida su ubicación estratégica (tres veces fue ocupada por los búlgaros, la última, desde 1941 a 1944) y por

ser el puerto a través del cual se verificaban los embarques de la región del tabaco. En ella no había nada que ver, como no fuera la tumba de la madre del fundador de la última dinastía de reyes egipcios, la que terminara con Farouk, lo que no me conmovía gran cosa. Así, pues, aproveché los tres días de estadía para establecer algunos contactos políticos y, sobre todo, para nadar en la bahía y dormir en la playa. Terminada la misión en Kavalla, el «Corintia» navegó hacia el Oeste, más o menos por el mismo rumbo que dos mil quinientos años antes siguiera la escuadra persa de Xerjes. Bordeó la península de Calcidia, lo que me permitió contemplar muy de cerca el promontorio del monte Athos, donde mi hermano se había retirado como monje después de combatir en la Cruzada nacionalista española. Al día siguiente, atracamos en Salónica, no sólo plena de recuerdos históricos, sino, además con sus cuatrocientos mil habitantes, la segunda ciudad del país, al fondo del golfo del mismo nombre.

Algunas lecturas de esos tiempos habían despertado mi admiración por la figura de Kemal Ataturk, el fundador de la Turquía moderna, y deseaba vivamente, de existir todavía, conocer la casa en la cual había nacido, en 1880, el gran caudillo.

Fracasé en mis indagaciones, y terminé encaminándome al modesto «Hotel Balkan», para cuyo dueño rumano llevaba una recomendación desde Atenas. Junto conmigo llegó un montañés, el que, interrogado acerca de quien lo enviaba, dio en voz baja, pero no tanto como para que yo no alcanzara a oírle, el nombre de un caudillo rumano con quien precisamente proyectaba tomar contacto. Después de identificarme, me aclaró que habían llegado juntos a Salónica y que aquél se encontraba en un café que me indicó y al cual partí inmediatamente. Estaba con otro, pero le reconocí por sus típicos rasgos de rumano-válaco. Cuando quedó solo, me identifiqué nuevamente ante X, cuyo nombre no viene al caso, por-

que continúa todavía su silenciosa labor en Macedonia, después de haber pasado algunos años en una cárcel.

En definitiva, no necesité de la ayuda de aquel hombre con justicia reputado por su valor y habilidad, ni tampoco del dinero que generosamente me ofreció. Pero, me proporcionó exactas y útiles informaciones sobre la situación de los nacionalistas rumanos en Macedonia. Era triste. Todos los profesores y curas habían sido encarcelados por los griegos; los viejos cuadros exterminados y divididos los supervivientes. Incluso, muchos se habían hecho comunistas y hasta había algunos que actuaban como cabecillas de los guerrilleros. Era claro, pues, que en Salónica misma no tenía mucho que hacer.

Decidí continuar inmediatamente a Niausta, mi ciudad natal, donde me quedaban algunos tíos y pensaba conseguir nueva documentación, ya que estaba teniendo algunas dificultades por esta causa. En el camino de Niausta, mi objetivo inmediato era Vérria, el tradicional centro del nacionalismo macedonio-rumano, a cuarenta y seis kilómetros de Salónica y a sólo dieciocho de Niausta.

Tras dos días de pugna, conseguí lugar en un autobús. Las incomodidades del pésimo vehículo me pasaron casi inadvertidas, ensimismado como estaba en mis recuerdos y en la contemplación de ese paisaje que tantas veces había visto cuando niño, en la época simple en que supuse que ese sería para siempre todo mi mundo.

También en Vérria tenía parientes: dos viejas hermanas de mi madre, ambas de más de setenta años, a las cuales no veía desde hacía más de veinte. Una era rica y la otra pobre, como en los cuentos, pero las dos igualmente bondadosas. Naturalmente, ambas habían casado con rumanos. El marido de la tía pobre había muerto, y ella vivía con su hijo que se dedicaba al comercio de animales. El marido de la tía rica poseía una industria de cierta importancia. Ignoraba sus domicilios, pero no me

fue difícil encontrarlas en una ciudad de treinta mil habitantes, donde todos se conocían.

Después de los naturales primeros gritos de asombro, ya que con razón se me suponía muerto, las buenas viejas me acogieron con abrazos y llantos, colmándome de atenciones y pequeños halagos, como habría correspondido al niño que ellas habían visto por última vez.

Todos sus amigos, vale decir el pueblo entero, fueron igualmente afectuosos cuando supieron de los vínculos familiares que nos unían. Ahora tuve noticias de mis padres y del segundo hermano: vivían en Rumania, en Constanza y, al parecer, estaban bien, hasta donde podían estarlo, bajo la ocupación comunista.

La cariñosa acogida general no me impidió captar desde el primer momento la atmósfera de tristeza y desconfianza que envolvía a la pequeña ciudad. El ambiente estaba tan cargado que me parecía imposible que alguien pudiera dejar de percibirlo. Y si por mi parte no lo hubiese notado allí, ya habría tenido mucho que pensar al constatar, en el trayecto del bus que me trajera, que en cuarenta y seis kilómetros había sido detenido siete veces y que cada una de ellas la policía no sólo había registrado el vehículo sino, también, revisado cuidadosamente la documentación de los pasajeros. Por suerte, yo no había tenido dificultades, y creo que se debió a que todos los puestos eran mandados por griegos de origen rumano, los que, dicho sea de paso, muy pronto perecerían casi en su totalidad a manos de los comunistas. Por el momento, no hacía nada en Vérria, absolutamente nada, salvo pasear, comer, conversar y dormir; pero veía claramente juntarse las nubes negras. Los guerrilleros comunistas no aparecerían oficialmente hasta un año después, a mediados de 1946, pero ya se les palpaba en el aire. Mal lugar para mí, concluí, al menos mientras no encuentre armas y amigos decididos a los cuales organizar y preparar para lo que vendrá.

Una semana después de mi llegada, con calurosas promesas de regresar pronto, eché mi saco de viaje al hombro y salí al camino, rumbo a Niausta, a dieciocho kilómetros de distancia, la aldea natal de la cual partiera veinte años antes.

Tuve suerte; a las tres o cuatro cuadras me alcanzó un camión, el que se detuvo sin solicitárselo. El amable chófer se llamaba Demetrio Batakis. Tenía tal cara de español, de castellano, mejor dicho, según fotografías y grabados de los libros, que casi me sorprendí de encontrarle en ese lugar. Sin embargo, era griego. Me explicó que trabajaba en los camiones que transportaban frutas desde Niausta a Vérria, y que todos los días, a esa hora, regresaban vacíos. Era un gran camión abierto, con barandas pintadas de alegres colores. Me instalé en la cabina y conversamos de todo. Pese a ser griego. Demetrio Batakis no era curioso, de modo que me limité a informarle que era macedonio y que volvía de Alemania, donde había estado prisionero. Una vez más hube de sonreírme ante esa información ya muy repetida por mí. Resultaba paradójico que esa prisión en Alemania se hubiese convertido en una especie de póliza de seguridad. ¡Si alguien se hubiese interesado en investigar porqué había ido a parar a los campos alemanes, cuál era mi espíritu en ellos y qué había hecho cuando logré salir!

Eran las seis de la tarde de un caluroso día de verano. El gran camión corría agilmente por un aceptable camino, en el centro de un valle cubierto de frutales y de vides. Niausta y sus quince mil habitantes perduran sobre una pequeña meseta a la cual las encarpadas laderas imposibilitan el acceso del tren. Por consiguiente, la estación ha debido edificarse en el valle, a unos dos kilómetros abajo de la ciudad misma. Con el corazón bailándome en el pecho, la divisaba a lo lejos, arriba. Pese a ser pequeña, Niausta tiene más de una docena de fábricas: ladrillos, vidrios, casimires que han alcanzado notoriedad.

Se divisaban chimeneas que parecían emerger de los pujantes viñedos que tapizaban las laderas. Incluso alcanzaba a distinguir al río Arrapitza, que divide a la ciudad en dos y que en grandes cascadas cae por fin sobre el valle. Respiraba a pleno pulmón en esa tarde maravillosa y sonreía con orgullo y satisfacción. Niausta está muy cerca de la frontera de la Yugoslavia comunista, pero eso me tenía sin cuidado: la mía era otra gente y estaba próximo a encontrar un lugar donde el comunismo no había proyectado su sombra. Recordaba que Niausta, junto con Misolongi, son las dos únicas ciudades griegas que han tenido el honor de ser declaradas «ciudad mártir», por su heroico comportamiento contra los turcos. En efecto, en el siglo XVIII, antes que la misma Grecia, Niausta se levantó contra los turcos bajo el mando del caudillo Karatasiu. Sitiada, todos los hombres perecieron combatiendo y las mujeres, antes que caer en manos del enemigo, arrojaron a los niños por los precipicios y después se lanzaron ellas mismas. Esa era, pues, la clase de ciudad a la cual nos aproximábamos. Era mi ciudad natal. Se comprenderá mi emoción y mi ansiedad al volver a ella después de tantas luchas, de tantas penurias, de tantos desengaños.

Próximo a su meta, el camión se detuvo en la estación del valle con apagado y satisfecho sonido de frenos bien cuidados. En mareador griterío de gorriones, un alegre grupo de veinticinco o treinta muchachas corrieron hacia él: trabajaban en los huertos cercanos y ese día, como todos los otros, esperaban el paso de los camiones fruteros que regresaban a Niausta y que gratuitamente las llevaban hasta la ciudad.

Mientras se acercaban a saludar a Demetrio como a un viejo amigo, y mientras las contemplaba trepar ágilmente al camión, pude envidiar la juventud y admirar la belleza de la mayoría de ellas.

Reiniciamos la marcha. Mi optimismo aumentaba;

más aún cuando empezaron a cantar. Pero los primeros versos helaron mi sonrisa. Los puedo recordar muy bien. Decían:

Oh, brazaletes,
Brazaletes, guardias de acero,
Al quebrarse me darán,
La soñada libertad, la soñada libertad;
Resistan lo que quieran,
Sujeten cuanto puedan,
Pero yo los sabré romper,
En la cumbre de la montaña,
¡Hay un centinela!

¡Yo la conocía! ¡Era una canción comunista!

De un golpe, en segundos, la alegre tarde del retorno se había transformado para mí en tarde de tragedia. La nostalgia y la felicidad, en amargura. Creía volver a una de las cunas de la libertad balcánica y me encontraba con la paranoía comunista. ¿Qué podía quedar para Rumania? ¡Los comunistas estaban en todas partes, gracias a la «liberación» de las democracias occidentales!

En este son seguimos. Sólo el chófer y yo no cantábamos. Demetrio no hacía comentarios, pero entre dientes me informó que Niausta, ciudad de quince mil habitantes, había tenido ya cerca de mil víctimas a manos de los comunistas.

Con mi ánimo lúgubre y la ruidosa alegría de las muchachas, el camión trepaba por un camino estrecho, zigzagueante y mal pavimentado.

Por fin llegamos a la plaza de Niausta. Me alivió que terminara la sucesión de canciones comunistas con disfraz folklórico. Todos bajamos. Las muchachas agradecieron a Demetrio con gritos y risas y me hicieron algunas bromas al pasar. Abatido, saludé maquinalmente, con leves inclinaciones.

XLI

Niausta, veinte años después.—El mundo anticomunista es ahora más chico.—De nuevo en contacto con la Guardia.—Administrador de industrias lácteas.—Niausta lamenta que los italianos fueran débiles para con los comunistas

¡Niausta, veinte años después! Materialmente, nada había cambiado. Como si hubiese salido ayer.

Con el saco de viaje a mis pies, miré lentamente a mi alrededor. La plaza, empedrada y sin árboles, plaza europea, lucía idéntica, con los mismos edificios en los cuatro costados: el Correo; el Ayuntamiento con la torre del reloj; el único hotel; unos cuantos cafés y las casas principales.

Pasaron algunos rostros que reconocí, pero no quise identificarme antes de encontrar a mi tío, a quien me parecía debía esta prioridad. Ya me había orientado. Eché el saco al hombro y partí hacia la callejuela de «Los guerrilleros», donde él vivía. El reparar en el nombre me trajo una mueca de disgusto, pese a saber que era antiguo, que nada tenía que ver con los actuales y que honraba a los guerrilleros que habían luchado contra los turcos.

Niausta es renombrada por su hospitalidad. Las puer-

tas de las casas no se aseguran ni de día ni de noche. Siempre hay mujeres sentadas tejiendo en los umbrales, conversando de una acera a otra hasta que oscurece. Ahora empezaban a caer las primeras sombras y podía verlas todavía mientras ellas aparentaban no reparar en mí.

Pasé por la plazuela Alonia («De la Trilla») y, siempre con el saco al hombro, me detuve para recordar que, efectivamente, en años ya muy lejanos, siendo niño había visto trillar en esa plazuela. Inconscientemente, me volví hacia la cercana iglesia de Santa María, en el barrio rumano, y me persigné, murmurando una breve oración. Empezando a subir, penetré en «Los guerrilleros». A la mitad de la primera cuadra, siempre subiendo, con el paso característico del que lo hace cargado con un buen peso, divisé a mi tía Haida. Tejía sentada a la puerta de su casa, conversando a gritos con una comadre de enfrente. Ahora usaba anteojos, pero tenía igual traje negro, lleno de plisados, largo, en forma que ni siquiera se le veían los pies.

La comadre era más joven. Me divisó primero y, quitándose los anteojos, le oí decir:

—Mire, tía, ése que viene, ¿quién será?

—Me parece que es uno de nuestra raza—, replicó mi tía, después de volverse y acomodar sus anteojos para distinguir mejor.

Estaba a unos cuatro o cinco metros. Al oír esa voz que hizo saltar mi corazón, no me pude contener y grité en el silencio de la tarde:

—¡Soy hijo de Lenka, de Rumania!

La vieja tía se arrojó llorando en mis brazos y la acaricié con la misma emoción que si se hubiera tratado de mi madre.

Cuando regresó el tío Ion, estaba instalado con todos los honores, pero hubo casi igual emoción en el encuentro. Me habían presentado a la mujer de mi primo, sargento en Ianina, próxima a tener un hijo. Efectivamen-

te, una semana después nació en la misma casa, sin auxilio de matronas ni de hospital, como siempre fue en mi pueblo.

Conforme a la tradición, ningún vecino vino a visitarnos en la primera noche, aunque supongo que todos ardían de curiosidad. Los turcos se habían ido, pero muchas de sus costumbres se mantenían: nos acostamos a dormir en el suelo, sobre buenas alfombras y mantas, junto a una alegre chimenea. La noche entera la pasé conversando con mi tío, hombre robusto, tranquilo y equilibrado que rehuía cuidadosamente los temas políticos, en los cuales tampoco tenía yo interés en insistir. Su punto de vista sobre la materia lo resumió en esta simple frase: «Mira, sobrino, este país es tan pobre, que cuando nuestro hijo Jorge fue llamado al ejército, debió pedirnos a nosotros hasta para comprar la ropa interior. Si este país es tan pobre que ni siquiera puede vestir a sus soldados, ¿para qué los llama entonces?»

No había nada que contestar.

Temprano, al día siguiente, empezó la activa vida social. Y empezó mi inquietud y mi desagrado. Apenas llegaba alguien a la casa, o me encontraba con cualquiera en una esquina, tras los primeros saludos, venía la inevitable pregunta: «¿Con quién estás tú, con nosotros o con los 'Buradás'?» Este nombre de «Buradás» derivaba de un coronel griego que había formado batallones anticomunistas. No le querían en absoluto; la mayoría parecían pro comunistas. Por el momento, ignoraba si eso respondía a una convicción sincera o al temor a represalias en un lugar donde no había soldados que los protegieran.

Pese a la insistencia de la pregunta, que algunas veces llegaba a la impertinencia, yo esquivaba la respuesta, y decía que lo único que me interesaba era volver a Rumania, junto a mis padres.

Cumplí con visitar a mis parientes y en repasar minuciosamente los lugares que con sus recuerdos se ha-

bían enclavado en mi niñez. Arreglé mi documentación sin dificultades. Conversé y escuché todo lo que pude.

Mi impresión definitiva era clara: tampoco en Niausta había nada que hacer. Estaba probado que después de la guerra el mundo anticomunista se nos había achicado fabulosamente. La aldea natal que nunca había olvidado, ya no era la mía. Hasta allí había alcanzado la locura morbosa del comunismo. Decidí partir. Hubo fiestas de despedida y de sincero pesar. Mientras cantábamos en común, pensaba que siempre es así: nos reservamos un pequeño rincón ideal, confiados en que en él las cosas serán distintas de todas las contrariedades y desengaños que la vida nos ha deparado. Un refugio que, de sólo pensarlo, nos sirve de alivio para el regreso que algún día pudiéramos resolver. Y si llega a suceder, comprobamos que el rincón en nada es distinto del mundo del cual queríamos escapar. Eso era para mí tan evidente, que, al partir de la Niausta de mi niñez, ni siquiera sentí la necesidad de volver la cabeza por última vez. Ahora sí que realmente se cortaban las raíces. Para mí no quedaba nada que añorar en el pasado de mi infancia.

De nuevo en Vérria tuve la emoción de saber que habían llegado desde Italia cuatro camaradas de Buchenwald. Entre ellos, mi íntimo amigo Jorge Rozu, residente ahora en Ianina. Me invitó a esa ciudad, lo que acepté, porque después de todo no tenía dónde ir, ni me guiaba plan alguno.

La capital del Epiro era entonces una ciudad de unos treinta y cinco mil habitantes, dotada de particular belleza, que emana principalmente de estar construida sobre un promontorio rocoso que avanza sobre un lago. Ianina es una ciudad fundada en el siglo VIII, lo cual no puede impresionar a nadie en Grecia, y existe una tumba que se muestra como la de San Jorge. Pero, de hecho, si algo singulariza a Ianina es su identificación con el hombre de Alí de Tebeleno, simplemente, Alí Pachá.

Bajo su férrea mano, Ianina fue a principios del siglo XIX la sede más importante de los turcos, después de El Cairo y Constantinopla. Desde Ianina, Alí Pachá dominaba toda Grecia. Allí fue recibido lord Byron en 1807, según se lee en *Childe Harold*. En 1820, Alí Pachá, hombre de grandes ambiciones y no desprovisto de cualidades, se atrevió a alzarse contra el sultán, ofreciendo la libertad a los griegos que lo secundaran. Aplastado por fuerzas muy superiores, pudo, sin embargo, resistir durante quince meses en su amada Ianina, y sólo pereció en una baja traición de los turcos, cuando éstos aparentaban aceptar sus pretensiones. De alguna manera el espíritu de este aventurero soñador sigue flotando sobre Ianina. Así, por ejemplo, el lugar de mayor importancia turística a visitar es la Mezquita de Aslan Aga, donde Alí Pachá hizo dar muerte a Kirá Frosini, amante de su propio hijo, para escarmiento de las adúlteras.

Pese a todas estas huellas históricas, literarias y románticas, la amable ciudad de Ianina no alcanzaba a justificar una muy larga permanencia. Creo que lo que más me impresionó no estaba en ella sino en sus cercanías: el santuario de Dodona, dedicado a Zeus, el más antiguo de Grecia, que se supone construido por los pelasgos, los primitivos habitantes.

En Ianina tuve algún consuelo: comprobé que casi la totalidad de los profesores en funciones habían sido germanófilos y que también simpatizaban con nuestro Movimiento. Después de haber visto lo que había que ver y de satisfacer hasta donde me fue posible la curiosidad que los profesores y el abogado amigo y anfitrión sentían por la Guardia de Hierro, decidí partir.

Estaba girando como una brújula sin Norte. Regresé a Vérria, como podría haber ido a otra parte, con igual falta de razón profunda. En Vérria, por vez primera en muchos años, tuve correspondencia familiar. Era de mi hermano, desde Constanza, y me ratificaba que mis pa-

dres estaban bien. Releí esta carta con lágrimas. En verdad, ya no me creía capaz de experimentar emociones familiares.

En medio de muchas vaguedades y frases de doble sentido, evidentemente obligadas por el temor a la censura, me daba a entender qu habían llegado a Constanza algunos rumanos provenientes de Buchenwald, pero que por ningún motivo debía intentar yo hacer lo mismo.

Así pasé los meses de enero a junio de 1946, entre Vérria y Salónica, en la inutilidad más absoluta, sin saber qué hacer y desalentado de toda posibilidad seria de iniciar cualquiera acción directa contra el comunismo: estaba comprobado que, por el momento, los aliados capitalistas, Estados Unidos e Inglaterra, no se enfrentarían a Rusia, el ex socio.

A fines de junio recibí, simultáneamente, carta de Italia y una proposición de trabajo en Niausta. Por la carta de Italia, que llegaba a través de caminos indirectos, supe que Badía Gârneazǎ, Horodmiceanu, Papanace, Seitán, el ex jefe de los Estudiantes Cristianos y los otros, estaban a salvo en Lago di Garda. Me invitaban a unirme a ellos. Por otra parte, algunos amigos de mi padre, atemorizados por los comunistas, me ofrecían un puesto de administrador de industrias lácteas en Niausta. Ellos la habían abandonado resueltos a no volver y, por cierta vaga fama que me rodeaba, me creían capaz de afrontarla. Lo pensé detenidamente. Lago di Garda e Italia representaban la seguridad, esa seguridad que nunca había anhelado; Niausta, mi tierra natal, con todos sus peligros, la posibilidad de luchar contra el comunismo y la proximidad de Rumania, donde, además de mis intereses políticos, estaban mis padres, a los cuales ahora ansiaba volver a ver. Me decidí por Niausta... aunque fuera lo último que hiciera. Después de todo, para estas cosas había regresado a Grecia. Así, pues, con el flamante cargo de administrador de industrias lácteas,

volví una vez más a Niausta. Ahora tenía una de las mejores casas del pueblo, requisada parcialmente por el ejército griego. Un capitán vivía en el segundo piso, en tanto que yo lo hacía en el primero.

Esa administración no era labor fácil. De inmediato entendí porqué los amigos de mi padre se habían marchado, incluso antes de saber si yo la aceptaría. A poco de llegar, una noche que en nada se diferenciaba de las otras, los guerrilleros comunistas atacaron salvajemente a la pequeña Niausta. Se hicieron dueños de ella, y por el ruido, parecía que hubieran llegado los mismos hunos de Atila. Lo único que pudimos hacer el capitán y yo fue trancar la puerta, asegurar las ventanas y cargar todos los fusiles, vigilando con uno en mano por los huecos de los postigos. Varias casas fueron incendiadas y media docena de campesinos murieron. Los guerrilleros saquearon el cuartel de la policía, la que huyó sin atreverse a hacerles frente. Se llevaron importante cantidad de víveres, todos los caballos del pueblo y, lo que era más grave, a quince muchachos, a los cuales supongo que pensaban adoctrinar o, al menos, conservar como rehenes. Mientras permanecíamos impotentes, con los labios apretados, oyendo el tiroteo y los gritos de socorro, el capitán griego murmuró: «¡Los culpables son los italianos de la ocupación que fueron demasiado débiles con estos desgraciados!» Le miré en silencio. No cabía duda que en verdad los italianos habían sido demasiado débiles, ahí y en muchas otras partes, pero si hubieran sido enérgicos, este mismo griego y muchos otros habrían hablado entonces de los «crímenes de los italianos», como hablaban de los «crímenes de los alemanes».

A la mañana siguiente, cuando ya los comunistas se habían retirado, llegaron refuerzos desde Vérria. Lo único que pudimos hacer, en medio del contorno asolado, fue informar avergonzados de las bajas. Mi anonadamiento era quizás mayor, porque había comprobado que

nadie, absolutamente nadie entre los campesinos estaba dispuesto a alistarse en grupos de choque o defensa contra los comunistas. Temían a las represalias; faltaba el respaldo del Gobierno central y de las potencias llamadas amigas.

La situación era más que grave.

También yo tuve mi propia revolución. En el primer viaje a Niausta había conocido a Mioritza, pariente lejana por parte de mi padre. Tenía un taller de costura en la ciudad. La noche del asalto comunista, pasado el vendaval, sentí una especie de pánico retrospectivo por lo que pudiera haberle acontecido. Más tarde, cuando todos calculaban el momento del segundo golpe, mi única preocupación fue alejar a Mioritza de allí. Tanto insistí y rogué, que logré convencerla para que se fuera a Salónica. Tres meses después, en septiembre de 1946, la seguí. Había terminado la temporada de trabajos lácteos, de modo que se marcharon todos los empleados y también los de mi grupo familiar. Me quedé el último. Cinco o seis días solo, en los cuales insistí en mis averiguaciones y largas conversaciones para comprobar si era posible organizar grupos civiles armados para luchar contra el comunismo. Nadie, absolutamente nadie se ofreció para secundarme. Al revés, capté que esas averiguaciones hacían más peligrosa mi situación, y que la próxima vez los guerrilleros me buscarían directamente.

Partí en septiembre de 1946. Fue el adiós definitivo a la Niausta de mi estirpe.

XLII

La Guardia tampoco es grata en Grecia.—Algo sobre la ocupación alemana.—La lucha contra los guerrilleros comunistas

De nuevo estaba en Salónica. Allí permanecería dos años y medio. Para ser exacto, hasta marzo de 1948.

Mi primera preocupación, instalado ahora casi definitivamente, fue vincularme con los nacionalistas griegos que empezaban a aparecer y a organizarse. Este natural impulso que la afinidad dictaba, me fue, por lo demás, muy útil. Por disposiciones burocráticas quisieron expulsarme de Grecia, de lo que sólo me salvó la intervención de mis amigos nacionalistas, particularmente de Jorge Modi, jefe de la Organización denominada «Guardia de la Frontera del Norte». «Si eres de la Guardia de Hierro —me dijo— no permitiremos que te toquen ni un pelo de la cabeza». Finalmente, con la intervención de un ex gobernador de Macedonia, el general Blastariş, ahora jefe de Extranjería en Atenas, arreglé mi situación en forma que creía definitiva.

Mis contactos con Nicolás Seitán y los que estaban en Italia se hicieron regulares. Me informaron que los le-

gionarios y demás rumanos anticomunistas de Alemania e Italia estaban empezando a emigrar a América, especialmente a la Argentina, y me instaban a imitarlos. Otra vez diferí el pronunciamiento. En Salónica, seis legionarios nos habíamos juntado para organizar un grupo de lucha contra los comunistas, ya que éstos estaban cada vez más activos. Así lo había verificado en dos ocasiones en que tuve que viajar a la zona de Niausta a cargar madera, parte del traslado de nuestras queserías a Salónica. Este traslado me humillaba, pero debí resignarme ya que los guerrilleros prácticamente tenían la región a su merced y se hacía imposible cualquier labor económica estable.

Tampoco el plan de nuestro reducido pelotón legionario pudo prosperar, porque el Gobierno griego tenía frente a los nacionalistas extranjeros casi tantas reservas como respecto de los comunistas.

Tuve otra comprobación dolorosa de lo que afirmo. Caía el telón sobre el drama de los muchachos paracaidistas prisioneros, una de las razones de mi regreso a Grecia. Pese a los tenaces esfuerzos de los nacionalistas y a la generosa ayuda que nos prestó el diputado y mayor de ejército en retiro Constantín Saris, no se logró influir en su suerte final. Mordiéndome los puños con desesperación supe que después de los varios traslados de los cuales hablé y tras grandes sufrimientos, habían sido ejecutados. Maldije la paradoja: un país que se decía y era anticomunista, gravemente amenazado por éstos, ejecutaba a nacionalistas que sólo habían querido combatir por una causa común. Todavía tengo otro motivo de agradecimiento para Constantín Saris. Llegó el momento en que se quiso deportar a Rumania a todos los rumanos que vivían en Grecia. En tales preparativos, fui detenido y largamente interrogado por el teniente Patujas, de la Policía Política. Alegué con vehemencia que había pertenecido y seguía perteneciendo a la Guardia de Hierro y que no podían enviarme a Rumania porque

eso significaba mi segura muerte en una cárcel comunista. El nombre de la Guardia hizo saltar al teniente. Hube de prestar una declaración que llenó veintidós páginas y en la cual traté de resumir todo lo que sabía sobre nuestro Movimiento. Lo que más parecía interesarle era precisar si la Guardia admitía griegos en sus filas. Pese a mi afirmativa rotunda (así era, efectivamente, ya que incluso se admitía a los turcos mahometanos), me insistía una y otra vez en idéntica pregunta. No sé hasta donde habrían llegado las cosas por este camino. Creo que lo que evitó mi repatriación forzada fue la valiente intervención que en los mismos días cupo a Constantín Saris en los apasionados debates que con motivo de la deportación se produjeron en la Cámara. Saris dijo que en diversas oportunidades, algunas ya históricas, los válacos (en este caso los griegos de origen rumano) habían luchado heroicamente cuando muchos de los mismos griegos se negaban a luchar. Y tuvo la osadía, increíble en esos momentos—pese a que fuera una verdad conocida y evidente—, de agregar que los griegos anticomunistas subsistieron en gran parte gracias a la ayuda de armas proporcionadas por los alemanes, que voluntariamente se las dejaron en su retirada. Creo que este valiente discurso fue definitivo para dejar sin efecto la resolución en vías de adoptarse. Desde luego, gracias a él salvé mi vida.

Mucho he leído más tarde sobre las crueldades que los alemanes habrían cometido en Grecia. No viví en el país en los días de la ocupación, de modo que nada pudo certificar, pero tengo la impresión de que tales crueldades, de haber existido, fueron exageradas por la propaganda y no imputables a los alemanes en su origen o causa. Las versiones que escuché de los griegos, varios de ellos parientes míos, son coincidentes: la población recibió sin alegría, como es natural, pero cordialmente, al ejército alemán que entró en el país para salvar a los

italianos de la aventura imperial fracasada grotescamente. Hitler, como homenaje a un pasado glorioso como ninguno, dispuso que los soldados griegos no fueran mantenidos prisioneros, sino que inmediatamente de desarmarlos, se les pusiese en libertad. Consumada la rápida ocupación, nadie pensó en continuar resistiendo; por el contrario, la mayoría se dispuso a colaborar. Entonces empezó la maniobra de los comunistas griegos. Decidieron forzar al pueblo a reaccionar contra los alemanes. Para ello, grupos de guerrilleros empezaron a tender emboscadas a las patrullas alemanas y a asesinar a todo soldado que se aventuraba fuera de los centros habitados, e incluso en estos mismos durante la noche. En un principio, los alemanes no reaccionaron, pero como los atentados se multiplicaran y se cometieran salvajes atrocidades contra los soldados caídos en emboscadas, los oficiales alemanes empezaron a tomar represalias contra la población civil. Esto es fácil de condenar, leyéndolo cómodamente sentado en un sillón; pero resulta que esos oficiales eran personalmente responsables de la seguridad de sus hombres y no podían permitir que se les continuara asesinando indefinidamente en la impunidad. A los que se escandalizan, les desafío que sugieran una solución colocados ellos en la obligación de resolver. El proceso era más o menos igual, no sólo en los diversos puntos de Grecia, sino, también, en otros países de Europa, en aquellos en los cuales efectivamente existieron guerrilleros o sabotaje: soldados alemanes eran asesinados por guerrilleros surgidos de los bosques o bajados de las montañas, siempre comunistas o simpatizantes, en los primeros tiempos; los alemanes tomaban represalias, fusilando a algunos pobladores de los lugares más cercanos. En la próxima oportunidad, la población, atemorizada por el precedente, huía de las aldeas, no restándole otra alternativa que sumarse a los guerrilleros aunque no tuviese

simpatías por los comunistas. Es decir, éstos, actuando con su universal y doctrinaria falta de escrúpulos morales no vacilaban en provocar las primeras víctimas inocentes, a sabiendas, para así crear el conflicto con los alemanes impelidos a reaccionar con represalias.

Deseo complementar la anterior apreciación con el relato de algunos acontecimientos, pequeños en sí, pero aclaratorios en lo que se refiere al estilo y modalidades de la ocupación alemana en Grecia. Uno de ellos lo oí de un primo mío; otro, me lo refirió un pariente más lejano; y algunos, mi propia mujer. Todos ellos son griegos. Tengo, pues, razones para confiar en su autenticidad.

Primer cuadro.—En la plaza Omonía, la segunda de Atenas según me parece, producido ya el desastre alemán y mientras sus soldados se preparaban para retirarse, un grupo de doce o quince soldados italianos, con leve simpatía del pueblo, lanzaban bravuconadas y reían a carcajadas tratando de confraternizar con los griegos. Naturalmente, todos los italianos estaban bien armados. Ya no quedaban soldados alemanes en la capital. De pronto, apareció un sargento alemán retrasado por quien sabe qué causa. Enmudecieron los italianos y los griegos volvieron a conversar entre sí, repentinamente indiferentes. Con toda calma, el sargento alemán sacó su pistola y apuntó con ella al grupo de italianos, ignorando a los griegos. Ni siquiera necesitó hablar. Apenas una indicación clara con la misma mano que sostenía la pistola. Los italianos, sin un gesto, empezaron a arrojar sus armas al suelo. El alemán, que ya había divisado una moto con *sidecar* estacionada cerca, cargó él mismo todas esas armas en varios viajes y montando tranquilamente en el último se alejó con su fácil botín y su desprecio. Nadie movió un dedo para detenerle. Esto me lo contaba mi primo griego con un solo comentario: «Era problema en-

tre alemanes e italianos y nosotros no teníamos porqué intervenir.»

Segundo cuadro.—En Vérria, un pariente lejano, como lo somos casi todos los válacos y muchos griegos, lo presenció. Durante la ocupación, mientras un grupo de campesinos, entre los cuales se contaba mi pariente, cortaba leña a orillas de un río, un pelotón de soldados alemanes se bañaba en él. «Parecían todos hermanos, difíciles de distinguir; unos muchachos rubios, altos, de ojos azules, que reían incensantemente, como los semidioses de antes... pero no sabían luchar como nosotros», me dijo. Miré sorprendido. Continuó: «De pronto aparecieron los guerrilleros en las faldas del cerro del frente, haciendo fuego con pistolas y fusiles. Cayeron varios alemanes, pero el resto, sin aturdirse, salió del agua y cogieron sus armas. Apoyaban unos sus ametralladoras sobre los hombros de los otros, todos en traje de baño, y volvían a avanzar sobre el río, muy bajo en esa parte, haciendo fuego sobre los guerrilleros que pronto desaparecieron.» Mi pariente terminaba el relato moviendo su cabeza: «Estos muchachos ingenuos, ¿de dónde salían? ¿porqué no pensaban siquiera en protegerse, como nosotros lo habríamos hecho?»

Tercer cuadro.—Mioritza, quien sería pronto mi mujer y que vivió en Grecia toda la ocupación alemana, tiene todavía mejores experiencias de lo que fue aquello. Ella cuenta: Una tarde, en un restaurante de Salónica, repleto de griegos, entró un teniente alemán. Según era usual y, al parecer obligatorio en el ejército alemán de ocupación, al entrar, en un lugar público, se cuadró rígidamente en la entrada e hizo una inclinación a la derecha y otra a la izquierda, saludo que nadie le devolvió,

cosa que no pareció importarle. Ocupó una mesa y, despojándose de su terciado con la gran pistola, todo lo cual colocó en una silla cercana, empezó a comer, al mismo tiempo que leía un periódico que sacó de su bolsillo. No habían transcurrido cinco minutos cuando se puso de pie de un salto: la pistola había desaparecido, a manos de un descendiente de Ulises. El oficial se dirigió rápidamente a la puerta y colocándose de espaldas a ella, sacó del interior de su guerrrra una nueva pistola. En alemán, que varios se apresuraron a traducir, dijo, simplemente: «Nadie saldrá de aquí mientras no se me devuelva mi arma.» Este anuncio provocó consternación y conciliábulos. Pronto, un muchacho con aire contrito, se acercó a él y le alargó la gran pistola en silencio. El alemán la tomó calmadamente y sin una palabra de reproche la colocó en su cartuchera, se ajustó el terciado y se sentó a comer. El restaurante volvió a vivir y a cuchichear como si nada hubiera sucedido.

Cuarto cuadro.—Mioritza tenía en su casa de Niausta un taller de costura en el cual trabajaban unas quince muchachas, todas menores de veinte años. Era una de las mejores casas del pueblo, por lo que debió recibir en ella a dos sargentos alemanes. El primero, soltero, de veintiún años, y el segundo, casado, de veinticuatro. Ambos fueron alojados en una habitación del segundo piso. Me ha contado Mioritza: «Nunca les vi conversar siquiera con una de nuestras operarias, pese a las miradas de admiración que ellas permanentemente les lanzaban. Aún más, esos alemanes, tan denigrados, cuando llegaban a nuestra casa de noche se sacaban las botas para no despertar a los dueños. Insistieron en comer en su propio dormitorio para no molestar a la familia ni a las muchachas que lo hacían con nosotros. Nuestra cocina, y el comedor que estaba a la pasada, tenían siempre frutas,

pero jamás tomaron siquiera un durazno sin pedir previamente permiso. Gustaban de conversar con los dueños de casa, pero cuando mi madre no había llegado, retenida por sus conversaciones con los vecinos, los alemanes se volvían a su pieza. Insistían en entregarnos los víveres en conservas, los chocolates y otras cosas de agrado que recibían directamente del ejército alemán, alegando que era lo justo, puesto que nosotros les alimentábamos a ellos todos los días. Fue la época de mi vida en que comí más chocolates, chocolates alemanes, desde luego.» El último comentario de Mioritza: «Un día debieron partir; su guerra se perdía. En mi casa, todos llorábamos, incluso las operarias. Mi madre les preparó unos dulces aparentando ignorar lo tenebroso que para los dos jóvenes sargentos era esa retirada. Supe que se hundieron en el estrecho de Corinto con un tren que cayó en el puente dinamitado.»

Quinto cuadro.—También lo presenció Mioritza. En Niausta, como el anterior. Por haberse perdido la guerra, Badoglio había resuelto que Italia era enemiga de Alemania, su leal aliada y protectora hasta ese minuto. En Niausta quedeban sólo dos soldados alemanes, esperando órdenes de evacuación desde Vérria. Pero también había trescientos soldados italianos alojados en la Escuela «Galakia». Cada alemán se instaló en una de las dos puertas de la escuela, que daban a distintas calles. Así, esos dos alemanes, en medio del silencio griego, detuvieron a trescientos italianos durante día y medio. Cuando los dos alemanes se fueron, los italianos salieron vitoreando a gritos la liberación.

Creo que estos pequeños incidentes que he relatado en forma suscinta son altamente demostrativos de la «dureza» de la ocupación alemana en Grecia.

Sobre el espíritu que animaba a los ocupantes alemanes puedo citar y recordaré siempre haber oído de un amigo chileno, un profesor universitario que en 1960 estuvo en Grecia, que en Micenas, Peloponeso, en un libro de recuerdos de visitas que existía y quizá existe todavía en el hotel «La bella Helena del rey Menelao», leyó la siguiente frase estampada por un coronel alemán: «Hoy, por desgracia, sólo somos soldados con sus armas; pero pronto, tras nosotros, volverán los estudiantes alemanes con sus libros.»

Todavía puede agregarse que yo estaba en Grecia en 1947 cuando los jefes alemanes fueron ahorcados después de esa burla de la justicia que se llamó «Proceso de Nüremberg». No vi entonces muestras de alegría entre los griegos. Los periódicos fueron particularmente objetivos en sus informaciones, en contraste con la vileza de los de otros países. Las fotos de los alemanes culpables del delito de haber perdido la guerra llevaban generalmente una frase de respeto ante el infortunio. En honor de los griegos reitero que no hubo injurias ni burlas para el enemigo vencido. Nadie escupió intelectualmente sobre los cadáveres, como fue moda en esos días. Por el contrario, era unánime la repulsión hacia el gesto de «justicia» de los verdugos que ahorcaron el cadáver del mariscal Göring, quien, en supremo acto de desdén, encontró la forma de suicidarse la noche antes de la ejecución. Un griego me confidenció más tarde: ese gesto del mariscal Göring que supo cómo suicidarse, pese a todas las precauciones de sus carceleros, en algo me recuerda el elegante desdén con que los nobles franceses marchaban a la guillotina, sorbiendo rapé frente a la chusma embriagada.

La lucha contra los guerrilleros, iniciada en 1946, se tornaba cada vez más difícil y sangrienta. Pese a sus

descalabros, se hacían fuertes. Tres de sus cinco caudillos principales se entregaron a los gubernamentales y me tocó escucharlos, arrepentidos, dirigir la palabra a la multitud en la plaza principal de Salónica. Me pareció que era gente limpia y sincera, como también lo eran algunos muchachos comunistas que tuve ocasión de conocer en casa de Mioritza. Entre ellos recuerdo a uno, traído por su hermano; no alcanzaba a los veinte años pero ya había muerto a varios. Me dijo, sencillamente: «Me vine porque he estado en la montaña y vi que nuestro jefe estaba lleno de mujeres y de oro.» Ciertamente, yo no simpatizaba con ellos, pero esos guerrilleros vivían heroicamente. Hubo algunos que durante semanas se alimentaron en las montañas sólo de maíz crudo. En octubre o noviembre de 1946 llegaron hasta los alrededores de Salónica y aún alcanzaron a bombardearla con piezas de artillería. Los gubernamentales, en afortunada maniobra, lograron capturar a un grupo importante y lo hicieron desfilar por las calles de la ciudad. Los vi. Casi todos eran jovencitas y muchachos que aún en la derrota mostraban gran resolución y aire desafiante. En varios *jeeps* se exhibían las armas tomadas. Todas llevaban, muy visibles, la conocida inscripción, fórmula de consagración de la nueva libertad: «Made in U.S.A.» Eran armas entregadas por los americanos a los rusos «para luchar contra el fascismo».

Salónica estaba moralmente destruida. Allí, menos que en cualquier otra parte, se podía confiar en alguien.

XLIII

Siempre queda lugar para el amor.—Cómo logré entrar y vivir en Italia.—En Roma encuentro todo, menos nacionalistas alemanes.—Los norteamericanos nos ofrecen trabajar como espías.—Un país «distinto, libre»

Los requerimientos de los camaradas de Italia para que fuera allá, y luego a América, se hacían más frecuentes e insistentes, casi apremiantes. Con más amplia perspectiva, yo comprendía ahora que no había nada que hacer, que los aliados aceptaban que los Balcanes fuesen comunistas. Las pocas noticias que se filtraban desde Rumania eran desoladoras. Por el momento, había que excluir cualquiera acción en nuestra Patria. Los comunistas habían terminado a conciencia la labor de exterminio iniciada por Carol y casi finiquitada por Antonescu. Pese a la evidencia, me resistía, recordando que Corneliu Codreanu había dicho que el legionario debe luchar contra el comunismo donde quiera que esté, lo que me parecía que también debía entenderse en el sentido de que cualquier lugar es bueno para luchar contra el comunismo y, desde luego, el más próximo. Por otra parte, resultaba igualmente razonable estimar que era preferible partir para contribuir a mantener la llama de la

Guardia en el extranjero. Por último, tenía que admitir que algún día, fatalmente, mi verdadera condición, mis auténticas ideas políticas, todo mi pasado, en resumidas cuentas, sería descubierto en Grecia, con las consecuencias de suponer.

Por vez primera, la vida privada había empezado a contar para mí. Según las más puras costumbres macedónicas, mis parientes trabajaban activamente buscándome novia, sin considerar mis protestas. Incluso llegaron a presentarme algunas seleccionadas por ellos. Pero, ya sabía yo a qué atenerme. Todos los días Mioritza venía a esperarme a la salida de mi oficina en Salónica, y la acompañaba, diciéndonos en el camino todas las mismas cosas que los enamorados se han dicho desde el principio de los tiempos y probablemente seguirán diciendo hasta el final de ellos. En su casa continuaban las charlas interminables, generalmente acompañados por una amiga, de nombre Zula, y por su novio, quien era comunista. Más tarde se hizo guerrillero, hoy vive en Polonia. Zula, a quien Mioritza volvería a ver en 1955, se casó con otro, de Niausta, que hoy es empleado en el Correo de la ciudad, y allí vive. Creo que todavía recordará esas largas veladas en casa de Mioritza, en Salónica.

Mioritza sabía de los requerimientos de mis camaradas para que partiera. Pese a su total compenetración con el espíritu de la Guardia, de la cual tan largamente yo había hablado, estaba agotada, con cierto fastidio de todo. No creía que los nacionalistas griegos fuesen como nuestra Guardia y me aseguraba que algún día me desilusionaría de ellos. Con vehemencia me insistía a que partiera también y tratara de llegar a Argentina. Mis vacilaciones le resultaban incomprensibles. En esos días, todo griego ansiaba marcharse, más aún si existía la posibilidad de radicarse en América.

Me decidí a partir. Por consiguiente, era necesario casarse, de lo que hasta ese momento no habíamos hablado, aunque se entendía naturalmente que algún día lo haríamos. Nos casamos en Salónica el 13 de marzo de 1948. Había en la ciudad tanta tristeza y tanto dolor, que la boda sólo podía ser en privado. De la familia asistió su madre. El padre de Mioritza había fallecido, y el último hermano acababa de ser movilizado por el ejército. Todo fue muy sencillo, lo cual no la preocupaba en lo más mínimo, ya que entendía perfectamente el espíritu legionario. Un capitán griego, que fue mi padrino, nos ofreció una comida de bodas en su casa. Fue el único marco para el acontecimiento más importante y más afortunado de mi vida. Mi testigo fue el profesor de francés en el colegio de Salónica, Ion Ciumeti, natural de Vérria, pariente del famoso Sterie Ciumeti y vivo todavía en Vérria, según espero.

En un barco, que por casualidad resultó ser otra vez el mismo «Corintia» de mi primer viaje, partimos de Salónica a El Pireo. Tomada la gran decisión, ahora deseábamos estar lo antes posible en Italia, que ya se nos imaginaba al alcance de la mano. No era así.

La salida de Grecia me fue muy difícil. Los italianos dieron el visado a Mioritza, pero me lo negaron a mí, aunque fuera de tránsito. Moví influencias, que también tenía, pero fue inútil. Inquieto, escribí a mis camaradas de Italia, los que se movilizaron sin mayores resultados. En el ardiente verano, daba vueltas como en una jaula por las calles de Atenas. Un empleado subalterno de una oficina de viajes italiana me dio un sencillo y práctico consejo: «Manda a tu mujer en avión a Roma; tu te consigues visado para cualquier parte, tomas el barco a Génova, y cuando llegues allí te finges enfermo.» Más sencillo, imposible... pero sólo a un italiano se le habría ocurrido. Así lo hice. Partió Mioritza en avión, y llegué yo al puerto de Génova el 28 de agosto de 1948. Al acercarme a la pasarela, me pidieron el pasaporte, que debía tener el visado. Dije algo increíble: que se me había perdido. El

oficial italiano me miró severo, adusto. Quién sabe cuántas veces le habían dado tan absurda disculpa. «¡Quédate a un lado!» dijo con tono amenazador mientras confrontaba en una lista los nombres de los otros pasajeros que se atropellaban por bajar. Como nadie se preocupaba de mí, me fui escabullendo poco a poco. Finalmente, con aire resuelto, inicié por el costado opuesto el cruce de la pasarela. Al requerimiento de otro italiano, ubicado a la mitad de ella, contesté en griego, ofreciéndole cigarrillos, de los que tomó un paquete entero, sin insistir en la pregunta. La misma maniobra, con iguales resultados, se repitió en tierra. ¡Ya estaba en Italia! Tomé un taxi y me dirigí al centro de Génova, al departamento de un profesor rumano, donde me esperaba Mioritza. La misma noche llegamos a Roma. Al día siguiente me presenté al Comité Rumano de Emigración. Nadie me preguntó nada de mis ideas políticas, pero me arreglaron rápidamente mis papeles de emigrante, en forma que yo creí segura. Al día siguiente, nos presentamos a la policía de Roma, ante el prefecto De Fiore. Le mostré mis papeles, y De Fiore, después de ojearlos, los depositó solemnemente sobre su mesa y dijo con gravedad: «Vlad Durlia... la policía de Italia lo está buscando.» Quedé abatido. Me alargó una circular en forma de cable que precisamente era eso, lo anunciado: la orden de mi detención por la policía italiana. Quizás la única vez que fui importante en mi vida. Me derrumbé sobre una silla en la cual nadie me había invitado a sentarme, con Mioritza reclinada sobre mi hombro. De Fiore silbaba levemente, con la cabeza gacha, llevando con los dedos el compás sobre la mesa. Sentí deseos de no luchar más, de afrontar lo que viniese, aunque se tratara de mi envío a Rumania. Un sollozo de Mioritza me hizo sobreponerme. Con voz quebrada pregunté a De Fiore si podía escucharme unos minutos. Su silencio me pareció autorización. Empecé a contarle todo. Mi iniciación en la política. La vida en los Balcanes. Le hablé de Rumania, de la Guardia y del Capitán, de nuestro invariable afecto por Italia, de los campos de concentración alemanes, de mi regreso a Grecia para luchar contra los comunistas y de la segura muerte que me esperaba si me devolvían a Rumania. Callé, agotado por ese discurso atropellado. De Fiore continuaba tamborileando con los dedos, la cabeza baja, aunque ahora en silencio. Dijo: «No le puedo firmar la residencia... pero muchas veces cerramos los ojos. ¡Váyase!»

Efectivamente, tomados de las manos, mirándonos a los ojos, incrédulos y felices, Moritza y yo partimos de inmediato. En los dos años que vivimos en Roma, Vía Gaetano Donizetti, 22, sexto piso, nadie nos molestó, ni pareció la policía preocuparse por nosotros. Recuerdo a De Fiore con gratitud, y mucho daría por saber qué pasó por su mente mientras inclinado, escuchaba en silencio mi narración. ¿Reaccionaba como un fascista encubierto que veía en mí a uno de los suyos, o simplemente se compadecía ante un problema humano? No lo sé, ni lo sabré; pero creo que el más justo y simple homenaje que puedo rendir a ese hombre es recordar las palabras que Mioritza pronunció al salir de la oficina: «A mí, en mi Patria, me daba miedo entrar en la oficina de un simple policía, y aquí, en Italia, el propio jefe de la policía nos trata así...»

Dos años permaneceríamos en Italia, con dificultades económicas, ya que la falta de documentación adecuada me impedía trabajar. Pero, estaba inscrito en la I.R.O. (Organización Internacional para los Refugiados) y nos ayudaban con alimentos y algún dinero. Además, Mioritza trabajaba cosiendo y obtenía por ese concepto ingresos de mediana importancia.

Pese a las necesidades materiales, fueron dos años realmente felices. Mioritza me hizo vivir lo que el amor puede significar en la vida de un hombre, aun para los

que más distantes de él se hayan supuesto. Además, pude conocer Roma como si fuera mi pequeña y nativa Niausta, aunque siempre mis vagabundeos terminaban en el lugar más amado: la columna de Trajano.

Todas las tardes, próximo a ponerse el sol, remataba yo en el foro Trajano, a los pies de la maravillosa columna. Era un poco mi hogar.

El foro y la columna fueron construidos en el año 113 de nuestra Era, para conmemorar los principales episodios de la conquista de Rumania, Dacia, por Trajano, el emperador romano-español, en las guerras de 101-102 y 105-106.

Permanecía estático frente a la columna, contemplando la celda de su base, donde durante siglos se guardaron las cenizas del gran emperador.

Paseaba lentamente mi vista hasta la cumbre del capitel dórico, donde originariamente se alzaba la estatua del emperador, sustituida a fines del siglo XVI por una de San Pedro, lo que no me alegraba, pese a mis sinceras convicciones cristianas.

Lo más importante en ese conjunto de más de cuarenta y dos metros era para mí la columna misma, de unos treinta metros de altura, en dicinueve bloques de mármol. En torno a ella se enroscaba una espiral de veintidós vueltas, que en maravilloso relieve de más de dos mil quinientas figuras da una visión exacta no sólo de los episodios más importantes de las dos guerras, sino, también, de las armas, las artes y las costumbres de los romanos y los antiguos dacios. Ahí se ven las fortalezas que Trajano atacó, los campos de batalla, los adversarios combatiendo y los puentes que construyó.

Me asombraba verificar la asombrosa identidad entre las figuras esculpidas hace diecinueve siglos y los campesinos y pastores rumanos de hoy: son lo mismos trajes, los mismos cortes de pelo, los mismos ademanes. Igual el alto gorro de cordero, la amplia camisa blanca

cayendo sobre los estrechos pantalones de lana; el ancho cinturón de cuero; la capa de lana o de piel. ¡Cuántas veces había contemplado al Capitán Corneliu Codreanu con esa misma indumentaria!

Recordaba que ninguna de sus glorias enorgullecía tanto al emperador romano nacido en España como la conquista de Dacia. Como César con la Galia, escribió un libro, *De bello Dacico*, que desgraciadamente no se ha conservado. Dijo el emperador: «He subyugado hasta a estos dacios, los más guerreros de todos los pueblos que han existido jamás; no sólo por su poder corporal, sino también por la doctrina de Zalmoxis, a quien tanto glorifican. Este les ha grabado en el corazón que no mueren, sino que solamente cambian de morada, y por eso se entregan a la muerte más felices que a cualquier otro viaje.»

Ya en mis primeros días en Roma me había puesto en contacto con la Jefatura de la Guardia en la capital de Italia. La presidía Constantín Papanace.

Si bien la mayoría de los jefes supervivientes estaban en München, Alemania, o ya habían llegado a la Argentina, con Papanace y otros pocos nos bastábamos en Roma. La guerra había terminado, pero no descansábamos ni descansaremos nunca. Teníamos bastante trabajo con ayudar a nuestros refugiados que seguían llegando. También preparábamos la publicación de un periódico nacionalista rumano, que efectivamente apareció en 1949 con el nombre *Tzara* («Tierra»). Igualmente, publicábamos regularmente artículos en los diarios italianos gracias a la influencia de algunos fascitas con los que nos habíamos vinculado. Esos artículos iban precedidos por nuestro emblema y hasta ilustrados con fotografías de las viejas ceremonias de la Guardia en su época de lucha. No sólo los fascistas italianos estaban cerca. También nos vinculamos con nacionalistas albaneses, búlgaros, croatas, rusos y otros. Entre los rusos

tuve oportunidad de conocer al príncipe Romanoff. En honor a la verdad debo consignar que, pese a mi especial atención e inquietud, lo único que no encontré jamás fue nacional-socialistas alemanes. A mis insistentes requerimientos se me contestaba siempre que aquellos nacional-socialistas que habían podido huír se encontraban en España y, principalmente, en la Argentina. Me sorprendía la gran actividad, totalmente pública, que desarrollaban los fascistas italianos. Asistí a algunos de sus actos y, fuera de los comunistas, nunca me pareció que el pueblo tuviese animadversión contra ellos. Me sonreía melancólicamente viendo la agresividad y estridencia de estos fascistas: hubiese querido preguntar qué había hecho toda esa gente cuando Mussolini fue traicionado por Badoglio; pero la experiencia me había vuelto prudente y me limitaba a aplaudir, sin mayores averiguaciones, aunque la desgana me impedía alzar el brazo para saludar, a la usanza de convicciones perennes.

La guerra había terminado sólo tres años antes, pero era claro que los tiempos habían cambiado mucho. La mejor prueba fue que agentes norteamericanos se pusieron en contacto con la Jefatura de la Guardia en Roma para ofrecer ayuda económica siempre que accediéramos a enviar ocultamente a Rumania, con documentación falsa proporcionada por ellos mismos, a grupos que trabajasen como espías suyos. Por unanimidad nuestra Jefatura rechazó esa proposición. Aunque se había formulado sólo verbalmente, la contestamos por escrito, detallando las circunstancias. Reiteramos que éramos anticomunistas y que aceptábamos luchar contra Rusia, pero no como espías, sino en combate verdadero, «como Estados Unidos debió haberlo hecho inmediatamente después de la caída de Europa». Consignamos nuestros nombres y demás referencias y terminamos pidiendo que en el día que Estados Unidos confesando su grave deuda para Occidente atacara a Rusia, nos conce-

diera el primer lugar. Por supuesto que no tuvimos respuesta, pero ese documento debe estar en alguna parte de los archivos americanos del Pentágono.

En los mismos días de ese ofrecimiento bastardo, me llegó una comunicación fraterna de los Estados Unidos. Tenía allí una prima, casada con un rumano de Vérria y me ofrecía trabajo y la consiguiente radicación en Norteamérica. Rehusé cortésmente. Es cierto que quería ir a América, pero a un país latino, porque Corneliu Codreanu creía en la misión de la latinidad en el mundo. Además, Estados Unidos era el país que con su superioridad material había asestado el golpe decisivo a Alemania, con cuyas armas Rusia había invadido Europa y el que había aceptado la comunistización de los Balcanes, Polonia y media Alemania. Sobre todo, Estados Unidos era el país de Roosevelt. Preferí, siempre acogido a la I.R.O., seguir esperando que esta Organización me encontrase un hueco en otro lugar del mundo, en el cual realmente pudiese mi corazón latir en armonía.

Un día, también llegó mi turno y fui llamado. Recuerdo el diálogo con un ex mayor del ejército italiano, entonces funcionario de la I.R.O. Creo que es textual:

—¿Quieres que te recomiende un país distinto, libre?

—¿Cuál?

—¡Chile!

—¿Chile?

—Sí; Chile, en Sudamérica. En estos días llega una comisión chilena. Si quieres, te inscribo.

Vacilé unos segundos. No sabía nada, absolutamente nada de Chile, salvo que estaba al otro extremo del mundo, en Sudamérica y que, por consiguiente, debería ser un país latino.

—¡De acuerdo... conforme!

Apenas había llegado a Lago di Garda donde había ido a despedirme de los legionarios que quedaban allí, cuando recibí urgente telegrama de Mioritza para que

volviera de inmediato. Tanto a la ida como a la vuelta del Lago di Garda me había preguntado porqué el mayor italiano me había sugerido Chile y porqué parecía tener tan auténtico entusiasmo por ese país lejano. Nunca llegué a saberlo y hasta hoy continúa siendo para mí un motivo de viva curiosidad.

Estaba en Roma una comisión chilena de inmigración que presidía don Mario Fantinni. Fuimos aceptados, aunque ignoro cuáles fueron los factores considerados o qué razones primaron. Viajamos desde Nápoles al puerto de Bremenshaven, en Alemania. No creo que los animales pudieran viajar en peores condiciones. El preliminar no tenía nada de alentador, aunque no era imputable a la comisión chilena. En el puerto alemán debimos esperar una semana, y ni siquiera la novedad de la nieve que todo lo cubría pudo disipar nuestra melancolía en esa Navidad de 1949.

Nos embarcamos en un transporte militar norteamericano, el «General Sturgis», que apestaba con sus mil quinientos emigrantes de todas las nacionalidades. Sólo veintidós éramos rumanos. Allí toda incomodidad parecía tener asiento por derecho propio, pero no dejo de estar agradecido. El «General Sturgis», después de una maloliente y antipática travesía del Atlántico, hizo escala en Nueva Orleans, Mississippi, Estados Unidos, donde se quedaron más de la mitad de los pasajeros; entre ellos, todos los judíos.

Nueva Orleans, a orillas del Misissippi, el mayor puerto fluvial del golfo de México, puerta de América en esos días, despertó mi curiosidad por su barrio francés y la catedral de aspecto español; pero ni siquiera el pasear por la Rue Bourbon, con sus salones de baile y sus callejuelas contiguas llenas de tabernas, plazoletas con palmeras y viejas casas coloniales, pudo disipar mi melancolía por el progresivo distanciamiento de Europa.

Bastante desahogados, continuamos. La segunda escala fue en La Guaira, Venezuela. Era nuestro primer contacto con Latinoamérica. Todo resultaba deprimente: miseria, negros ociosos, calor, humedad, colores chillones. Daban deseos de volver a los Balcanes, con comunistas y lo que fuera. Hoy La Guaira es otra cosa, según he podido comprobarlo personalmente en reciente viaje, casi una pequeña Miami. Pero entonces, veinte años atrás, las cosas eran distintas. Bajaron unos cuarenta emigrantes, desesperados ante la perspectiva que se les ofrecía. Casi todos, con lágrimas en los ojos. Los pocos que seguíamos, estábamos sombríos. Si ésta era la entrada de Latinoamérica, ¿qué quedaba para el resto?

El 13 de enero de 1950 el «General Sturgis» atracó en Valparaíso. Era difícil admitir lo que veíamos en ese puerto que los europeos sienten como el último rincón del mundo. Los civiles que casualmente pasaban nos saludaban con cordialidad, alzando los brazos y agitando sus manos. Una banda entonaba alegres marchas. Subieron las autoridades y con ellas varios militares, tan impecables y correctos como los alemanes que habíamos conocido en los buenos días, pero mucho más humanos y espontáneos. Divisábamos a los carabineros en el muelle y no podíamos creer que esos hombres, aptos para una parada de gala, fuesen la policía del país. A lo lejos, las casas trepaban por los cerros hacia el cielo. Se palpaba el orden, la actividad y el respeto mutuo. Empecé a bajar de los primeros, confundido porque alguien, solícito, se empeñó en ayudarme con mi escaso equipaje. Los niños de un colegio cantaban una desconocida canción en el lenguaje universal de la bienvenida, mientras algunos obreros hacían una pausa en su trabajo para alargarnos cigarrillos.

GUIA CRONOLOGICA RUMANA

(Con especial mención de los hechos contemporáneos relacionados con la obra)

106

El emperador romano-español Trajano pone fin a la conquista de Dacia, parte de la actual Rumania. El último rey, Decebalo, se inmola con sus jefes en la ciudad de Sarmisegetusa.

271

El emperador Aureliano, derrotado por los godos, retira las legiones al sur del Danubio. La ocupación romana ha durado poco más de siglo y medio.

1330

Basarab, señor de Valacquia funda el primer Estado válaco (rumano) independiente, incluyendo el sur de la actual Basarabia.

1386-1418

Reinado de Mircea el Viejo, quien, por vez primera, se enfrenta a los turcos. Combate en el gran desastre cristiano de Cosovo (1389), pero los derrota en Rovine (1394) y en Turnu Magurele.

1457-1504

Reinado de Esteban el Grande, príncipe de Moldavia, considerado el más grande gobernante de la historia de Rumania. Vic-

torioso en más de cuarenta batallas contra los turcos y otros, señala cada una de ellas por la construcción de un monasterio. Su más importante victoria es Podul Inalt, en 1474.

1593-1601

Reinado de Miguel el Bravo. Realiza la unidad de Rumania, reuniendo bajo su mando los principados de Valacquia, Transilvania y Moldavia.

1829

Tratado de Adrianápolis. Rusia se transforma en «protectora» de los dos principados, Moldavia y Valacquia, mientras Turquía conserva su calidad de soberana.

1848

Revolución nacionalista y liberal. El poeta Dimitri Bolintineanu, el político Ion Bratianu y el escritor Balcescu. Un grupo de refugiados de excepcional valer intelectual se asila en Francia, atrayendo la atención de Europa sobre Rumania.

1856

Como consecuencia del Tratado de París, que puso término a la guerra de Crimea, el coronel Alejandro Cuza es elegido señor de los principados unidos de Valacquia y Moldavia.

1866

Un plesbicito designa a un alemán de la casa de Hohenzollern como príncipe de Rumania, con el título de Carol I. Su reinado dura cuarenta y ocho años. La reina Elizabeth se inmortalizará en la literatura con el seudónimo de Carmen Sylva.

1877

Rumania proclama su independencia de los turcos (10 de mayo), mientras Rusia se apodera del sur de Basarabia.

1893

Nace en Sinnaia el futuro Carol II (3 de octubre).

1899

Nace en Iași, capital de Moldavia, Corneliu Zelea Codreanu, fundador y Capitán de la Legión de San Miguel Arcángel (13 de septiembre).

1905

Turquía reconoce oficialmente la existencia de minorías de válacos en Macedonia, Epiro y Tesalia, otorgándoles representación en el Parlamento turco (9 de mayo).

1913

Segunda guerra balcánica (30 de junio). Grecia, Serbia y Rumania luchan contra Bulgaria. Por el Tratado de Bucarest (10 de agosto), Rumania recupera Dobrudja del Sur.

1914

Muere Carol I y se inicia el reinado de su sobrino Fernando I (11 de octubre).

1916

Rumania entra en la primera guerra mundial junto a los aliados (14 de agosto).

Corneliu Codreanu se une al 25 Regimiento de Infantería, en el que servía su padre.

Los alemanes, mandados por Von Falkenhayn y Von Mackennsen derrotan a los rumanos en Brasov, Transilvania (9 de octubre).

Victoria alemana en Vulkan y Szurduk (11-17 de noviembre).

Los alemanes entran en Bucarest y el Gobierno se retira a Iași (6 de diciembre).

1917

Los rumanos, bajo el mando de los generales Averesco, Christesco y Grigoresco derrotan a los austro-húngaros en Marasesti (11 de julio), Marasti y Oituz, en Moldavia.

Armisticio con los alemanes (7 de diciembre).

Corneliu Codreanu ingresa en la Escuela Militar de Infantería de Botosani.

1918

Paz de Bucarest entre Rumania y Alemania (27 de marzo).

Corneliu Codreanu ingresa en la Escuela Militar. Su hoja de calificación termina con la siguiente frase: «Será un buen comandante» (17 de julio).

1919

Un cuerpo del ejército rumano al mando del general Traian Mosoiu entra en Budapest, Hungría, poniendo término a la dictadura comunista instaurada por Bela Khun el 21 de marzo del mismo año. Los rumanos han destruido así el primer régimen comunista de la historia de Occidente (3 de agosto).

Corneliu Codreanu ingresa a la Facultad de Derecho de la Universidad de Iaşi (septiembre).

Corneliu Codreanu se afilia a la «Guardia de la Conciencia Nacional» que dirige el obrero metalúrgico Constantin Pancu.

Tratado de París. Rumania recibe Basarabia de Rusia y Transilvania, Bucovina, Banat y Crisana del ex Imperio austro-húngaro (9 de diciembre).

1920

Huelga comunista en la fábrica «Regia», de Iaşi. Frente a cinco mil huelguistas, Codreanu arranca la bandera roja y la reemplaza por la bandera rumana.

Corneliu Codreanu, por la acción directa, obliga a restablecer la ceremonia religiosa en la apertura del año universitario en Iaşi.

Ana Pauker Rabinovitch, hija de un comerciante israelita de Basarabia, más tarde nacionalizada soviética, funda el partido comunista de Rumania. Bajo la ocupación, Ana Pauker llegará a ser ministro de Relaciones Exteriores en el Gabinete que preside Pedro Groza.

1921

Matrimonio del príncipe Carol con Helena de Grecia (10 de marzo).

Corneliu Codreanu es elegido presidente de la «Sociedad de Estudiantes de Leyes» (septiembre).

Nace Miguel, hijo de Carol y Helena (21 de octubre).

1922

Corneliu Codreanu funda en Iaşi la «Asociación de Estudiantes Cristianos» (20 de mayo).

Corneliu Codreanu se licencia en la Facultad de Derecho de la Universidad de Iaşi (junio).

Corneliu Codreanu viaja a Alemania y se matricula en la Universidad de Jena (septiembre).

Estalla la huelga general de los universitarios rumanos, cuya principal exigencia es que se limite el ingreso de estudiantes judíos en proporción a la población. Codreanu vuelve a Rumania (diciembre).

1923

Se funda en Iaşi la «Liga de Defensa Nacional Cristiana» bajo la presidencia del profesor Cuza. Codreanu es designado jefe de organización interna (4 de marzo).

Corneliu Codreanu es condenado en Iaşi por organizar manifestaciones contra la reforma de la Constitución que ha aprobado el Parlamento (29 de marzo).

Corneliu Codreanu es detenido (8 de octubre), junto con Ion Motza y otros trece estudiantes, bajo la acusación de conspirar para dar muerte a algunos de los ministros. La vista de la causa sólo se verificará el 29 de marzo de 1924, permaneciendo todos detenidos en el lapso. Son absueltos, menos Ion Motza, quien en la misma cárcel ha disparado contra el delator Vernichescu.

1924

Corneliu Codreanu funda en Vaslui el primer núcleo de estudiantes secundarios, que denomina «Hermandad de la Cruz» y lo pone bajo las órdenes de Ilie Garneatza (6 de mayo).

Corneliu Codreanu inaugura los dos primeros campos de trabajo nacionalistas en Ungheni y Rapa Galbena (8 de mayo).

Corneliu Codreanu, afrentado por los castigos y humillaciones sufridos a manos de la policía que destruye Ungheni, se refugia en la soledad del monte Raraul, en los Cárpatos, donde permanece mes y medio.

Ion Motza es absuelto en el proceso seguido en su contra por el atentado contra Vernichescu (26 de septiembre).

Corneliu Codreanu, actuando como abogado del estudiante Comarzán, torturado por el prefecto Manciu en los sucesos de Unghe-

ni, dispara contra éste cuando el prefecto intenta agredirlo en la misma sesión del Tribunal, en Iaşi (25 de octubre).

1925

Se inicia la vista pública del proceso contra Codreanu por la muerte de Manciu. Ha permanecido en la cárcel desde el 25 de octubre de 1924. La causa se ve en Turnul-Severin, sustrayéndola ilegalmente de la competencia de los Tribunales de Iaşi y Focsani. Diecinueve mil trescientas personas se inscriben en la defensa. Dieciséis abogados defensores hablan en el alegato final. El 26 de mayo lo hace Codreanu y termina expresando: «He luchado con amor por mi pueblo y me comprometo a continuar esta lucha hasta el fin. Es mi última palabra.» El Tribunal le absuelve, reconociendo que ha actuado en legítima defensa (20-26 de mayo).

Corneliu Codreanu se casa en Focsani con Elena Illinoiu. Más de cien mil campesinos acuden a la boda. El cortejo lo forman dos mil trescientos carros.

Después de más de treinta años de enseñanza, el Gobierno destituye al profesor Cuza de su cátedra de Economía en la Universidad de Iaşi.

Corneliu Codreanu, acompañado por su mujer y Ion Motza parte para Francia, matriculándose en la Universidad de Grenoble (septiembre).

1926

El Parlamento de Rumania acepta la renuncia a sus derechos hereditarios hecha por el príncipe Carol a quien el rey ha exigido poner término a sus relaciones con Magda Wolff (Lupescu) (4 de enero).

Corneliu Codreanu regresa de Grenoble a Bucarest para ayudar a la «Liga de la Defensa Nacional Cristiana», de Cuza, en las elecciones convocadas para mediados de mayo (1.° de mayo). Presenta su propia candidatura por Focsani. En una campaña de dos días, el Gobierno le permite hablar sólo un minuto en cada concentración. Es derrotado, pero la Liga obtiene ciento veinte mil votos y diez diputados. Codreanu vuelve a Grenoble.

1927

Corneliu Codreanu se doctora en Economía en la Universidad de Grenoble, Francia (16 de mayo).

Corneliu Codreanu regresa definitivamente a Rumania, encontrando que la «Liga de la Defensa Nacional Cristiana» se ha dividido en dos grupos irreconciliables. Fracasa en sus intentos de reunificación (18 de mayo).

El viernes 24 de junio, día de San Juan Bautista, siendo las diez de la noche, en su alojamiento de calle Floridor, 20, en Iaşi, Codreanu funda la «Legión de San Miguel Arcángel», separándose así, en cordialidad, del profesor Cuza. El grupo fundador se denomina «Vacarestenii», derivando su nombre de la famosa cárcel de Vacaresti, en Bucarest. Lo forman cinco personas: Corneliu Zelea Codreanu; Ion I. Motza; Ilie Garneatza; Corneliu Georgesco, y Radu Mironovici (24 de junio).

Elecciones convocadas por el partido liberal de Gobierno. La «Liga de la Defensa Nacional Cristiana» del profesor Cuza obtiene sólo cincuenta mil votos, menos del dos por ciento del electorado. Pierde sus diez diputados y la causa del nacionalismo rumano parece también perdida (7 de julio).

Muere el rey Fernando I de Rumania y se instaura la Regencia (20 de julio).

Aparece el primer número del periódico bimensual de la «Legión de San Miguel Arcángel». Se titula *La tierra de los antepasados*. En su portada, San Miguel Arcángel. A la izquierda de la imagen, la siguiente frase: «Contra las almas impuras que vienen a la inmaculada casa de Dios, sin piedad esgrimo mi espada.» A la derecha, una estrofa del poeta George Cosbuc: «Aunque fuésemos descendientes de dioses, deberíamos, igualmente, morir. Es lo mismo morir joven o viejo encorvado, pero no es lo mismo morir como un león o como un perro encadenado.» (1 de agosto).

Día de los Arcángeles San Miguel y San Gabriel (8 de noviembre). Se verifica en Iaşi el primer juramento solemne del grupo de los «Vacarestenii». Codreanu determina que mientras viva cualquiera de ellos, tendrá primacía para sucederle. Hoy, sólo sobreviven Ilie Garneatza y Radu Mironovici. El primero, en München, Alemania. El segundo ha estado más de veinte años en las cárceles comunistas y hoy se ignora su suerte exacta. En aquellos mismos días, el abogado Nicolás Totu, después voluntario en España, designa por vez primera a Corneliu Codreanu con el apelativo de «El Capitán», que se impondrá definitivamente, pese a la resistencia de éste.

1930

El Domingo de Ramos, Codreanu crea la «Guardia de Hierro», nombre con el cual se designa corrientemente al Movimiento. Sin embargo, en su origen, la «Guardia de Hierro» fue sólo la «sección político militante de la Legión» y podía incorporarse a ella cualquiera otra organización juvenil anticomunista, sin distinción de partidos, dispuesta a luchar por la «rumanización» de Basarabia. El nombre «Guardia de Hierro» se adoptó a sugerencia del legionario Ion Cranganu (abril).

Termina la Regencia y Carol sube al trono llamado por el Gobierno nacional-campesino, después de tres años de exilio en París (8 de junio).

George Beza, que no está afiliado a la Legión ni a la Guardia, atenta contra el subsecretario Angelesco, disparándole en el mismo Ministerio del Interior. Codreanu se declara solidario con Beza, lo que le significa un mes y medio de cárcel, pero es sobreseído al comprobarse que no hubo concierto entre ellos (21 de julio).

Corneliu Codreanu crea el Senado de la «Legión de San Miguel Arcángel», concebido como un cuerpo de hasta mil miembros, de más de cincuenta años de edad y de vida probadamente irreprochable (8 de noviembre).

1931

El Gabinete nacional-campesino que preside el ministro del Interior, Mihalache, decreta la primera disolución de la «Legión de San Miguel Arcángel» y de la «Guardia de Hierro» (11 de enero).

Detención de Codreanu por el supuesto delito de rebelión (30 de enero). Después de ochenta y siete días de cárcel es absuelto por unanimidad.

Cae el Gabinete nacional-campesino y se forma el Gobierno Iorga-Argetoianu, que convoca nuevas elecciones (abril).

Elecciones parlamentarias. La «Legión de San Miguel Arcángel», oficialmente prohibida, se inscribe con la denominación de «Grupo Corneliu Zelea Codreanu», escogiendo como símbolo electoral, que se haría definitivo, las barras cruzadas que representan la ventana de una celda de cárcel. El «Grupo» obtiene treinta y cuatro mil votos en las diecisiete provincias en que se presenta, pero ningún representante (1.° de junio).

Elección complementaria por Neamtz. Codreanu, que antes había obtenido allí sólo mil doscientos votos, se presenta nuevamente con la violenta oposición de la Iglesia ortodoxa. Es elegido con once mil trescientos votos, contra siete mil de los liberales y seis mil de los nacional-campesinos. Codreanu llega así, por vez primera, al Parlamento (31 de agosto).

1932

Segunda disolución de la «Legión» y de la «Guardia», decretada ahora por el Gobierno Iorga-Argetoianu. De hecho, Codreanu queda imposibilitado para hacer uso de la palabra en el Parlamento (marzo).

Elección complementaria en Tutova. El profesor Ion Codreanu, padre de Corneliu Codreanu, es elegido con cinco mil seiscientos votos contra cinco mil doscientos de los liberales, cuatrocientos de los nacional-campesinos, quinientos de los «cuzistas» y otros grupos menores por bajo de los doscientos (27 de abril).

Elecciones generales convocadas por el Gobierno nacional-campesino de Vaida, que ha reemplazado al de Iorga. La Legión se presenta en treinta y seis de las setenta y dos circunscripciones y obtiene setenta y nueve mil votos y cinco diputados, entre ellos, Codreanu, que ingresa por segunda vez en el Parlamento. Se informa oficialmente que la Legión tiene diecisiete publicaciones periódicas, con un tiraje de treinta y cinco mil ejemplares (17 de julio).

1933

Se inicia la construcción de la «Casa Verde», hogar legionario, en un suburbio de Bucarest, en la que más tarde serán sepultados Codreanu, Ion Motza y Vasile Marín (4 de agosto).

Cae Virgil Teodoresco, primer mártir de la Legión (22 de noviembre).

El primer ministro I. G. Duca decreta la tercera disolución de la Legión y de la Guardia. Más de dieciocho mil legionarios son arrestados (10 de diciembre).

Tres legionarios, a los que se designa con el nombre de «Los Nicadori», dan muerte al primer ministro, I. G. Duca, en la estación de Sinnaia (29 de diciembre).

1934

La Corte Marcial de Bucarest absuelve a Codreanu y a la Legión de toda responsabilidad en la muerte del ministro Duca, pero condena a «Los Nicadori» a presidio perpetuo (5 de abril).

Se descubre la traición de Michael Stelescu, legionario que intentara envenenar y sustituir al Capitán (5 de septiembre).

1935

Se funda el partido «Todo por la Patria», bajo el mando del general Cantacuzino, el que sólo tiene por objeto facilitar la acción política de los legionarios, ya que la Legión y la Guardia continúan prohibidas (20 de marzo).

Un grupo de diez legionarios, «Los Decemviros», dirigidos por Ion Caratanase, dan muerte al traidor Stelescu, que, expulsado de la Guardia, ha continuado sus ataques.

El Sínodo de la Iglesia ortodoxa, bajo la presidencia del patriarca Mirón Christea, prohíbe el trabajo legionario en la construcción de Iglesias (4 de octubre).

1936

Se termina en Sibiu, Transilvania, la impresión clandestina del libro de Codreanu *Para los legionarios,* traducido al español con el título de «Guardia de Hierro». En él relata su vida y luchas políticas hasta julio de 1933. Del segundo tomo sólo alcanzó a escribir setenta páginas, las que, al parecer, no se han conservado (1.º de octubre).

Ion Motza, segundo jefe de la Legión, Vasile Marín y cinco legionarios más parten a España para unirse a las fuerzas nacionalistas del General Franco (diciembre).

1937

Ion Motza y Vasile Marín caen en Majadahonda, Castilla, España, como voluntarios del Tercio español (13 de enero).

Funerales solemnes en Bucarest. Los cuerpos de Ion Motza y Vasile Marín son sepultados en la «Casa Verde» (13 de febrero).

«Los Decemviros» son condenados a presidio perpetuo por la muerte de Michael Stelescu (27 de abril).

Se forma el batallón del «Comercio Legionario», al mando del abogado Petre Tzoco (13 de septiembre).

Muere el príncipe general Cantacuzino, presidente del partido «Todo por la Patria» (9 de octubre).

El ingeniero George Clime es designado presidente del partido «Todo por la Patria» (12 de octubre).

Declaración pública de Codreanu sobre política internacional, señalando que el lugar de Rumania está junto a las naciones europeas anticomunistas (30 de noviembre).

Elecciones generales. La Legión obtiene sesenta y seis diputados, con 478.378 votos y el 15,58 por ciento del electorado, constituyéndose en la tercera fuerza del país (20 de diciembre).

Dimite el Gobierno liberal de Tataresco. Codreanu es llamado por el rey Carol II, pero el Capitán rehusa la entrevista. Se forma el Gobierno nacional-cristiano de Goga-Cuza, pese a que este partido había obtenido sólo el 9,15 por ciento del electorado y quince diputados (28 de diciembre).

El rey Carol II disuelve el Parlamento recientemente elegido, que no alcanza a constituirse (30 de diciembre).

1938

Corneliu Codreanu funda dentro de la Legión el cuerpo de selección denominado «Motza-Marín», bajo el mando del príncipe Alex Cantacuzino, sobrino del general fallecido (13 de enero).

El rey Carol II suspende la vigencia de la Constitución, decretada la disolución de todos los partidos políticos y designa jefe del Gabinete al patriarca Mirón Christea y ministro del Interior a Armán Călinescu (11 de febrero).

Corneliu Codreanu emite un comunicado anunciando que con acuerdo unánime de la jefatura se ha resuelto la disolución de la Legión y del partido «Todo por la Patria»; que los legionarios deben volver a sus actividades particulares y que la victoria sólo llegará después de un proceso de perfección moral del pueblo rumano (21 de febrero).

Carta pública de Codreanu a Nicolás Iorga, inspirador del nuevo Gobierno, en la cual le reprocha los actos policiales de violencia contra el «Comercio Legionario» y la inconsecuencia de su vida política (26 de marzo).

Corneliu Codreanu y cientos de legionarios son arrestados como consecuencia del proceso por injurias iniciado por Nicolás Iorga a raíz de la carta a la cual se refiere el párrafo anterior (17 de abril).

Un tribunal militar condena a Codreanu a seis meses de cárcel por injurias a Nicolás Iorga (19 de abril).

Se constituye el primer comando clandestino de la Legión bajo el mando de Radu Mironovici (30 de abril).

Mientras cumple condena, se abre nuevo proceso contra Codreanu por el supuesto delito de traición (23 de mayo).

El rey Carol establece la pena de muerte (24 de mayo).

Pese a las presiones del rey, la Corte Marcial rehúsa aplicar la pena de muerte a Codreanu y es condenado a diez años de trabajos forzados. Conducido a la prisión de Jilava, se le traslada poco después a la cárcel de Râmnicul-Sărat. No volverá a la libertad (27 de mayo).

Un tribunal militar condena al ingeniero George Clime y a diecinueve comandantes de la Legión a la pena de presidio perpetuo por el supuesto delito de rebelión (1.° de julio).

El rey Carol II crea el campo de concentración de Vaslui, destinado exclusivamente a la reclusión de los legionarios condenados o arrestados (8 de septiembre). Le precedieron los Monasterios de Dragomirna y Tismana.

Muerte de Corneliu Codreanu. Al amanecer del día 30 de noviembre, siendo las cuatro de la mañana, los «Decemviros» y los tres «Nicadori», juntos con el Capitán Corneliu Zelea Codreanu, catorce hombres en total, son sacados por la policía de la cárcel de Râmnicul-Sarat, con el pretexto de trasladarlos a Jilava. Al llegar al kilómetro treinta de la carrretera Bucarest-Ploesti, en el bosque de Tancabesti, son estrangulados por los mismos guardias (30 de noviembre).

Muere en una explosión de la calle Capitán Oarca el legionario e ingeniero civil Naie Dumitrescu (3 de diciembre).

Carol II crea el partido «Frente del Renacimiento Nacional» (15 de diciembre).

1939

El teniente de ejército Nicolás Dumitrescu, que trabaja en el perfeccionamiento de los lanzallamas, es estrangulado por la policía en el cuartel de Bucarest (25 de enero).

La policía sorprende y da muerte en su refugio de la calle Teodor Iliesco, 15, al profesor Vasile Christesco, jefe de la Legión clandestina desde la prisión de George Clime (26 de enero).

La policía, después de torturarla, quema viva en el crematorio del cementerio de Bucarest a Nicoleta Nicolescu, jefa de los Grupos Femeninos de la Legión. Tenía veinticinco años de edad (10 de julio).

Un grupo de nueve legionarios, denominados «Los Razbunatori» (Los Vengadores), dirigidos por el abogado Miti Dumitrescu, dan muerte al primer ministro Armán Călinescu. La misma noche, sin forma de juicio, son asesinados por la policía, y sus cuerpos expuestos durante dos días en la plaza Elefterie de Bucarest (21 de septiembre).

Como represalia por la muerte de Călinescu, la policía asesina a más de trescientos legionarios, entre ellos, a George Clime, sucesor del Capitán. En la cárcel de Râmnicul-Sărat perecen dieciocho: Nicolás Totu, Bánica Dobre, el príncipe Alex Cantacuzino, el doctor Paul Craja y otros (21-22 de septiembre).

Víctor Dragomirescu, comandante legionario y segundo jefe del Cuerpo Motza-Marín es sacado por la policía del hospital de la cárcel de Vacaresti y quemado vivo en el crematorio de cadáveres del cementerio de Bucarest (21-22 de septiembre).

1940

El legionario Horia Sima es designado por el rey Carol II subsecretario de Educación, en el Gabinete que preside el ingeniero pro alemán Gigurtu (mayo).

Los rusos ocupan Basarabia y Bucovina (junio).

Horia Sima, forzado por los legionarios refugiados en Alemania, renuncia a la Subsecretaría de Educación (8 de julio).

Los búlgaros ocupan Dobrodja del Sur y los húngaros Transilvania, como consecuencia del llamado «Arbitraje de Viena» (30 de agosto).

La Legión se levanta en armas contra el rey Carol II (3 de septiembre).

El rey Carol II, bajo la presión de la Legión y el ejército, otorga poderes absolutos al general Antonescu (5 de septiembre).

Abdicación de Carol II. Huye de Rumania bajo la protección de Antonescu. La Legión francasa en el intento de capturarle. Sube al trono su hijo, Miguel I (6 de septiembre).

Se proclama a Rumania como «Estado Nacional Legionario». El general Antonescu designa a Horia Sima jefe de la «Legión de San Miguel Arcángel». La Legión toma el control administrativo del país (14 de septiembre).

Rumania se adhiere al Eje Roma-Berlín (23 de noviembre).

Se revisa el proceso contra Codreanu. La sentencia condenatoria es anulada. (27 de noviembre).

1941

Protesta nacional de la Legión que se interpreta como un alzamiento contra el general Antonescu. En la lucha de tres días mueren trescientos cuarenta y seis legionarios y termina con el total aplastamiento de la Legión (21-24 de enero).

El ejército rumano, junto con los alemanes, cruza la frontera rusa para aplastar al comunismo y rescatar a Basarabia (22 de junio). En los cinco primeros meses de operaciones tiene trescientas mil bajas.

El Gobierno del Tercer Reich notifica a los refugiados legionarios en Alemania la prohibición absoluta de comunicarse con Rumania (21 de julio).

El ejército rumano entra en Odessa (16 de octubre).

Muere en Bucarest Ion Codreanu, padre de Corneliu Codreanu (21 de noviembre).

1943

La aviación norteamericana destruye parcialmente el gran centro petrolífero rumano de Ploesti (2 de agosto).

1944

Los rusos entran en Iaşi (22 de agosto).

Los norteamericanos bombardean el campo de concentración

alemán de Buchenwald; cinco legionarios mueren y treinta y ocho son heridos (24 de agosto).

El general Antonescu, traicionado por Miguel I, es entregado a los rusos (24 de agosto).

Los rusos entran en Ploesti (30 de agosto).

Los rusos entran en Bucarest (31 de agosto).

Se firma en Moscú el armisticio entre Rusia y Rumania (12 de septiembre).

1945

El rey Miguel I es condecorado por los rusos con la «Orden de la Victoria», por haber tomado la iniciativa en el «acto histórico» del 23 de agosto de 1944, es decir, en la traición contra el general Antonescu (19 de julio).

1946

Se inicia en Bucarest, ocupada por los rusos, el «proceso» contra el general Antonescu, cuyo comportamiento es digno de su pasado (4 de mayo).

Fusilamiento del general Antonescu (1 de junio).

1947

En Egina, Grecia, son ejecutados tres legionarios rumanos lanzados por los alemanes como paracaidistas para labores de guerrilla contra los comunistas: el estudiante universitario Ianco Adamicu, y los estudiantes secundarios G. Geagea y N. Anagnostu (21 de noviembre).

Abdica el rey Miguel I y se proclama la «República Popular Rumana». El comunismo se ha apoderado de Rumania (30 de diciembre).

GUIA CRONOLOGICA CONTEMPORANEA

(Principales hechos históricos y políticos relacionados con los sucesos relatados en la obra)

1879

Nace José Stalin (Iosif Visarionovich Dzhugashvili) en Gori, Tiflis, Rusia (21 de diciembre).

1880

Nace Kemal Ataturk en Salónica, Grecia.

1883

Nace Benito Mussolini en Dovia, Forli, Italia (29 de julio).

1889

Nace Adolfo Hitler en Braunau del Inn, Austria (20 de abril).

1905

Los japoneses destruyen la flota rusa en Puerto Arturo (2 de enero).

Combate naval de Tsushima. La armada japonesa, mandada por el almirante Togo, aniquila los restos de la escuadra rusa.

Victoria japonesa en Mukden (10 de marzo).

La paz de Portsmouth consagra la victoria japonesa (10 de octubre).

1907

Formación de la Triple Entente: Francia, Inglaterra y Rusia.

1908

Revolución de los «jóvenes turcos» en el Imperio otomano (julio).

Anexión de Bosnia y Herzegovina a Austria.

Bulgaria se convierte en Reino y el príncipe Fernando es proclamado Zar.

1909

Disturbios socialistas en España.

Triunfo de los «jóvenes turcos». Mohamed V, sultán de Turquía.

1910

Jorge V es proclamado rey de Inglaterra.

Revolución en Portugal, que se convierte en república con la abdicación del rey Manuel (5 de octubre).

Eleuterio Venizelos, primer ministro de Grecia.

1911

Estalla la guerra italo-turca (septiembre).

1912

Alianza balcánica secreta entre Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro (13 de marzo).

Paz de Lausanne-Ouchy entre Italia y Turquía. Trípoli pasa a Italia (octubre).

Primera guerra balcánica (se inicia el 8 de octubre, y termina el 30 de mayo de 1913).

1913

Segunda guerra balcánica (30 de junio). Grecia, Serbia y Rumania luchan contra Bulgaria. Tratado de Bucarest. Rumania recupera Dobrudja del Sur (10 de agosto). Albania es reconocida como reino independiente y Turquía pierde sus territorios europeos con excepción de Constantinopla, los estrechos y Tracia oriental. Creta, Epiro y Macedonia, pasan a Grecia.

1914

El archiduque Francisco Fernando de Austria es asesinado en Sarajevo (28 de junio).

Austria declara la guerra a Serbia (28 de julio).

Alemania declara la guerra a Rusia (1.° de agosto).

Alemania declara la guerra a Francia (3 de agosto).

Gran Bretaña declara la guerra a Alemania (4 de agosto).

El ejército alemán cruza la frontera belga (4 de agosto).

Los alemanes entran en Bruselas (20 de agosto).

Japón en guerra contra los Imperios centrales (26 de agosto).

Derrotas rusas en Tanenberg y Lagos Mazurianos.

Victoria rusa en Lemberg (septiembre).

Batalla del Marne (5-12 de septiembre).

Batalla del Iser (20 octubre-13 noviembre).

1915

Los aliados fracasan en el intento de forzar el paso de Los Dardanelos (18 de marzo).

Los aliados desembarcan en Galípolis (26 de abril).

Italia declara la guerra a Austria (15 de mayo).

Los alemanes conquistan Polonia y Lituania.

Los alemanes conquistan Serbia (octubre).

La escuadra germano-turca bombardea Odessa (29 de octubre).

Rusia declara la guerra a Turquía (3 de noviembre).

Francia y Gran Bretaña declaran la guerra a Turquía (5 de noviembre).

1916

Los aliados se retiran derrotados de Galípolis (8 de enero).

Comienza la batalla de Verdún (21 de febrero).

Portugal entra en la guerra a favor de los aliados (marzo).

Combate de Jutlandia (31 de mayo).

Empieza la batalla de Somme (1.º de julio).

Rumania en guerra junto a los aliados (14 de agosto).

Bulgaria en guerra junto a los Imperios centrales.

Los alemanes, mandados por Von Falkenhayn y Von Makensen, derrotan a los rumanos en Brasov, Transilvania (9 de octubre) y en Vulkan y Szurduk (11 y 17 de noviembre). Suicidio posterior del general Zotta, comandante en jefe rumano.

Los alemanes entran en Bucarest (6 de diciembre). El Gobierno rumano se retira a Iași, Moldavia.

1917

Los ingleses toman Bagdad (11 de marzo).

Abdicación del Zar de Rusia (15 de marzo).

Estados Unidos reconoce al nuevo Gobierno ruso (23 de marzo).

Estados Unidos entra en la guerra (6 de abril).

Culminación de la campaña submarina alemana (abril).

Abdicación de Constantino de Grecia (junio).

Victoria de los rumanos al mando del general Christescu, sobre los austro-húngaros, en Marasesti (11 de julio).

Revolución comunista en Rusia (7 de noviembre).

Los turcos pierden Damasco (1.º de octubre).

Victoria de los austro-alemanes sobre los italianos, en Caporetto (9 de noviembre).

Independencia de Finlandia (6 de diciembre).

Armisticio en el frente rumano y paz de Buftea (7 de diciembre).

Los ingleses entran en Jerusalén.

1918

Tratado de Brest-Litowsk entre los Imperios centrales y Rusia (3 de marzo).

Paz de Bucarest entre Alemania y Rumania (27 de marzo).

Empieza la batalla del Marne (30 de mayo).

Ucrania, Lituania, Letonia y Estonia proclaman su independencia de Rusia.

Asesinato del Zar Nicolás II y de su familia por los comunistas, en Ekaterimburgo (6 de julio).

Empieza la retirada alemana en Francia (18 de julio).

Armisticio de los aliados con Bulgaria (29 de septiembre).

Abdicación de Fernando I de Bulgaria.

Abdicación de Carlos I de Austria.

Victoria de los italianos sobre los austríacos en Vittorio-Véneto (24 al 30 de octubre).

Capitulación de Turquía (30 de octubre).

Armisticio con Austria-Hungría (4 de noviembre).

Abdicación de Guillermo II de Alemania (9 de noviembre).

Rendición de Alemania en Compiégne (11 de noviembre).

Se proclama el Estado yugoslavo.

Se proclama la República en Alemania, Hungría y Checoslovaquia.

1919

Anton Drexler funda en München el «Partido Obrero Alemán», antecedente directo del Partido Nacional Socialista (5 de enero).

Se funda en Moscú la Tercera Internacional comunista (marzo).

Bela Khun establece en Hungría el primer gobierno comunista de Occidente (21 de marzo).

Mussolini funda el primer «Fascio» en Milán, Italia (23 de marzo).

Los griegos se apoderan de Esmirna, en la Turquía asiática (15 de mayo).

Los aliados imponen a Alemania el Tratado de Versalles, que, además, crea la Sociedad de las Naciones (28 de junio).

El ejército rumano, bajo los generales Mardarescu y Mosoiu, entra en Budapest, derrocando así la dictadura de Bela Khun (3 de agosto).

Constitución de Weimar en Alemania (11 de agosto).

Kemal Ataturk inicia el movimiento nacionalista en Anatolia, Turquía asiática (23 de agosto).

Tratado de Saint Germain en Lage, que consagra la desmembración del Imperio austro-húngaro (10 de septiembre).

Adolfo Hitler ingresa al «Partido Obrero Alemán» fundado por A. Drexler (16 de septiembre).

Montenegro se une a Yugoslavia.

Tratado de Neuilly sur Seine con Bulgaria (27 de noviembre).

Tratado de París entre los aliados y Yugoslavia (5 de diciembre).

Tratado de París entre los aliados y Rumania. Rumania recibe Basarabia de Rusia y Transilvania, Bucovina, Banat y Crisana, del ex Imperio austro-húngaro (9 de diciembre).

Fracaso de las tropas contrarrevolucionarias blancas en Rusia, bajo el mando de los generales Denikin y Corniloff y el almirante Kolchak.

1920

Los aliados ocupan Estambul (Constantinopla) (16 de marzo).

Primer gobierno de la Asamblea Nacionalista de Ankara, Turquía (23 de abril).

Tratado de Trianón entre los aliados y Hungría (4 de junio).

Horthy, regente de Hungría.

Movimientos comunistas en Alemania.

Segundo Congreso de la Internacional Comunista (19 de julio-22 de agosto).

Los griegos toman Adrianópolis, de los turcos (25 de julio).

Se crea oficialmente en Salzburgo, Austria, el Partido Obrero Nacional Socialista Alemán (Partido Nazi) (8 de agosto).

Tratado de Sevres entre los aliados y Turquía (10 de agosto).

Primera reunión de la Sociedad de las Naciones (15 de noviembre).

Muerte del rey Alejandro de Grecia. Constantino, rey (25 de diciembre).

1921

Sublevaciones polacas en Silesia.

Alejandro I es proclamado rey de Yugoslavia.

Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania, forman la «Pequeña Entente».

Tercer Congreso de la Internacional Comunista (22 de junio-12 de julio).

Los griegos inician su gran ofensiva en Turquía asiática (26 de junio).

Hitler es elegido presidente del Partido Obrero Nacional Socialista Alemán (29 de julio).

Alta Silesia es desmembrada por acuerdo de la Sociedad de las Naciones (21 de agosto).

Los turcos de Ataturk derrotan a los griegos en Sakaria (13 de septiembre).

Acta de la independencia de Irlanda (16 de diciembre).

1922

Asesinato del canciller Rathenau en Alemania (24 de junio).

Los turcos derrotan a los griegos en Kiziché (30 de agosto).

Los turcos recuperan Esmirna, de los griegos (9 de septiembre).

Armisticio greco-turco en Mudanya (11 de octubre).

Abdicación de Constantino. Jorge II es proclamado rey de Grecia (27 de octubre).

Marcha de Mussolini sobre Roma (28 de octubre).

Abolición del Sultanato en Turquía (1.º de noviembre).

Independencia de Egipto. Fuad I, rey.

4.º Congreso de la Internacional Comunista (5 de noviembre-4 de diciembre).

1923

El Tratado de Lausana devuelve a Turquía Adrianópolis, los estrechos y Tracia oriental.

Se inicia la dictadura del general Primo de Rivera en España (13 de septiembre).

Se proclama la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

Ankara, capital de Turquía (13 de octubre).

Se proclama la República de Turquía y Kemal Ataturk es designado presidente (29 de octubre).

Putsch de Hitler en München (9 de noviembre).

1924

Muere Lenin y Stalin asume la dictadura en Rusia (21 de enero).

Francia e Inglaterra reconocen al gobierno comunista de Rusia.

Hitler escribe el *Mein Kampf* en la prisión de Landsberg (1.º de abril-20 de diciembre).

5.º Congreso de la Internacional Comunista (17 de junio-8 de julio).

Abolición del Califato en Turquía.

1925

El mariscal Hindemburg es elegido presidente de Alemania (27 de abril).

1926

Carmona asume el poder en Portugal (28 de mayo).

Pildsudsky, dictador de Polonia.

1927

Disturbios comunistas en Viena.

Muere Fernando I y Miguel I es proclamado rey de Rumania, bajo regencia (20 de julio).

1928

Acuerdos de Letrán entre el Gobierno italiano de Mussolini y el Vaticano (11 de febrero).

Destierro de Trotski a Siberia.

Primer Plan Quinquenal en Rusia.

Venizelos asume el poder en Grecia.

6.º Congreso de la Internacional Comunista (17 de julio-1.º de septiembre).

Oliveira Salazar, ministro de Finanzas de Portugal.

1929

Comienza la gran crisis económica mundial (marzo).

1930

Fin de la dictadura del general Primo de Rivera en España (28 de enero).

Carol II es proclamado rey de Rumania (8 de junio).

Haile Selassie, Negus de Etiopía.

1931

Elecciones municipales en España y abdicación de Alfonso XIII (12 de abril).

Proclamación de la República en España (14 de abril).

1932

Oliveira Salazar, presidente del Consejo de Ministros de Portugal (15 de julio).

Gran victoria electoral de Hitler en Alemania. Los nacional-socialistas obtienen 13,7 millones de votos, el 31 por 100 del electorado y 230 diputados. Los socialistas, 133; los comunistas, 89 y los nacional alemanes, 40 (31 de julio).

Guerra entre China y Japón.

Roosevelt es elegido presidente de los Estados Unidos.

1933

El presidente Hindemburg designa a Adolfo Hitler canciller de Alemania (30 de enero).

Se crea el Consejo Permanente de la Pequeña Entente, que forman Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumania.

Alemania se retira de la Sociedad de las Naciones (21 de octubre).

José Antonio Primo de Rivera funda Falange Española (29 de octubre).

1934

Los nacional-socialistas austríacos dan muerte al canciller Dollfuss (25 de julio).

Adolfo Hitler, *Führer* de Alemania (1.º de agosto).

Rusia ingresa en la Sociedad de las Naciones (18 de septiembre).

Pacto de la Pequeña Entente entre Grecia, Rumania, Yugoslavia y Turquía, creación inspirada por Titulescu (9 de octubre).

Japón se retira de la Sociedad de las Naciones.

Nicolás Titulescu es elegido por segundo vez presidente de la Sociedad de las Naciones.

Pedro II es proclamado rey de Yugoslavia.

1935

El Sarre vota su reincorporación a Alemania (31 de enero).

Hitler denuncia el Tratado de Versalles y restablece el servicio militar obligatorio (10 de marzo).

Pacto franco-soviético (6 de mayo).

7.º Congreso de la Internacional Comunista, en Moscú, como los anteriores. Se acuerda propiciar la formación en todo el mundo de los llamados «Frentes Populares» (25 de julio-25 de agosto).

Italia inicia la invasión de Etiopía (3 de octubre).

La Sociedad de las Naciones acuerda sanciones contra Italia (18 de noviembre).

Muere Pilsudski, dictador de Polonia.

1936

Hitler denuncia el Pacto de Locarno y militariza Rhenania (5 de marzo).

Los italianos entran en Addis Abeba (5 de mayo).

Mussolini proclama el Imperio italiano (9 de mayo).

Asesinato en España del líder monárquico Calvo Sotelo (13 de julio).

Alzamiento nacionalista en España (18 de julio).

Los nacionalistas españoles ocupan Badajoz (14 de agosto); Irún (4 de septiembre) y Toledo (24 de septiembre).

José Antonio Primo de Rivera es fusilado en Alicante (19 de noviembre).

1937

Los nacionalistas españoles ocupan Málaga (10 de febrero); Bilbao (19 de junio); Santander (16 de agosto) y Gijón (21 de octubre).

Guerra chino-japonesa (7 de julio).

Los japoneses entran en Shangay (agosto) y en Nanking (diciembre).

1938

Austria vota su incorporación a Alemania (12 de marzo).

Pacto de München entre Inglaterra y Alemania (16 de septiembre).

El Sudeten es incorporado a Alemania (1.° de octubre).

Muere Kemal Ataturk en Estambul (10 de noviembre).

1939

Los nacionalistas españoles toman Barcelona (26 de enero).

Los alemanes ocupan Bohemia y Moravia (14-16 de marzo).

Los alemanes ocupan Memel (21 de marzo).

Termina la guerra civil española con el triunfo de los nacionalistas (1.° de abril).

Los italianos invaden Albania (7 de abril).

Pacto germano-soviético de no agresión (23 de agosto).

Pacto anglo-polaco (25 de agosto).

Alemania invade Polonia (1.° de septiembre).

Inglaterra y Francia declaran la guerra a Alemania (3 de septiembre).

Los alemanes entran en Varsovia y los restos del Ejército polaco se refugian en Rumania y Hungría (27 de septiembre).

Hitler ofrece la paz a Inglaterra y Francia, la que es rechazada (6 de octubre).

Un submarino alemán al mando de Gunther Prien, entra en Scapa Flow, en la más grande hazaña naval de la guerra.

Rusia se apodera de los Estados Bálticos (octubre).

Los rusos invaden Finlandia (30 de noviembre).

El acorazado alemán «Graf Von Spee» es hundido por su tripulación en Punta del Este, Uruguay (14 de diciembre).

1940

Finlandia capitula ante Rusia (13 de marzo).

Los alemanes invaden Dinamarca y Suecia, adelantándose a los ingleses (8-10 de abril).

Los alemanes invaden Bélgica, Holanda y Luxemburgo (10 de mayo).

Capitulación de Luxemburgo (10 de mayo).

Churchill es designado jefe del Gobierno inglés (10 de mayo).

Capitulación de Holanda (14 de mayo).

Capitulación de Bélgica (28 de mayo).

Desastre inglés en Dunkerke (2 de junio).

Derrota inglesa en Narvik, Noruega (6 de junio)

Italia entra en la guerra junto a Alemania (10 de junio).

Los ejércitos alemanes al mando de Von Kluge entran en París (14 de junio).

Los rusos, después de un ultimátum de evacuación en 48 horas, ocupan Basarabia y Bucovina, en Rumania (junio).

Armisticio entre Alemania y Francia (23 de junio).

Comienza la llamada «batalla de Inglaterra», la que terminará a mediados de noviembre. En este lapso, los alemanes pierden 2.375 bombarderos y más de 10.000 pilotos y tripulantes, contra 735 cazas ingleses (8 de agosto).

Asesinato de Trotsky en México (20 de agosto).

Acuerdo de Viena, que priva a Rumania de una parte de Transilvania y Drobrudja del Sur (30 de agosto).

Abdicación de Carol II, rey de Rumania (6 de septiembre).

Los italianos atacan Egipto (13 de septiembre).

Pacto de Alemania, Italia y Japón (27 de septiembre).

Los italianos atacan Grecia (18 de octubre).

Hungría se adhiere al Eje (20 de noviembre).

1941

Los alemanes, con acuerdo del Gobierno, entran en Bulgaria (2 de marzo).

Yugoslavia se adhiere al Eje (25 de marzo).

Estalla la revolución anti-alemana en Yugoslavia (27 de marzo).

Los ingleses derrotan a la escuadra italiana en Cabo Matapán, Grecia (27 de marzo).

El mariscal Rommel toma Bengazi, en Africa del Norte (3 de abril).

Los ingleses entran en Addis Abeba, capital de Etiopía (6 de abril).

Alemania declara la guerra a Grecia y Yugoslavia (6 de abril).

Los alemanes ocupan Salónica (9 de abril) y Atenas (27 de abril).

El mariscal Petain anuncia la colaboración de Francia con Alemania (15 de mayo).

El acorazado alemán de bolsillo «Bismark», hunde al «Hood» (22 de mayo), pero es hundido por los ingleses (29 de mayo).

Alemania ataca a Rusia. Cuatro millones de soldados, a las órdenes de Von Leeb, Von Bock y Von Rundstedt, en los cuales figurarán voluntarios de casi todos los países del mundo, pero con aporte mayoritario de finlandeses y rumanos, inician la gran invasión. Occidente está en armas contra Rusia (22 de junio).

Los alemanes toman Kiev (septiembre); Karkov (noviembre) y Rostov (22 de noviembre).

El ejército rumano entra en Odessa (16 de octubre).

Los alemanes llegan a 50 kilómetros de Moscú, después de haber avanzado 1.000 kilómetros desde la frontera polaca (7 de diciembre).

Los japoneses bombardean Pearl Harbour (7 de diciembre).

Alemania e Italia declaran la guerra a los Estados Unidos (11 de diciembre).

1942

Los japoneses toman Singapur (15 de febrero).

Rommel toma Tobruk, en Africa (21 de junio).

Los alemanes toman Sebastopol, en Rusia (1.º de julio).

Comienza la batalla de Stalingrado (7 de agosto).

Se inicia la batalla de El Alamein, en el norte del Africa, la que terminará con la derrota del mariscal Rommel ante abrumadora superioridad material y numérica (31 de agosto-11 de noviembre).

Los aliados desembarcan en Africa del Norte (8 de noviembre).

1943

Conferencia de Casablanca (24 de enero).

Capitulación alemana en Stalingrado (31 de enero).

Rendición de las últimas fuerzas del Eje en el norte de Africa (13 de mayo).

Desembarco aliado en Sicilia (11 de junio).

Traición de Badoglio y del rey Víctor Manuel. Caída de Mussolini (26 de julio).

Los aliados desembarcan en Italia continental (3 de septiembre).

Los alemanes liberan a Mussolini en el Gran Sasso (12 de septiembre).

Conferencia de Teherán (26 de noviembre).

1944

Los aliados entran en Roma (4 de junio).

Desembarco aliado en Normandía (6 de junio).

Atentado contra Hitler (20 de julio).

Los americanos entran en París (25 de agosto).

Los rusos entran en Bucarest (31 de agosto).

Los rusos entran en Bulgaria (8 de septiembre).

Abdicación de Víctor Manuel de Italia.

Los ingleses desembarcan en Grecia (4 de octubre).

Los rusos cruzan la frontera de Prusia Oriental (19 de octubre).

Los rusos entran en Belgrado (20 de octubre).

Los ingleses toman Salónica (2 de noviembre).

Roosevelt, por cuarta vez presidente de los Estados Unidos (7 de noviembre).

Ultima ofensiva alemana en Luxemburgo, bajo la dirección de Von Rundstedt (16 de diciembre).

1945

Conferencia de Yalta, que entrega a Rusia la Europa del Este (3-11 de febrero).

Los rusos toman Budapest (12 de febrero).

Los americanos toman Frankfurt (26 de marzo).

Muerte de Roosevelt (12 de abril).

Los rusos entran en Viena (13 de abril).

Los americanos toman Nüremberg (20 de abril).

Primer contacto en Alemania entre americanos y rusos, en Torgau, a orillas del Elba (25 de abril).

Asesinato de Mussolini en Lago Como, cerca de Milán (28 de abril).

Los americanos entran en München (29 de abril).

Hitler cae frente a los rusos, en las ruinas de la Cancillería, Berlín (30 de abril).

El gran almirante Karl von Doenitz, designado por Hitler como su sucesor, rinde Alemania (7 de mayo).

Conferencia de Postdam (17 de julio-2 de agosto).

Los americanos lanzan sobre Hiroshima la primera bomba atómica (6 de agosto).

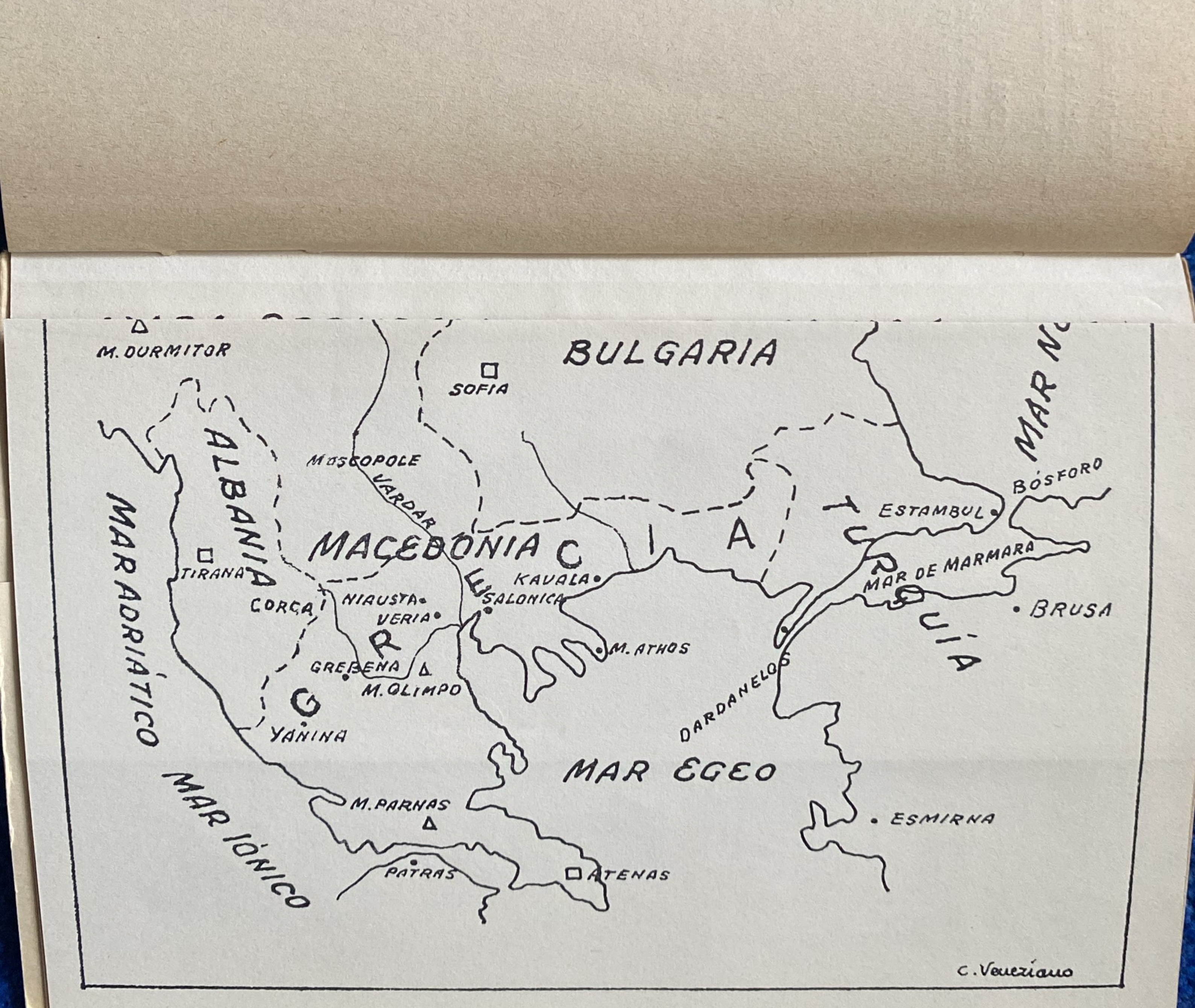
Segunda bomba atómica, sobre Nagasaki (9 de agosto).

Rendición del Japón (2 de septiembre).

Se inicia el llamado «proceso de Nüremberg» contra 21 dirigentes de Alemania vencida (25 de noviembre).

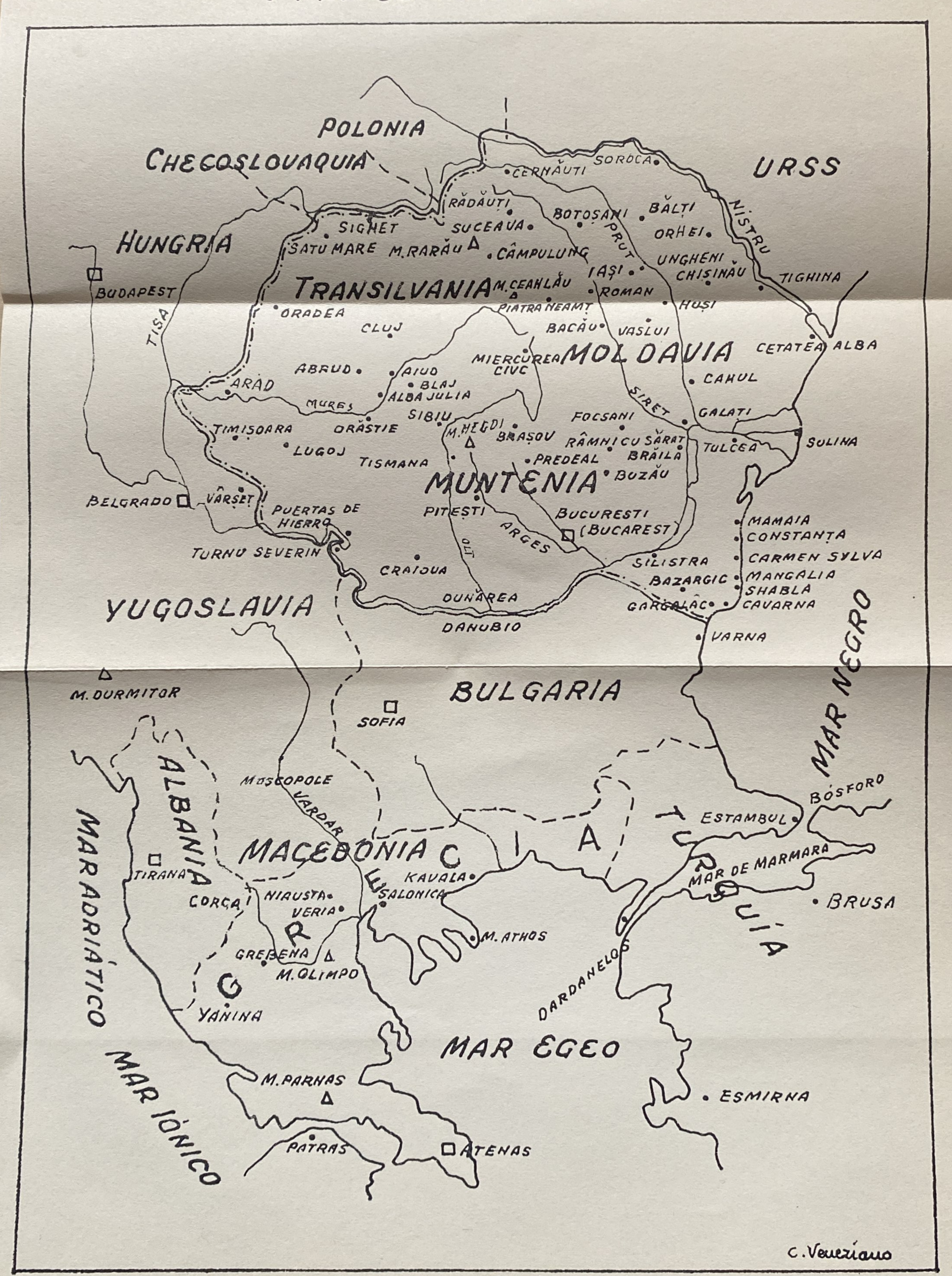
1946

Se cumple el «fallo» del Tribunal de Nüremberg: 11 acusados son ahorcados (16 de octubre).



M. DURMITOR
BULGARIA
SOFIA
MAR N
BÓSFORO
ESTAMBUL
MAR DE MARMARA
BRUSA
TURQUIA
ALBANIA
MOSCOPOLE
VARDAR
MACEDONIA
GRECIA
TIRANA
CORÇA
NIAUSTA
VERIA
SALONICA
KAVALA
M. ATHOS
GREBENA
M. OLIMPO
YANINA
DARDANELOS
MAR EGEO
ESMIRNA
MARADRIÁTICO
MAR IÓNICO
M. PARNAS
PATRAS
ATENAS
C. Veneziano

MAPA ESQUEMATICO DE RUMANIA (1918-1940) Y PAISES BALCANICOS.



BIBLIOGRAFIA

BANEA, ION, Y OTROS: *Antología: Corneliu Codreanu, Prezent*, Edic. Dacoromania, Madrid, 1966.

BAZÁN, ARMANDO: *La Segunda Guerra Mundial*, Edic. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1941.

BLANCO VILLALTA, J. G.: *Kemal Ataturk*, Edic. Claridad, Buenos Aires, 1945.

BRANDESCO, F.: *Antimachiavelisme Legionnaire*, Edic. Dacia, Río de Janeiro, 1963.

BRETHOLZ, WOLFGANG: *Ceux que j'ai vus tomber*, Editions Mondiales, París, 1960.

CODREANU, C.: *Guardia de Hierro*, Editora Nacional, Madrid, 1940.

CODREANU, C.: *Circulari Si Manifeste*, Edic. Omul-Nou, Madrid, 1951.

CODREANU, C.: *Certifica Sefului de Cuib*, Edic. Omul-Nou, Madrid, 1952.

De Foxa, A.: *Romania, centinela del Este, no debe morir*, Edic. Carpatu, Madrid, 1959.

De Rossi y Dell Arno, G.: *Cornelio Codreanu*, Edic. Imperia Roma, Roma, s/f.

Escobar, T. y Nieto, Jesús: *Vida y doctrina de Corneliu Codreanu*, Edic. Patria, Barcelona, 1941.

Garneatza, Ilie: *Pamantul Stramosesc*, Edic. Cuget Romanesc, Buenos Aires, 1952.

Gazdaru, D.: *Cuget Romanesc*, Edit. Cuget Romanesc, Buenos Aires, 1952.

Gazdaru, María: *Tara de Departe*, Vol. II, (Istoria), Buenos Aires, 1963.

Hagi-Gogu, T.: *Romanus Si Valachus*, Edic. Tiparul Universitar, Bucarest, 1939.

Hentescu, C., e Iasinschi, V.: *Gand Si Fapta Legionara*, Edic. Dacoromania, Madrid, 1962.

Iasinschi, Vasile: *Facing The Truth. Face a la verité*, Edic. Artes Gráficas, Madrid, 1966.

Mihailoff, Iván: *Macedonia. A Switzerlan of the Balkans (Translated by Christ Anastasoff)*, Edic. Perlstone Publishing Company, S. Louis (Estados Unidos), 1950.

Murarasu, D.: *Nationalismul Lui Eminescu*, Edic. Carpati, Madrid, 1963.

Palaghita, St.: *Garda de Fier*, edición del autor, 1951.

Papanace, C.: *Evocari*, Edic. Dacoromania, Madrid, 1965.

Papanace, C.: *L'Origine et la Conscience Nationale des Aroumenes*, Edic. Armatoli, Roma, 1955.

Parván, Vasile: *Dacia*, Edic. Carpati, Madrid, 1956.

Popescu, T. (Recopilación): *Ion Motza Si Vasile Marin*, Edic. Carpati, Madrid, 1963.

Princesa Ileana: *Memorias*, Edic. Caraet, Barcelona, 1955.

Racoveanu, G.: *Christentum und Moralische Aufrüstung*, Edic. Kyrios Freising, Alemania, s/f.

Seicaru, Panfil: *Istoria Partidelor National Taranist Si National Taranist*, Edic. Carpati, Madrid, 1963.

Tolescu, Ion: *Dacoromanismo*, Edic. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1967.

Uscatescu, George: *Rumania*, Edic. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1951.

Varios. (Recopilación): *Capitanul*, Edic. Dacoromania, Madrid, 1963.

Xenepol, A. D.: *Istoria Romanilor Din Dacia Traiana*, Edic. Carpati, Madrid, 1953.

* * *

Des Cars, Guy: *Les Rois de Coeur*, Edic. Robert Laffont, París, 1965.

Gheorghiu, V.: *Fiesta Nacional*, Edic. Luis de Caralt, Barcelona, 1962.

Gheorghiu, V.: *La segunda oportunidad*, Edic. Emecé, Buenos Aires, 1960.

Stefanescu, A.: *Alambre de púas*, Edic. Luis de Caralt, Barcelona, 1956.

Nota: Las cuatro últimas obras, atendido su carácter novelesco, no pueden ser consideradas como fuentes, pero son útiles en cuanto a información general, sin que ello implique que el autor de la presente comparta sus afirmaciones.

INDICE

30

Se terminó de imprimir este libro
el día 13 de septiembre de 1969 en
los talleres de Artes Gráficas Benzal,
calle de las Virtudes, 7, Madrid-3.
Tirada: 1.500 ejemplares.